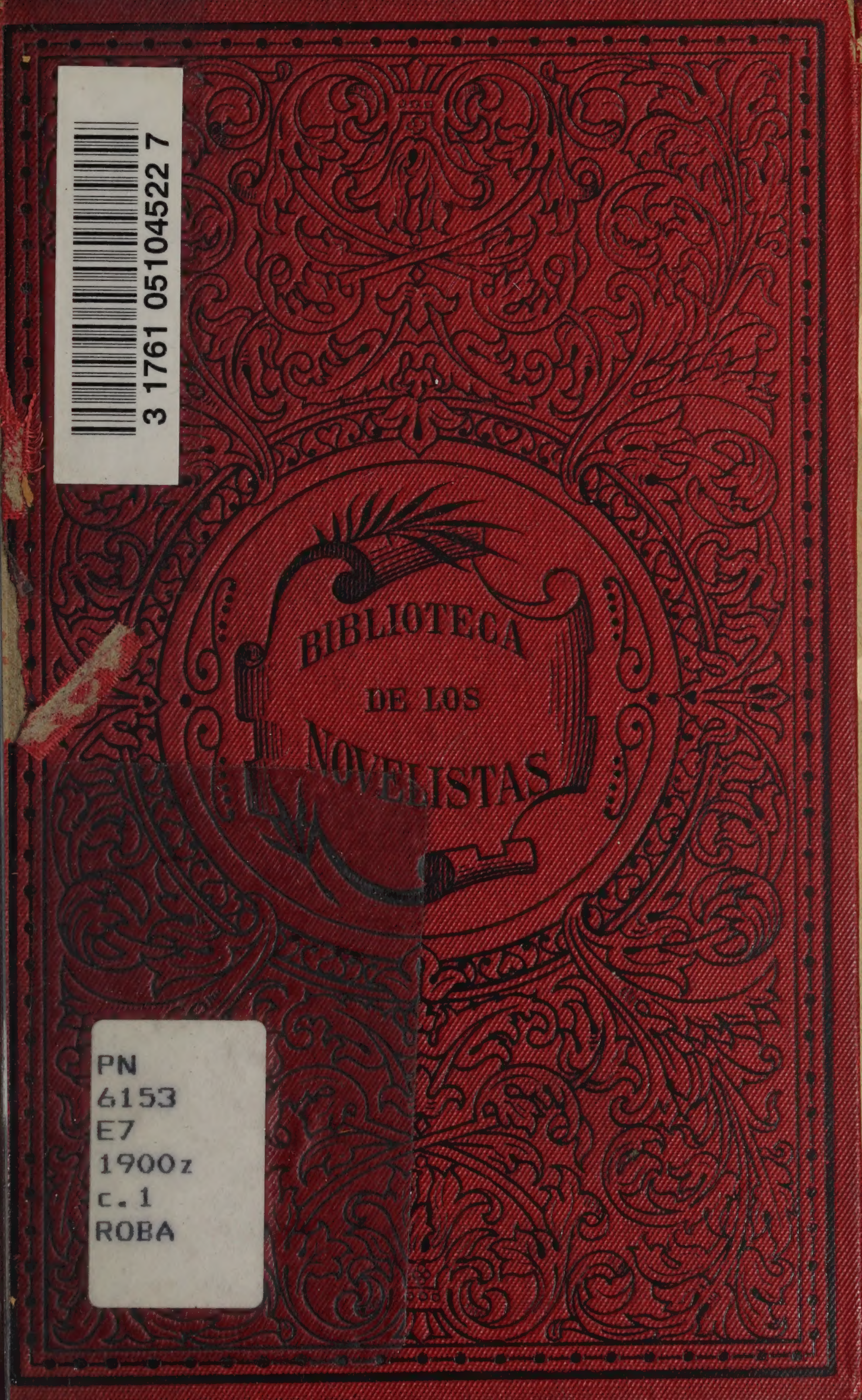

BIBLIOTECA
DE LOS
NOVELISTAS

Quisicosas

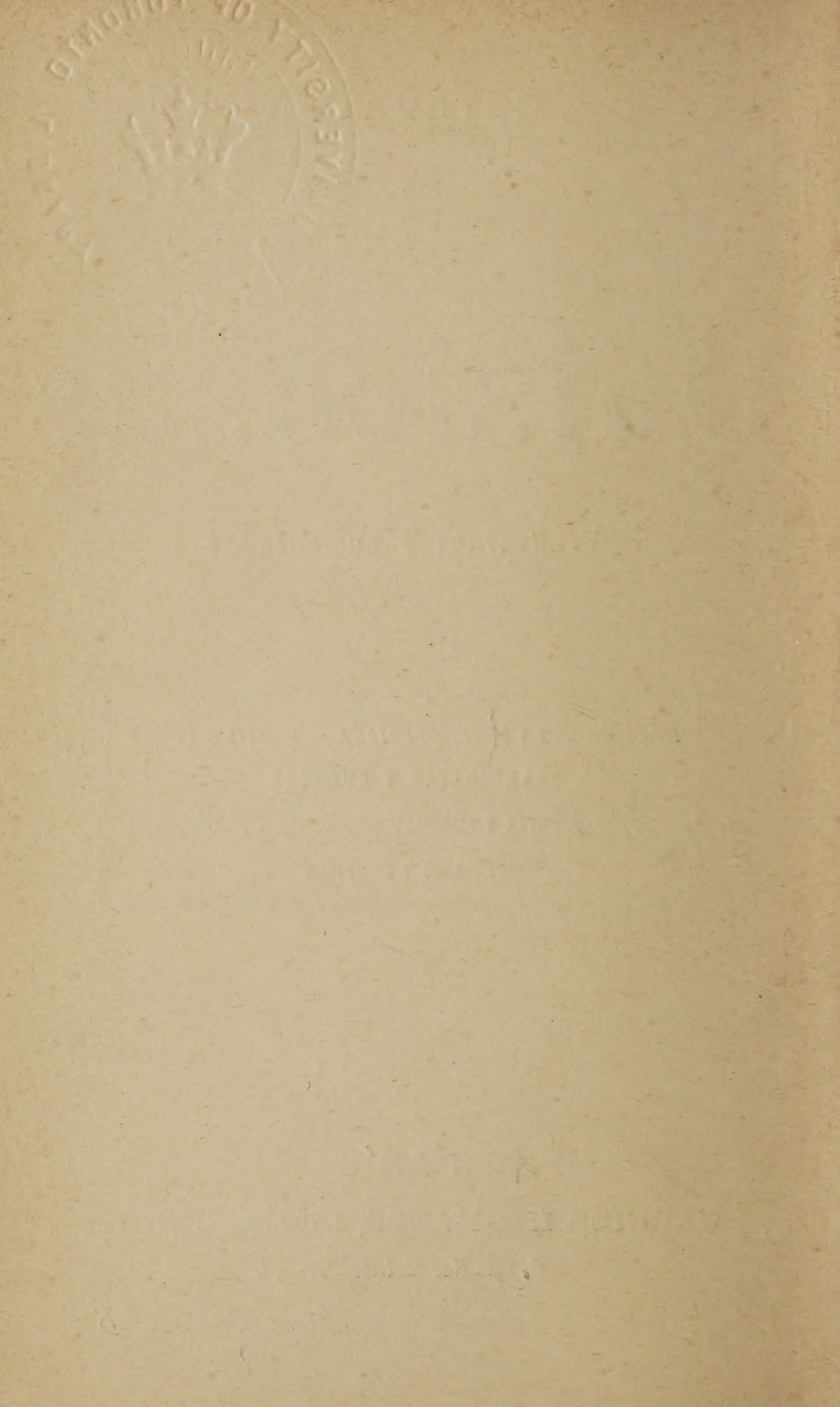
ESTÉVANEZ

Quisicosas

Traducidas y aumentadas

SELECCIÓN DE *LA ENCICLOPEDIANA* — CHISTES Y FRASES
ANÉCDOTAS Y CUENTOS
PENSAMIENTOS Y FIAMBRES — MÁXIMAS Y HORRORES
VERDADES Y MENTIRAS

PARÍS
GARNIER HERMANOS, Libreros-Editores
6, rue des Saints-Pères, 6



Quisicosas

Timón, el misántropo, al ver dos mujeres ahorcadas de la rama de una higuera, exclamó convencido:

¡ Ojalá llevaran todos los árboles esa misma fruta !

*
* *

Hemos de hablar en este libro, de hombres, de mujeres, de animales.

Nos ha obligado la galantería á empezar por las mujeres.

Pacuvius se lamentaba un día, en presencia de su amigo Arius, de que ya se le habían suicidado tres mujeres.

— ¿ Se envenenaron ? le preguntó su amigo.

— No, se ahorcaron.

— ¿ En tu propia casa?

— En mi jardín ; y las tres escogieron el mismo árbol.

— Pues hazme el favor de darme un retoño para plantarlo en mi huerto...

Una mujer tan robusta como desabrida, viendo que

un pescador se pasaba las horas sin pescar un solo pez, le dijo con cierta sorna:

— Yo creo que el anzuelo no tiene nada...

— Lo contrario de usted, que tiene mucho, pero le falta anzuelo.

Alabábase por algunos caballeros, en presencia de Sofía Arnould, á otra dama que era harto famosa por sus amoríos. Y la Arnould, sin poderse contener, les dijo:

— Merece vuestros elogios: es mujer que prefiere á todo el mundo.

Gran torpeza la de celebrar á una mujer en presencia de cualquiera otra.

Vergonzosa es la avaricia.

Y tan repugnante como vergonzosa.

Pero algunos avaros han llevado su pasión hasta el delirio.

Hubo uno que se ahorcó por haber soñado que había gastado mucho.

Y otro que, decidido á ahorcarse, no lo hizo por no comprar una cuerda; era demasiado cara.

Un tercero, inglés, decíale á un pródigo: « Vivid como yo. » El pródigo, que era el conde de Buckingham, le respondía: « Tiempo tengo de hacerlo, caballero Cuttler, tiempo tengo cuando me quede sin nada. »

Pero el rey de los avaros es sin duda un general del siglo XIX: no se mareaba en sus navegaciones por no vomitar unas islas que se había tragado; ya era general, y hacía que su mujer le remendara los pantalones que usaba de cadete; para no gastar en pólvora, cazaba con trampa los gorriones que comía — no comía más que pájaros — y mandaba al asistente que cazara

moscas para engordar los pájaros antes de comérselos.

La señorita de Montpensier, hija de Gastón de Orleáns y sobrina de Luis XIII, paseaba un día por la calle de Saint-Honoré, en París, cuando un pobre ciego que pedía limosna le dijo humildemente: « Socorred, princesa, á este desgraciado que no puede gozar de las dichas de este mundo. »

— ¿ Sois eunuco? le preguntó la princesa.

Le advertían á una recién casada que la mujer ha de obedecer á su marido, pues lo ordena San Pablo.

— No soy del parecer de San Pablo, replicaba ella.

— Es que quien habla por los labios del apóstol es el Espíritu Santo.

— Pues no soy de la opinión del Espíritu Santo, que ni es mujer ni se ha casado nunca.

— Me aburro solo, decía bostezando un holandés.

— No estás solo, contestaba su mujer, puesto que yo estoy aquí.

— El marido y su mujer no son más que uno, replicaba aquél.

Los libros prestados no se devuelven casi nunca.

Esto se ha explicado antes de ahora con una frase:

« Es más fácil retener un libro que su contenido. »

— ¿ Por qué será, preguntaba un personaje político, que la barba se me ha encanecido y la cabeza no ?

— Eso consiste, le respondió su señora, en que has trabajado más con las mandíbulas que con el cerebro.

Fondeado en Civitta-Vecchia un navío francés, el capitán que lo mandaba solicitó de Benedicto XIV el honor de presentarle sus oficiales y guardias marinas. Éstos, en presencia del Papa, no podían contener la risa. El capitán, disimulando su furia por respeto al Papa, la dejaba traslucir en sus miradas oblicuas é iracundas. Pero el Papa le dijo: « Consolaos, capitán, y sed indulgente con esos caballeros. Yo, que soy Papa, no tengo manera de impedir que un francés se ría de todo. Es imposible evitarlo. »

Urbano VIII, por complacer á una familia de Roma, beatificó á un individuo de la misma. Ésta le dió más adelante algún pequeño disgusto, y el Papa exclamó: « *Questa gente è molto ingrata; io beatificato uno de loro parenti che no lo meritava.* »

Sábese, pues, por confesión de un Papa, que en el cielo hace falta protección, lo mismo que en la tierra.

Si algún santo resucitara, él sería seguramente el más sorprendido de su canonización.

Comparaba Plutarco las orejas de un curioso á ventosas que atraen todo lo malo.

Un magistrado francés, al ver una escultura que representaba á la Paz y á la Justicia besándose, exclamó: « ¡Se despiden para siempre! »

Todas las profesiones han dado santos á la Iglesia,

menos una. Hay santos que fueron agricultores, soldados, artesanos, hasta comediantes. Abogados no hay ninguno. Está probado que San Ibo, procurador en Bretaña, no entendía de leyes.

Un sastre se presentó con su cuenta á uno de sus clientes á quien encontró en la cama.

— ¡ Hola, maestro ! dijo el cliente á medio despertar, ¿ qué ocurre ?



Tengo necesidad de fondos y vengo á traer la cuenta.

— Muy bien, maestro ; hacedme el favor de abrir aquella gaveta... no, la otra... tampoco es esa, la de más abajo...

— Aquí no hay más que papeles...

— Sí, las cuentas no pagadas; poned ahí vuestra cuenta...

Y se volvió del otro lado.

Calpurnia, que ejercía la abogacía en Roma, tuvo la culpa de que se les prohibiera á las mujeres romanas — y después á todas — el ejercicio de esa profesión.

Y fué porque una vez, á pesar de su elocuente alegato, perdió un pleito, lo que le produjo tal irritación contra los jueces, que en señal de menosprecio les volvió la espalda, se levantó la ropa y les enseñó con desvergüenza el culo.

Ha sido necesario que pasen veinte siglos para que las mujeres vuelvan á ejercer funciones de abogado. Ya no hay peligro de que se repita el acto de Calpurnia: las mujeres modernas son más pudorosas.

Cuéntase de un ciudadano, que compró un cuervo y se lo llevó á su casa para cerciorarse por sí mismo de si es verdad ó no que los cuervos viven sobre doscientos años.

En un puente, cerca de la ciudad de Auxerre, cayó un carruaje al río y perecieron las quince personas que llevaba. Se procedió á la extracción de las víctimas y se sacó del río hasta diez y siete ahogados.

¡ Milagro ! decía con razón la gente.

¡ Y aun hay personas incrédulas que niegan los milagros !

Cruzando unos frailes españoles un campo de Extre-

madura, se propusieron divertirse á costa de los rústicos patanes. Como los frailes habían comido bien, estaban de buen humor. Uno de ellos le preguntó al labriego que parecía más bruto:

— Dime, ¿ qué hacéis en este país con los hijos de puta ?

— Los hacemos frailes, contestó el labriego.

El célebre parásito Montmaur, á quien se encontraba en todos los banquetes sin que se le hubiera convidado, les decía una vez á los compañeros de festín, que charlaban, reían y cantaban :

— ¡ Señores, un poco de silencio, que con ese ruido no sé lo que como !

Disputando una vez dos mujeres ordinarias, una de ellas cómica, le dijo la otra en son de menosprecio :

— ¡ Actriz !...

— *¡ Actroz !* replicó la actriz.

— ¡ Animal !

— ¡ Vegetal !

. . . .

Un abogado muy feo, de nariz muy achatada, leía con dificultad un documento cuya lectura se le había exigido por el tribunal.

Uno de los magistrados, con aire zumbón, le dijo :

— ¿ Quiere usted mis espejuelos ?

— De poco me servirán si usted no me presta su nariz...

La condesa de Sabrán, indignada ante el libertinaje escandaloso del regente de Francia, dijo una vez en plena

mesa de corte: « Es indudable que Dios, después de creado el hombre, se valió de los detritus para formar los príncipes y sus lacayos. »

Llamaba « lacayos » á los cortesanos del príncipe regente.

Un comerciante enriquecido á fuerza de fraudes y adulteraciones, invirtió una buena porción de su caudal en probar ó simular su nobleza. Llamábase Obregón, y hablaba continuamente de sus antepasados. El no se tenía por un Obregón cualquiera, sino por el más ilustre de los Obregones. Edificó una casa, y en el frontispicio mandó grabar las armas de su linaje con los siguientes versos:

Estas armas de Obregón
tan limpiamente grabadas,
hijas legítimas son
de las batallas ganadas
á los moros de Aragón.

Pero una mañana apareció el escudo cubierto de pura caca, y debajo decía:

Estas armas de Obregón
tan justamente encacadas,
hijas legítimas son
del aceite y el jabón
y otras cosas mal pesadas.

Cuando se publicó el *Numa Pompilio* de Florián, le preguntaron á una señora si lo había leído. Y contestó muy seria:

— No me gusta leer esas obras cuyo desenlace está

previsto. Acabará como todas las novelas: Pompilio se casará con Numa.

Al terminarse la construcción del Puente Nuevo, que hoy es el más viejo de los puentes de París, celebraron un banquete los ingenieros y las autoridades, apenas concluída la ceremonia oficial de la inauguración.

Pero antes de comenzar el banquete, los ingenieros se hicieron notar unos á otros la presencia de un individuo que, provisto de varios instrumentos, recorría toda la extensión del puente, observaba su altura, tomaba algunas medidas y apuntaba algo en un papel.

Creyendo que sería una persona inteligente y excitada su curiosidad, lo convidaron á comer.

Á los postres lo invitaron á exponer su juicio, á decir lo que se le ocurriera de la flamante obra, á señalar sus defectos, y él respondió con gravedad:

— Felicito á ustedes por la hermosa idea que han tenido de hacer el puente á lo ancho, porque si lo hubieran hecho á lo largo no lo acaban tan pronto.

Afortunadamente para el intruso, ya había comido.

Una señorita muy romántica se cayó al río y estuvo á pique de ahogarse. Pero un nadador la sacó á la orilla, desmayada, y así la llevaron á su domicilio.

Al día siguiente les declaró á sus padres que se casaría con su salvador.

— Imposible, hija mía, le contestó su padre, desecha esa idea.

— ¿Es casado?

— No.

— ¿Es el joven que vive en la casa de enfrente?

— No, hija mía, es un perro de Terranova.

Un granadero suizo, de centinela en el palacio real, tenía la consigna de no permitir la entrada á nadie. Preséntase un vecino y el suizo le dice, calando bayoneta :

— No se puede entrar en el palacio.



— Bien, replica el otro, pero yo no pretendo entrar en el palacio, sino salir de la calle.

— ¡ Ah ! si no es más que salir, entre usted.

Un poeta novicio obsequió á Pirón con un faisán. Al día siguiente se presentó en su casa, y al poco rato sacó del bolsillo una tragedia.

— ¿ Es la salsa del faisán ? le preguntó el autor de

la *Metromania*; pues si he de comerlo con esa salsa, os lo podéis llevar.

Un magnate le recordó á Chamfort la diferencia de categorías, y Chamfort, sin desconcertarse, le contestó:

— Sé lo que debo saber; pero tampoco ignoro que es más fácil estar encima de mí que á mi nivel.

— He recibido todos los sacramentos, decía un católico vanagloriándose, menos el del matrimonio.

— Sí, le replicó una duquesa famosa por su ingenio en la corte de Versalles, de ese no habéis recibido el original, ¡ pero habéis sacado tantas copias !

Hablábase en una reunión alegre, de la metempsicosis. Un banquero, creyendo decir un chiste, declaró que se acordaba de haber sido antes el becerro de oro. Y un chusco le respondió:

— Pues no habéis perdido más que el dorado.

Voltaire hizo un viaje secretamente á París, y al llegar á las barreras fué detenido por los empleados del resguardo, que le preguntaron si no llevaba en su coche algún artículo de los que pagan derechos:

— Señores, les contestó el filósofo, yo soy lo único de contrabando.

El matemático Bossut, cuando se estaba muriendo rodeado de su familia, no contestaba ni por señas á las preguntas y consuelos que se le dirigían. Entró Maupertuis, y al verlos á todos tan desesperados, declaró que él lo haría hablar. Y le preguntó:

— ¿ El cuadrado de doce ?

— Ciento cuarenta y cuatro, contestó Bossut.

Fueron sus últimas palabras.

En su lecho de muerte y rodeado de sus amados discípulos, dijo el filósofo Teofrasto :

— He cumplido ciento siete años; ¡ y voy á morirme ahora, que apenas empezaba á tener juicio !

El pintor Watteau se hallaba moribundo. Llega el confesor y le pone delante un crucifijo. Watteau lo mira y no le dice más que estas palabras :

— ¡ Qué mamarracho ! ¿ Y era artista el que lo hizo ?

En un salón cortesano se le preguntó á un médico célebre cómo no lo acompañaba cierto inseparable amigo suyo, su compañero de bromas y festines.

— Lo veré más tarde, respondió, estoy citado á las cinco para embalsamarlo.

— ¿ Eh ?

— Se murió esta mañana á las once.

Una frase de Voiture : « La belleza es una carta de recomendación que la naturaleza otorga á sus favoritos. »

En un lance á pistola, el crítico Sainte-Beuve se puso en guardia conservando abierto su paraguas en la mano izquierda. Lloviznaba un poco.

Los padrinos le advirtieron que cometía una irregularidad, y aun en perjuicio propio, ya que el paraguas facilitaba la puntería de su adversario.

Sainte-Beuve se obstinó en batirse con paraguas, diciendo á sus padrinos :

— He venido á recibir una bala, si me toca recibirla, pero no á coger un resfriado.

Ducis le decía á Chamfort : « Si Dios no manda otro diluvio, es porque ha visto la inutilidad del primero. »

Hay tres clases de amigos : los que nos quieren bien, los que no se cuidan de nosotros y los que nos detestan.

« De tal manera se distribuyen la censura y el aplauso, decía Turgot, que el hombre de bien prefiere ser difamado. »

Preguntáronle á Pope de qué manera lograba tener tantos amigos : « Por medio de dos axiomas, respondió : *Todo es posible; todo el mundo tiene razón.* »

Un sombrerero le presentó su cuenta á un duque y par de Francia. La cuenta era crecida, y el duque le preguntó al sombrerero :

— ¿ No habéis recibido ningún anticipo ?

— Sí, señor duque : el intendente me anticipó una buena bofetada.

En aquel tiempo, aun no había pasado por Francia el rasero de la guillotina.

Celebrábase en presencia de una dama el ingenio de un personaje que tenía bien poco. Y dijo ella : « Sí, sí, debe tener mucho, porque lo economiza. »

Un especulador, al recibir la noticia de haberle fraca-

sado un gran negocio, exclamó : «¡ Lástima grande, porque si el negocio cuaja habría ganado millones ! ¡ He perdido la ocasión de hacerme hombre de bien ! »

Cromwell, que era creyente y aun fanático, les decía á sus soldados :

« Rogad á Dios y conservad la pólvora bien seca. »

El mismo personaje, cuando á su entrada en Londres le hicieron observar la multitud de gente que había salido á verlo, contestó :

« No habría menos gente si me llevaran al patíbulo. »

Cuando el fabulista La Fontaine, completamente arrui-



nado, buscaba un asilo donde guarecerse, encontró á madama de la Sablière y ésta le dijo :

— Hace tiempo que no venís á mi casa...
— Allá iba, le contestó el fabulista.

Sartines, lugarteniente de policía, quiso una vez averiguar los nombres de los personajes que habían cenado la víspera con la célebre Sofía Arnould. Se presentó en su casa y le preguntó :

— ¿ Dónde cenásteis anoche ?
— No me acuerdo.
— ¡ Os acompañaban muchos ?
— Es verosímil.
— Habría personas de calidad...
— Probablemente.
— ¿ Cómo se llaman ?
— He olvidado sus nombres.
— Pues á mí me parece que una mujer como vos no debe de olvidar esas cosas.
— Es que yo no soy una mujer como yo, en presencia de un hombre como vos.

Á un hombre político español, que conspiraba contra su gobierno, le preguntó un amigo cuál era su plan.

— ¿ No se lo contarás á nadie ? le preguntó el conspirador.
— Á nadie.
— De modo que eres capaz de guardar un secreto...
— Sí.
— Pues yo también.

Y no le dijo nada.

El escultor Canova fué comisionado en 1815 para rescatar las obras de arte que el ejército de Napoléon había sacado de los museos de Italia. Y se dió á sí mismo el pomposo título de *embajador*.

Talleyrand dijo, al saberlo : « Es una « errata », ha querido decir *embalador.* »

Le preguntaron al mariscal Huxelles por qué no se había casado, y respondió que por miedo á tener hijos. Según decía, « jamás había encontrado ningún hombre de quien le hubiera gustado ser el padre ».

Un amigo le preguntó á Fontenelle, cuando estaba muriéndose :

— ¿ Cómo va eso ?

— Esto no va, se va, le respondió.

Un cura acompañaba con sus exhortaciones al músico Rameau, que se moría. El músico no contestaba una palabra. Las únicas que pronunció fueron éstas : « Me hacéis daño, señor cura, con esa voz de falsete. »

El gran Condé, cansado un día de que le repitieran sin cesar *vuestro señor padre, vuestra señora madre*, llamó á un sirviente y le dijo : « Señor lacayo, decidle á mi señor cochero que enganche mis señores caballos á mi señora carroza. »

He aquí la arenga de La Rochejaquelein á los realistas que combatían á sus órdenes : « Si avanzo, seguidme; si retrocedo, matadme; si muero, vengadme. »

Como ejemplo de testamento lacónico se cita el de un inglés acreedor del Estado, que murió en el siglo XVIII.

« No tengo nada, debo mucho, y el resto para los pobres. »

Un viejo cabo de mar, gallego, que servía en la corbeta *Ferrolana*, les daba tratamiento de *usía* á los

guardias marinas y á los demás subalternos oficiales. Uno de éstos le dijo :

— ¿ Pero no sabe usted que no tengo tratamiento ?

— Sí sé, sí sé, respondió el gallego, más siempre gusta.

Arengaba Amable Escalante al pueblo de Madrid, desde un balcón muy alto, el 29 de septiembre de 1868. El pueblo no entendía lo que decía el orador, así por su escasa voz como por la distancia; pero lo aplaudía como si lo oyera.

Y todo su discurso, si hemos de creer á los que en el balcón se pusieron á su lado, se redujo á repetir cuarenta y cinco veces las palabras que siguen : « ¡ Mi padre fué liberal, mi abuelo fué liberal, yo soy más liberal que mi padre y que mi abuelo ! » Cansado al fin de repetir la frase, tan aplaudida por la multitud, acabó con este apóstrofe, no menos aplaudido : « Amado pueblo, ¡ el que no te conozca que te compre ! »

Una señora francesa, leyendo una novela romántica, no pudo acabar la lectura de un capítulo en que dos enamorados se decían ternezas. Y arrojó el libro diciendo : « ¡ Tanto hablar estando solos !... ¿Qué diablo esperan? »

Madama de Sevigné le preguntó á Menage cómo estaba de salud. Y él le contestó :

— Me siento resfriado.

— Yo también *la* estoy, dijo ella.

— Paréceme, señora, le replicó Menage, que debe decirse *lo estoy*.

— Decidlo como queráis, añadió madama de Sevigné; pero por mi parte, creería tener barbas si no lo dijera tal como lo he dicho.

Un sujeto que presumía de purista en el lenguaje, y muy rebuscador de expresiones, dijo en la mesa del hotel :

— Esta carne está incocida.

— Es un incuido de la cocinera, le contestó en el acto el mozo de comedor.

— ¡ Ay, Julia! exclamaba sentimentalmente un joven enamorado, ¡ me quitaré la vida la primera vez que me digáis tal cosa!

— ¿Y la segunda? dijo ella.

La marquesa de L..., cuyo marido era famoso por feo, tuvo un hijo precioso. Y ella misma decía, cuando lo miraba : indudablemente, yo me he dormido alguna noche en esas antesalas.

En uno de sus sermones dijo un predicador : « Admiremos á la Providencia, que ha puesto los ríos próximos á las ciudades. »

No era menos sabio un negociante español, que al desembarcar en el muelle de Montevideo, exclamó con grotesca seriedad : « ¡Qué admirado se quedaría *Colón* cuando al llegar *aquí* se encontró con una ciudad tan grande y tan hermosa! »

El abate Prevot fué nombrado capellán del príncipe de Conti. El príncipe le dijo :

— Señor abate, habéis querido ser mi capellán y os he nombrado; pero os advierto que yo no tengo costumbre de oír misa.

— Ni yo tengo costumbre de decirla, respondió el abate.

Un personaje entró á cazar en las posesiones de un magnate. Avisado por los tiros, no tardó en aparecérsele el guarda. Éste le preguntó con qué derecho se permitía cazar, y el cazador le respondió con aire de superioridad y de insolencia :



— ¡Con el derecho de pernada!

— Está bien, contestó el guarda, usted dispense, yo no lo sabía.

Al empezar la campaña de Marruecos se presentó al general Prim un oficial muy joven, solicitando el honor de ser uno de sus ayudantes.

— ¿Lo ha pensado usted bien? le preguntó el general.

— Sí, mi general.

— Le advierto á usted que á mis ayudantes les exijo que lleguen adonde llego yo.

— Eso es poco para mí; yo llegaré más allá, contestó el oficial barbilampiño.

Iba un hombre por la calle, muy preocupado y con la cara muy triste, cuando un convecino suyo se acercó á preguntarle qué tenía y cuál era la causa de su tristeza.

— Tengo deudas y no puedo pagarlas, respondió el interpelado.

— ¡Bah! ¿y eso os preocupa? Quien debe cavilar sobre ese punto no es el deudor sino el acreedor.

Y le recordó al cuitado unos antiguos versos :

Lleno de deudas García,
con los deseos mejores
en su cama discurría
cómo y cuándo pagaría
á sus muchos acreedores.
Mas cansado de pensar
en el asunto una hora,
dijo dispuesto á roncar :
¡que piensen ellos ahora
de dónde lo han de cobrar!

El gran Schiller, en su *Historia de la guerra de Treinta años*, dice al hablar del asesinato de Wallenstein : « Desde el profeta Samuel, la experiencia ha demostrado que todos los que no viven en paz con la Iglesia acaban de una manera trágica. ¿Por qué ni cómo había de librarse Wallenstein de ese destino común? »

En un día de lluvia y del consiguiente barro, se guareció un *petit-maître* — un gomoso que diríamos hoy — en las arcadas de una plaza pública. Pasó por delante

un sujeto mal vestido, y queriendo ó sin querer lo salpicó de barro. El gomoso hecho una furia, porque el transeunte le había manchado las medias, le dirigió un improperio y aun le amenazó con su bastón. Detiénese el otro, lo sujeta por el brazo y le dice con la mayor



calma : « Hágame usted el obsequio de aceptar estas monedas de cobre, ya que dispongo de los cinco sueldos que costará lavar un par de medias y no de las cien libras que me costaría la fuga si lo matara á usted. »

Cuando el caballo de un coche de alquiler sale á galope, ¿no se admira todo el que lo ve?

Pues aun es más admirable un rasgo de ingenio en los labios de un tonto.

Pero ambas cosas suceden, aunque de tarde en tarde.

Copla antigua (y moderna) :

No debas á gente vil,
que mientras estés debiendo
se cobrarán en tu fama,
y por último en dinero.

Ha dicho un pensador: « No creen en el cielo más que los poetas y otras personas ignorantes. »

Sin embargo, poeta era el que dijo :

« ... Ese cielo azul que todos vemos,
ni es cielo ni es azul. ¡ Lástima grande
que no sea verdad tanta belleza ! »

Disputando una mujer con el cura de su pueblo, llegó el cura á decirle en un momento de cólera : « ¡ Cállese usted, gran p... »

Y la mujer, no menos enfurecida, se dirigió á las personas presentes diciéndoles á voces : « ¡ Ustedes son testigos de que el señor cura revela mi confesión ! »

Departían amigablemente el cura y el sacristán. Hablaron de muchas cosas, y al tocar el capítulo de faldas, el primero le preguntó al segundo :

— ¿ Con cuántas mujeres del lugar, sin contar la tuya, has tenido relaciones?

— Señor cura, se lo diré con franqueza ; las he tenido

con todas, con las treinta y seis. ¿Y usted, señor cura?

— Yo... con treinta y siete.

Un joven instruído, pero tan modesto como debe serlo toda persona sensata, había guardado silencio en una reunión de literatos y de profesores. Su padre, sintiendo que el joven no hubiera hecho gala de sus conocimientos, le preguntó al salir de la reunión por qué no había dicho nada. « Temí, contestó el discreto joven, que al hablar de lo poco que sé me interrogaran acerca de lo mucho que ignoro. »

Á un mismo tiempo se prohibieron en Suiza *La Doncella* de Voltaire y *El Ingenio* de Helvecio. El magistrado de Basilea que debía embargar las obras, ofició al Senado: « En todo el cantón no se ha podido encontrar ingenio ni doncella. »

En época de revueltas políticas y de sangrientas luchas en España, el alcalde de un pueblo de la serranía de Ronda ofició al gobernador de la provincia en los términos siguientes :

« Á las nueve salió de aquí la partida federal ; antes de las diez pasó la columna de carabineros que va en su persecución. Yo creo que si los de atrás se juntan con los de *alante*... Dios guarde á usía muchos años. »

Un escritor que andaba en rivalidades literarias con Voltaire, tenía un hermano espadachín. Este último le escribió á Voltaire anunciándole que iba á cortarle las orejas. Y Voltaire, con tal motivo, le decía á Choiseul en una carta :

« Esa familia parece que la ha tomado con mis orejas.

Uno de los dos hermanos me las mortifica treinta años ha; el otro quiere cortármelas. Hacedme el favor de librarme del espadachín que yo me encargo del *latero*. Necesito mis orejas para oír las maravillas que se os atribuyen y todo el mundo os aplaude.»

Voltaire, que era sin duda un grande hombre, también era cortesano y aduladorcillo.

Á una joven artista de la Ópera, que se hallaba en cinta por primera vez, le preguntó el empresario quién era el autor de tamaña fechoría. Y ella respondió con naturalidad: «Unos caballeros que usted no conoce.»

La Gossu, actriz de fama en su tiempo, se enfureció al verse embarazada; era la primera vez. Y decía con gesto amenazador: ¡Ah... si yo supiera quién ha sido!

Lord Byron solía decir que Ginebra es una caverna de gente honrada. Y el gran duque Leopoldo, al hablarse de los disturbios de la misma ciudad, decía que eran tempestades en un vaso de agua.

Discutiendo Fernández y González, el popular novelista, con un amigo suyo, le decía éste:

— Don Manuel, yo respeto su opinión; pero, á mi juicio, el primer poeta del siglo es Víctor Hugo.

— ¡Jamás!... El primer poeta del siglo XIX, es Schiller.

— Usted dirá lo que quiera; yo, cuando se habla de Víctor Hugo, me quito el sombrero.

— Y yo, cuando se habla de Schiller, me quito el cráneo.

Es de advertir que Fernández y González era un gran poeta, un escritor genial, un crítico de talento; pero que no conocía de Schiller más que el nombre.

Á un hombre casado con una mujer honrada, guapa, elegante y distinguida, le censuraban sus amigos el que se hubiera separado de ella. Y él, por toda respuesta, los decía mostrándoles un pie : « Aquí veis un zapato muy bien hecho, pero no veis donde me lastima. »

En efecto, *más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena*.

Y por lo mismo, en los asuntos domésticos, en las cosas íntimas, en los secretos personales, no hay amistad que autorice á nadie para intervenir : *Cada uno en su casa y el sol en la de todos*.

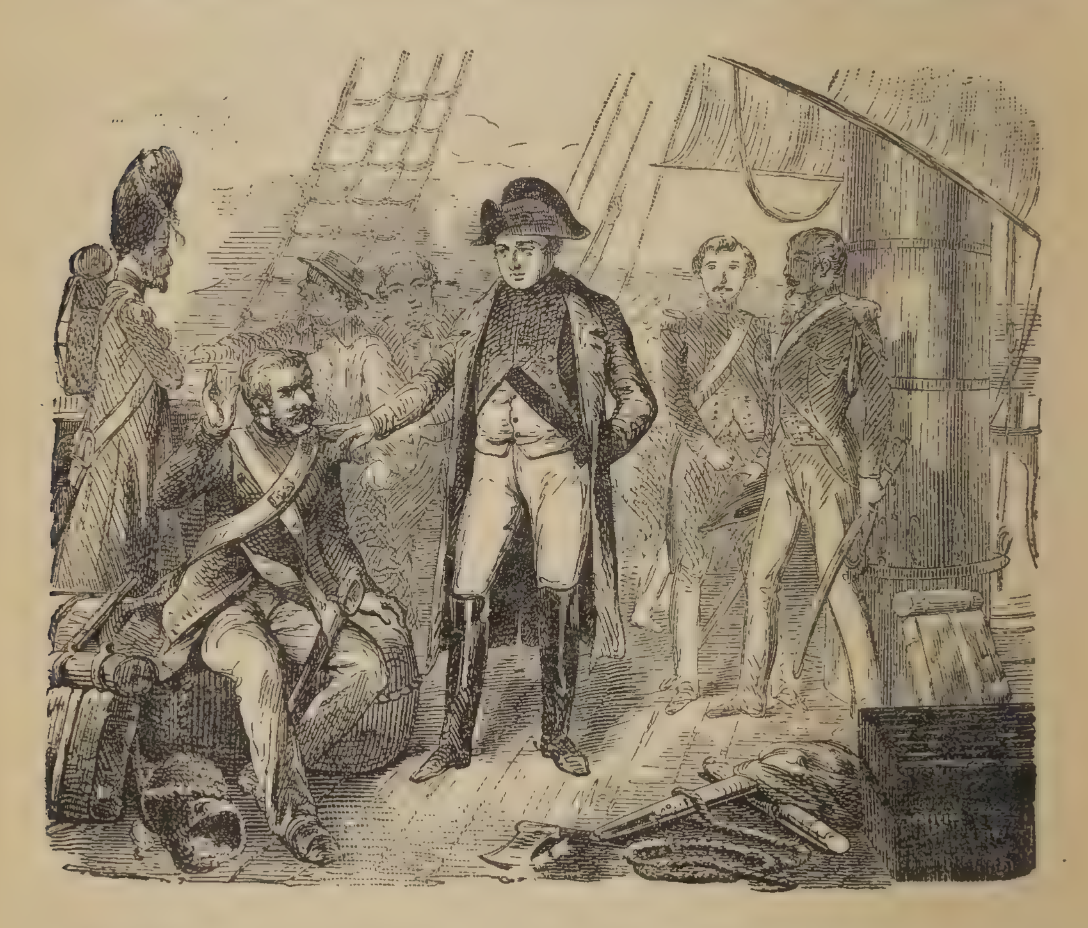
Luis XIV le presentó á Boileau unos versos que había hecho, y le exigió que le dijera qué tal le parecían. He aquí la respuesta de Boileau : « Señor, estoy admirado; para Vuestra Majestad nada es imposible; ha querido hacer unos versos malos y los ha hecho : no pueden ser peores. »

Una mujer despechada le reveló á un general del imperio que su mujer lo engañaba con Murat. El marido se quejó, no á Murat, sino á su cuñado, al mismo emperador. Y Napoleón, con toda su autoridad imperial, lo mandó á paseo diciéndole estas palabras : « No tendría tiempo de pensar en los asuntos del Estado si me ocupara en defender á todos los cornudos de mi corte. »

Madama de Maintenón cuenta en una de sus cartas que algunos campesinos le manifestaron temores por su

salud, y aun por la del rey, con motivo de una epidemia bovina que estaba haciendo estragos.

El bergantín *Inconstante*, en el cual se escapó Napoleón de la isla de Elba en 1815, apenas tenía cabida suficiente para contener los quinientos hombres que llevaba. La aglomeración de gente impedía las maniobras, y el capitán Sari le dijo al emperador que no podía levar



anclas sin exponer á las personas que se hallaban en el puente.

El emperador, que en aquella travesía dió constante muestra de animación y actividad, se encaminó por sí mismo á los grupos que estorbaban, para ordenarles que se apartaran pronto del cabrestante y que se comprimieran.

Á los oficiales y personas distinguidas les decía bruscamente : « ¡Ea, señores, alejaos! » Á los veteranos de las clases inferiores, á sus viejos soldados, les hablaba individualmente, diciéndole á cada uno con acento cariñoso : « Vaya, amigo, retírate de aquí; estás mal colocado; te expones á que te rompan una pierna; hazme el favor de apartarte, que luego volverás. Para todos y para cada uno usó una expresión benevolente.

Alguna persona de su séquito le hizo notar la diferencia de formas que empleaba, no comprendiendo que fuera más cortés con los soldados que con los oficiales. « Esa diferencia, dijo el emperador, está justificada : más consideraciones debo á esos hombres que arriesgan y dan su vida por veinte céntimos, que á los que la juegan por los honores, la fama y la fortuna. »

Un inglés que en 1834 se paseaba por las calles de París, vió que el dependiente de una botillería estaba colocando en la vitrina, de una manera muy visible, una botella cubierta de polvo y de telarañas. Encima de ella puso una tarjeta que contenía estas palabras : *Jerez, 1750*.

El inglés entró, pagó por la botella un precio exorbitante y mandó que se la destaparan con ánimo de bebérsela allí mismo.

Pero al salir el tapón vió con espanto que de la botella salía volando una mosca...

Nada más gracioso que leer en los diarios europeos, singularmente en los de Francia y España, y no solamente en diarios sino en revistas y libros, las noticias y los hechos que se refieren á América. Es un desconocimiento inverosímil de la política, de la geografía, de la

historia y de los personajes. Todo lo americano, particularmente en lo tocante á la América latina, es más desconocido que lo que sucede en el Japón, en Siberia ó en Australia.

Recientemente decía un periódico español :

« Espartero, último virrey del Perú... » Espartero estuvo en el Perú cuando era comandante de infantería, y nunca fué virrey.

Un periódico francés, hablando del bloqueo de Venezuela por ingleses y alemanes, escribía : « Están bloqueados los puertos de la Guayra, Maracaibo y otros, pero todavía no lo están *Buenos Aires* y los demás ¡ del Pacífico!

Hemos leído lo siguiente : « Los insurrectos de Cuba, en su marcha ofensiva hacia el Oeste, han obligado á Martínez Campos á buscar un refugio en las selvas del Orinoco. »

Grandes personajes, hablando de la inmensa República Argentina, suelen decir : « Esa pequeña república... »

Otros imaginan que el Chaco es un volcán, el Cotopaxi un río y el Tequendama un dictador.

En cierta novela se habla de un viajero que atravesó el Atlántico y fué á desembarcar en la ciudad de ¡ Puebla!

Y de otro que al llegar á Méjico almorzó ¡chinampas!... El autor querría decir *enchiladas*.

Un literato español hablaba en un libro de las *plumas de gacela*.

Un escritor francés estampaba en otro libro : « La langosta, ese cardenal de los mariscos, ese prelado del mar... » Creería sin duda que la langosta en el mar tiene el mismo color que después de cocida.

Y un periodista parisiense, cuando el doctor Baudens se jactaba de enderezar los ojos de los bizcos, publicó el suelto siguiente :

« El doctor hace furor; no se habla de otra cosa; es un delirio. Conozco á una dama que ha venido de Burdeos para gozar de las ventajas del estrabismo. »

Tomaba el nombre de la enfermedad por el de la operación. Es como si hubiera dicho : « Conozco á una dama que ha venido á París desde Burdeos para tener el gusto de que la dejen bizca. »

Hablaba un día Luis XIV del poder absoluto de los reyes sobre sus vasallos, afirmando que no tiene límites. El conde de Guiche se atrevió á decirle que todo poder es limitado. Insistió el rey, diciéndole al conde : « Si yo os mando arrojaros de cabeza al mar, debéis hacerlo en seguida. » El conde, sin replicar, se dirigió á la puerta.

— ¿Á dónde vais? le preguntó el rey admirado.

— Señor, contestó Guiche, voy á aprender á nadar.

Se acusaba á un alto funcionario de venal y corrompido. Otro personaje quiso defenderlo; no negaba sus delitos, porque eran bien notorios, pero aseguraba que todo hombre se vende. « Cada hombre tiene un precio, decía : el que no se vende por un millón se venderá por dos; el que no lo haga por dos lo hará por cuatro ó por cuarenta. El que, por excepción, no prevarique por ningún dinero, lo hará por una joya, por una mujer, por un caballo, tal vez por una lisonja. »

Por eso un chino residente en Manila se vanagloriaba de conseguir monopolios y toda suerte de negocios ilegales, sobornando á las gobernadores. Y decía :

— Yo les ofrezco *palata* (plata).
— ¿Y si no la admiten?
— Más *palata*.
— ¿Y si no quieren?
— Más *palata*.
— ¿Y si se enfadan de veras?
— Más *palata*.

. . . .

Oyendo hablar La Fontaine de lo que se padece en el infierno, de los sufrimientos de los condenados en las eternas llamas, observó juiciosamente : « Yo estoy seguro de que acabarán por acostumbrarse; al fin estarán entre las olas de fuego como el pez en el agua. »

En todas partes se ven anuncios grotescos, epitafios ridículos y muestras insensatas.

Una confitería de Cuba tenía la muestra siguiente :

La Superfirilitica.

En una mercería de cierta ciudad de España, escribieron por muestra lo que sigue :

La equidad recompensada ó viva Isabel II.

Y en cierta nevería :

Helados al vapor por el sistema de Copérnico.

Copiamos de las poesías de Homero :

Una conocida mía
se ríe y hasta se mea,
porque se llama Sofía
y la llamamos *so fea*.

(El autor se llama don Homero Sánchez y vive en Barcelona.)

Un maestro de escuela, muy devoto, enseñaba á sus discípulos á terminar toda frase con las palabras *si Dios quiere.*

— ¿ Qué hora es?

— Las ocho si Dios quiere.

— ¿ Dos y dos?

— Cuatro si Dios quiere.

Naturalmente, resultaron ateos casi todos sus discípulos.

El inmortal autor del *Espíritu de las leyes* traza el cuadro de las cortes regias en los términos que siguen:

« La ambición en la ociosidad, la bajeza en el orgullo, el deseo de enriquecerse sin trabajo, la aversión á la verdad, la adulación, la traición, la perfidia, el abandono de todos los deberes, el desprecio de todas las virtudes, el temor de que el príncipe sea justo, la explotación de sus vicios y la burla perpetua de todo lo que es honrado, forman el carácter de casi todos los cortesanos en todos los tiempos y en todos los países. »

El ejército republicano, derrotado en Torfou por los realistas en 1793, hubo de ponerse en retirada acosado por los vencedores. Charette y Bonchamps mandaban á los realistas. El general republicano Kleber llamó al teniente coronel Schouardin y le dijo: « Tomad una compañía de granaderos y haceos matar hasta el último defendiendo ese barranco. Si el enemigo lo pasa antes de una hora, sucumbirá todo el ejército. »

— Salvaré á mis camaradas, respondió el teniente coronel.

Saludó al general, ocupó la orilla del barranco, y allí murieron él y sus cien granaderos defendiendo la República.

Hay personas que se someten voluntariamente á la más humillante servidumbre, y aun se enorgullecen. Los monarcas tienen criados que se llaman *alta servidumbre,* como si toda servidumbre no fuera baja y vergonzosa. Ya lo dijo Pi y Margall en un discurso parlamentario, hablando de los personajes palaciegos : « Galón más ó galón menos, pluma menos, pluma más, todos son lacayos despreciables. »

Uno de los filósofos que solían acompañar á Federico II, aquel famoso rey de Prusia y de la táctica, le preguntó una vez :

— ¿ Qué haría Vuestra Majestad si todos sus soldados se volvieran locos?

— Más grave sería que se volvieran cuerdos, contestó el monarca.

Lo mismo que el rey filósofo decía de sus ejércitos, piensan de los pueblos sus explotadores.

¡ Ay de ellos el día que los pueblos tengan buen sentido y los hombres se cansen de que los exploten !

Un titulado economista, muy conocido en Madrid no tanto por economista como por embustero, decía que en la sala de su casa cabían holgadamente cuatro mil personas. Hablaba, además, de su biblioteca, su museo, su cuarto de baño y su billar. Á sus contertulios les llamaba la atención que con tantas comodidades se pasara la vida en el café. Un día consiguieron, con rebuscados pretextos, introducirse en su casa, y vieron un largo

corredor con varias puertas cerradas, en todas las cuales había sendos letreros: *Baño*, *Museo*, *Biblioteca*, *Laboratorio*. No eran sino alcobas obscuras y vacías.

Al fin del corredor encontraron abierta la gran sala; era una pieza modestamente amueblada y de reducidas dimensiones.

— Pero vamos á ver, le dijo uno de los visitantes, ¿es ésta la sala en que caben cuatro mil personas?

— Y más, contestó el economista, pero han de venir de tres en tres (1).

Una elegante señora, á quien seguía su criada, pasó por un sitio en que estaba un soldado de centinela. Y al comparar el soldado el rostro marchito de la elegante dama con las lozanas mejillas de la doméstica, no pudo menos de decir: « Más me gusta el rabo que la cometa. »

Un perro mordió el pantalón de un soldado, y éste lo pinchó con la punta de la bayoneta. Lo vió la dueña del perro, y enfurecida le gritó al soldado:

— ¡ So bruto! ¿no podía V. haberlo separado con la culata?

El soldado le respondió con su marrullera lógica de infantería:

— Pues *resurta* que como el animalito no me ha *mordío* con el rabo...

Un conocido millonario iba á pie por la acera de una calle de la Habana, cuando un joven de buena presencia, pero mal vestido y aun con cara de hambre, se le puso delante pidiéndole un socorro.

(1) Rigurosamente cierto.

En aquel momento pasaba per allí un bohemio no menos conocido, y oyó que el millonario decía hipócritamente :

— No puedo... no puedo... no tengo nada...

— Pues ahí va un peso para los dos, dijo el bohemio sacando su moneda del bolsillo.

El comandante de un buque de guerra echó de menos una tetera de plata y llamó al encargado de su conservación, preguntándole :

— ¿Sabe usted dónde está la tetera?

— Sí, señor.

— Creí que se había perdido.

— No, señor.

— Tráigala usted.

— No puedo, mi comandante.

— ¿Por qué?

— Porque está en el fondo del mar; en un descuido que tuve se me cayó.

— ¿Pues no dijo usted que no se había perdido?

— No está perdida una cosa cuando se sabe dónde está.

Al recibir su licencia un soldado cumplido, fué á despedirse de su sargento primero y le dijo con cierta vanidad :

— Mi primero, tengo la *sastifación* de marcharme del servicio *melitar* sin que en los ocho años de servicio me hayan dado un palo.

— ¡ Ah, pues eso no lo dirá ninguno de mi compañía ! exclamó el sargento echando mano á la vara.

Y sin más ni más le atizó la gran paliza.

Un recluta le escribió á su padre contándole sus cuitas

y acabó la carta haciéndole una súplica : « Si ve usted á mi novia, hágame usted el favor de manifestar*la* que siempre *lamo* y *lastimo.* »

Cuando ocurrió entre España y Alemania el conflicto de las Carolinas, escribió á su pueblo un cabo de cazadores : « Ya sabréis que ha estado aquí un principote alemán, y con todo y haberle dado serenatas y meriendas, *lo cual que* á nosotros también nos *daron* un rancho con chorizo, en cuanto que se ha ido á Alemania nos ha quitado unas islas Carolinas. *¡ Pa* fiarse de *franchutes !* »

Contaba don Eulogio Florentino Sanz, autor del hermoso drama *Don Francisco de Quevedo* y buen traductor de poesías alemanas, que cuando fué cónsul de España en Hamburgo recibió la visita de un negociante judío con quien sostuvo el diálogo siguiente :

— Señor cónsul, yo creo que un español tan distinguido no fumará el tabaco malo que se vende por ahí. Vengo á ofrecérselo de lo mejor, de la Habana.

— Si es legítimo, será usted mi proveedor.

— ¡ Ya lo creo que es legítimo !... Puede verlo el señor cónsul...

Y al decir esto, le presentó una caja de cigarros en cuya tapa decía :

Brevas de Cabanas.

Don Eulogio le devolvió la caja sin abrirla, diciéndole :

— Llévesela usted ; no es de la Habana.

— Ahora reconozo, le respondió el judío, que el señor cónsul entiende de tabacos... Éstos, á la verdad,

no son legítimos; pero creyendo habérmelas con un fumador vulgar, los he traído. Yo le presentaré al señor lo mejor que fuman las testas coronadas...

— Bueno, pero ya sabe usted que yo sé distinguir...

— ¿Me permite el señor cónsul que le haga una pregunta?

— Hágala usted.

— ¿Cómo ha conocido, sin abrir la caja, que estos cigarros no son buenos?

— Pues mire usted: si esos tabacos fueran de Cuba, estaría en espanol lo que hay escrito en la tapa. No diría *brevas de Cabanas,* sino de *Cabañas.*

— Muchas gracias, señor cónsul; mañana volveré.

Y en efecto, al día siguiente volvió el activo negociante con cien cajas de puros, en todas las cuales se leía:

TABACOS HABAÑOS

Dos individuos se encontraron frente á frente, á media noche, en una callejuela de París, y uno de ellos le dijo al otro: « La bolsa ó la vida. »

— ¡Qué casualidad! le contestó el segundo: es lo mismo que iba á tener el honor de deciros...

El poeta Bret, autor de unos comentarios sobre Molière, que son estimados todavía, fué á ver en su juventud á un hidalgüelo de provincia que vivía con sus blasones, sus pergaminos y su orgullo en un castillo gótico. Muy poseído de sus títulos y de su riqueza, dejó entender al joven que esperaba de él testimonios de respeto rayano en servilismo. Llegó á decirle que sus vasallos no se cubrían ni se sentaban en su presencia. « ¡Diablo! dijo Bret calándose el chapeo y tomando una

silla, ¿es que esas gentes no tienen cabeza ni culo? »

Decía Bacon : « Todas las edades son buenas para casarse, pues las mujeres son nuestras queridas en la juventud, nuestras compañeras en la edad madura y nuestras nodrizas en la ancianidad. »

*
* *

Swift no era totalmente de la misma opinión, pues cuando le aconsejaban sus amigos que aplazara la boda de su hijo hasta que tuviera más dicernimiento, les decía : « Cuando tenga más discernimiento no se casará. »

Me gusta la pereza de las personas de ingenio, decía el príncipe de Ligne; pero la pereza de los tontos se parece á la de los lacayos, que los hace envidiosos, embusteros é insolentes.

Un hombre casado concurría todas las noches á la tertulia de la señora R... Así pasó veinte años. Enviudó; todos creían que se casaría con aquella dama, sus amigos se lo aconsejaban. « No lo haré, decía, porque si me caso con ella, ¿dónde pasaré las veladas?

Un italiano, en vísperas de casarse, encomendábase á Dios en estos términos :

« ¡Dios mío, que mi mujer no me engañe ; si me engaña, que yo no lo sepa ; si lo sé, que no me importe !»

Mirabeau y Sieyes trataban de las muertes célebres

cuyo relato nos ha transmitido la antigüedad. Disertó largo rato Mirabeau con su habitual elocuencia, recordando el puñal de Lucrecia, la cicuta de Sócrates, la espada de Catón. « Habéis hablado muy bien, le dijo Sieyes; pero esos grandes personajes se hallaban sostenidos por grandes pasiones. Los miraba todo un pueblo; y presentían, saboreaban la admiración de la posteridad. Hay otra muerte de más grandeza moral, que revela mejor temple de alma en su misma sencillez...

— ¿Y cuál? interrumpió el preopinante.

— La muerte del infeliz soldado, á quien la metralla hiere y mutila en el campo de batalla; lo conducen en una carreta cuyas sacudidas le producen horribles sufrimientos, lo abandonan en un hospital de sangre, donde á veces no hay un cirujano que cure sus heridas, ni una venda que contenga la hemorragia, ni un vaso de agua para mitigar su sed. Es un hombre que ha vivido obscuro y muere ignorado, lejos de sus parientes ó de sus amigos, sin consuelo, sin socorro y... ¡sin quejarse!

— ¡Ah! exclamó el tribuno, ¡quizá tengáis razón!

Una vez paseaba por el campo el gran naturalista Buffón en compañía de varias personas, entre ellas una señorita de muy poca edad. La señorita le preguntó qué diferencia hay entre un toro y un buey. « Señorita, le contestó el sabio, ¿veis esos terneros que saltan y retozan? Pues bien, los toros son sus padres y los bueyes son sus tíos. »

Madama de Stael, discutiendo con Fox sobre política, le dijo que la constitución inglesa le gustaba mucho. « Será sin duda por el *Habeas corpus* », le dijo sin malicia el orador inglés.

Conversando un inglés con un francés, dijo el segundo :

— De lo sublime á lo ridículo no hay más que un paso.

— *Yes*, dijo el otro : el paso de Calais.

Contábase que los lobos habían devorado á un fraile. « ¡ Pobres animales! exclamó Sofía Arnould, ¡ qué hambre tendrían ! »

La Academia francesa, decía Voltaire hace ya más de cien años, es una corporación en la que ingresan hombres de Estado, títulos, prelados, jurisconsultos, geómetras y *hasta literatos*.

Un día en la Academia francesa ocupó Benserade la silla de Furetiere, á quien no estimaba, y al sentarse dijo : « En este sitio diré muchas bobadas. »

— Adelante, que empezáis muy bien, le dijo Furetiere.

El conde de Charolais encontró con su querida al duque de Brissac, y le dijo : « ¡ Salid ! » Brissac le contestó : « Vuestros antepasados no hubieran dicho salid, sino salgamos. »

Sir Edward Russel, almirante de la escuadra inglesa del Mediterráneo, ofreció un ponche el 25 de octubre de 1694. El lugar escogido era un jardín, en cuyas frondosas avenidas de naranjos y de limoneros se colocaron las mesas para los invitados. En el cruce de las avenidas había un estanque grande, el cual sirvió de ponchera. Después de vaciarlo y de cubrirlo con un

dosel para resguardarlo del sol ó de la lluvia, se llenó el estanque poniendo en él los ingredientes que siguen : cuatro barricas de aguardiente, ocho pipas de agua clarificada, veinticinco mil limas, ochenta pintas de jugo de limón, trece quintales de azúcar, cinco libras de ca-



nela, trescientos bizcochos y diez barriles de málaga. Se había construído un bote de madera fina, en el cual embarcó un grumete de la escuadra, y bogaba en la ponchera sirviéndoles el ponche á los convidados, que eran seis mil.

Muerto el caballo favorito de un emperador de China por negligencia de un escudero, se enfureció tanto el emperador que quiso matar él mismo al infeliz culpable.

El mandarín Yent-Si pudo parar el golpe, interponiéndose entre el monarca y la víctima y diciendo estas palabras : « Señor, este hombre no puede morir sin que se le notifiquen su crimen y su pena. »

— Pues bien, notifícale que va á morir y explícale la causa.

— Escucha, miserable, dijo el mandarín dirigiéndose al desgraciado escudero, oye la serie de crímenes que has cometido : primero, has dejado morir un caballo que nuestro señor te había confiado á ti; segundo, eres culpable de que nuestro señor haya tenido una furia tan grande, que ha querido matarte por su mano como si fuera un verdugo; tercero, has sido causa de que nuestro señor haya estado á punto de deshonrarse ante el mundo y la historia, matando á un hombre por un caballo. De todos esos crímenes eres culpable, bandido, y mereces la muerte.

— Que se vaya, dijo el emperador, yo se lo perdono todo.

El general Espartero, el vencedor de Luchana, el hombre más popular de España que le debía la pacificación, hubo de emigrar á Londres en 1843. Á su regreso estuvo en Madrid, de paso para Logroño, y observó que un general moderado, uno de aquellos que todo se lo debían, se hacía el distraído al verlo, mirando á otro lado para evitar el saludo.

Espartero se le acercó, le tocó en el hombro suavemente y le dijo sin aparente enojo : « Compañero, está usted haciendo ahora lo que ha hecho siempre : volver la espalda al enemigo. »

Habíase enriquecido un abate francés, que antes era pobre, y andaba siempre en carruaje por las calles de

París. Un día encontró á su paso á un antiguo camarada que caminaba á pie. Mandó que parase el coche é invitó á su amigo á que subiera.

— Ya veo, le dijo su compañero al sentarse, que no te ha desvanecido la fortuna y que te acuerdas aún de tus camaradas de otro tiempo.

— No, respondió el abate; yo te respondo de mí hasta... diez millones.

— ¿Qué traes ahí? le preguntaba un individuo á otro que escondía un objeto debajo de la capa.

— Traigo un puñal.

Reconocido el segundo por el primer personaje, vió éste que el puñal... era una botella. Se la arrebató, se bebió su contenido y se la devolvió diciéndole:

— Toma la vaina.

Dos hermanos de madre que no se habían visto nunca y se habían buscado inútilmente, se encontraron por fin en el sitio de Bonnel. Ambos eran soldados en los tercios españoles. Uno de ellos, Hernán Díaz, oyó que á otro lo llamaban Enciso, precisamente el apellido de la madre común. Acercóse á él, y no tardaron uno y otro en convencerse por sus explicaciones de que eran los dos hermanos. Se abrazaron, y en aquel momento una bala de cañón se llevó las dos cabezas, cayendo ambos cuerpos abrazados.

Tal fué el suceso de los hermanos Enciso, cantado por los poetas y registrado por los cronistas de las guerras de Flandes.

Un italiano odiaba mortalmente á un compatriota y rival suyo. Había jurado matarlo por su mano, y al saber que estaba peligrosamente enfermo, temió no

poder cumplir su juramento, se metió en su casa, llegó hasta su cama y lo atravesó con un cuchillo.

Según los médicos, debió su vida á la mucha sangre que perdió. Fué salvado por su propio asesino, pues la enfermedad era mortal.

El gran Carnot decía de Talleyrand : « Desprecia tanto á los hombres por lo mucho y bien que se ha estudiado á sí mismo. »

Un lord inglés, muy ambicioso, deseaba que su rey le confiriera una embajada; pero sus orgullo no le permitía solicitarla: quería que el rey adivinara sus deseos. Un día le preguntó el rey si hablaba el español; creyéndose ya futuro embajador en Madrid, le contestó: « No, Majestad, pero lo hablaré de aquí á tres meses. »

En efecto, aquel mismo día buscó maestro, estudió sin descanso, y antes de cumplirse los tres meses le dijo al rey :

— Señor, estoy á las órdenes de Vuestra Majestad: ya sé español.

— Pues leed *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, que debe de leerse en español, porque las traducciones son insuficientes.

Dos mujeres supersticiosas fueron á un manicomio para que un loco les dijera tres números, con lo cual pensaban ellas que les iba á tocar la lotería.

Al primer loco que vieron le suplicaron que escribiera en un papel tres números. El loco así lo hizo ; pero en lugar de darles el papel, se lo tragó. Y con gran formalidad, les dijo : « Si os interesa conocer mis tres números,

volved mañana á esta hora, que ya habrán vuelto á salir y no por donde han entrado. »

Pirón había escrito una oda contra la Academia. Algunos años después, cuando era candidato para una vacante en la Academia misma, la mayor parte de los académicos se negaban á votar en su favor. Consultado Fontenelle, que tenía cerca de noventa años, dijo con sinceridad : « Antes de admitirlo ó rechazarlo, debemos averiguar si la oda es suya ; y si en efecto es suya, no hay más remedio que admitirlo, porque es muy buena ».

Al preguntarle á Esopo cómo podía ser tan honrado, contestó : « Haciendo lo contrario de lo que hacen los otros. »

Hay hombres que fundan su vanidad en cualquier majadería y tontos que se engríen por cualquiera habilidad inútil que posean.

Hubo en Lacedemonia un extranjero que hacía ostentación y gala de su destreza para mantenerse derecho en un pie solo, y viendo á un lacedemonio que lo miraba en tal postura, le interrogó :

— ¿ Serías capaz de estar así tanto tiempo como yo ?

— Ciertamente que no sería capaz, le dijo el lacedemonio ; pero lo es cualquier idiota.

Un veneciano que nunca había salido de Venecia y que, por lo mismo, no podía ser buen jinete, hizo un viaje en que tuvo precisión de montar á caballo. Pero el caballejo que montó apenas podía con él ; cuanto más lo espoleaba menos se movía. Lo cual visto por el veneciano, sacó el pañuelo desplegándolo al viento á guisa

de veleta, y luego dijo : « Ahora comprendo por qué el caballo no anda, *il vento è contrario.* »

Alejandro de Paris, poeta que vivió á fines del siglo VII, fué el primero que compuso versos franceses de doce sílabas. En tal metro hizo el poema de Alejandro el Grande, y de eso ha venido el nombre de *verso alejandrino.*

Un inglés que acababa de llegar á Francia entró en una barbería, y le dijo al barbero : « Yo ser delicado mucho



por la barba. Yo dar una guinea me afeitar sin corte, pero yo tener dos pistolas y matar usted si usted cortar á mí. »

— No tengáis cuidado, le contestó el barbero.

Y, efectivamente, lo afeitó muy bien y muy de prisa.

Encantado el inglés, entregó la guinea prometida; pero le dijo al barbero :

— ¿Vos no haber tenido miedo pistolas?

— No, milord.

— Pulso no temblar...

— Ya lo habéis visto.

— ¿Y por qué?

— Porque si hubiera visto el corte más pequeño, os rebano la cabeza... y en paz.

En 1586 envió Felipe II á Roma una embajada especial para felicitar al papa Sixto V por su exaltación. El embajador era demasiado joven, y el papa le dijo :

— ¿Tan escaso de hombres está el rey de España que me envía un embajador sin barba?

— Si el rey mi soberano hubiera sabido, le contestó el español, que el mérito consiste en las barbas, os hubiera enviado un macho cabrío y no un caballero como yo.

Hay antipatías muy raras. Personas hay que no pueden resistir el olor de las rosas y que se complacen con el de la tuberosa ó el junquillo. El gobernador de una ciudad fronteriza no podía resistir la vista de los huevos de carpa, que le causaba convulsiones. Hubo una dama á quien sucedía lo mismo á la vista de un cangrejo. Erasmo, aunque había nacido en una ciudad marítima — en Rotterdam — tenía tal aversión al pescado que bastaba su olor para que le diera calentura. Según Ambrosio Paré, existió un personaje visible que al ver una anguila se desmayaba. Escalígero nunca tomó leche.

Jerónimo Cardán tenía horror á los huevos, y Uladislao de Polonia á las manzanas. Á Duchesne, secretario del rey Francisco, le bastaba oler una manzana para echar sangre por los narices. Enrique III de Francia no podía estar en una habitación en la que estuviera un gato. Lo propio le sucedía al mariscal duque de Schomberg, gobernador general del Languedoc. El emperador Fernando le hizo conocer al cardenal de Lorena, en Inspruck, un gentilhombre tan temeroso de los gatos que le bastaba oírlos de lejos para echar sangre por la nariz. El autor del *Cuadro de la inconstancia de los demonios,* señor de Lancre, dice que conoció á un hombre de bien tan asustado desde que vió un erizo que el susto le duró más de dos años; habla también de un caballero muy bravo que, aun con la espada en la mano, le tenía miedo á un ratón. Cuenta Escalígero en sus *Exercitations contre Cardan* que un valiente gascón se amedrentaba al oír una vihuela, bastando su sonido para que se orinara. Existen hombres que no pueden soportar la presencia de una araña. Vangheim, montero mayor de Hannóver, emprendía la fuga al ver á un puerco asado. Al filósofo Crisipo le hacían tanta impresión las reverencias, que se caía cuando le saludaban. Y, por último, cuenta Fabricio Campani que un español, caballero de la orden de la Alcántara, tenía un síncope cada vez que se pronunciaba en su presencia la palabra *lana*, aunque era de lana la ropa que vestía.

Un orador italiano que hablaba ante un público poco numeroso, comenzó su discurso con estas palabras : « *Pochissimi signori.* »

Esto era más razonable que lo de aquel profesor de la Sorbona de quien se dice que, teniendo un solo oyente, principiaba su lección con este plural : « Señores. »

Á un moro de Fez que había estado en España le preguntaron sus compatriotas si había presenciado la ceremonia religiosa que los cristianos celebran con el nombre de misa. Á su contestación afirmativa, le rogaron que explicara en qué consiste aquella ceremonia. Y el moro se explicó de esta manera : « La misa es cosa buena : un poquito de comer, un poquito de beber y un poquito de bailar. »

Decía Despréaux que la altivez moral es atributo de las personas de honor, pero que la altivez en el aire, en las maneras, en las actitudes, sólo está bien en los tontos que de ella hacen alarde.

Cristina de Suecia abjuró públicamente, en Inspruck, la religión luterana. Después de la ceremonia la invitaron á ver una comedia. « ¿Otra comedia? » dijo la reina Cristina al aceptar aquella invitación.

« Dios hizo el primer hombre; y lo primero que hizo el segundo fué matar al tercero. »

Decía un valentón que jamás había conocido el miedo. Y un estudiante al oírlo replicó : « Porque no habréis tenido que presentaros á examen. »

El caso es que, aun sin examinarse, pocas personas se libran de tener miedo. Quien no lo haya tenido será, sin duda, por falta de ocasiones. El miedo es contagioso. Lo que no se concibe es que los hombres lo nieguen y se avergüencen de haberlo padecido, porque nosotros no lo hemos inventado; es antiguo como el mundo y los griegos le concedieron un dios : el dios Pan.

Dos extranjeros que viajaban juntos por España vieron que un campesino, al pasar por delante de una iglesia, hacía devotamente la senal de la cruz.

— Como al diablo, dijo uno de los viajeros.

— No, le dijo el otro, los españoles en general y estos labriegos en particular, son muy creyentes, muy respetuosos con la iglesia, muy devotos. Por la religión y aun por el clero se dejarían matar. Si les dijéramos la más inocente broma acerca de los curas, nos mataban.

En aquel momento oyeron una copla, cantada por el mismo campesino que se había santiguado tan devotamente :

En la puerta de la iglesia
han escrito con carbón :
aquí se le pide á Cristo
y no se le da ni á Dios.

Un tabernero enviudó, y muchos creyeron que su mujer le había dejado algo, porque era muy económica, muy laboriosa, muy activa. Sorpresa general cuando vieron que él cerraba el establecimiento.

— ¡ Qué ! ¿ te retiras ya de ese negocio ? le preguntaba un amigo.

— Sí, para evitar la quiebra.

— ¿ Qué te ha dejado tu esposa ?

— Deudas no más.

— Imposible ; el negocio iba muy bien...

— Sí, mi mujer compraba mucho al por mayor, pero yo me lo bebía todo al menudeo.

Tiempo hermosísimo, sol espléndido, magnífico verano.

El paragüero estaba á la puerta de la tienda con la cara cada día más triste.

Á un vecino que le interrogó sobre la causa de tan visible tristeza, le contestó compungido :

— ¡ No se vende un paraguas !

De pronto empieza á llover; estuvo lloviendo toda una semana, y el vecino se acercó á la tienda para felicitar al paragüero.

Lo encontró meditabundo.

— ¡ Qué ! ¿ no está usted contento ahora ? le preguntó el vecino.

— ¡ Qué he de estar, hombre, qué he de estar !... ¡ Desde que empezó á llover no vendo una sombrilla !...

Todos los comerciantes son lo mismo; siempre se quejan de que van mal los negocios.

Como los labradores, que encuentran todos los años malos, unas veces porque llueve poco y otras veces porque llueve mucho.

Un *dilettante* se extasiaba ponderando los méritos de Enriqueta Sontag, que acababa de debutar en los Bufos. Un señor que lo escuchaba se aventuró á decir que la Sontag era, en efecto, muy bonita, pero que tenía un ojo más pequeño que otro.

— ¡ Un ojo más pequeño ! exclamó el entusiasta; ¡ ah, señor, no la habéis visto ! Lo que tiene es un ojo más grande...

Se hablaba de las proezas antiguas que ilustran á la nobleza de Francia, y la reina Leczinska le preguntó á su primer escudero el conde de Fessé :

— ¿ Vuestra casa, conde, se ha distinguido también en la carrera de las armas?

— Sí, señora, todos hemos muerto al servicio de nuestros reyes.

El marqués de Champcenets, oficial de guardias fran-

cesas, caracoleaba por el campo en un soberbio caballo. Se cruzó con un cura de pueblo, de aquellas cercanías, que trotaba modestamente en su burro.



— Señor abate, le dijo el oficial, ¿ cómo va el burro?

— ¡ Á caballo, señor oficial á caballo ! le contestó el abate.

Una señora mimaba tanto á su hijo, que el pobrecillo se iba haciendo insoportable; pero su madre lo encontraba cada día más gracioso. Un caballero que estaba de visita dijo una noche : « Este niño es muy mono. . . ¿ á qué hora lo acuestan ? »

Un individuo que estaba confesando aprovechó la oca-

sión para robarle su reloj al cura. En el curso de la confesión le dijo humildemente :

— Acúsome, padre, de haber robado un reloj.

— Restitúyelo.

— ¿ Usted lo quiere, padre ?

— No, hijo ; restitúyelo á su dueño.

— Pero es el caso que ya se lo he querido restituír á su dueño y no lo ha tomado.

— Siendo así, puedes quedarte con él.

Una dama europea que había estado en Cuba se trajo consigo á Europa un negrito de diez años. Educábalo cristianamente, y le hacía rezar todas las noches el rosario con toda la familia.

Una noche, cansado el negrito de tanto *padrenuestro*, le dijo á su ama :

— *¿ Y pa qué decimo tanta vese la mima cosa ?*

Un joven que acababa de confesar, para casarse, después de recibir la bendición y de irse volvió al confesonario :

— Padre, he vuelto, porque os habéis olvidado de imponerme penitencia.

— No, hijo, no es olvido, le contestó el confesor ; bastante penitencia tienes con casarte.

Invitado Arlequín á referir la muerte de su padre, lo hizo de este modo : « ¡ Ay !... el pobrecillo se murió de pena de verse ahorcar. »

*
* *

El mismo Arlequín decía, hablando de la nobleza :

« Todos seríamos nobles si á Adán se le hubiera antojado matar turcos. »

Reunidos en un café varios amigos, leyó uno de ellos en un periódico : «Un sabio alemán anuncia el fin del mundo para el jueves próximo, sin falta. »

— ¡ Maldita sea mi suerte ! exclamó al oírlo uno de los concurrentes, el jueves había de ser !

— ¿ Qué te pasa, hombre ?

— Que tengo concertado un negocio para el viernes...

Al servirse el melón, en un banquete, alguien dijo que le parecía muy pálido. Y el marqués de Bièvre contestó que eso probaba su nobleza, que era un melón de buena casta. Ya veis, dijo, que todos los nobles somos pálidos...

— Y melones, añadió un banquero.

« Donde hay para cuatro hay para cinco », dijo un parásito entrando en una casa á la hora de comer.

— Eso sucede con las luces, respondió la señora de la casa.

Vista la incomodidad del antiguo chacó de infantería, se nombró en España, á mediados del siglo XIX, una comisión de generales que estudiara el asunto y propusiera otro modelo de sombrero militar. Subsistió la comisión más de seis años. Al fin propuso que se cambiara el color del pantalón, el número de botones de las polainas y la forma del capote ; del chacó... nada propuso ni dijo una palabra.

Cuando hizo Francia la paz con Inglaterra, en 1783,

el ministro Maurepas solicitó de la Academia de inscripciones una divisa para la medalla conmemorativa de tan fausto suceso. Esperó el ministro muy cerca de seis años. Al cabo de este tiempo se le presentó una comisión de académicos, llevándole esta inscripción : « *Pax cum Anglis* ». — *Et cum spiritu tuo*, respondió el ministro.

Iba un borracho dando tropezones, hasta que al fin cayó cuan largo era.

— Ya lo ves, le dijo un amigo, ya ves lo que sacas de beber.

— No, le respondió el borracho, no hago mal en beber, sino en andar después de haber bebido.

El corregidor de una ciudad, que iba de ronda una noche con varios alguaciles, encontró en el suelo un borracho á quien no se le pudo arrancar una palabra ; ni contestaba á las preguntas del corregidor, ni los alguaciles pudieron levantarlo.

Allí mismo les dió el corregidor á los individuos de la ronda todo un curso de higiene y de moral. Y terminó diciendo :

— Este infeliz, después de pasar la mala noche, mañana estará inútil para trabajar, con la lengua seca, los ojos encendidos, mal gusto de boca...

— Maestrico es usted, señor *corregimiento*, balbució el borracho.

— ¿ Qué dice usted ?

— Digo yo que usía lo entiende, ¡ corregi !

Un carnicero, convencido de que iba á llegar su última hora, llamó á su mujer para decirle :

— Te aconsejo que no te quedes viuda... en una casa como la nuestra se necesita un hombre... debes casarte con nuestro dependiente.

— Ya lo he pensado, respondió ella pasándose el pañuelo por los ojos.

Cuando los ingleses decapitaron á su rey Carlos I, dijo la reina Cristina: « Han hecho bien los ingleses cortando una cabeza que á su rey no le servía de nada. »

La señora de un embajador de Prusia, que tenía fama de guapa aunque era demasiado alta y corpulenta, fué presentada á Talleyrand. Después le preguntaron á éste qué tal le parecía: « Muy bien, respondió, pero aquí tenemos algo mejor en la caballería de la guardia imperial. »

Casi todos los grandes generales han sido feos, contrahechos y ridiculos.

Agesilao tenía corcova.

El príncipe Eugenio era enano.

El mismo Napoleón era pequeño; en su juventud escuálido, en la edad madura barrigón.

Moltke, más que de soldado, tuvo facha de presbítero.

***

Todo esto puede consolar á algún general moderno, más feo que Agesilao, más petate que el príncipe Eugenio, más pequeño que Napoleón el Grande, más ridículo que Moltke (el vencedor de Napoleón el Chico). Y se dirá cuando medita á solas: « Algo tengo de común con los grandes capitanes. » Pero no tiene otra cosa,

pues en lugar de resolver problemas de milicia, ó de ganar batallas, se dedica al estudio de la nigromancia y acabará por descubrir la piedra filosofal ó un nuevo filón de la política (1899).

Se cayó al común — á un excusado de las Tullerías — el señor de Cobentzell. Pidió socorro desde el fondo del embudo, y acudió un soldado.

— ¡ Échame una soga y tenla bien para que yo me agarre ! le gritó Cobentzell.

— Senor, no veo ninguna...

— La cuerda del reverbero... despáchate, que me ahogo...

— No me atrevo, señor, está muy sucia y vuecencia se mancharía las manos.

Esta anécdota fué referida por Enrique Monnier.

*
* *

Cuando salió Cobentzell del común le preguntó una dama :

— ¿Hasta dónde os llegaba el líquido del pozo negro ?

— ¡ Oh !... hasta muy arriba.

— ¿ Hasta el cuello ?

— Hasta el labio inferior.

— Yo creo que sería hasta el superior, según estáis de hinchado.

Esta aventura prueba de un modo concluyente, que en aquel tiempo no eran muy pulcras las damas de la corte... ni los excusados.

« La pobreza no es delito », dijo uno. — Es algo peor que eso, contestó Dufresny.

Preguntáronle á Bias (uno de los siete sabios de

Grecia) cuál era el más perverso y dañino de los animales. He aquí su contestación : « De los animales fieros, el tirano ; de los domésticos, el adulador. »

Federico II llamó desde su despacho y no acudió nadie al llamamiento.

Abrió la puerta y vió á su paje dormido en un sillón. Se acercó á él y observó que le salía del bolsillo la pun-



ta de una carta. Sintió el estímulo de la curiosidad, se apoderó de la carta y la leyó : era de la madre del paje, dándole á éste las gracias por enviarle una parte de su sueldo para alivio de su pobreza. Leída la carta, el rey volvió á ponerla en el bolsillo del paje con un paquete de monedas de oro, hecho lo cual se volvió sin ruido á su despacho. Poco después volvió á llamar, pero tan

fuerte, que el paje acudió en seguida. « Has dormido bien, le dijo el rey. » El paje, al excusarse, estaba tan cohibido y tan torpe que se metió la mano en el bolsillo. Toca el paquete, lo saca y se queda tan admirado como afligido. Pálido, con lágrimas en los ojos, mira al rey sin poder articular palabra.

— ¿Qué te pasa? le preguntó el rey.

— ¡Señor, exclamó el paje arrodillándose á los pies de Federico, alguien intenta perderme! Yo no sé de dónde ha venido este dinero que tengo en el bolsillo...

— Mi amigo, le dijo el rey, quizá mientras dormías te lo haya Dios enviado... Remítele ese dinero á tu madre y dile que, en adelante, yo me cuidaré de ella y de ti.

Cuando la reina Cristina estuvo en Roma, el Papa le dió algunos cardenales para que la acompañaran á ver cuadros y estatuas. De éstas, la que más le gustó fué la de Bernín, que representa la Verdad. Uno de los cardenales, que presumía de ingenioso, le dijo : « Señora, veo que os gusta la verdad, lo que no es frecuente en las testas coronadas. »

— Es que todas las verdades no son de mármol, respondió la reina.

Un recluta que le escribía á su hermano, terminó su carta así : « No te digo más, porque tengo tan fríos los pies que no puedo manejar la pluma. »

Le preguntaba un sastre á un zapatero :

— ¿Cuántos cornudos viven en esta calle, sin contarte á ti?

— ¡Cómo sin contarme! Esa es una broma de mal género.

— No te enfades, hombre, te lo diré de otra manera; ¿cuántos cornudos hay en esta calle, contándote á ti?

¿Por qué los soldados y las gentes poco instruídas llaman *camellos* á las cortesanas?

Esto sucede en Francia desde la campaña de Napoleón en Egipto, donde los soldados vieron la docilidad con que el camello se echa para recibir su carga.

Delfidio, orador agrio y vehemente, acusaba á un hombre ante el emperador Juliano. Al ver el acusador que no había suficientes pruebas, dijo mirando al emperador :

— Si basta con negar, ¿quién será nunca declarado culpable?

— Y si basta con acusar, le replicó Juliano, ¿quién será en ningún caso declarado inocente?

Sostenía Pirón que entre la vida y la muerte no hay diferencia ninguna.

— ¿Pues por qué no os matáis? le preguntaron.

— Por lo mismo, respondió Pirón; porque entre la muerte y la vida no hay diferencia.

Alguno le preguntó á Aristóteles por qué amaba tanto la belleza : « Pregunta de ciego », contestó el filósofo.

Los italianos llaman *virtuosos* á sus castrados, que tienen bonita voz, y dan el mismo nombre, por extensión, á las damas que cantan, dibujan, tocan la cítara ó

escriben madrigales. Cristina, reina de Suecia, daba á toda esa gente el sonoro título de *virtuosa canalla.*

En el lugar de Oullins, perteneciente al señorío del arzobispo de Lyon, había un cirujano partero en cuya puerta decía con letras grandes :

CLAUDIO POUGET

Comadrón de monseñor el arzobispo.

Disputaron dos hombres que estaban sentados á los extremos opuestos de una mesa. El más enfadado le dijo al otro :

— Si estuviérais más cerca os daría un bofetón; tenedlo por recibido.

Y el otro le contestó con calma :

— Si estuviera más cerca os atravesaría de una estocada; teneos por muerto.

Un hombre de negocios le prestó por un año 600 francos á un hijo de familia, al 50 por 100; es decir, le hizo firmar un pagaré de 600 francos y no le dió más que 300, descontando los réditos por anticipado. El usurero le contó á su mujer el negocio que había hecho, y ella le contestó : « ¡Imbécil!... Podías haberle prestado por dos años y no habrías tenido que darde absolutamente nada. »

Todo el mundo habla de la bella Elena; pero pocos saben que tuvo cinco maridos : Teseo, Menelao, Páris, Deifobo, Aquiles; que fué ahorcada en la isla de Rodas; por último, que en la guerra de Troya, causada por su

hermosura, perecieron 886.000 griegos y 676.000 troyanos.

Dice Furetière que las dedicatorias de los libros fueron inventadas por Foose, un autor cómico inglés. Su obra *El inglés en París* tiene al frente una singular dedicatoria, al librero. Dice así :

« Como no debo nada á ningún magnate ni á ninguna gran senora, ni deseo que mis obras tengan necesidad de su protección, no creo necesaria otra que la de mi librero. Por eso, *monsieur Vaillant*, os doy las gracias por la correcta impresión, la hermosura de los tipos y la excelente calidad del papel con que habéis favorecido la obra de vuestro humilde servidor, Foose.

Un normando describía los bosques de que era propietario, ponderando su magnificencia y extensión. « Apuesto, dijo un gascón al oírlo, que no tiene de su propiedad ni un palillo para los dientes. »

El médico de una reina de Francia, el doctor Malouin, tenía tanta confianza en su arte como puede tenerla un matemático en la geometría. Asistió en su enfermedad á un literato célebre á quien recetó bastantes cosas; el paciente las tomó todas con exactitud, al fin curó, y el médico le dijo dándole un abrazo : « Muy bien, amigo mío, sois digno de estar enfermo. »

Conocida es la respuesta de Napoleón á madama de Stael, cuando ésta le preguntó cuál era, á su juicio, la primera mujer del mundo : « La que tenga más hijos », le contestó el monarca.

Napoleón quería que las mujeres no cesaran de parir, á fin de que no faltara la carne de cañón.

Triboulet, bufón de la corte, se quejó al rey Francisco I de que un alto personaje le había amenazado con su bastón, anunciándole que lo mataría á bastonazos en cuanto volviera á hablar de él.

— No tengas cuidado, le dijo el rey, si alguien se atreve á matarte, lo haré ahorcar un cuarto de hora después.

— Señor, le replicó Triboulet, ¿no sería mejor un cuarto de hora antes?

Un molinero caminaba con su burro, y otro caminante le preguntó al cruzarse con él:

— ¿Adónde vais los dos?

— Á buscar paja para los tres, le respondió el molinero.

En uno de los magníficos bailes de Versalles, reinando Luis XVI, atravesó una máscara, un dominó de tafetán amarillo, los espléndidos salones de palacio en dirección al *buffet*. Pidió una lengua y una botella de champagne, y todo lo despachó con la mayor diligencia. Un cuarto de hora después llegó de nuevo el dominó amarillo; sin duda había encontrado la lengua de su gusto, lo mismo que el champagne, pues repitió con la misma diligencia. Apenas se había ido cuando volvió por la tercera vez. Y así toda la noche. Después de haberlo visto cenar ocho ó más veces, los criados lo siguieron. Y se supo así que el dominó y la careta siempre eran los mismos, pero no el personaje. Tratábase de un ardid de

los soldados de guardia, que cenaron regiamente aunque eran suizos.

Las ediciones del *Quijote* publicadas hasta el año 1901, son las siguientes :

En castellano...................	418
Inglés.........................	202
Francés	169
Italiano	96
Portugués....................	81
Alemán	71
Sueco.........................	13
Polaco	8
Danés	6
Griego........................	4
Rumano......................	2
Catalán	2
Vascuence..................	1
Latín.........................	1
Total.........	1.074

En España, donde florecieron tantos *Gerundios de Campazas*, no se acabará muy fácilmente la raza de los malos, grotescos, risibles predicadores. Ni conviene que se acabe. Es una diversión que otras naciones acaso nos envidien. ¿ Hay placer más honesto que la risa, cuando es sana, sincera y sin ponzoña ? La risa calma los nervios, conforta el ánimo, predispone el bien. ¿ Y cómo no reirse, oyendo á los modernos Campazas, cada uno de los cuales es un nuevo Fray Gerundio ?

En el año de gracia, y muy gracioso, de 1903, ha dicho un predicador, no en cualquier lugar de una provin-

cia cualquiera, sino en la villa y corte que es cabeza de la monarquía, lo que vamos á copiar :

« Dios es más profundo que el infierno »... ¡ Imagen profunda !

« Los apóstoles, compañeros de correrías de Jesucristo... » ¿ Correrías ? ¡ Qué falta de respeto !

Y ha dicho también otro que tal :

« Cristo se cubre *los lomos* con una toalla... ¡ Atroz!

De un orador « sagrado », en la iglesia de Santa María :

« El aquilón llevará mis suspiros hasta *los árboles del desierto.* »

« El *repugnante* cáliz de la cólera divina. »

« La santa esposa que *se separa de su inseparable* compañero.

« Las lágrimas de la Virgen, *gordas como garbanzos.* »

Etc., etc.

Un glotón les encargó á las monjas un plato de natillas.

— Está bien, le contestaron, y haremos que el capellán les eche la bendición.

— No, no, me basta con que ustedes mismas le echen canela y azúcar.

Decía un obrero en un mitin socialista :

— No debemos pedir ocho horas de trabajo, son muchas horas.

— ¿ Pues cuántas pediremos ? le interrumpió un compañero que lo escuchaba.

— Pidamos, prosiguió diciendo el orador, que trabajemos tantas horas como los curas párrocos : media horita por la mañana, con merienda.

Cuenta un viajero francés que cuando estuvo en España, al detenerse el tren en una estación, oyó gritar :

— ¡ Zumárraga, diez minutos, misa !

Un Cristo viejo, al caerse, descalabró á una beata que rezaba á sus pies con devoción.

Cuando pusieron en lugar del viejo un Cristo nuevo, la beata se arrodilló á honesta distancia y dijo estas palabras.

— Perdóname, Señor, si no me acerco más; no quiero que me rompas la cabeza como tu difunto padre.

— ¡ Dios mío ! clamaba un devoto mirando un crucifijo de gran tamaño que había en el altar mayor, ¿ quién te clavó en esa cruz ? ¡ Nosotros pecadores !

— No, señor, le respondió un chiquillo que lo estaba oyendo ; fué Manolo el tallista ; él lo clavó y lo pintó, que yo lo vi.

En una ciudad de España se conserva, á título de documento curioso, un contrato de inquilinato que comprende, entre otras, la cláusula siguiente : « No podrá el inquilino tener en la habitación perros, conejos, seminaristas, cerdos, frailes, ni otros animales dañinos. »

El arzobispo de Canterbury, paseando una tarde por un bosque, se encontró de repente delante de un hombre que le era desconocido, el cual, sentado en el suelo, tenía delante un tablero de ajedrez y parecía preocupado.

— ¿ Qué hacéis, hermano? le interrogó el arzobispo.

— Juego al ajedrez, señor.

— ¿ Jugais solo?

— No, señor, juego con Dios.

— ¿ Con Dios? Pues no perderás mucho, aunque pierdas, porque no estando presente no le pagarás.



— Al contrario, senor, cada vez que pierdo se me presenta un enviado de Dios...

El prelado no pudo menos de reirse.

Y el desconocido prosiguió :

— Ahora mismo, porque hoy no tengo suerte, acabo perder esta jugada.

Sacando del bolsillo treinta guineas, se las dió al arzobispo diciéndole:

— Tomadlas, señor. Dios ha ganado, son de los pobres y las repartiréis.

En vano quiso el prelado resistirse; no tuvo más remedio que embolsarse las guineas del jugador.

Pasado un mes, se le antojó al prelado pasearse por el bosque. En el mismo sitio encontró sentado al jugador, y en la misma actitud de la primera vez.

— Acercaos, señor, le dijo el último al primero tan luego como lo vió. Desde que no nos vemos he perdido mucho, pero sin duda me traéis una completa revancha... Justo... ya lo estáis viendo: jaque mate...

— Bien, le dijo el arzobispo; has ganado, ya lo veo, pero ¿quién te paga?

— Dios manda siempre, en el momento oportuno, quien me cobre cuando pierdo y me pague cuando gano. Y con la más cabal exactitud. Si no me creéis por mi palabra, tengo yo varios amigos en estos alrededores que os lo confirmarán...

El prelado optó por vaciar hasta el fondo sus bolsillos, sin aguardar que llegaran los compañeros del bosque.

En su decadencia, ya no tenía Fontenelle las salidas ingeniosas de sus buenos tiempos; esto era natural. Pero algunas veces, muy de tarde en tarde, tenía una frase feliz. Y Diderot, hablando de él, decía: « Es un castillo ruinoso, en el cual hay duendes. »

Dicen que Zeuxis, después de haber pintado una vieja (el retrato de una vieja) lo encontró tan risible que se murió de risa.

Á un ratero sorprendido infraganti cuando estaba ha-

ciendo de las suyas en el propio palacio de justicia, le dijo un abogado: « ¿ Cómo os habéis atrevido á robar aquí, sin toga? »

Si los frailes vistieran hábitos de bronce, estaríamos todo el día oyendo repicar.

Hablando de un juez conocido por severo, decía el cardenal Mazarino: « Lo que él siente es no poder condenar á las dos partes. »

Fontenelle decía de La Fontaine: « Era tan bobo, que ni siquiera sabía que valía mucho más que Esopo y Fedro. »

Preguntándole Boileau á Chapelle qué pensaba de su estilo, contestó el último: « Eres un buey que traza bien su surco. »

De esas personas á las que aplicamos la expresión proverbial de « vanidad y pobreza todo en una pieza », acostumbran decir los italianos que arrastran la carroza con los dientes: « *Tiranno la carroza coi denti.* »

Un gascón se vanagloriaba de pertenecer á una casa tan antigua, que él estaba todavía pagando la renta de una suma tomada á préstamo por sus antepasados para adorar á Jesucristo en Belén.

En un pueblo de la Mancha hubo á principios del siglo XIX un hombre tan haragán y tan borracho, que se pasaba los días en la taberna y las noches tirado por el suelo. Ni siquiera iba á su casa, pues se pasaba la vida en la plazuela pública; y nadie sabía cómo se lla-

maba, pues todos sus convecinos lo conocían por el *tío Plazuela*.

No obstante el mal ejemplo que éste daba, su hijo tuvo la cualidad de laborioso y la suerte rara de hacer una gran fortuna; lo que no supo nunca fué el verdadero apellido de su padre, acostumbrado desde que nació á oirse llamar « el hijo de Plazuela ».

Por todo lo cual es senador vitalicio el nieto único del tío Plazuela, personaje, el nieto, de muchas campanillas, de saneadas rentas, de escudos nobiliarios, de árbol genealógico, muy envanecido con llamarse, ó que lo llamen, *excelentísimo señor don Rufo de la Plazuela*. Él cree que se llama así.

Un burgués acaudalado, propietario, industrial y prestamista, que no tenía vanas pretensiones de nobleza, lamentaba su suerte con franca ingenuidad: « ¡ Triste suerte la mía! exclamaba. Ahora me salen con esas historias de socialismos y fraternidades... Mis ascendientes, bestias de carga durante muchos siglos, apaleados, ultrajados, explotados siempre, se murieron de hambre. Y cuando yo, á fuerza de discurrir defraudaciones y adulteraciones he labrado una fortuna, sacrificando al negocio hasta mi pobre conciencia; ahora que me tocaba á mí desquitarme y vengar á mis abuelos y explotar á Cristo vivo, me salen esos brutos con esas tonterías de las ocho horas y de la equidad. ¡ La verdadera equidad es para mí explotar á otros por tantos siglos como los míos fueron explotados! »

Decíale un hombre á su mujer:

— ¡ Qué país! No hay en todo el pueblo más que un casado, uno solo, que no sea cornudo.

— Pues no caigo en quién es, respondió ella.

Iba por el camino, cantando, una lugareña con su burra. La vió un caballero, y encontrándola muy linda la preguntó de dónde era:

— De Villejuif, le contestó la muchacha.

— ¿ De Villejuif?... Entonces conocerás á la hija de Tomás Guilhou.

— Sí, señor.

— Pues hazme el favor de llevarle un beso de mi parte...



El caballero, al decir esto, quiso besar á la joven.

Pero ella se resistió, diciéndole:

— Dádselo á mi burra, que va delante y llegará más pronto.

El abate Maury, sin ser vanidoso, era un poco altivo. Conversando una vez con cierto cortesano, le dijo éste y no sin acritud:

— ¿ De modo que tenéis una alta idea de vuestro mérito ?

— No muy alta, le contestó, cuando me juzgo á mí mismo ; pero altísima cuando me comparo.

En el Tribunal :

— Es inútil que neguéis ; tenemos ocho testigos que presenciaron el hecho.

— Más de ochenta citaré yo que no lo presenciaron.

En francés, carroza es masculino ; lo es de real orden. Antes era femenino ; pero un día — humorada ó equivocación — se le antojó á Luis XIV pedir el coche diciendo *mon carrosse* en lugar de *ma carrosse*, y desde aquel momento se trocó en masculino lo que era femenino, tanto por la bajeza cortesana como por el servilismo de los académicos. Á Luis XIV, prototipo de reyes absolutos, no lo contradecía ni lo contrariaba « ningún chato » de su tiempo. Fué preciso que se muriera para que lo silbaran. Lo silbaron en su propio entierro.

Á un gitano le robó su caballo otro que no era gitano ; un colmo. El ladrón fué demandado ante el juez, pero sostuvo enérgicamente que el caballo le pertenecía. El gitano echó su capa sobre la cabeza del caballo y le dijo al señor juez :

— Si usía me lo permite, yo probaré que no es suyo ese caballo.

— Bien, venga la prueba.

— Que diga de que ojo es tuerto el caballo... Siendo suyo debe conocerlo.

Se quedó confuso el demandado ; sin embargo, con la esperanza de acertar, dijo con firmeza :

— Es tuerto del ojo derecho.

— ¡ Ni del derecho ni del izquierdo! gritó el gitano recogiendo su capa y descubriendo así la cabeza del cuadrúpedo.

Efectivamente, el caballo no era tuerto.

Convencido el juez, se lo adjudicó al gitano.

Examinaban á un joven para escribano, y le dijo uno de los examinadores:

— ¿ Qué es lo más importante para un escribano y lo que mejor debe saber?

— Cobrar las costas, respondió el examinando.

— Este chico hará carrera, se dijeron al oído los examinadores.

Operaba una columna española, durante la primera insurrección de Cuba, en lo más intrincando de la manigua.

Se incorporó á ella un joven oficial de estado mayor, cuyo brillante uniforme contrastaba con los guiñapos que vestían en la columna desde el coronel que la mandaba hasta el último trompeta.

Al presentarse el oficial le preguntó el coronel.

— ¿ Usted será recién venido de España?

— Sí, señor.

— ¿ Y recién salido de la Escuela?

— Sí, señor.

— ¿ De manera que sabrá usted geografía?

— Sí, señor, contestó el oficial un poco sorprendido.

— Por consiguiente, sabrá usted donde está el Misisipí...

— Sí, señor.

— ¿ Pero sabe usted dónde está el Potrerillo?

— No, señor.

— Es una lástima; en el Misisipí nada tenemos que hacer, y al Potrerillo hemos de ir esta tarde; en Madrid lo aprobaron á usted de Geografía, pero aquí van á examinarlo hoy mismo los insurrectos. Procure usted que no le den calabazas.

Diálogo de sacristía:

— Señor cura, dice un acólito, ahí está la vieja de todos los días.

— ¿Qué quiere?

— Lo de siempre, la comunión; dice que está esperándola hace media hora y que tiene mucha prisa.

— Pues que espere; no voy hasta que concluya este cigarro; ¡es de primera!

— Está muy enfadada porque usted la hace esperar y refunfuñando que dará parte al obispo.

— Bueno, pues voy á darle su comunión y que se la lleve el diablo.

Un cura preparaba para la primera comunión á varios niños católicos y le preguntó á uno de ellos:

— ¿Qué día murió Nuestro Señor Jesucristo?

— No sé nada, señor cura, ni siquiera sabía que estuviera enfermo.

El cura se vuelve hacia la madre del niño y le dice airadamente:

— Su hijo de usted es incapaz de comunión; la tomará el año que viene.

— ¿Por qué, señor cura?

— Ni siquiera sabe cuándo murió Nuestro Señor Jesucristo...

— ¿Y cómo lo ha de saber, si usted mismo nos dice que no leamos periódicos?

Unos señores de la corte que estaban de veraneo en el campo, reprendieron á un campesino que apaleaba á un burro.

Sin responder una palabra, el rústico se quitó el sombrero, se inclinó respetuosamente delante del borrico



y le dijo con naturalidad : « Dispénseme usted, señor de Asno, yo no sabía que tuviera usted protectores en la corte. »

En una tertulia se divertían los tertulianos dirigiéndole preguntas á un loro que contestaba muy bien.

— ¿ Cómo te llamas ?

— Perico.
— ¿De dónde eres?
— De Pará.
— ¿Qué comes?
— Golosinas.
— ¿Qué hora es?
— De noche.

Como su repertorio no era extenso, alguna vez se le sorprendía con alguna pregunta inesperada; y en tal caso no contestaba con acierto, pero hacía un mohín despectivo, se volvía de espalda y murmuraba de una manera inteligible:

— ¡Sin vergüenza!

Un inglés que solía concurrir á la tertulia era el único de los tertulianos que no interrogaba al loro.

La señora de la casa le dijo al inglés que por qué no le preguntaba algo, á lo que el britano respondió muy serio:

— No he tenido el honor de serle presentado...

Las tres irreverencias de un presbítero:

— Padre, le dijo una mujer, quisiera que me administrara usted la comunión; ¿tengo que pagarle algo?

— No, hija, eso no vale nada.

Y va una.

Se dispuso el presbítero á abrir el sagrario, pero no pudo por más esfuerzos que hizo. Y murmuraba furioso:

— ¿Qué demonio habrá aquí dentro?

Y van dos.

Por fin consiguió abrir el sagrario; y la devota, llevando en brazos un niño, se acercó al altar.

El niño quiso tocar el copón, y el presbítero le dijo:

— No, no, que es caca.

Y van tres.

Un labrador castellano le dijo al cura de su pueblo:

— ¿Quiere usted hacerle, por mi cuenta, una novena á la Virgen?

— Sí, hombre, con mucho gusto; ¿y qué quieres pedirle á la Virgen Santísima?

— Pues... una tormenta de granizo y rayos.

— ¡Hombre, tú estás loco! ¿No ves que si la Virgen te oye se pierde la cosecha, que ya está medio perdida?

— Pero como yo tengo asegurada la cosecha contra las tormentas, y la compañía de seguros me ha de pagar el estropicio, velay...

Un duelista napolitano se batió catorce veces por sostener, contra todos los admiradores del Ariosto, que el Dante es el primer poeta de los siglos, que el Ariosto no significa nada, que pretender comparar al uno con el otro es un absurdo. «¡Y pensar, exclamaba á la hora de la muerte, que jamás he leído á ninguno de los dos!»

Decía el abogado Marchand:

«Nos moriríamos de asco si viéramos cómo se preparan las comidas de las grandes mesas y las sentencias de los tribunales.»

Un capitán de barco, necesitando la protección de un alto empleado de marina, le mandó unos sacos de café á la vuelta de uno de sus viajes.

El alto empleado le dijo al sirviente que le llevó los sacos: «Dile á tu amo que yo tomo el café con azúcar.»

Cierto cura decía: «Hay cuatro cosas de las que es menester desconfiar: el palmito de una mujer, el anca

de una mula, la rueda de una carreta y la intención de un fraile.»

Esto quiere decir que debemos desconfiar de la mujer por delante, de la mula por detrás, de la carreta por un lado y del fraile por los cuatro lados.

El doctor Backer, en sus últimos momentos, viendo que lo asistían sus colegas Hallé, Portal y Corvisart, exclamó : « ¡ Tres contra uno, cobardes !... ¡ Me doy por vencido !... Si basta uno para matar á tres, ¿ cómo los tres juntos no habéis de acabar conmigo ? »

El poeta Santeuil le leyó unos versos á cierto crítico, y éste le dijo que le parecían medianos. Enfadóse el poeta y lo insultó. El crítico insultado, para atenuar el disgusto que su crítica le había causado al poeta, le mandó cincuenta duros. Al recibirlos Santeuil, le dijo al doméstico : « Dile á tu amo que si por cuatro injurias me manda cincuenta pesos, en cuanto lo vea le daré de palos. »

Beaumarchais, en la época de su mayor celebridad, hizo grabar en el collar de su perro estas palabras : « Beaumarchais me pertenece. »

Un solterón que acompañaba á una actriz después de la comedia, le hizo notar la desnudez andrajosa de una mendiga que tenía consigo seis muchachos, no menos andrajosos. Y le dijo el solterón á la artista.

— ¿ No es un disparate que esas desgraciadas tengan tantos hijos, estando en la miseria ?

— Es que las pobres, contestó la artista, quizá no tengan otra cosa que cenar.

El célebre Cimabue, fundador de la escuela florentina, observó que un pastorcillo en medio de su rebaño estaba dibujando en una piedra. Se acercó á ver el dibujo y vió



que lo había dibujado á él. De esto dedujo que el muchacho había nacido pintor. Se lo llevó consigo, lo contó en el número de sus discípulos y llegó á ser el primer pintor de Italia : *el Giotto.*

En un corrillo se hablaba de narices grandes y de narices famosas. Alguno citó la de Cyrano, el célebre y narigudo Cyrano de Bergerac; otro recordó la de un convecino suyo, á quien podían aplicarse los conocidos versos de Quevedo que comienzan con este endecasílabo :

Érase un hombre á una nariz pegado...

Por último, uno de los presentes, cuya nariz era también ciraniana, exclamó :

— ¿ Y qué dicen ustedes de la mía ?

— Perdone usted, le replicó uno de los que charlaban ; aquí hablamos de narices y no de jamones.

En las coplas populares de todos los países hay algunas — bastantes — que encierran un gran fondo de filosofía, un profundo conocimiento del corazón humano y una perfecta imagen de las pasiones del hombre, del temperamento femenino, de los absurdos sociales. De todo esto podríamos citar ejemplos, si no fueran tan impertinentes en un libro de esta clase ; pero, como muestra, hemos de insertar algunos.

Tiene mi maridito
venas de loco,
unas veces por mucho
y otras por poco...

No quiero que te vayas
ni que te quedes,
ni que me dejes sola
ni que me lleves.

Para el que nace pobre
no hay esperanza,
si no tiene las uñas
un poco largas.

En este pícaro mundo
los hombres hacen la leyes ;
por eso pagan las costas
las infelices mujeres.

Las aguas del arroyo
se van al río,
los pájaros cantando

buscan su nido...
Yo no sé dónde
se pierden en suspiros
mis ilusiones.

Cuando España, perdidas para siempre sus últimas colonias, clamaba por emprender nuevos rumbos, cambiando su añeja política de aventuras y derroches por un régimen racional de instrucción y economía, dijo en un mitin cierto elocuente orador :

— ¡ Echémosle siete llaves al sepulcro del Cid !

— ¡ Porque si sale nos abofetea !... gritó una voz en el seno de la multitud.

Quiso un niño acariciar á un loro y se le dijo :

— ¡ No lo toques !

— ¿ Por qué ?

— Porque te picará.

— ¿ Y por qué me ha de picar ?

— Porque no te conoce.

— Pues dile que me llamo Carlos...

Decía Bourdaloue en uno de sus sermones : « Acordaos de que el camino del cielo es muy angosto ; pensad en que por un camino angosto no puede pasar una conciencia ancha. »

Esto recuerda lo que decía predicando un misionero francés : « En el cielo no hay puerta cochera ; los que van en coche no pueden entrar allí. »

Un advenedizo quería formar un museo que llamara

la atención, y consultó con un literato célebre los objetos que debía reunir. El literato le dió la lista siguiente:

El cuerno de la abundancia.
El escudo de la inocencia.
El báculo de la vejez.
El yelmo de Mambrino.
El símbolo de la paz.
El lábaro de la fe.
El arpa de David.
Las llaves de la puerta Otomana.
Las camisas de las nueve musas.
La lanza de Don Quijote.
El pico de Tenerife.
La hidra de la discordia.
La cama de Procusto.
El puñal de Catón.
La carabina de Ambrosio.
La espada de Bernardo.
Etc., etc., etc.

Un ricachón, al morir, dejó en su testamento legados importantes á favor de todos sus dependientes, exceptuando al administrador. De éste decía: « No le dejo nada, porque me ha servido mucho tiempo. »

Fué denunciado un extranjero por haber sostenido que la tierra gira alrededor del sol y que éste no se mueve.

El fiscal le dijo:

— ¿Pero no sabéis que Josué, para ganar una batalla, hizo parar el sol?

— Pues desde entonces está parado, contestó el hereje.

— ¿Qué eran los habitantes de la torre de Babel?
— Políglotas.

Se decía de un general y escritor (y puede aplicarse á muchos de su especie) : « Gran militar (para los literatos) y gran literato (entre los militares). »

Cuando Florián fué admitido en la Academia francesa, le disparó Rivarol este epigrama :

Intrépido escritor,
docto guerrero,
si en la guerra escribió como el primero,
en la Academia está por su valor.

* * *

De otro militar, dado á traducciones clásicas y bíblicas, se escribió en España lo siguiente :

¿Sabes tú por qué lloraba
el profeta Jeremías?
Porque ya profetizaba
que tú lo traducirías.

Un anciano que tenía un sobrino muy derrochador, lo reprendía diciéndole :

— Gastas mucho, eres demasiado pródigo, todos los días recibo quejas y reclamaciones, porque ya debes á Dios y al diablo...

— No, tío; precisamente me citáis los dos únicos seres á quien no debo nada.

El mariscal de Sajonia, al encontrarse un día con

madama de Pompadour, se apresuró á ofrecerle el brazo. Y al verlos del brazo dijo un chusco : « Ahí van la espada del rey y su vaina. »

Alejandro el Grande, cuando fué á Corinto, quiso ver á Diógenes que vivía en un tonel.



— ¿Qué puedo hacer por ti? le preguntó el emperador al filósofo.

— Quitarte de delante, le respondió el cínico; ¿ no ves que me estás robando el sol?

El vizconde de Segur, muy enojado con el señor de Vaînes, le habló de esta manera :

— He sabido que en una casa, en la que alguien me reconocía talento, dijísteis que no tengo ninguno.

— Es enteramente falso, vizconde, yo no he estado nunca en ninguna casa ni en ninguna parte donde nadie os haya reconocido talento.

En un banquete, al llegar el momento de los brindis, tomó su copa un inglés y dijo estas palabras :

— Señores, brindo por el bello sexo de ambos hemisferios...

— Y yo por ambos hemisferios del bello sexo, le contestó un marqués medio borracho.

Un suizo que estaba en Rusia pasó en un día de invierno por un pueblecillo. Al verse acosado por los perros, se bajó para agarrar una piedra; no pudo arrancarla y exclamó : « ¡ Vaya un maldito país !... ¡ atan las piedras y sueltan los perros !

Madama de Nemours tenía la nariz muy encorvada y los labios muy rojos. Y decía Vendôme, hablando de ella : « Parece una cotorra comiéndose una guinda. »

En un banquete se hablaba de los glotones célebres, empezando por Milón de Crotona y acabando por el fraile que se tragaba por desayuno la Biblia. Un oficial aseguró que un soldado de su compañía, á quien el Estado abonaba tres raciones porque con una se moría de hambre, era capaz de comerse de una vez, él solo, una ternera. Le apostaron que eso era imposible; sostuvo la apuesta, y el día convenido compareció el soldado. Para que éste no lo dejara mal, dispuso el oficial que le sirvieran con diferentes salsas las distintas partes del ternero. Ya se había comido los riñones, el corazón,

los sesos, las orejas y las patas, cuando al presentarle las costillas le dijo el soldado al oficial : « Mi capitán, si me siguen trayendo estas cositas, no voy á tener gana cuando venga la ternera. » Él se figuraba que le estaban sirviendo aperitivos.

*
* *

Al mismo soldado le preguntaron cuántos pavos era capaz de comerse :

— Veinticinco, respondió.

— ¿ Y gallinas?

— Cincuenta ó sesenta.

— ¿ Y alondras?

— Eso no se cuenta; me las como todas...

En España se ha celebrado mucho la locuacidad de un diputado que estuvo hablando seis horas, sin tener gran cosa que decir, porque le interesaba que aquel día no se acabara la sesión hasta que se hubiera hecho cierta combinación ministerial.

Pues bien, ese parlamentario español era un niño de teta, si se le compara con cierto orador chileno que habló ocho días seguidos, consumiendo él solo ocho sesiones enteras.

Los diputados huyeron despavoridos cuando al octavo día por la tarde le oyeron decir al orador :

« Aquí termino, señores, la primera de las nueve partes en que pienso dividir el exordio de mi discurso. »

El mariscal Lefebvre le decía ingenuamente á José Bonaparte, cuando éste era rey de España : « Este país, señor, no se someterá completamente, no conseguiremos la pacificación, mientras no mandéis á todos los

españoles con sus respectivas familias á poblar el África ó la América, trayendo á España, para repoblarla, á todos los alsacianos pobres que aquí, ciertamente, se enriquecerían. Y sólo entonces merecerá la pena el ser rey de España. »

Un obispo, durante su visita pastoral, decíale á un cura de aldea :

— ¡Qué aire tan delicioso el que se respira aquí!

— Pero yo, señor obispo, no puedo vivir del aire...

Una mujer de Cremona fué ahorcada por la justicia, por parricida, en 1763; se le acusaba de haber asesinado á su marido. Ella negaba; pero sometida al tormento, confesó.

Pocos días después de ejecutada apareció su marido, que había tenido necesidad de hacer un viaje sin decírselo ni á su mujer.

El pobre viudo intentó la rehabilitación de su difunta, ya que no podía resucitarla. Pero los jueces que habían condenado á su mujer lo trataron de impostor, lo procesaron, pues su muerte se hallaba bien probada por la confesión de la propia ejecutora del crimen; y aquel desventurado tuvo que huír precipitadamente, abandonando su patria, para salvar su vida. Los jueces parecían dispuestos á cometer un nuevo asesinato por no confesar su error.

Cuando Le Sage, el autor de *Gil Blas de Santillana*, iba á hacer representar su *Turcaret*, le ofreció á la duquesa de Bouillón que iría á leerle su obra antes del estreno. Así lo hizo; pero detenido por ocupaciones de momento, llegó tarde á la cita. La duquesa, impaciente, le dijo con ofensiva altivez :

— Me habéis hecho perder una hora, esperándoos...

— Bien, pero voy ahora mismo á haceros ganar dos horas.

Y se fué, llevándose el manuscrito.

En vano se intentó detenerlo en la escalera; no volvió.

Un escritorzuelo le presentó á Condé el epitafio de Molière, y el príncipe le dijo : « Mejor sería que él hubiera escrito el vuestro. »

Algunos hombres son bastante necios para quitarse años, como hacen las mujeres. Llegan á la ancianidad, y cambia de aspecto su coquetería : ya no se quitan años, sino que se los aumentan ; cuanto más viejos se creen más interesantes.

Pero el conde de Grammont, que murió de ochenta y seis años en 1707, conservó toda su vida el capricho de ocultar su edad. Un día, comiendo con Luis XIV y con el obispo de Senlis, preguntó el rey á este último qué edad podría tener el conde.

— Señor, contestó el obispo, yo tengo ochenta y tres, y el conde ha de tener la misma edad, aproximadamente, porque estudiamos juntos.

— El obispo se engaña, dijo Grammont, porque ni él ni yo hemos estudiado nunca.

Fernández y González, el novelista español, era sobre todo un gran poeta. Pero él, en su vano orgullo, se creía tan grande como el propio Homero. Hablábase una vez de poetas españoles contemporáneos, y dijo con el mayor desenfado que él era el *número uno.*

— Sí, don Manuel, le interrumpió un joven literato; es usted un poeta de cuerpo entero, aunque no el único; ¡mire usted que Zorrilla!

— También es poeta, respondió Fernández y González; es tan poeta como yo, pero él es la hembra y yo soy el macho.

En una tertulia de escritores, á la que iba también Fernández y González, daba su opinión sobre todas las cuestiones uno de los concurrentes; pero la exponía someramente y sin fundamentarla. Dijo una vez que aún no se ha dicho la última palabra, que no se ha hecho el juicio definitivo sobre Miguel de Cervantes; Fernández y González, con su solemnidad característica, le replicó:

— Mi amigo, ese cráneo de usted me parece un cuarto obscuro en el cual hace diez años que estoy sintiendo ruido; ¡haga usted el favor de encender un fósforo, para ver si lo que hay dentro es un léon ó una cucaracha!

Uno de los bohemios más desarrapados de París entró en un restaurant, se hizo servir una comida copiosa, y cuando tomaba su café llamó al dueño del establecimiento para preguntarle cualquier cosa: un pretexto para trabar conversación con él.

Hablaron de varias cosas y de pronto le pregunta el bohemio á su interlocutor:

— ¿Os ha sucedido alguna vez que se haya hecho servir un pobre diablo, uno de tantos hambrientos de levita, que luego no haya podido pagar?

— No, á mi no me ha sucedido nunca.

— Y si alguna vez os sucediera, ¿qué haríais?

— ¡ Qué había de hacer!... Ponerlo en la puerta, dándole un puntapié en el culo para que no volviera.



Se levantó el bohemio, le volvió la espalda al otro y, separando los faldones, le dijo :

— ¡ Cóbrese usted !

Un espartano solicitó audiencia de un príncipe. Éste le contestó que no podía dársela por estar enfermo. « Pues decidle, replicó el espartano, que no he venido para batirme con él, sino para que me oiga. »

Un clérigo terminó un sermón con estas palabras : « Hacedlo así, amados oyentes míos, y en la otra vida seréis recompensados. »

— ¿Podría usted adelantarme tres pesetas? le contestó una voz.

Decía una señora hablando de su marido: « Es un carácter de hierro; ¡ si vieran ustedes lo que me cuesta hacerlo levantarse! Algunos días lo despierto á latigazos... Para que le lleve un recado á mi modista ó me limpie las botas, he de repetírselo dos y tres veces... ¡ Les digo á ustedes que es un león! »

Se hablaba en familia de la ejecución de un reo á quien acababan de guillotinar.

Y preguntó un chiquillo:

— Papá, ¿ qué es ejecución?

— Partir por el eje, le contestó su padre.

Hay hombres astutos y otros que se figuran serlo. Unos y otros se envanecen con esa cualidad. Sin embargo, la astucia en el hombre es un demérito; es cualidad femenina.

Un rey de Castilla, sintiéndose moribundo, le daba consejos é instrucciones á su hijo y heredero.

— Fíate de los que me han servido con lealtad, le decía, y también de los que me han combatido con valor; pero desconfía de los que han hecho ambas cosas y de los indiferentes que no han hecho ninguna.

Aquél monarca español de la Edad Media no se hubiera fiado en estos tiempos, ni de los políticos de oficio, que cambian de bandera con facilidad, ni de los burgueses cucos, esos que se llaman *neutros* y debieran llamarse *hermafroditas*.

Preguntábale una mujer á otra :
— ¿ Cuánto tiempo lleva usted casada ?
Y la interpelada respondió :
— Tres mil doscientas noches...

Cantar supone alegría.
Cuando se muere un hombre no cantan más que los curas.

Se ha dicho, y es verdad, que basta un breve rato de conversación para conocerle á un hombre cuál es su ocupación, su profesión ó su oficio.

Ni siquiera es preciso conversar, pues basta pisarle un callo á cualquier hombre para que él se denuncie.

El que diga, por ejemplo, ¡ á pique ! ese es piloto.

Si dice ¡ visto ! es abogado.

Un empleado de ferrocarriles dirá, probablemente : ¡ me ha facturado usted !

Á propósito de ferrocarriles : decía un factor de la línea de Alicante, que cuando ocurre algún descarrilamiento — cambio de vía — lo primero que se le figura es si la locomotora estará ordenada *in sacris.*

Un judío alemán le decía á su primogénito, un niño de ocho años :

— Mira, haz como tu abuelo, que llegó á Berlín con un par de calzas rotas y ahora tiene dos millones.

— ¿ Y para qué quiere abuelito dos millones de calzas rotas ?

Reprochábanle á un moralista cierta contradicción entre sus obras y sus máximas : « Cierto, dijo, yo pregono mis máximas de moral y no siempre las prac-

tico; ¿por ventura se ponen los zapateros todas las botas que hacen? »

Dijo Montaigne que la ciencia es un cetro en ciertas manos y una caña en otras.

— ¿Qué es opulencia? le preguntó un bárbaro y riquísimo usurero á un letrado ingenioso.

— Es, contestó el último, la ventaja que tiene un bribónsobre una persona honrada.

Contaba Franklin una observación hecha en Londres por su negro. Éste le había preguntado qué era un noble y él le había contestado: « Un ser que no trabaja. » Pocas semanas después le dijo el negro: « Aquí trabaja to!o: el agua trabaja, el viento trabaja, el fuego trabaja, el humo trabaja, los perros trabajan, los burros trabajan, el buey trabaja, el caballo trabaja, el hombre trabaja; mi amo, todo trabaja menos el cochino, que come, bebe, duerme y no hace nada en todo el día.

— ¿Y qué quieres decirme con eso? le interrogó Franklin.

— Pues quiero decir que el cochino es el único noble de Inglaterra.

Un oficial italiano de los muchos que servían en el ejército español durante la guerra civil de 1833 á 1840, sostenía grandes polémicas y acaloradas disputas con el capellán del batallón y con otros compañeros acerca de la inmortalidad del alma. Algunos oficiales provocaban con frecuencia la misma y otras cuestiones, por oír el pintoresco lenguaje del oficial extranjero, cuyos

discursos eran una olla podrida de español y de italiano. Un día de combate fué herido el italiano por una bala carlista, herido gravemente. Uno de sus compañeros, al verlo pasar en una camilla, acudió corriendo :

— ¿ Qué es eso ? le preguntó.

— Ahora vamos á ver *questa coglioneria de la inmortate del ánima,* le respondió el herido.

Los enemigos de la humanidad, vulgarmente llamados conservadores, han explotado siempre el espíritu servil y rutinario de las multitudes, refractarias á todo lo que es nuevo. El inglés que trajo á Europa, desde China, el primer paraguas que se vió en la lluviosa Inglaterra, fué silbado y apedreado en las calles de Londres. Cuando Parmentier — un verdadero bienhechor — introdujo en Francia las patatas, se burlaron de él y aun lo insultaron los mismos que se alimentaban de raíces ó perecían de hambre ; fué necesario que Luis XVI las presentara en su mesa para que el público las aceptara. No ya el vulgo ignorante, un sabio cual Montaigne se burlaba del tenedor, cuando empezó á introducirse el uso de este instrumento en las mesas principales, diciendo que no era necesario ese *refinamiento.*

Aun después de conquistado un progreso y de haberse hecho palpables sus beneficios, reniegan de él los más beneficiados. Muchos que lamentan las conquistas de la democracia, deben á ésta y á la revolución las posiciones y las fortunas que tienen. Algunos que se quejan de las pretensiones, según ellos insolentes, de los proletarios, sin la revolución y sus conquistas aún serían esclavos miserables, patanes sin cultura, venteros indecentes ó ladrones en cuadrilla como sus antepasados.

Una riquísima señora haitiana, más negra que el carbón, ocupaba la cabecera de la mesa en un banquete que se dió en París. Algunos comensales hablaron de política, de la libertad, de la revolución, y la negra retinta preguntó con displicencia :

—¿De qué sirve todo eso? ¿qué nos importa la política? ¿hemos ganado algo con tanta revolución?

— Hemos ganado, señora, le respondió alguno de los presentes, aunque no sea más que el honor de alternar con usted, de poder sentarnos á la misma mesa...

Estaba parado un coche de alquiler en la calle de Alcalá (Madrid). Ocupaba el cochero su asiento en el pescante, más serio que un filósofo. Se acercó un personaje, sin duda forastero, y le preguntó al auriga :

—¿Por dónde se va á la calle de Toledo?

— Por aquí, le contestó el cochero apuntando con un dedo á la portezuela de su coche.

Á un gran banquero se le presentó un bohemio de los de camisa limpia.

— Vengo, le dijo, á proponerle á usted un magnífico negocio. En un momento, con decir una palabra, se gana usted un millón.

— Explíquese usted.

—¿Es cierto que ha dotado usted á su hija en tres millones contantes y sonantes?

— Sí, es cierto.

— Bien, pues dele usted dos millones en lugar de tres, y concédame su mano.

Un estudiante, de los que más concurrían á los bailes

públicos, sacó á bailar á una griseta. Y ella le dijo :

—¿ Vais á bailar sin guantes ?



— No importa, dijo él ; después que bailemos ya me lavaré las manos.

Esto pasaba en 1830 y en París.

Decíale un aldeano á su vecino :

— Tú viste bien que yo sembré patatas en el huerto del Rincón...

— Sí.

— ¿ Á que no sabes lo que ha salido?

—¡ Toma!...¿ qué había de salir?... Patatas.
— Pues no; ha salido un cerdo... y se las ha comido.

Los mahometanos tienen tal respeto al Korán, que saben el número de palabras que contiene y aun el de letras que las componen :
77.639 palabras.
323.015 letras.

Claudio Morel, censor de impresos de Francia en el siglo XVII, después de examinar una traducción del Korán, informó que no contenía nada contrario á la fe católica ni á las buenas costumbres.

Decía un mariscal de Francia que era preciso tolerar ciertos descuidos de un subordinado suyo, porque había pasado en su juventud la fiebre tifoidea.

—¿ Y qué tiene que ver el tifus con el cumplimiento de las obligaciones? le observó otro mariscal.

— Mucho; todo el que pasa la fiebre tifoidea se queda imbécil.

— No será tanto...

— Sí, lo sé muy bien; yo he tenido la fiebre tifoidea.

Pasando una revista á las tropas y al recorrer el frente de la línea, se encontró el mariscal Mac-Mahón con un soldado negro.

El mariscal le preguntó :

—¿ Es usted negro?

— Sí, mi general, le respondió el soldado.

— Está bien; puede usted continuar, le dijo Mac-Mahón.

Un prelado hizo llamar á su médico. Al presentarse éste le dijo aquél :

—Doctor, me siento muy mal; sufro como un condenado.

—¿ Ya? le dijo el médico.

Estaba agonizando un prestamista. Llamaron el confesor y éste le puso delante un crucifijo. El moribundo abrió los ojos, y dijo penosamente :

—Vale poco... no es de plata... no presto nada por él.

Predijo un astrólogo que cierta dama, predilecta de Luis XI, moriría en el término de una semana. Así fué, y Luis XI irritado se propuso acabar con el astrólogo. Previno á los criados que á una señal suya lo echaran por la ventana, y dispuso que el astrólogo compareciera.

— Ya que sabes tanto, le dijo el rey, sabrás la fecha en que hayas de morir?

— Sí, señor; tres días antes que Vuestra Majestad.

El rey, que era supersticioso, no hizo la señal. Dejó vivir al astrólogo y temía que se muriera.

Un militar que no tenía fama de valiente, le preguntó á un avaro :

—¿ Qué gusto podéis tener en amontonar monedas de las que no os servís ?

— El mismo que tenéis en ceñir espada.

Federico II acostumbraba hacerle tres preguntas á cada soldado nuevo de su compañía de guardias, cuando lo veía por primera vez : « Qué edad tiene usted ?... ¿Cuánto tiempo lleva á mi servicio ?... ¿Está al corriente de su paga y su vestuario ?

Se enganchó en la guardia real un joven francés, que

fué admitido por su arrogante figura, aunque no hablaba alemán ni siquiera lo entendía. Su capitán le advirtió que el rey le haría las tres preguntas y le hizo aprender de memoria las tres respuestas. Al día siguiente le interrogó Federico, pero invirtió el orden de sus preguntas :

— ¿ Cuánto tiempo lleváis á mi servicio ?

— Veinte años, respondió el recluta.

— ¿ Pues qué edad tenéis ?

— Cuarenta y cinco días.

— Ó sois tonto ó yo estoy loco, dijo el rey.

— Ambas cosas, dijo el francés creyendo contestar á la tercera pregunta.

— Es la primera vez, dijo Federico el Grande, que se me insulta en presencia de mis tropas.

El soldado, consumida ya su provisión de alemán, guardó silencio.

El rey le dirigió otra pregunta, y el soldado entonces le contestó en francés, diciéndole :

— Señor, no sé una palabra de alemán.

El rey se echó á reír y le aconsejó que tratara de aprender la lengua de sus Estados.

Sabido es que en la Asamblea Constituyente propuso un Montmorency la abolición de los privilegios y títulos de nobleza. Al oír esta proposición, dijo cándidamente un noble provinciano : « Pero si no hay nobles, ¿ quién ayudará al rey á ponerse la camisa ? »

***

Esto recuerda un cuento de dos baturros. Uno de ellos le preguntaba al otro : « Chiquio, ¿ quién se comerá lo que c... el rey ? »

Y el otro respondía : « Calla, bruto, eso no es *pa tú ni pa yo*, sino *pa* los condes y marqueses. »

Cuando se publicaba algún libelo contra Mazarino, éste, fingiéndose irritado, hacía que se embargara la edición para quemarla. Pero no la quemaba : la vendía secretamente, y á veces ganaba mucho con la venta de libros ó folletos que él mismo había prohibido y en los que se le ponía de oro y azul.

En tiempo del cardenal Richelieu gozaba el P. José de gran influjo en la corte y en la gobernación. Un día concurrió al consejo en que se había de tratar de una campaña que iban á emprender las tropas. Y concurrió también el general que había de dirigirla.

Extendido sobre la mesa del consejo el mapa del país en que se había de operar, decíale el P. José al general de las tropas, señalando en el mapa con el dedo :

— Tomaréis primero esta ciudad, luego esa otra, en seguida aquella plaza...

— Padre José, le respondió el general, debo advertiros que no se toman las plazas con un dedo.

La abadesa de Maubuissón, Luisa Hollandine, hija de Federico V, elector palatino, había tenido tantos hijos bastardos que juraba « *por este vientre que ha llevado catorce hijos* ».

Aquella santa abadesa, nacida en 1622, abrazó el catolicismo en 1649, fué abadesa de Maubuissón en 1674 y murió en 1709.

Á pesar de su vientre, que había llevado catorce hijos, hubo un abate Genest que cantara sus virtudes, pues publicó su panegírico en estos términos : *Memoria sobre la vida y las virtudes de la princesa palatina de Baviera, abadesa de Maubuissón.*

El arzobispo de París, monsieur de Noailles, repren-

día al obispo de Gap con motivo de su gran afición á las mujeres : « ¡ Ah, monseñor! le contestaba el obispo; bien merecida tengo mi mala reputación, pero no podéis juzgarme porque no sabéis una palabra de eso. Yo también he vivido cuarenta años sin pensar en tal cosa; no sé ni cómo fué, pero después ya no he podido enmendarme. Guardaos de probarlo, monseñor, que si llegáis á probarlo, reincidís. »

Barrás, delegado de la Convención, que reunía en el sitio de Tolón toda la autoridad, todo el poder, mandó



cambiar el emplazamiento de una batería. El oficial de artillería Bonaparte, un joven aún desconocido, le

contestó con firmeza : « Haced vuestro oficio de representante, ciudadano ; pero dejadme hacer el de artillero ; esta batería está aquí muy bien situada y yo respondo del éxito. »

En efecto, los resultados correspondieron á las esperanzas de aquel joven militar, que fué más adelante Napoléon I.

Sitiados los portugueses en Asia por los indios, un soldado portugués llamado Rodrigues se arrojó sólo hacia los enemigos con una mecha y un barril de pólvora.



Estalló el barril con tanta oportunidad, que cuando los indios se disponían al asalto volaron más de ciento hechos pedazos por la explosión del barril.

Pero lo más sorprendente es que Rodrigues no pereció en aquel lance y continuó distinguiéndose por sus rasgos de valor.

Un sujeto que necesitaba presentar una reclamación ó pedir un informe en cierta oficina del Estado, se presentó en la oficina y vió que en ella había un solo empleado, muy entretenido al parecer.

El sujeto en cuestión se mantuvo largo rato en pie, guardando silencio para no interrumpir al empleado. Pero pasaba el tiempo y el hombre empezaba á impacientarse. Creció su impaciencia cuando creyó observar que el empleado se sonreía frecuentemente según avanzaba en su lectura; ¡como que estaba leyendo una novela!

Empezó, pues, á golpear el suelo, como por inadvertencia, con los tacones de sus botas y con la contera del bastón.

El empleado impasible.

Empezó el otro á toser, á sonarse, á dar paseos.

El burócrata impávido.

Perdida ya del todo la paciencia, le dijo el ciudadano al empleado:

— Hace treinta y seis minutos, señor, que estoy aquí parado.

— Y yo, señor, estoy parado aquí desde hace veinte y tres años, le respondió el funcionario público sin soltar su libro.

Fortia Piles, oficial francés, empleaba su tiempo en escribir. En 1785 estaba su regimiento de guarnición en Nancy, donde se aburría; y allí concibió la peregrina idea, que puso en práctica, de escribir á innumerables personas, firmando todas sus cartas con el nombre su-

puesto de *Caillot Duval*. Esas cartas se han conservado impresas en más de treinta volúmenes.

Caillot Duval dió principio á su correspondencia dirigiéndose á un honrado vecino de Abbeville, que había publicado en un periodiquito literario de su pueblo multitud de charadas, logogrifos y algunos inocentes epigramas. Empezaba disculpando su atrevimiento de dirigirse á tan gran poeta, dándole las gracias por el placer inmenso que le habían proporcionado sus composiciones y pidiéndole permiso para someter á su examen un poema en treinta cantos que estaba concluyendo. Aunque no era equívoca la mistificación, el poeta picardo mordió el anzuelo. Contestó muy engreído, se ofreció á leer y aun corregir el poema y quedó entablada una correspondencia en la que se discutieron con amplitud las reglas del estilo y otras varias cosas. Por fin Caillot Duval le ofreció hacerlo ingresar en la Academia de San Petersburgo, donde tenía grandes relaciones, proposición que fué aceptada igualmente por el poeta provinciano. Éste le mandó á su corresponsal, en apoyo de su candidatura y justificación de sus méritos literarios, una multitud de versos, ¡ pero qué versos !

Cansado de divertirse con el poetastro, la tomó nuestro oficial con una actriz de la Ópera, la señorita Sainval, á quien se dirigió dándose por secretario de un príncipe tártaro inmensamente rico. « Vuestra fama, señorita, le decía el mistificador, no se limita á Francia ; en todo el mundo se os hace entera justicia. Pronto llegaré á París y tendré el gusto de ofreceros mi homenaje. No os pido una preferencia exclusiva, sino que me recibáis con generosa atención. Y abrigo la esperanza de que me hagáis feliz mientras dure mi existencia. »

No tardó la respuesta ; la actriz estaba enferma y contestó por ella una hermana completamente desconocedora de la ortografía ; ¡ qué carta !

Quedó entablada la correspondencia. Caillot Duval le ofrece á la actriz una casa amueblada, coche, caballos, lacayos y cochero, sin contar los regalitos, y cincuenta luises cada mes.

La joven actriz, según escribe su hermana, dista de conmoverse por razones de interés ; lo que la seduce y lisonjea es el amor de una persona tan interesante y distinguida, pero desea conocer el nombre del famoso príncipe. La correspondencia debió divertir mucho á Caillot Duval, que la concluyó dando al príncipe tártaro por muerto, en circunstancias trágicas y dejando una viuda con cinco niños gemelos, todos varones y robustos.

Después se dirigió á un fabricante de cuernos de caza establecido en París : « Señor, el número infinito de trompas de caza que ha salido de ese establecimiento, ha llevado vuestra fama hasta los más remotos límites de las regiones hiperbóreas. El príncipe Kabardinski me ha ordenado que me dirija á vos, por ser vos el prototipo de los corneros, cornadores ó trompeteros de Francia. Enviadme, pues, las dimensiones y precios de esas trompas, indicando el máximo tamaño de una trompeta marina. Su alteza la tiene ya de doce pies y medio, pero no es bastante... » Á vuelta de correo le envió el fabricante la nota de sus precios.

El infatigable Caillot Duval escribe entonces al ayudante de los guardias franceses : « Tengo dos sobrinos llenos de ardor marcial ; yo quisiera colocarlos en ese regimiento. Los dos tienen la misma estatura, con la diferencia de que el mayor mide cinco pies, cinco pulgadas, cinco líneas, y el menor tiene tres pulgaditas más. Son de la misma edad, bien que el uno cuenta diez y ocho años y el otro veintisiete... Serán buenos militares, pues saben la regla de tres y aun las cuatro reglas. » El ayudante mandó inmediatamente un formulario para que lo llenaran los interesados, y en su carta

decía : « Vuestros sobrinos harán carrera, obteniendo los ascensos que á sus méritos no se les niegan jamás. »

La emprende luego Caillot con un peluquero de París pidiéndole un modelo de peluca. Se dirige á un zapatero para informarse de si es ó no posible hacer unas botas sin costura. Le escribe, además, á un naturalista conocido consultándole acerca de un fenómeno por Caillot imaginado y que el naturalista en su contestación encuentra de poca novedad.

Después le escribe al teniente general de policía del reino : « Señor, he perdido el báculo de mi vejez, fruto del más tierno amor; mi hija ha empañado la virtud de la familia, dejándose engañar por un oficial de húsares. Los dos se han refugiado en esa capital. Á ella, quiero matarla. No, no, tengo entrañas de padre : que vuelva y la perdono. Ya que sois la flor y nata de los generales de policía de este hemisferio, buscadla, señor, buscadla, vertiendo en mi alma herida ese bálsamo consolador. He aquí sus señas : Más bien morena que rubia, las cejas casi negras, la barba en punta, los brazos redondos, la boca ordinaria, la nariz y los ojos como todo el mundo. » — Respuesta : « No obstante el estilo cómico de vuestra carta, he hecho las diligencias posibles para saber si la señorita vuestra hija se encuentra en esta ciudad; creo poder asegurar que no. Siento no poder comunicaros noticias más satisfactorias. »

Escribe Caillot Duval á tres de los confiteros más famosos de la calle de Lombardos, ofreciéndose como perito en la parte literaria de la confitura : se compromete á servir á los tres industriales un variado surtido de cuartetas, décimas, sonetos, divisas, todo en seis lenguas. Los tres le contestan y una de las contestaciones tiene seis páginas.

En seguida se le ocurre proponer á los directores de

teatros una tragedia suya en *siete* actos, cuyo título es *El temblor de tierra de Calabria,* y les amenaza con enviarles la obra si no le contestan á la mayor brevedad.

Á un perito calígrafo le escribe lo siguiente : « Se trata de unas firmas que son falsas y de su examen depende mi fortuna; vuestros ojos de lince no tardarán en descubrir este misterio impenetrable; devolveréis el honor y el sosiego á una familia, que no cesará de desearos larga vida y aun la gloria eterna. »

Á un pobre músico de aldea le escribe ofreciéndole la dirección de la orquesta de la Ópera.

Á un guarnicionero le pide la mano de su hija « si es que la tenéis, le dice, para mi hijo mayor que necesita casarse; ¿y á quién he de dirigirme si no es á una persona tan inteligente en cueros? » El guarnicionero le contestó aceptando.

Felicita Caillot al autor de un poema sobre la *Armonía imitativa,* y le hace un gran pedido á una modista célebre.

Innumerables fueron las mistificaciones de Caillot Duval, y aquí mencionaremos, para concluír, el ofrecimiento que le hizo á un librero de un gran volumen titulado *La entrada del rey Priamo en Lutecia,* impreso en París en 1400 (antes que hubiera imprentas) y con magníficos grabados por añadidura. El librero le contestó que deseaba ante todo ver el libro. Caillot le escribió de nuevo para decirle que ya lo había vendido á la biblioteca real en 3.000 libras, más una pensión de 300 libras anuales, transmisible á su suegra.

*
* *

La candidez del librero recuerda la de un editor de España, que le compró á un bohemio de Madrid la *Continuación del Nuevo Testamento.*

En la retirada de Rusia, cuando ya los franceses habían evacuado la ciudad de Moscú y pasado el Moscova hostigados por los moscovitas; cuando perecían á centenares en los helados campos de Moscovia; cuando por todos lados los rodeaba la nieve y en la nieve dormían y los cercaba un horizonte de hielo; cuando el frío glacial entumecía sus cuerpos y hasta el aliento se les helaba en la boca, decíale un granadero de la guardia á un compañero suyo:

— ¿Sabes tú que los rusos nos dan ejemplo de bravura y de constancia? Porque pelean, pelean, y ellos también tienen frío.

— Naturalmente, luchan en defensa de su patria.

— ¿ Pero esto es una patria? replicó el granadero no viendo más que nieve congelada, en el suelo y en todas direcciones.

Un personaje ruso que se hospedaba en un hotel francés, tuvo un disgusto con un criado y sin andarse en chiquitas lo mató. Se armó un escándalo, el dueño del hotel dió parte á la justicia y el ruso, muy sorprendido, exclamaba: « ¡ Qué alboroto por una miseria! ¿ Tienen más que ponérmelo en la cuenta y dejarme en paz? »

Un individuo que alternaba con todos los escritores en círculos y teatros, y que tenía la pésima costumbre de tutear á cualquiera la segunda vez que lo veía, se encontró una vez con Alejandro Dumas y le tendió la mano diciéndole al mismo tiempo:

— ¡ Hola! ¿ cómo te va?

— Muy bien, contestó Dumas, ¿ y tú quién eres?

Un marqués, jugador desenfrenado, se pasaba las

noches enteras en su casino. Dejó de ir unas noches y se le echó de menos. Alguno de sus consocios lo encontró en la calle al cabo de nueve días :

— ¿ Qué es de su vida ? le preguntó.

— ¡ Ay, amigo, no me hable usted !... ¡ Qué desgracia !... ¿ No sabe usted lo que me ocurre ?

— No sé nada...

— ¡ He perdido mi mujer !

— ¿ Á qué juego ?

Swift, el célebre autor del *Robinsón Cruzoe*, decía que esas personas vanidosas, que hablan continuamente de sus progenitores, lo tienen todo enterrado, como las patatas.

Acusaron á un curial de Londres de haber robado una copa de plata, y su defensor consiguió que lo absolvieran con este argumento irrebatible : « Mi defendido pertenece á la curia, y la prueba de que él no es el ladrón, es que han robado la copa dejando el platillo. »

Un bromista que viajaba con un sacerdote, quiso reirse de éste y le preguntó :

— ¿ Qué diferencia hay entre un obispo y un burro ?

— No lo sé.

— Que el burro lleva la cruz en el lomo y el obispo en el pecho.

El sacerdote, á su vez, interrogó al compañero de viaje :

— ¿ Qué diferencia hay entre un burro y un bromista ?

— No lo sé.

— Ni yo tampoco.

Contaba un soldado que se había caído al común y le preguntó uno de sus camaradas:

— ¿ Hasta dónde te llegó la porquería ?

— Hasta el tobillo no más.

— Te ensuciarías muy poco.

— Es que caí de cabeza...

Á los tripulantes de un barco portugués se les daba de ración, para almorzar, media sardina á cada uno. El cocinero le dijo al capitán que la gente se quejaba, porque la media sardina era una ración insuficiente: « Bien, contestó el capitán, dale una sardina entera á cada uno, y si revientan no respondo ».

En la playa de una ciudad española, muy concurrida en verano, estaban dos soldados mirando á los bañistas, y uno de ellos le dijo á su camarada:

— Los hombres, aunque no sepan nadar, se meten mar adentro, hasta que el agua les llega muy arriba; pero las mujeres se quedan más acá, el agua no les pasa de las corvas. ¿ Sabes tú por qué es eso ?

— Porque las mujeres son más cobardes.

— ¡ Ca ! Lo que son es más valientes. Eso es porque los hombres no se *ajogan* más que por la boca y las mujeres se *ajogan* por arriba y por abajo.

Alojado un oficial español en la posada de un pueblo, estaba en su cuarto con el cepillo de dientes en la mano y limpiándose la dentadura antes de bajar al comedor. Lo vió la criada, y bajó corriendo á la cocina.

— Señora Romualda, le dijo á la posadera, ya puede usted ponerle doble ración al oficial...

— ¿Por qué?

— Porque antes de bajar á comer se afila los dientes.

Cierto cardenal se hallaba enfermo con un acceso que no se resolvía; todos los remedios eran inútiles, ineficaces las cataplasmas todas. Tenía el cardenal un mono, que al ver el bonete cardenalicio en uno de los muebles,



se lo puso, y con él puesto se acercó á su amo. Á éste le hizo tanta gracia, que soltó una carcajada y el acceso reventó. Así recobró el cardenal su salud. Hizo más el mono que los médicos y las medicinas.

Dos mendigos, uno cojo y otro ciego, hablaban de *sus negocios*; el primero le preguntó al segundo:

— ¿Cuánto ganas al día?

— Un par de francos.

— ¿Nada más?... Pues si yo tuviera *la fortuna* de ser ciego no daría mi jornal por veinte francos.

Á propósito de las pretensiones literarias de Federico II, decía Voltaire: « Ese hombre tiene algo de César y mucho del abate Cottin. »

El día que Bolingbrook fué nombrado ministro, decía la cortesana más célebre de Londres á varias *señoras* como ella: « Amigas mías, ya es secretario de Estado; ocho mil libras de sueldo; ¡ todo eso para nosotras!

Un ministro español, hablando en las cortes de las teorías de la Internacional, decía que eran *la utopia filosofal del crimen* (!).

Una ilustre dama que presumía de católica y abominaba de la ciencia, no iba nunca á misa; al preguntarle otra persona cómo explicaba esa contradicción entre sus creencias y sus prácticas, le contestó:

— No entro en la iglesia, porque siempre hay allí mucha plebe, gentuza indecente, canalla, en fin.

— Pero la religión...

— La religión no puede exigirme que yo me llene de piojos.

Confesaba una señora y le decía tímidamente al confesor:

— Confieso que siento alguna inclinación á un capitán.

— ¿Y cuántas veces se ha inclinado usted? le preguntó el capellán.

¡Descanse en paz!

Lo enterraron en el cementerio.

Falleció de una enterocolitis.

Fueron inútiles todos los esfuerzos de la ciencia.

Atacado de la enterocolitis se metió en cama.

Toda su vida fué un perfecto dechado de honradez.

Era un modelo de virtudes.

Era acabada personificación de la inutilidad.

Era un hombre inofensivo.

Mediaron entre su tumba y su cuna cincuenta y cinco años perdidos; más de medio siglo, consagrado á leer el almanaque, dar un paseito, rezar el rosario, cortar el cupón y comer bien.

Sus padres, dignos burgueses, le educaron en la fe de Cristo y en el respeto á las leyes, lo más económicamente que les fué posible.

Su buena madre se lo comía á besos.

Como hijo único, era el encanto y la dicha de sus padres.

Lo primero que dijo, haciendo concebir halagüeñas esperanzas, fué *papá* y *mamá*.

El primer acto en que tuvo participación fué su bautismo.

Lo primero que hizo en este mundo fué mearse.

Estaba monísimo en la cuna chupando el biberón.

Nació en el mes de enero, tiempo frío; pero lo abrigaron bien, y pasó toda su vida abrigado, lo mismo por fuera que por dentro.

He aquí toda la historia de un ciudadano ejemplar.

Nota: Puede leerse esta historia empezando por el

principio ó por el fin, por el primero ó por el último párrafo : no tiene pies ni cabeza.

Para demostrarlo, ahí va al revés :

HISTORIA DE UN BURGUÉS CONTEMPORÁNEO

Nació en el mes de enero, tiempo frío ; pero lo abrigaron bien y pasó toda su vida abrigado, lo mismo por fuera que por dentro.

Estaba monísimo en la cuna, chupando el biberón.

Lo primero que hizo en el mundo fué mearse.

El primer acto en que tuvo participación fué su bautismo ; después lo vacunaron.

Lo primero que dijo, haciendo concebir esperanzas halagüeñas, fueron estas dos palabras : *papá, mamá*.

Como hijo único, era el encanto de sus padres.

Su buena madre se lo comía á besos.

Sus padres, dignos burgueses, lo educaron en la fe de Cristo, en el amor de Dios, en el respeto á las leyes y lo más económicamente que les fué posible.

Mediaron entre su cuna y su tumba cincuenta y cinco años perdidos ; más de medio siglo, consagrado á leer el almanaque, dar un paseito, rezar el rosario, cortar el cupón y comer bien.

Era un ser inofensivo, hasta cierto punto (ó hasta cierta punta).

Era acabada personificación de la inutilidad.

Era un modelo de virtudes bíblicas.

Toda su vida fué perfecto dechado de honradez.

Atacado de una enterocolitis, se metió en la cama.

Fueron inútiles todos los esfuerzos de la ciencia.

Falleció de la enterocolitis.

Lo enterraron en el cementerio.

¡ Descanse en paz !

El lector, si quiere, puede repetir la lectura de esta verídica historia, empezando por arriba ó por abajo, por el principio ó por el fin.

Reunidos en la cantina cuatro analfabetos, se entretenían en discutir cuestiones gramaticales.

— Se dice *percuraor*, afirmaba uno de ellos.

— *Precuraor* es como se dice, aseguraba otro.

Y un tercero agregaba :

— *Sus* digo que ni *percuraor* ni *precuraor*, sino *porcurador*.

— *¡ Inorantes !* exclamó el cuarto individuo, no es *percuraor*, ni *precuraor*, ni *porcurador*.

— ¿ Pues cómo es ?

— *Proculadrón*.

Algunos escritores se disculpan de sus pifias culpando á los tipógrafos. Incurren aquéllos en numerosas faltas y luego dicen que son erratas de los cajistas. Lo que hacen los cajistas por pura caridad, y extralimitándose por cierto, es corregir las faltas de muchos escritores.

Pero, es claro, no todos los cajistas son capaces de hacer atinadas correcciones, de lo cual resulta que á veces, queriendo hacer un favor, « meten la pata », como dicen los chulos y aun los hermeneutas.

Los cajistas ignorantes se figuran que les basta, para corregir, consultar el Diccionario de la Academia ú otro todavía peor. No saben que todos los diccionarios del mundo son malos é insuficientes. Aun en los más completos falta mucho (sin perjuicio de que sobre algo). Y en los más completos y mejores es imposible que aprendan lo que no saben; los cultivadores del diccionario tienen un caudal de voces que puede serles útil, pero eso no basta para apreciar los matices de las expresiones, para saber las razones que ha tenido un autor al escri-

bir impropiamente un vocablo, para distinguir lo que intencionadamente se escribe mal, quizá por ironía.

En Cataluña, el flaco de los tipógrafos es poner una *x* en lugar de toda *s*. Y luego parece que el autor ha escrito *expléndido, expontáneo, expectáculo, excrutinio, excéptico* y cien mil barbaridades, cuando no llegan hasta el extremo de hacerle decir *extremecimiento, mixtificación, extrategia, extratagema, extudio, extricto*...

En Madrid, los cajistas, ya no abusan tanto de la *x*; respetan más el texto original del autor; pero tan seguros están de que son buenas las declinaciones usadas en Castilla, que se permiten modificar las del texto. Al que escribe estas líneas le han hecho decir, entre otros, los siguientes desatinos:

« El marido se enfadó con su mujer y *la* pegó. » La pegaría con obleas ó con mocos.

« Á Juan no *le* conozco. » No le conozco méritos, porque no lo conozco ni falta que me hace.

« *Dalas* memorias. » ¡ Dalas !

Gravísimos errores en un país como España, donde los más afamados y eminentes críticos se han dedicado á la tarea filológica y estética de ¡ cazar gazapos !

Pero, ciertamente, no son culpables ni lo han sido nunca los tipógrafos de las faltas que los autores cometen cuando escriben expresiones geográficas y nombres extranjeros ó científicos. De esto habría mucho que hablar, pero mejor es dejarlo por ser impertinente en este libro.

¡ Y qué malos ratos deben pasar los cajistas ilustrados, como lo son muchos, al componer fielmente ciertas cosas !

Ahora recuerdo unos versos publicados en Madrid cuando celebrábamos el cuarto centenario del descubrimiento de América, en los cuales versos le decía Colón

á Isabel la Católica refiriendo las peripecias de su primer viaje:

perdimos el timón y hasta la eslora,
pero llegamos, señora.

Perder *la eslora*, es perder.

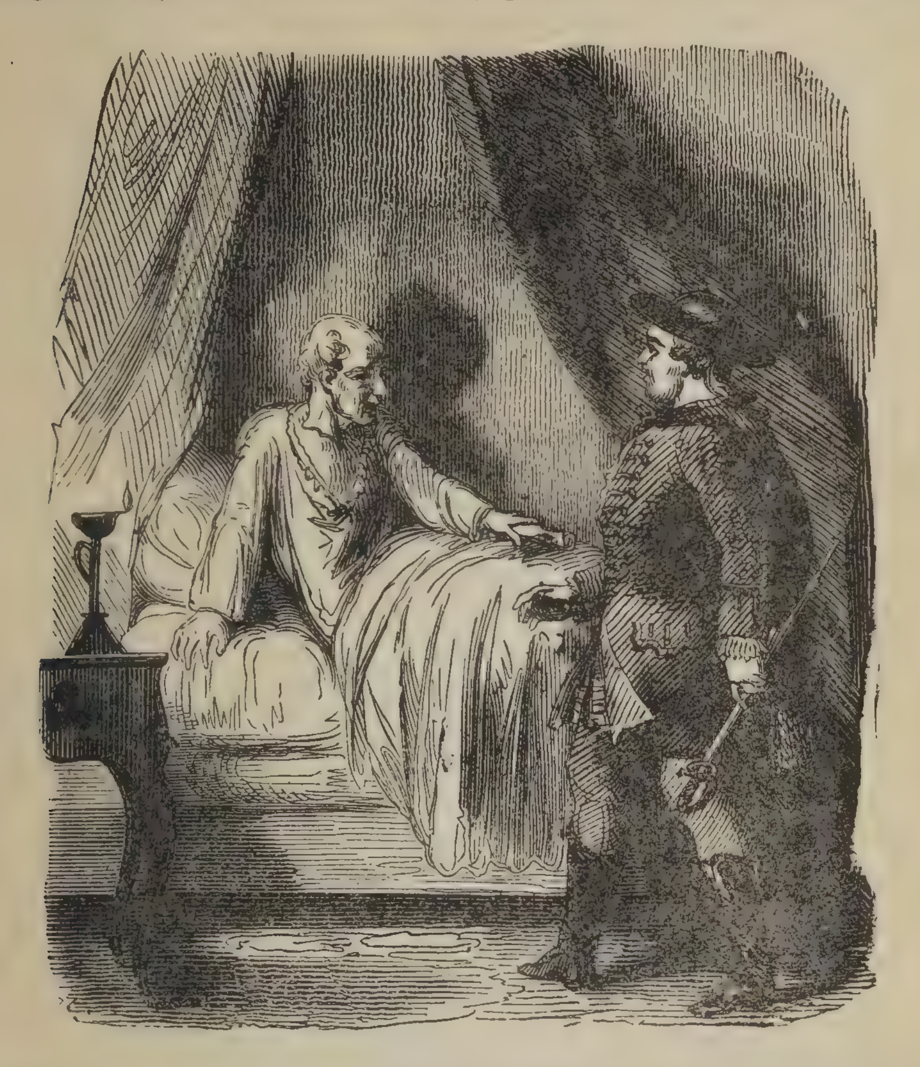
Como si yo perdiera la estatura.

No solamente los versificadores, sino los verdaderos literatos, como uno muy notable hace poco fallecido, incurren en desatinos por meterse en camisas de once varas. Decía el ilustre muerto ponderando el saber de un personaje: « Conoce como nadie la mecánica celeste, la geometría analítica, toda la ciencia infinitesimal y hasta *el binomio de Newton.* » Exactamente como si dijéramos de alguno: « Sabe matemáticas, sabe metafísica, sabe geología y hasta sabe leer. »

Un lord inglés recibió una cita misteriosa. Como era intrépido y amigo de aventuras, acudió á la cita, aunque no sabía de lo que se trataba. Su conductor lo llevó á un callejón desierto, lo hizo entrar en una mala casucha y, cuando hubo entrado, cerró la puerta por fuera.

Subió nuestro personaje una empinada escalera con su espada en una mano y en la otra una pistola, llegando al fin á un tenebroso aposento que alumbraba débilmente una mísera lámpara verdaderamente sepulcral. Y allí vió en un pobre lecho á un viejo como un fantasma; el anciano le entregó un legajo de papeles que se creían perdidos y pertenecían al lord aventurero. Títulos de propiedad y otros documentos de valor. El fantasma no era otro que el bisabuelo del lord, á quien se creía muerto y que ya tenía ciento catorce años. El viejo, con débil y cavernosa voz le dijo á su biznieto :

« Desaparecí del mundo arrepentido de un acto que me avergüenza; te lo confesaré, para que me aborrezcas.



El rey Carlos I me infirió un agravio y me vengué prestándome á ser el verdugo que lo decapitó. »

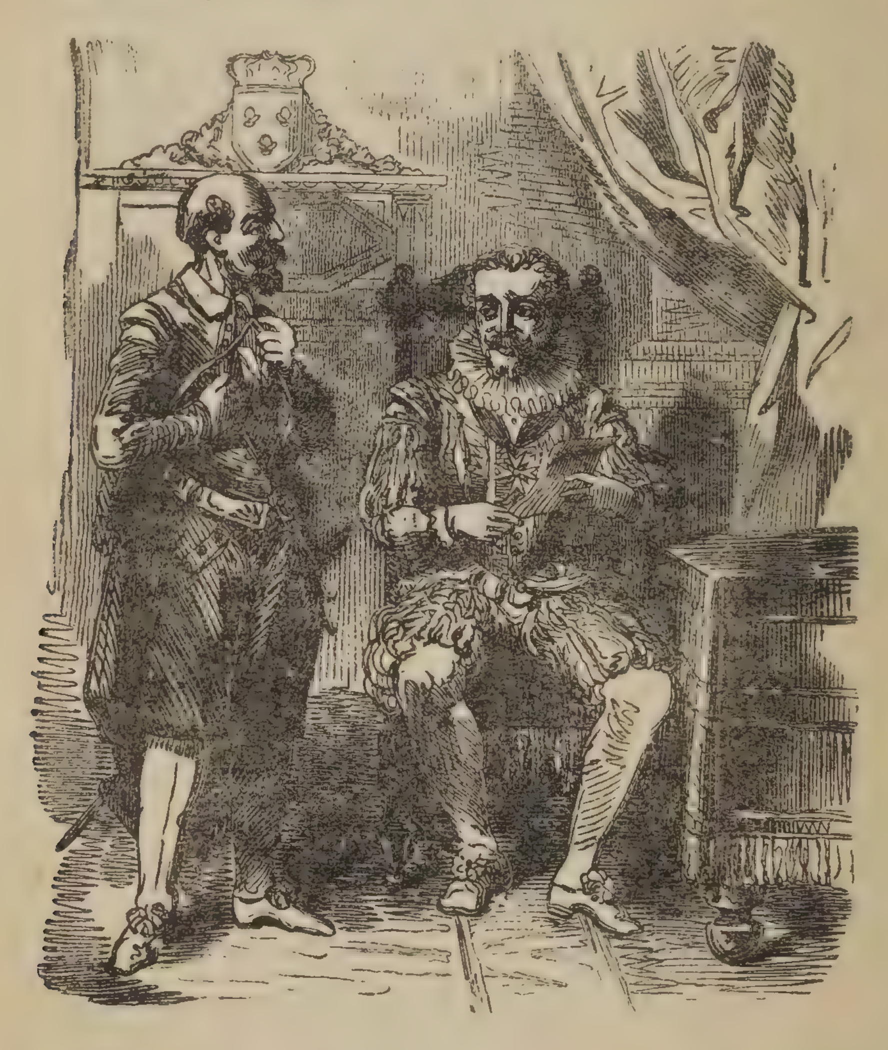
El rey Enrique V de Inglaterra
se murió de una fístula en el ano,
y Mezeray decía : ¡por sentarse
en el trono de un príncipe cristiano!

Basilio Valentín, superior de un convento, observó que el antimonio engordaba á los cerdos y quiso ver si tam-

bién engordaría á sus frailes. Pero el efecto fué distinto. Cuantos frailes lo tomaron se murieron. De esto procede el nombre que se dió al mineral supradicho: *antimoine* (antimonje); y lo hemos traducido « antimonio », por no decir *antifraile.*

Un oficial presentó su memorial al rey (Enrique IV), solicitando de él una pensión por hallarse inválido á causa de sus heridas. El rey le respondió:

— Veremos, veremos...



— Podéis verlo ahora mismo, le replicó el oficial desabrochándose para que el rey le viera sus cicatrices.

Receta infalible para coger caracoles. — Es necesario, ante todo, proveerse de una capa azul con embozos encarnados, de un saco de noche, de una linterna sorda y, por último, de una regadera llena de piedras y agua fría.

Se guarda el mayor secreto, para que los caracoles no se enteren por ningún conducto de lo que se trama.

El que ha de coger los caracoles debe comer bien, para soportar las fatigas de la noche; pero absteniéndose de beber, para que no haga el vino de las suyas : *in vino veritas*.

La noche ha de ser obscura, á fin de que no se vea. Si los caracoles vieran, ¡ay! se escamarían. Á enemigo escamado no hay quien lo coja.

Bien cerrada la noche, se sale con sigilo. Hay que embozarse en la capa, ocultando bajo ella la maleta de noche, la linterna sorda y la indispensable regadera. La regadera : he aquí la clave de la operación.

El caracolero avanza muy despacio, moviendo la regadera para que las piedras hagan ruido. Este ruido simula truenos lejanos.

En seguida riega suavemente para que llovizne sobre los caracoles, al mismo tiempo que agita la linterna para que los caracoles crean estar viendo relámpagos.

Los caracoles se miran unos á otros azorados; menean los cuernos y luego cantan en coro :

¡Qué tormenta nos amaga!
¡Qué noche, válgame el cielo!

Sigue la regadera haciendo ruido; la llovizna producida por la regadera se convierte en lluvia; los caracoles se quedan sin saber lo que les pasa... Y ya no hay más que cogerlos uno á uno y meterlos en el saco de noche.

Al día siguiente, después de comerse los caracoles, se puede empeñar la capa.

— Cómo se parecen estos niños, decía uno mirándolos.

— Sí, contestaba un jurisconsulto, se parecen mucho, especialmente el mayor.

Decíale un charlatán al individuo que lo acompañaba:

— Tengo una vista de lince; desde aquí estoy viendo cómo se pasea una mosca por la campana más alta de la torre; ¿tú no la ves?

— No, pero la oigo andar; tengo unos oídos de tísico.

Famosa caricatura: Un periódico ofrece un millón de francos al que presente una cebra de listas azules, pero ha de ser en el término de un año. Leen el anuncio un inglés, un alemán, un español y un francés. Véase cómo están los cuatro tipos representados en la caricatura:

El inglés, no bien lee el anuncio, se pone cuello postizo, llena sus bolsillos de dinero, toma una maleta y se embarca inmediatamente para la costa de África.

El alemán se sienta delante de su escritorio, abre un mapa de África, pide un tratado de historia natural y diferentes obras de consulta, manda comprar una brújula, un barómetro, un termómetro, un teodolito, un microscopio, un telescopio, un telémetro, un compás, un diccionario, una biblia, una enciclopedia y un revólver, proponiéndose embarcar á la semana siguiente.

El español sonríe, pensando para sí: « El millón es para mí, pero tengo once meses por delante; ya me em-

barcaré de aquí á diez meses. » Y enciende un cigarrillo.

Por su parte el francés compra una burra, le pinta listas azules y la transforma en cebra.

En tiempo del Directorio se representó en París *El rapto de las Sabinas*. En una de las escenas se leía en el manuscrito : « Aquí hacen entender por señas, los romanos, que necesitan mujeres. »

¡ Con tal que las señas no fueran muy expresivas !

Al retirarse varias personas de un baile, ya en las altas horas de la noche, le preguntó una dama á uno de los caballeros :

— ¿ Lleva usted revólver?

— ¿ Yo? de ninguna manera; hay poca seguridad en las calles de París á estas horas de la madrugada y probablemente me lo robarían.

Un médico, después de examinar al enfermo, extendió su receta y se la dió, diciéndole :

— Mañana, al ser de día, se la traga usted.

— ¿ Sola ó con agua?

— Sin agua ni nada.

Al amanecer tomó el enfermo la receta firmada por el doctor, y se la tragó, efectivamente; no respetó ni la firma.

Y se curó.

Un español escribió un libro bastante original ; deseaba que la edición se vendiera, deseo natural en un autor, y lo consiguió de la manera siguiente : cada vez que salía de su casa llevaba ejemplares de su libro, y los

colocaba con el mayor disimulo, así en los puestos ambulantes como en los estantes de las librerías. Un amigo suyo que observó su juego, le interrogó :

— ¿Qué diablo estás haciendo? ¿Así dejas los ejemplares, sin hablar con el librero ni tomar recibo?

— Es precisamente lo que me propongo : no hablar con los libreros. Son tan tiranos, que exigen á los autores el cincuenta por ciento, si no más.

— Pero, hombre, con tu procedimiento se quedarán con todo.

— Sí, pero no habré dado mi consentimiento; será un abuso de ellos, pero no una cabronada mía.

Cuenta Carlos Nodier en sus *Cuestiones de literatura legal*, que un pobre autor de novelas del último tercio del siglo XVIII tenía la pretensión de estar en correspondencia con todo el mundo; era su manía. Como sus cartas, en general, se quedaban sin respuesta, él mismo se las daba. Con tal arte lo hacía, que Juan Jacobo Rousseau, leyendo una carta á él atribuída, no se atrevió á negar que fuera suya. La cosa es tanto más rara, por cuanto el novelista falsificador tenía de ordinario un estilo muy distinto del que en aquella ocasión imitó con singular acierto.

* * *

El autor de novelas que falsificaba las contestaciones á sus propias cartas, aunque Nodier no lo cita por su nombre, era Le Suire. Este escritor, muerto en 1815, era de una fecundidad extraordinaria y de una vanidad más extraordinaria todavía. Una de sus novelas más extravagantes (así las calificaba á todas Carlos Nodier), se titulaba *El filósofo advenedizo;* la precedía una

carta de Juan Jacobo Rousseau, y es de suponer que fuera en realidad de Le Suire, con tanta más razón por haberse publicado el libro cuando Rousseau había muerto, y nada menos que diez años antes.

Léese en una carta de madama Sévigné : « El arzobispo de Reims volvía ayer *desbocado* de San Germán. Él se imagina ser un gran señor y sus criados se lo han creído también. Pasaba á galope á través de Nanterre, tra, tra, tra, encuentra un hombre á caballo, eh, eh, eh; quiere el infeliz echarse á un lado y no puede... La carroza del arzobispo y sus seis caballos derriban al caballo y al jinete, quedándole á éste el trasero por encima de los hombros, tanto, que la carroza fué volcada y revolcada. Pero el hombre y el caballo, en lugar de darse por satisfechos con el honor de que los maltratara un prelado tan insigne, se ponen en pie, monta el uno sobre el otro y aun están corriendo. Entretanto los lacayos del arzobispo gritan desaforadamente : ¡para! ¡para! El bribón no ha parado para que le dieran cien azotes. Después lo contaba el arzobispo, diciendo : « Si cojo á ese tunante, le rompo los brazos y le corto las orejas; nada más. »

* * *

Esta aventura por madama de Sévigné referida, contrasta con la de otro prelado más venerado que el arzobispo de Reims. Preguntáronle á Fenelón por qué no andaba en coche : « Es por temor, dijo, de encontrar á pie quien valga más que yo. »

Miguel Angel estudiaba en las estatuas antiguas las formas y concepciones sublimes que ha inmortalizado

su cincel. Y en los últimos años de su vida, anciano y ciego, se hacía llevar ante los monumentos de la anti-



güedad, los tocaba con mano desfallecida, los palpaba, los besaba, y la emoción arrancaba de sus muertos ojos lágrimas de amor y gratitud.

Francisco de Lorena, duque de Guisa, casó con la princesa viuda del príncipe de Porceán. Era muy hermosa, vivía en una corte galante y se la acusaba de no ser insensible á la pasión que sentía por ella Saint-Maigrain. La reina Catalina de Médicis dió una gran fiesta y la duquesa de Guisa era de las invitadas. Su marido le

rogó que no concurriera, pues aunque él estaba persuadido de su fidelidad, era preciso que cesaran las murmuraciones de la gente. Ella le contestó que no podía desobedecer y desairar á la reina, que debía ir y que iría.

Fué, en efecto, y el baile duró hasta las seis de la mañana. En cuanto la duquesa, de vuelta en su casa,



se acostó, vió entrar á su marido con un criado, llevándole éste una taza de caldo que ella no había pedido. El duque le dijo con severidad :

— Anoche no quisisteis complacerme; lo haréis ahora. Estaréis sofocada de bailar y este caldo os hará bien.

— ¡Por Dios! exclamó ella rompiendo en llanto, ¡que venga un confesor!

Estaba segura de que su marido le propinaba un tósigo.

Él se mantuvo inexorable, cerró la puerta y la hizo beber el caldo.

Cuando hubo apurado hasta la última gota, la dejó encerrada y se marchó.

Al cabo de tres horas volvió el duque y le dijo á su mujer :

— Habéis pasado un mal rato, ¿ no es verdad ? Pues peores me los hacéis pasar á mí. No habéis tomado ningún veneno, señora, sino un caldo. Sírvaos de castigo el miedo; ojalá que para mí tampoco haya habido más, pero lo que es el miedo, ¡ lo he tenido !

— Hoy hace un año, señor, de la abdicación de vuestro augusto padre, le dijo un día el cardenal Granvela al rey Felipe II.

— Sí, le contestó el monarca; y hoy hace un año que se arrepiente de su abdicación.

Cicerón decía : « No hay absurdo que no haya sido sostenido por algún filósofo. »

Cuando Alejandro administraba justicia, tenía la costumbre de taparse un oído mientras duraba el alegato del acusador. Le preguntaron por qué lo hacía y respondió que reservaba el otro oído para el acusado.

Cada vez que Richelieu oía decir horrores de algún hombre, pedía que se lo presentaran : « Algún mérito tendrá, decía, cuando tan mal se le trata. »

Un funcionario español que había desempeñado un

alto cargo en América, fué preso al desembarcar en Cádiz. Su esposa corrió á Madrid para pedir clemencia al rey Carlos III.

El rey le preguntó :

— ¿ De qué se le acusa ?

— De haber defraudado cuatro millones de pesos.

— ¡ Ay de él... si es mentira ! contestó el rey.

Un coronel francés del ejército de Italia tenía su caballo enfermo y se lo confió á un albeitar italiano. El caballo se murió. El veterinario le remitió al coronel una cuenta que decía :

Por la cura del caballo..........	500	liras
Importe de la piel...............	10	—
Debe el señor coronel...........	490	liras

La Condamine, hombre de ingenio y simpático, individuo de varias Academias y célebre por sus viajes, deslucía sus méritos por el grave defecto de la curiosidad, ese defecto que según Voltaire « es común al hombre, al mono y al espía ».

Son muchas las anécdotas que se recuerdan de la curiosidad ingenua de La Condamine. Sin embargo, él conocía los inconvenientes de la curiosidad, pues escribió esta sentencia :

« La curiosidad perjudica á los otros y muchas veces al curioso mismo ; lo hace odioso, poniéndolo al nivel de los sicofantes y de los esbirros. Tratemos de curarnos. »

Era hablar como Plutarco. El filósofo de Queronea, cuando en sus obras morales trata de la curiosidad, cita

la respuesta dada por un egipcio al individuo que le preguntó qué era lo que llevaba oculto :

— Lo llevo oculto para que no lo sepas.

Gensoné, al encontrarse un día con Vergniaux, observó que estaba triste :

— ¿ Qué pasa ? le dijo.

— Me ocurre una gran desgracia, le contestó el poeta girondino : Marat, ayer sin ir más lejos, ha hablado bien de mí.

Habiéndole dicho Lamothe-Houdart á Voltaire que su tragedia *Edipo* era un hermoso tema y que él iba á ponerlo en prosa, le contestó Voltaire : « Hacedlo, y yo pondré en verso vuestra *Inés de Castro.* »

Sabido es que la *Inés de Castro* está mal versificada.

Una joven presentó demanda á la justicia contra un señor que abusando de su fuerza la había seducido.

— ¿ Cómo fué ? le preguntó el magistrado.

— La primera vez...

— ¿ Pero es que os ha seducido más de una vez ?

— Sí, señor, más de cuarenta, ¡ es un malvado !

Á la exaltación de un Papa, cierto cardenal se acercó al nuevo pontífice, diciéndole : « Ya sois Papa ; esta es la última vez que llegará la verdad á vuestro oído. Engañado por las adulaciones, bien pronto os vais á creer un grande hombre. Eso no quita que antes hayáis sido un majadero ignorante y cabezudo. Adiós, voy á adoraros. »

Chatellard, nieto del caballero Bayardo, se enamoró

de María Estuardo, reina de Escocia. Esta princesa tuvo la crueldad inhumana de hacerlo decapitar por haberse atrevido á declararle su amor. Y subió al patíbulo diciendo que todavía la adoraba.

Tan grande era en su tiempo la reputación de Boerhaave, que habiéndole escrito un mandarín desde China, recibió la carta el médico famoso, aunque dirigida con estas solas señas :

Al ilustre Boerhaave, Europa.

***

No sucedió lo mismo con una carta dirigida : « *Al primer poeta del mundo, París.* » Se la llevó el cartero á Víctor Hugo; éste la devolvió sin abrirla, diciendo que sería para Alfredo de Muset. Y era para un tal García, de Guatemala.

Cambises, rey de Persia, era un borracho. Uno de sus favoritos, Prexasper, le advirtió que no bebiera tanto, porque ya se murmuraba mucho. « Voy á demostrarte, le dijo el rey, que la bebida no me quita ni la razón ni el pulso. » Al efecto bebió más que de ordinario, ordenó que le trajeran al hijo del favorito, le hizo atar á un árbol y de un flechazo le atravesó el corazón. Después le dijo á su padre : « Ya ves tú que el beber no amengua mi puntería. »

***

Puede ser vituperable, y lo es, la tiranía de Cambises; ¿ pero qué tiene de extraño el que bebiera? Seguramente no sería el único persa que se emborrachara. Los otros

ya están olvidados, y contra el rey persiste la maldición de la historia. Desgracia abrumadora de los pobres reyes, que tienen vicios como los demás sin que les espere como á los demás el piadoso olvido de las gentes.

Es injusta la sociedad con los reyes, pues los quisiera intachables olvidando que son hombres. Tan parecidos son á todo el mundo, que pasándoles revista vemos que los unos son falsos y embusteros, los otros cobardes y felones; los ha habido, y los hay, tontos de capirote, locos de atar, imbéciles, beodos, ignorantes, jugadores, tramposos, ingratos, mujeriegos, hipócritas, ladrones, avaros, sodomitas. Inútil criticarlos; mientras existan serán lo que han sido siempre.

Luis XIV, como todos los reyes, gustaba de las lisonjas; pero sólo de las que él juzgaba merecidas. Le repugnaba la vil adulación.

Pero los cortesanos son de una bajeza incorregible; y en las monarquías son tan cortesanos como los palaciegos, todos los individuos y corporaciones oficiales. Hasta los pueblos se degradan, rebajándose hasta el servilismo, en los países monárquicos.

La Academia francesa acostumbraba someter al rey los temas de sus concursos. Y una vez sucedió que los aduladores académicos propusieron sin avergonzarse esta cuestión: « ¿ Cuál es la mayor entre las virtudes de Su Majestad? »

Luis XIV se ruborizó por ellos y prohibió que se discutiera un tema semejante.

Estaba el mariscal Turena, medio desnudo y tomando el fresco en un balcón — era en verano — cuando uno de sus criados, tomándolo por otro de sus camaradas, se

le acercó á la sordina y le dió un golpe en las nalgas. El mariscal se vuelve. El lacayo, confuso y balbuciente, le dice :

— ¡ Perdón, señor, yo creí que era Jorge !

— Aunque hubiera sido Jorge, le responde el mariscal, no debías dar tan fuerte.

Estaba un rústico en medio del camino con las manos ocupadas en sujetar un ternero, cuando acertó á pasar un gran señor. Éste le dijo :

— ¿ Cómo te atreves, tunante, á verme pasar sin descubrirte ? ¿ Acaso tienes el sombrero pegado con engrudo ?

— Monseñor, le replicó el gañán, me quitaré el sombrero si tenéis la bondad de apearos un instante para sujetar este ternero.

El humilde sacristán de una iglesia de Berlín dirigió á Federico II la carta siguiente :

« Señor :

» Advierto á Vuestra Majestad :

» 1.° que faltan libros religiosos para la familia real ; 2.° que falta leña para calentar la tribuna real ; 3.° que el muro sobre el río, detrás de la iglesia, está ruinoso. »

El rey le contestó :

« Advierto al sacristán Schmidt :

» 1.° que compren libros los que quieran rezar en la iglesia ; 2.° que compren leña los que quieran calentarse ; 3.° que el muro del río no le incumbe ; 4.° que no quiero tener correspondencia con él. »

El parlamento de París condenó á la pena de horca,

en 1323, á Jourdain de l'Isle, señor de Casaubón, famoso por sus crímenes, pues tenía sumidas en el terror á las gentes. Gozó mucho tiempo de la impunidad por sus grandes influencias, pues era sobrino del papa Juan XXII; pero al fin lo ahorcaron.

Un cura francés, por lisonjear al Papa, descolgó el cadáver del ajusticiado, lo enterró en su iglesia y le escribió al soberano pontífice:

« En cuanto supe que vuestro sobrino había sido ejecutado, me trasladé al lugar del suplicio, lo hice descolgar de la horca y le he dado sepultura honrosa y gratis en mi iglesia.

« Aprovecho esta ocasión para poner á los pies de vuestra santidad, etc., etc. »

Un profesor mal educado, examinando á un alumno que no era bobo, pero que no estaba fuerte en física, le hizo varias preguntas á las que no supo dar contestación. Impaciente el profesor, le dijo á uno de los ujieres:

— Traiga usted un manojo de heno para que almuerce este alumno.

— Traiga usted dos, añadió el alumno, que almorzaré hoy con mi maestro.

* * *

En Zaragoza, también en un examen, le dijo un profesor al examinando, que era Marcos Zapata:

— Da usted una en el clavo y ciento en la herradura.

— ¡Como no se está usted quieto! le respondió el futuro autor de *La capilla de Lanuza.*

Preguntaba un maestro de escuela á uno de sus discípulos, niño de seis años:

— ¿ Quién hizo el mundo ?

El niño no contestó.

Pasado un momento, repitió el maestro la pregunta con acento de severidad:

— ¿ Quién hizo el mundo ?

El niño, desconcertado, respondió tímidamente :

— Yo no he sido.

— ¡ Hable usted más alto ! ¿ Quién hizo el mundo ?

— Sí, señor, yo he sido, pero... ¡ no lo haré más !

Arlequín dijo una vez: « Dicen que el vino da fuerzas, y yo que estoy bebiendo hace cuarenta años no puedo tenerme en pie. »

* * *

Otro bebedor decía, más filosóficamente :

« ¡ Lo que es el mundo !... Sale uno tranquilamente á la calle, sin meterse con nadie, y antes de dos horas lo transportan á su casa en unas parihuelas, más borracho que una cuba. »

Dos muchachos riñeron y recíprocamente se insultaban; uno de ellos le decía al otro :

— ¡ Cállate, hijo de...! ¡ Ni siquiera tienes padre !

— Más que tú, le dijo el otro.

Caminaba un hombre descuidadamente por la carrera de San Jerónimo abajo, en Madrid, cuando al llegar á la estatua de Cervantes se le pone delante un desconocido, diciéndole :

— ¡ La bolsa !

— ¿ La Bolsa ?... Es cerca de aquí, detrás del monumento del Dos de Mayo.

Estaba lloviendo á mares, como es frecuente en París. Un individuo que había salido sin paraguas, se refugió en un zaguán del bulvar de Capuchinas. Pasó poco después por delante del zaguán un transeunte con el paraguas abierto, y le preguntó :

— ¿ Se va por aquí á la Magdalena ?

— Sí, señor ; si usted quière yo lo acompañaré ; es mi camino.

— Con mucho gusto.

Se refugió el primero bajo el paraguas del segundo y lo guió hasta la puerta de San Martín. Al llegar á ella le dijo al del paraguas :

— Ya estoy en mi casa, aquí me quedo ; para llegar á a Magdalena, señor, no tiene usted más que volverse por el mismo camino hasta el sitio en que nos encontramos : es á dos pasos de allí.

Un personaje recién desembarcado del Perú, seextravió en las calles de París y no encontraba la suya. No viendo pasar más que trabajadores, gente ordinaria y tosca, no se atrevía á preguntarles, temiendo que le dijeran alguna tosquedad. Por fin ve pasar á un elegante caballero que llevaba en el ojal la cinta de la Legión de honor ; una persona decente. Y se aventuró á decirle :

— Perdone usted, caballero ; ¿ tiene usted la bondad de decirme por dónde se va á la calle de Lafayette?

— Con mucho gusto ; pero es tan lejos, que yo lo acompañaré á usted, si me lo permite.

Anduvieron juntos media hora ; el parisiense le explicaba al peruano todo lo que á su paso veían : la estatua de Diderot, la de Gambetta, el Louvre, etc., etc. Por fin llegaron á un sitio en que el improvisado *cicerone* le dijo á su compañero :

— Esta es la calle de Lafayette...

— Gracias mil, señor, le respondió el extranjero; quedo muy reconocido á su exquisita bondad, me ofrezco á usted y le repito las más expresivas gracias.

— ¡Qué gracias ni qué demonio!... deme usted siquiera un par de francos...

Á un necio que se jactaba de haber viajado mucho, de haber estado en París, Londres, Nápoles, etc., le dijo uno de los que lo escuchaban.

— Conocerá usted bien la Geografía.

— En esa ciudad no he estado nunca, respondió, pero la visitaré en mi próximo viaje.

Al parar el tren en una estación, le preguntó un viajero á otro que lo acompañaba:

— ¿Dónde estamos?

— Voy á ver el nombre de la estación, dijo el otro asomándose á la ventanilla.

— ¿Qué estación es?

— Retrete.

— Pues vamos á tomar un bocado.

Á cierta señora, entrada en años pero presumida, le preguntó un caballero si era mayor que su hermana. « Sí, contestó, yo tengo dos ó tres meses más que ella. »

Se ha dicho que las mujeres, en general, son incapaces de guardar un secreto. Pero hay uno que lo guardan todas: el de su edad.

Un joven, queriendo avergonzar á su rival, que ya

era casi viejo, en presencia de la querida de ambos, le preguntó :

— ¿ Qué edad tenéis ?

— Eso importa poco ; bien sabéis que un burro es viejo á los veinte años y que un hombre puede no serlo á los sesenta.

El papa Clemente VII era un glotón ; pero lo que comía con preferencia, hasta el abuso, era melones y setas. Empezó á resentirse ostensiblemente su salud y el médico que lo asistía le obligó á cambiar de régimen. En cuanto dejó de comer sus setas y sus melones, cayó gravemente enfermo y no tardó en morirse. Los romanos, que se alegraron mucho de su muerte, pusieron el retrato del médico *papicida* en la estatua de Pasquín, y debajo del retrato este letrero : *Ecce agnus Dei ecce qui tollit peccatum mundi.*

Bouchardón el estatuario decía que, después de haber leído la *Ilíada,* le parecía más hermosa la naturaleza, más grandes los hombres. Fué uno de los más constantes admiradores de Homero.

Á una marquesa que llamó viejo á Corneille, cuando en efecto lo era, le dedicó el poeta estas estancias :

Marquesa, si hay en mi rostro
Algunos rasgos añejos,
Considerad que á mis años
Lo mismo estarán los vuestros.

Muchas cosas de este mundo
Afrenta y destruye el tiempo,
Pues él marchita las rosas
Y arruina los monumentos.

Como los vuestros, mis días
Rigen los astros del cielo;
Se me ha visto como sois,
Se os verá como voy siendo.

Pero tengo algún encanto
Que me sirva de consuelo
Para no desesperarme
Por los estragos del tiempo.

Los vuestros son adorables,
Señora, yo lo confieso,
Pero tan fugaces, como
Los míos son duraderos.

Los míos pueden salvaros
De olvidos y menosprecio,
Y hacer que mil años vivan
Los mortales ojos vuestros.

Generaciones futuras
Que me darán algún crédito,
Sólo os tendrán por hermosa
Si yo lo digo en mis versos.

Pensadlo, bella marquesa;
Las canas son un tormento,
Mas deben ser cortejadas
Cuando son las de este viejo.

El poeta Juan Bautista Rousseau, hijo de un zapatero de París, ocultaba su origen por necia vanidad. Hacia 1710 se le atribuyeron unas coplas harto indecentes, que le valieron ser desterrado de Francia; pero siempre negó que fueran suyas. Por eso decían sus con-

temporáneos, hablando de él. « Renegó de su padre y niega sus hijos. »

« El poeta lírico, escribió Sainte-Beuve, es un alma sencilla que pasa cantando por el mundo; esta alma puede entonar los más contrarios sones, según el medio en que viva, según las circunstancias y las épocas. Si flota entre un pasado gigantesco y un porvenir deslumbrador, el alma del pœta exhalará gemidos por los tiempos de gloria que se van y por la ley que se extingue, ó saludará con verdadero amor la aurora de un porvenir, la venida triunfal de días mejores. En épocas menos grandes, pero bellas aún y más puramente humanas, cuando los reyes son héroes ó hijos de héroes, cuando los semidioses acaban de desaparecer y no están olvidados, cuando fuerza y virtud son una misma cosa y el más rápido en la carrera ó más diestro en la lucha es el más piadoso, el más valiente, el mejor, entonces el poeta lírico, verdadero sacerdote como el estatuario, cantará con armonía solemne la alabanza de los vencedores, dirá los nombres de los corceles, hablará de los fundadores de estirpes ó de ciudades, reclamando coronas de laurel, ó copas cinceladas ó trípodes de oro. Será lírico también, aunque con menos grandeza y menos gloria, el que viviendo en los ocios de la opulencia ó en el sosiego de la abundancia cante las delicias de la vida ó la aparente gloria de un tirano. Y en todas las épocas de renovación, en todos los siglos turbulentos, será lírico el que penetre el sentido profundo, la ley sublime de las tempestades sociales ó políticas, respondiendo á los accidentes ciegos con un eco inteligente y sonoro; ó el que, en los días agitados de revolución y de trastorno, se recoja en sí mismo formándose un mundo aparte en la esfera de las ideas y los sentimien-

tos, mundo armónico ó anárquico, sereno ó funesto, de consuelo ó de desesperación, un cielo, un caos ó un infierno. Todos éstos son líricos, y deben figurar en el número de aquellos cuyos nombres adora la humanidad. »

Decía Frerón : « Para vivir en paz con todo el mundo, no basta el no mezclarse en los asuntos ajenos ; es necesario además consentir que los extraños se entrometan en nuestros propios asuntos.»

Godina, esposa del duque de Merci, conquistó su celebridad en Inglaterra, su patria, con un acto singular



que demostró su amor á su país. Era una de lasmujeres más virtuosas de su siglo y de una incomparable

hermosura. El duque su marido agobiaba á sus vasallos con tributos onerosos; Godina solicitaba de su marido que los redujera, y él le prometió que así lo haría si ella era capaz de recorrer toda la ciudad en cueros, á caballo. Se dió la orden de que ningún vecino saliera á la calle ni abriera sus ventanas y la heroína cumplió. De este suceso, ocurrido en el siglo XI, no sólo se conserva la tradición en Coventri, sino que lo cita algún historiador.

En la última edición francesa de la *Enciclopediana*, leemos lo que sigue:

« Existe en París actualmente una familia en la cual hay un francés, el padre; una inglesa, la madre; un australiano, el hijo mayor; una maltesa, la hija; un español, el hijo más pequeño; un suizo, el criado; una holandesa, la criada; un jamaicano, el loro; uno de Terranova, el perro; por último, un persa, el gato.»

Santeuil se retiraba algunas veces muy tarde; una noche se negó el portero á abrirle, porque habían dado las once y alegaba que se le había prohibido abrir la puerta á una hora tan desusada. En aquel tiempo no se trasnochaba como ahora.

Viendo el poeta la inutilidad de sus ruegos y de sus razones, metió una moneda de plata por debajo de la puerta. Inmediatamente fueron descorridos los cerrojos y pudo entrar; pero fingió que había perdido un libro mientras estuvo esperando, y el oficioso portero salió á buscar el libro, aunque estaba en camisa y con gorro de dormir. Santeuil cerró la puerta y lo dejó en la calle.

— ¡ Señor Santeuil, gritaba el portero, ved que hace frío!

— Está prohibido abrir á una hora tan avanzada, respondía el poeta.

— Pero yo os he abierto, por serviros.

— Yo os abriré también, al mismo precio.

El portero no tuvo más remedio que meter por debajo de la puerta la moneda de plata que le había dado Santeuil.

* * *

Esta aventura recuerda aquel padre que les decía todas las noches á sus pobres hijos.

— ¿ Qué preferís ? ¿ Cenar ó que os dé dos cuartos á cada uno ?

— Los dos cuartos, contestaban los chicos.

Á la mañana siguiente les decía su padre :

— El que quiera desayunarse tiene que darme dos cuartos.

Un conocido bohemio de Barcelona, ya difunto, se pasaba las mañanas en los mercados y en los muelles, el resto del día en la Rambla y toda la noche en cafés, tabernas y casinos.

— ¿ A qué hora duermes ? le preguntó un conocido que se lo encontraba á todas horas.

— Yo no duermo nunca ; no me acuesto por miedo de dormirme.

— ¿ Y por qué es eso ?

— Porque una vez tuve un sueño tan horrible, una pesadilla tan atroz, que no quiero exponerme...

— ¿ Qué soñaste ?

— Un horror... ¡ Soñé que trabajaba !

Un joven señor inglés, á su regreso de Francia, le

dijo á Guillermo de Orange, rey de Inglaterra:

— Lo que más me ha llamado la atención en la corte de Francia, es que el rey tenga una querida vieja y un ministro joven (Barbezieux).

— Eso os enseñará, le contestó Guillermo, que no usa de la una ni del otro.

Una dama le dijo á Pirón:

— Cuentan por ahí que no hacéis nunca el amor.

— Es verdad, señora; yo lo compro hecho.

Habiendo dicho un empleado á quien privaron de su empleo que su destitución les costaría la vida á más de mil personas, le llevaron el cuento á un jefe de policía y éste mandó comparecer al exempleado peligroso.

— ¿Es cierto, le preguntó el jefe de policía, que habéis proferido esa amenaza?

— Es cierto.

— ¿Y por qué habéis dicho eso?

— Porque pienso hacerme boticario.

No me sorprende, decía Pirón, que Susana, siendo joven, rechazara á dos seductores viejos. Lo sorprendente y casi milagroso hubiera sido que rechazara las pretensiones de dos mozos guapos y robustos.

El día de la boda, las mujeres hacen ostentación de toda su modestia y los maridos de todo su amor.

Un cura dijo en el púlpito, que la razón es una brida, la brida que modera las pasiones. El mismo día por la

tarde tomó una borrachera, y al día siguiente le preguntó uno de sus feligreses :

— ¿ Qué hicísteis ayer de la brida ?

— Quitármela para beber, contestó el cura.

Llegó un viajero á una fonda y le preguntó al mozo, mientras le acomodaba sus maletas en el aposento :

— ¿ Hace mucho tiempo que servís en esta casa?

— Ocho años, señor.

— ¿ De dónde sois?

— De Galicia.

— ¿ Y en ocho años no habéis ahorrado para estableceros ?

— Es que, si yo soy gallego, el amo es catalán.

De una carta de Voltaire :

« El público es una fiera; se necesita encadenarla ó huír. Yo no tengo cadenas, pero sí el secreto de la retirada... »

* * *

En otra carta escribe el mismo filósofo (1) :

« Aseguráis que soy feliz. No os engañáis : me creo más feliz que todos los demás hombres, pero no debo decirlo porque sería cruel para los demás. Pretendéis que yo le he escrito á Chamberlán diciéndole que todos los hombres nacen iguales en inteligencia ; no he escrito nunca semejante falsedad. Desde la edad de doce años he pensado y he sentido todo lo contrario. Adivinaba desde entonces el prodigioso número de cosas para las cuales no tengo talento alguno. Después he conocido que mis órganos están poco dispuestos para hacer progresos en las matemáticas, y he experimentado mi falta

(1) Al crítico Daquín, en 1796.

de disposición para la música. Dios le ha dicho á cada hombre : Tú podrás ir hasta tal punto y no pasarás de allí. Yo tenía alguna capacidad para aprender las lenguas de Europa, ninguna para las orientales : *Nom omnia possumus omnes.* Dios ha dado la lengua á los ruiseñores y el olfato á los perros; y aun así, hay perros sin olfato. ¡Qué extravagancia la de imaginar que cada hombre hubiera podido ser un Newton!

De Juan Jacobo Rousseau :

« ... Así llegué á mis diez y seis años, inquieto, descontento de todo, más descontento de mí; no me gustaban los juegos de mi edad; me devoraban deseos cuyo objeto ignoraba, llorando sin motivo, suspirando sin saber por qué y acariciando quimeras. Los otros muchachos me buscaban los domingos después del sermón para jugar con ellos; yo me hubiera evadido, pero una vez jugando era el más animado, era más travieso que los otros.

» Mi genio era impetuoso y desigual. Unas veces alegre y entusiasta, otras silencioso y triste, agrupaba alrededor de mí á todos mis compañeros y de repente los abandonaba, me sentaba solo y me ponía á contemplar una nube fugitiva ó escuchar la lluvia cayendo sobre el follaje. »

Y en otra parte :

« Mozo, cultivé las musas; nada más poético que un corazón de diez y seis años en la frescura de sus pasiones. La mañana de la vida es como la del día, con todas sus imágenes, con todas sus armonías, con toda su pureza. »

*
* *

Escribe Sainte-Beuve, tratando de Juan Jacobo Rousseau :

« La Fontaine es el único, entre los franceses, que antes de Rousseau había sentido en el mismo grado los encantos de la naturaleza. Pero su ejemplo no fué imitado. Se le dejaba ir y venir con su fábula y nadie se movía de los salones. Rousseau fué el primero que obligó á todo el mundo á abandonarlos, haciendo que se trocaran las anchas avenidas y alamedas de los parques por las torcidas veredas que cruzan las campiñas. »

Á los viejos les gusta dar buenos consejos porque no pueden dar malos ejemplos.

Decía Shakspeare que en el mundo real hay más cosas que en todos los sueños de la filosofía.

En una pieza del teatro antiguo italiano van dos personajes á batirse. En el momento de ponerse en guardia le dice uno de ellos á su adversario :

— ¡Ríndete!

— No me rindo.

— ¿Que no te rindes? Pues voy á demostrarte que soy más generoso que tú : ¡me rindo yo!

Talleyrand decía : « La palabra se le ha dado al hombre para disfrazar su pensamiento. »

El capitán Franget, gobernador francés de la plaza de Fuenterrabía, la rindió á los españoles en 1523, por lo que fué degradado, pero no decapitado. Se le mandó subir al cadalso, le echaron por la cabeza un cubo de

agua caliente, lo cubrieron con un paño mortuorio; y doce clérigos le cantaron el salmo *Deus, laudem meam*



ne tacueris, que contiene imprecaciones varias contra los traidores.

Después se le dejó sobrevivir á su infamia.

En el sitio de Berg-op-Zoom por los franceses, vió el general que un soldado salía de la mina y se alejaba precipitadamente.

— ¿Á donde va ese minador? preguntó el general con un dejo de duda ó de sospecha.

— ¡Á morir! contestó el soldado, que iba, en efecto, mortalmente herido.

El duque de Epernón iba cayendo en desgracia en la corte, á medida que aumentaba el crédito del cardenal Richelieu. Un día bajaba el duque la escalera del palacio real de San Germán cuando el cardenal subía, y éste ultimo le preguntó :



— ¿Qué noticias tenemos, senor duque?
— Monseñor, que vos subís y yo bajo.

Una gran señora que se sintió repentinamente enferma, hizo llamar al médico más próximo, un vecino, por que su médico podia tardar. Acudió al instante y salvó á la señora de una muerte casi inevitable. Continuó

asistiéndola hasta su completa curación; y la primera salida de la señora fué destinada á visitar al médico su vecino, para darle las gracias y satisfacer sus honorarios.

Quería ver por sí misma cómo vivía el médico, si tenía muebles de lujo, alfombras y criados. Lo vió tan mal instalado, que le dió *veinte pesetas;* pero llevaba aparte *doscientas cincuenta* por si acaso tenía criados y alfombras, y *dos mil* en previsión de que estuviera instalado con verdadero lujo.

¡Cochina sociedad! dijo Aristóteles.

Dice un autor : « No conozco alianza más enfadosa que la de la memoria con la necedad. ¿Quién aguanta al hombre que añade á su impertinencia las de todos los demás? »

Siempre estamos diciendo que la vida es corta, y cuando esperamos algo nos parece largo el tiempo. Sin duda por eso ha dicho un escritor inglés (Steele) que « los hombres desean alargar su vida al por mayor y acortarla al menudeo ». — Alargar la vida y acortar las horas.

Un abogado que presumía de poeta sometió unos versos al juicio de Malherbe. El severo censor le dijo brutalmente :

— ¿Os vísteis en la alternativa de hacer versos ó de morir ahorcado?

— No sé qué queréis decir...

— Quiero decir que un hombre serio no debe ponerse en ridículo sin necesidad.

Decía un cuáquero que se había encontrado entre un

Excelencia y un Alteza, y que si el Alteza era un enano el Excelencia era un tonto.

La Rochefoucauld y La Bruyère han hecho la observación de que es más fácil encontrar una mujer sin amante que una mujer con un amante único.

Pocos hombres han llevado su vanidad, su presunción, el culto del amor propio, al extremo que los llevó Segerus, profesor de la universidad de Wittemberg. En un crucifijo hizo grabar su retrato con esta inscripción:

« Señor mío Jesucristo, ¿me quieres? — Sí, contestaba Jesús, te quiero, ilustrísimo, excelentísimo, doctísimo señor Segerus, poeta coronado por Su Majestad imperial, dignísimo rector de la Universidad, etc., etc. »

Las manifestaciones de este género de vanidad son infinitas en la edad moderna; hay quien paga un artículo en que se le elogia, y aun lo escribe él mismo; quien anuncia los viajes que emprende y el tren en que sale para que lo sepa todo el mundo; quien se hace dar tratamiento por sus criados y por sus proveedores; quien escribe en sus tarjetas, á continuación de su apellido, no ya los cargos que ejerce ó el oficio que desempeña, que esto puede serle útil, sino los cargos que desempeñó veinte años antes ó los títulos que él mismo se otorga.

Del diario de un cadete:

El martes al volver de la revista
y al llegar al portal del perfumista,
divisé en lontananza una modista.
Mientras que pude le seguí la pista

con ánimo de hacer una conquista;
pero anduvo la pérfida más lista
que allá en sus breñas el contrabandista,
y de repente.... la perdí de vista.

La Santa Ampolla de la abadía de Reims, que según la tradición vulgar fué traída del cielo por una paloma, contenía el aceite destinado á la consagración de los reyes de Francia. Los benedictinos depositarios de la Santa Ampolla, aseguraban que el sagrado aceite en ella contenido no menguaba jamás. Y afirman que hubiera durado eternamente, sin la mano sacrílega de un convencional llamado Rhul que estrelló la Santa Ampolla tirándola al suelo en un rapto de entusiasmo.

Rhul escribió á sus compañeros de la Convención: « He roto el monumento de la superstición de nuestros antepasados, la Santa Ampolla, ese biberón de los pillos y de los imbéciles. Os envío el relicario que lo contenía. Va envuelto en la camisa de un voluntario republicano. »

Se le encargó á un marsellés que hiciera el anagrama de *César Emperador*, y se pasó tres días enteros cavilando, combinando letras, consumiendo tinta. Por fin resolvió el problema y presentó el anagrama, que era así: *Emperador César*.

Un aficionado á la heráldica hizo el árbol genealógico de su propia familia. Y decían sus compatriotas que, si otros deben la vida á sus antepasados, sus antepasados se la debían á él.

Enrique V, rey de Inglaterra, que después de haber

conquistado media Francia murió en Vincennes en 1422, ha sido muy celebrado por los historiadores. Siempre lo han sido los vencedores y los poderosos, pero aquel rey era un bárbaro. No solamente mandó que degollaran á los prisioneros franceses de la famosa batalla de Azincourt, sino que permitió incendiar las mieses de los alrededores de París. Á las reclamaciones de los habitantes respondió que eran usos de la guerra y que « guerra sin incendio es morcilla sin mostaza ».

Cuando Chapelle se emborrachaba era elocuentísimo. Generalmente permanecía en la mesa después de marcharse todos, y les explicaba á los criados la filosofía de Epicuro. Una vez llegó su querida y lo encontró en la mesa llorando como un niño ; le preguntó la causa de su llanto, y dijo que lloraba por la muerte de Píndaro, víctima de la ignorancia de los médicos. Pronunció un discurso tan sentido sobre aquel suceso, que hizo llorar á su querida y los criados mismos derramaron lágrimas.

Desde San Pedro hasta Pío X, el número de Papas se eleva á 295.

Pero entre ellos hay 39 antipapas.

De los legítimos, 18 murieron envenenados, 4 asesinados, 1 extrangulado, 1 ahogado, 1 á pedradas, 1 de hambre, 2 mutilados, 1 quemado, 1 de resultas de haberse caído de un caballo, 1 extenuado, 3 por accidentes diversos, 1 por suicidio y 20 de tristeza.

El abate Saint-Pierre decía que en ningún caso ni en cuestión alguna debemos creer que está la razón de nuestra parte, sino limitarnos á decir : « Tal es *por ahora* mi opinión. »

Los enviados de Haití, que no eran precisamente rubios, se quejaron al ministro Villele de que los diarios de París los trataban despectivamente. El ministro les dijo : « ¡ Los diarios ! ¿ Y quién hace caso de los diarios ? Aquí me tienen ustedes, sin quejarme á nadie, y todos los días me tratan como á un negro. »

Le preguntó Napoleón á Corvisart, médico reputadísimo, hasta qué edad puede el hombre tener hijos, ó casarse con la esperanza de tenerlos.

— Eso depende, le respondió Corvisart, del temperamento, de la robustez de cada uno, y de otras cien circunstancias.

— Pero, en fin, ¿ puede tener descendencia un hombre que se casa de sesenta años ?

— Algunas veces.

— ¿ Y el que haya cumplido los setenta ?

— Ese, de fijo.

El amor, ha dicho alguien, á los veinte años es una ilusión, á los treinta una necesidad, á los cuarenta y cincuenta una costumbre, á los sesenta un caprciho, á los setenta... Á los setenta es una gran porquería.

San Agustín se reía de los que creían en los antípodas; hoy nos reímos de San Agustín, que negaba la posibilidad de su existencia.

Alabábase un pintor, en presencia de Apeles, de que él pintaba muy de prisa : « Bien se conoce », dijo Apeles.

El abate Rancé, reformador de la Trapa, reprendió á uno de los hermanos trapenses, que oyó la reprensión de rodillas. El abate se retiró sin decirle al trapense reprendido que se levantara; al cabo de tres horas pasó por el mismo sitio, y allí estaba todavía el monje, arrodillado. Nueva reprensión, por no haber hecho los



ejercicios correspondientes á las mismas horas. « Temí, dijo humildemente el religioso, faltar á la regla si me levantaba, porque la regla nos manda oír de rodillas las reprimendas del superior y estar en la misma postura hasta que él nos permite levantarnos. Confieso que hubiera perseverado hasta la muerte. »

El hermano José, que así se llamaba en religión, había sido teniente de infantería.

El autor de una sátira contra Fontenelle, se excusó con éste, algún tiempo después de haberla escrito, confesando que había sido injusta.

— ¿ De qué sátira me habláis ?

— De aquella tan mortificante que os dirigí...

— Primera noticia, le respondió Fontenelle.

La réplica fué más dura que la sátira misma.

Cuando Luis XI le hizo cortar la cabeza á Yago de Armagnac, duque de Nemours, por un supuesto crimen de lesa majestad, mandó el tirano, por un refinamiento de crueldad, que los hijos de Armagnac (el mayor de doce años apenas) estuvieran debajo del cadalso durante la ejecución, con las cabezas descubiertas, las manos juntas y vestidos de blanco, para que los regara bien la sangre de su padre.

Decía el cardenal Duperrón que el apóstrofe dirigido por Demóstenes á los griegos muertos por la patria en la batalla de Maratón, le hacían tanto honor como si los hubiera resucitado.

Un guardia de corps se cruzó en los pasillos de palacio con una de las infantas, la tomó por una de las criadas inferiores y se permitió tocarle el culo. Ella lo miró, justamente indignada ; él la reconoció en aquel momento, y descubriéndose con el respeto debido, exclamó :

— ¡ Si Vuestra Alteza tiene el corazón tan duro como... lo que he tocado, estoy perdido !

Viajaba por mar Alfonso XII, poco antes de su muerte, y reparó que se mareaba mucho un teniente de la guardia civil que formaba parte de su acompañamiento.

— Señor oficial, le dijo, parece que á usted no le gusta el agua...

— No, señor, me gusta más el vino.

— Bien, pero no digo eso; quiero decir que á usted no le gusta andar sobre las olas.

— No, señor, me gusta más andar por donde andan los bueyes.

El rey se dirigió á otra persona de su comitiva, diciéndole:

— He aquí la garantía de mi trono.

Un extranjero le decía á una mujer espartana:

— Las mujeres de Esparta son las únicas del mundo que tienen ascendiente sobre los hombres.

— Es porque somos las únicas mujeres del mundo que parimos hombres.

El célebre cardenal Dubois solía decir, que entre todos los cardenales del mundo no había ninguno más ateo que él.

El rey de Prusia Federico el Grande era en el siglo XVIII uno de los apóstoles del ateísmo; gloriándose de ello en presencia de Arnaud-Baculard, éste le declaró que era deísta.

— ¡ Cómo ! le dijo el rey, ¿ sois de los que creen todavía en esas antiguallas?

— Señor, le replicó el literato, necesito creer en la existencia de un ser que esté por encima de los reyes.

Hablando del inmortal Rabelais, escribe un moderno crítico (1) :

« Una señora reprochaba á Sterne las desnudeces que presentaba en una de sus obras ; al mismo tiempo se divertía revolcándose en la alfombra un niño de tres años, que se mostraba en toda su inocencia : « Mirad, respondió Sterne, mi libro es como ese inocente niño de tres años que rueda por la alfombra. » — Pero en Rabelais, ya el niño ha crecido mucho : es un hombre, es un fraile, es un gigante, es Gargantúa, es Pantagruel, es á lo menos Panurgo, y continúa sin ocultar nada. No es posible decirle á una señora : « mirad ». Y aun entre hombres es necesario elegir. »

Bernardino de Saint-Pierre escribe, en sus *Estudios de la Naturaleza :*

« Acabaron la dicha de los pueblos y aun la religión, cuando dos hombres de letras, Rabelais en Francia y Cervantes en España, quebrantaron á la vez el poder monacal y el de la caballería. Para derribar estos colosos no emplearon más armas que el ridículo, ese natural contraste del terror. Los pueblos son como los niños : rieron y se tranquilizaron. »

De Sainte Beuve :

« Montaigne es nuestro Horacio; lo es por el fondo y también por la expresión, bien que por ésta va muchas veces hasta Séneca. Su libro es un tesoro de observaciones morales y de experiencia; cualquiera que sea la hoja que abramos, sea cual fuere la disposición de nuestro espíritu, podemos estar seguros de que encontraremos algún pensamiento saludable, expresado de

(1) Sainte-Beuve, *Causeries des Lundi.*

una manera viva y duradera, destacándose del fondo en una sola línea familiar ó grande. Todo su libro, ha dicho Esteban Pasquier, está lleno de sentencias; las hay para todas las edades, para todas las horas de la vida; no es posible su lectura sin que el alma quede llena y tapizada, mejor dicho, armada y revestida. Hemos visto que da más de un consejo útil, más de un consuelo directo, á los que han nacido para la vida privada y se ven envueltos en los disturbios de la revolución. También los da á quien como yo, y muchos que yo conozco, sufren las tempestades políticas sin haberlas provocado y sin creerse tampoco de *la madera* de los que las conjuran. Montaigne aconseja, como lo haría Horacio, que se espere todo, pero sin preocuparse prematuramente; que se aprovechen los momentos buenos; que se evite *la locura*, dice, *de tomar el abrigo por San Juan pensando en que habrá de necesitarse para Noche Buena.* »

Juan Jacobo Rousseau, cuando ya era hombre de notoriedad, fué acometido por el perro de un gran personaje, derribado y maltratado. Al día siguiente le mandó un recado el dueño del animal, preguntándole al filósofo en qué podría serle útil : « En atar el perro », le contestó Rousseau.

El médico Helvecio, padre del autor que hizo inmortal su apellido, tenía un cochero que le acompañaba á todas partes. Un día le dijo el cochero :

— Señor, soy algo viejo para seguir viviendo entre caballos; quisiera cambiar de ocupación.

— ¿ En qué queréis ocuparos?

— En el ejercicio de la medicina.

— ¡ Pero hombre!

— Os he llevado tantas veces á las visitas, os he oído hablar tanto de enfermedades y remedios, que si me permitís acompañaros hasta la cama de cada enfermo, durante algunos días, creo que seré médico lo mismo que...

— Bien, contestó el doctor; desde mañana haréis conmigo la visita.



Al otro día fueron á visitar á un hombre bueno y sano, que se fingía enfermo, de acuerdo con el doctor. Cumpliendo el encargo de éste, el supuesto enfermo tenía preparada una bacinilla nueva dentro de la cual había confitura de albaricoque.

El doctor, después de tomarle el pulso, le preguntó al enfermo :

— ¿Qué tal de evacuaciones?

— Abundantes, respondió el paciente.

El doctor reclama la bacinilla y la examina con cuidado; mete un dedo en la confitura, se lo lleva á la nariz y á la boca y declara que el enfermo está casi del todo restablecido.

— Mañana, le dijo á su cochero, vendréis solo á esta visita; ¿os atrevéis á hacer lo mismo que yo?

— Sí, señor, haré lo mismo.

En efecto, al día siguiente se presentó el médico improvisado, pidió la bacinilla, hizo lo mismo que el doctor. Pero ¡ ay ! lo que contenía la vasija no era precisamente confitura.

Al volver á casa de su amo le preguntó :

— ¿ Es que á todos los enfermos hay que olerles y saborearles sus evacuaciones?

— Es claro que sí.

— En ese caso, me vuelvo á mis caballos; más vale ser buen cochero que mal médico.

Á la muerte de Conrard, verdadero fundador de la Academia francesa, quiso ocupar su silla un riquísimo ignorante. Aunque era tan rico, su demanda ni se discutió : bastó para ello que contara Patru el siguiente apólogo :

« Un griego tenía una lira admirable; se le rompió una cuerda, y en lugar de poner otra como la primitiva, quiso ponerla de plata. La lira, con una cuerda de plata, perdió su armonía. »

Descartes sostenía que los animales son puras máquinas, sin ideas ni sensaciones. Y madama de Sévigné, escribiéndole acerca de esto á su hija, que era cartesiana, le decía : « ¡ Máquinas que aman! ¡ máquinas

que tienen predilecciones! ¡ máquinas que temen!... Descartes lo dirá, pero sin pretender que lo creamos. »

*
* *

Acerca de esto mismo escribe Fontenelle en sus *Cartas galantes :*

« Decís que los animales son máquinas, como los relojes. Pues poned la máquina perro junto á la máquina perra, y puede ser que resulte una tercera máquina. Poned juntos dos relojes y no saldrá jamás un relojito. »

*
* *

El padre Malebranche estaba aun más persuadido que Descartes, su maestro, de que las bestias son máquinas. Á propósito de esta persuasión de Malebranche, contaba Fontenelle que « una perra preñada le hacía fiestas al mismo Malebranche, éste le dió un puntapié y la perra dejó escapar un gemido de dolor, aunque no siente. »

Luis XIV, en ocasiones, se complacía escribiendo versos. Es la ocupación más inofensiva que puede tener cualquier monarca. Una vez compuso un madrigal, y poco después se lo hizo leer al mariscal Grammont sin decirle que era suyo.

— Mariscal, le dijo, leed este madrigal que acabo de recibir; á mi juicio es mediano, vale poco, pero se sabe que soy aficionado á los versos y todos los días recibo no sé cuántos.

El mariscal lo leyó y le dijo al rey :

— Señor, Vuestra Majestad es el mejor de los críticos; juzga con admirable acierto. Vuestra generosidad califica estos versos de medianos : son malísimos, no valen nada. El autor es un fatuo, un ignorante, un majadero...

El rey se echó á reír.

— Señor, me he permitido llamarlo de esa manera, porque verdaderamente son los mejores, los más benévolos calificativos que se le pueden dar.

— Soy yo el autor del crimen, le dijo Luis XIV.

Voltaire, en los últimos años de su vida, era muy flaco. Lo era también un aguilucho que tenía en su *château* de Ferney y que, embestido por dos gallos, recibió algunas heridas, de las que murió. Tuvo un disgusto, y su criada predilecta le dijo que no valía la pena de afligirse por la muerte de un aguilucho tan flaco.

— ¡Flaco! ¡flaco! le respondió Voltaire, ¿es que yo debo morirme por ser flaco? Por ser gorda, ¿creéis que los flacos no tenemos derecho á la vida?

Malherbe se encontró un día con un burgués parisiense, individuo del parlamento, que lloraba afligidísimo.

— ¿Por qué lloráis? le preguntó.

— ¡Qué he de hacer! respondió; ¿puede uno estar alegre habiéndose muerto un príncipe?

— Consolaos, amigo, le replicó Malherbe; sois un hombre á quien nunca le ha de faltar amo.

Cuando se trató de declarar á Luis XVI restaurador de la libertad francesa, dijo un abogado: « Pongamos humildemente el homenaje de la nación á los pies de Su Majestad... — La Majestad no tiene pies, le interrumpió Mirabeau. »

En unas funciones religiosas que se celebraron por el restablecimiento de la salud del rey (Luis XIV), pronunció Benserade un elogio del monarca y dijo entre

otras cosas : « El mercader abandona su establecimiento ó sus negocios para acudir al pie de los altares ; el artesano deja su taller interrumpiendo su obra ; el médico descuida á sus enfermos y los enfermos se curan... »

Se casó madama Denys, que era muy fea. Estaba acostada con su marido, cuando fué introducido en su cuarto un campesino que le llevaba dinero. Al ver el



campesino aquellas dos cabezas enteramente iguales, aquellas dos caras, tan fea la una como la otra, no supo á quién dirigirse y preguntó :

— Señores, ¿cuál de ustedes es la señora?

Para consolarse en la desgracia, no hay más que ver

á los que son más desgraciados que uno mismo. Un pobre mahometano que iba á la Meca en peregrinación, destrozándose los pies porque no tenía zapatos, acusaba al destino de cruel ; pero al llegar á la mezquita vió á un pobre mendigo con ambos pies amputados. Y consideró cuánto más vale vivir sin zapatos que sin pies.

También hubo un soldado, y éste era cristiano, á quien le llevó la pierna izquierda una bala de cañón. Entró riendo en el hospital de sangre; y al preguntarle allí por qué estaba contento, contestó que por la suerte verdaderamente milagrosa que le acompañaba : « La bala, dijo, pudo llevarse las dos piernas y no me ha quitado más que una. »

Todo esto recuerda la popularísima décima de don Pedro Calderón :

Cuentan de un sabio que un día
tan pobre y mísero estaba,
que sólo se sustentaba
de unas hierbas que cogía.
¿Habrá otro, (entre sí decía),
más pobre y triste que yo?
Y cuando el rostro volvió
halló la respuesta, viendo
que iba otro sabio cogiendo
las hojas que él arrojó.

Al morir Mezerai, fué encontrado en un cofre un escudo de oro con la efigie de Luis XII. La moneda estaba envuelta en diferentes papeles, el último de los cuales, escrito y firmado por la propia mano del difunto, decía : « Hace más de treinta años que guardo este escudo de oro, para alquilar una ventana enfrente del patíbulo cuando ahorquen á un banquero. »

Los banqueros van al infierno, pero van en coche. Y el coche lo pagamos los que no somos banqueros.

Un pobre diablo que le había prestado cuatro duros á otro tan desgraciado como él, necesitó reclamarle la devolución un día que se vió muy apurado. El deudor le dijo:

— Ten un poco de paciencia, que yo te pagaré de una manera ó de otra.

— Pues que sea de una manera parecida á mis cuatro duros, le dijo el acreedor.

El gramático Calímaco juzgaba del mérito ó del demérito de una obra no más que por el volumen. Su regla, que él consideraba infalible, era ésta: « Cuanto más grande es un libro más tonterías contiene. »

Vió un estornino sediento
de agua pura una botella,
más para beber en ella
tuvo grave impedimento:

que al cuello apenas llegaba
el licor para él tan rico;
introdujo pues el pico,
pero al agua no alcanzaba.

Concibió en tan grande apuro
practicar un agujero;
picoteó el vaso, pero
el cristal era muy duro.

El pájaro porfiado
volcar el vaso intentó,
pero no lo consiguió
que era en exceso pesado.

Mas al cabo un pensamiento
á las mientes se le vino,
y el pertinaz estornino
pudo realizar su intento :

Piedrecillas dentro echó,
subió el agua lentamente,
y el ave cómodamente
la sed al fin apagó.

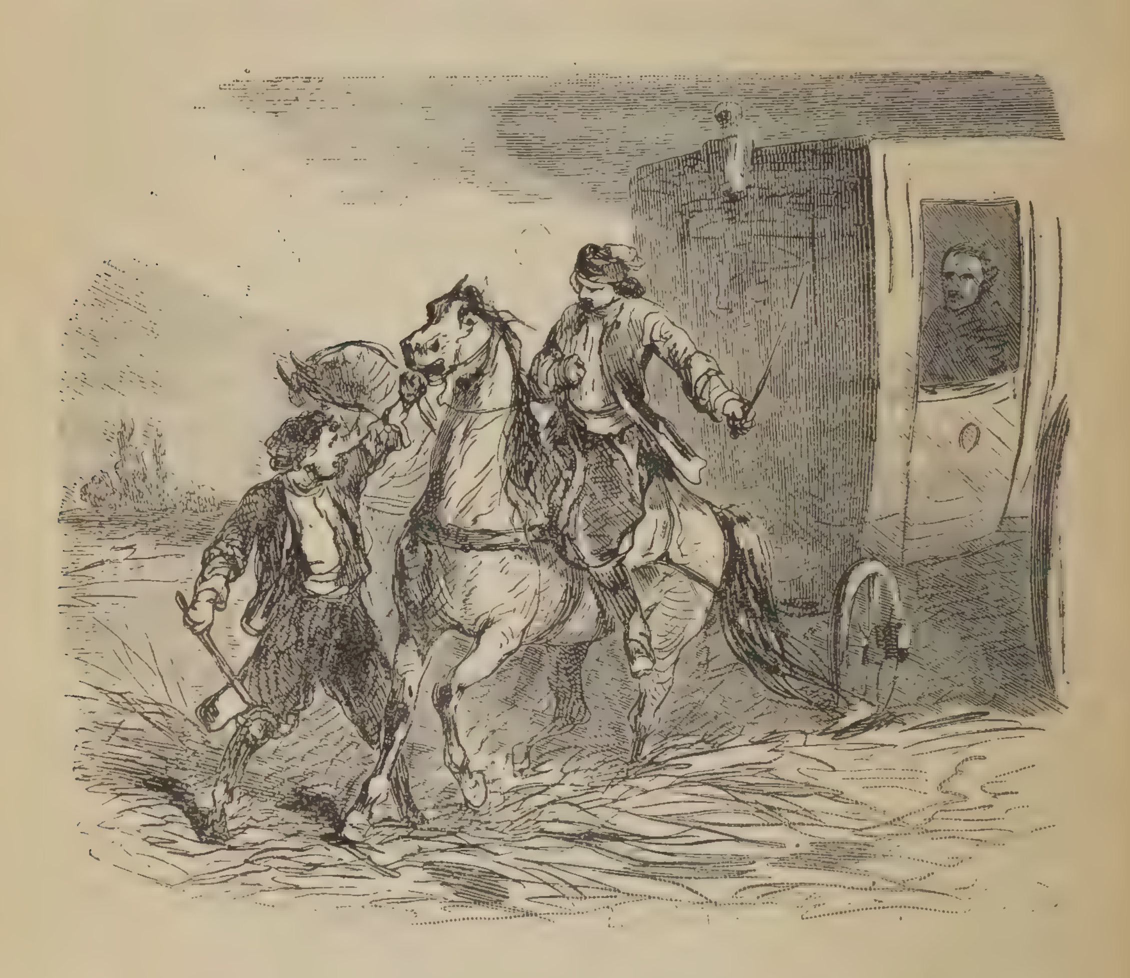
Dice Montaigne que conocía en su tiempo hombres notables, unos por el talento, otros por la habilidad, quién por la ciencia, quién por la conciencia, alguno por el corazón y muchos por la palabra; « pero grandes hombres, dice, que lo reunan todo y puedan compararse á los que admiró la antigüedad, no he conocido ninguno ». — ¡ Y esto lo dijo en el siglo XVI !... ¿ Qué hubiera dicho en el nuestro ?

Hubo una actriz francesa, muy celebrada en el siglo XVIII por su talento, su hermosura y su honradez, á quien le escribió un inglés, su admirador, la epístola siguiente :

« Señorita : Se dice que sois un modelo de virtud. Os exhorto á perseverar en ella. Por la escritura que acompaño, tengo el honor de señalaros una pensión mensual de cincuenta guineas mientras perseveréis en tan laudable conducta. Si algún día se os antoja abandonarla, os señalaré cien guineas mensuales; pero me habéis de dar la preferencia. »

Los postillones de Augusto I, rey de Polonia, se metieron por un campo labrado para abreviar su camino.

El dueño de aquella tierra, mejor dicho, el que la había labrado, se opuso resueltamente á que siguieran por allí, amenazando destrozar á hachazos las ruedas de la



real carroza. Se adelantaron dos pajes é iban á maltratar al labrador, cuando el rey, que era justo por casualidad, mandó volver atrás y que se gratificara al pobre hombre que defendía su hacienda.

El hombre habla.
El loro repite.
El gallo canta.
La gallina cacarea.
La cigüeña crotorea.

La paloma arrulla.
La gaviota chilla.
La lechuza chilla.
La perdiz cuchichia.
La cigarra carraquea.
El pato gaguea (1).
El grillo grilla.
El chorlito chorlichorli.
El buey muge.
El toro brama.
El camello brama.
El cerdo gruñe.
El perro ladra.
El lobo aúlla.
El gato maulla.
El caballo relincha.
El asno rebuzna.
El cervatillo hipa.
La hiena ríe.
El cocodrilo llora.
Etc., etc., etc.

Ha dicho La Bruyère : « Hay criaturas que poseyendo un alma, que es espíritu, se pasan la vida picando piedra; es poca cosa. Hay otras que desdeñan á los picapedreros y no hacen nada : eso es menos que picar piedra. »

San Agustín y San Juan Crisóstomo no eran amigos de los mercaderes. El primero dice : « de la conversión de los mercaderes y de los militares no hay mucho que esperar : *Mercatores pariter ac milites veram pœnitentiam agere non possunt* ». El segundo afirma que

(1) El pato *parpa*, según Rivodó.

los comerciantes no pueden ser agradables á Dios y que, por consiguiente, « ningún cristiano debe ser comerciante y que, el que quiera serlo, debe ser expulsado del seno de la Iglesia : *Mercator Deo placere non potest. Nullus ergo christianus sit mercator; aut si esse velit, projiciatur ab ecclesia* ».

Le preguntaron á Diógenes :
— ¿ Por qué comes en la plaza ?
— Porque tengo hambre en la plaza, respondió.

Una mujer elegante y presumida llamó al zapatero de más fama y le encargó un par de zapatos, pero advirtiéndole que los quería muy finos, tan finísimos como no hubiera otros. El zapatero los hizo, la dama se los puso y á la primera postura se le desgarraron. Llamado el zapatero, examinó con atención los zapatos, muy sorprendido, al parecer, de que se hubieran roto. Por fin, después de reflexionar un rato, le dijo á la señora :
— ¿ Habéis andado con ellos ?
— Naturalmente...
— ¡ Ahora lo comprendo todo !... Estos zapatos no son para ponérselos... ¡ son finísimos !

El mejor zapatero del mundo era en su tiempo un borrachín de Granada, llamado por apodo *Malaguilla*. Sus botinas, sus zapatos, sus chinelas eran obras de arte, verdaderas maravillas ; pero trabajaba poco y únicamente cuando le apremiaba el hambre, pues pasaba su vida en las tabernas.

Estaba un lord inglés en una de las fondas de Granada, oyó hablar de la habilidad de *Malaguilla* y lo mandó llamar.

— Hágame usted un par de botas, le dijo; ya sé que aquí se hace todo chapuceramente, pero como no estoy en Londres, me contentaré con lo que usted me haga. Procure usted servirme lo mejor que pueda.

Veinticuatro horas después se le presentó el buen *Malaguilla* con una bota. El inglés, al verla, se quedó admirado. Se la puso: entró como un guante y quedó muy satisfecho.

— Traiga usted la otra, le dijo el inglés.

— No, respondió *Malaguilla*, la otra... vaya usted á que se la hagan en Londres.

En vano el *milord* ofreció pagar lo que se le pidiera. *Malaguilla* se obstinó en que por ningún dinero había de hacer la otra bota, pues aquella era una muestra que él le regalaba, una muestra de « su chapucería ».

El pobre *Malaguilla*, que andaba siempre descalzo, murió de una borrachera.

El banquero Oghieres, uno de los más opulentos de París, tuvo el encargo de hacer que compusieran una marcha para un regimiento sueco de los de Carlos XII. La compuso el músico Mouret. Se ejecutó la marcha en casa del gran banquero y en presencia de otros de su oficio, notables financieros que acaso presumieran entender de bellas artes. Declararon, unánimes, que la marcha era muy mala, de ningún efecto y por tanto inadmisible.

Poco tiempo después se estrenaba una ópera de Mouret, en la que éste incluyó la marcha desechada por los filarmónicos banqueros. Si fué aplaudida la ópera, la marcha entusiasmó; era magnífica.

Oghieres le dijo á Mouret, cuando lo felicitaba por su triunfo:

— ¡ Ah! ¿por qué no hicisteis una marcha gran-

10.

diosa, como esa, cuando os la encargamos para Carlos XII ?

— ¡ Ah ! contestó el músico, ¡ era la misma !

El pintor Matsius, de Amberes, no había pintado ni dibujado nunca : era herrador de caballos.

Pero... el amor todo lo puede.

Se enamoró de la hija de un pintor, pidió su mano y se le dijo que su amada sólo con un pintor se casaría.

El herrador se puso á dibujar, copiando estampas groseras, fué progresando y retrató á su amada de memoria. Le presentó el retrato á su futuro suegro, que lo encontró admirable. Salió un momento el artista, y el herrador en su ausencia pintó una mosca en el muslo de un ángel que figuraba en un cuadro del pintor. Cuando éste volvió quiso espantar la mosca, tomándola por mosca verdadera. Y entonces le concedió al herrador la mano de su hija ; ya no dudaba de su inspiración ni de su amor.

Quintín Matsis ó Matsius murió en 1529. En su tumba grabaron esta inscripción latina : *Connubialis amor de mulcibre fecit Apellem.*

Como si dijéramos :

Tanto puede el amor, ¡ ó amantes fieles !
Que hizo de un herrador un nuevo Apeles.

Se lee en el Diccionario de Bayle :

« Un hombre y una mujer, por poco que coman, beban y duerman juntos, casi están casados. »

Un advenedizo, encantado de su suerte, solía decir :

« Toda mi vajilla es de plata, incluso la marmita de hierro. »

En 1487 apareció en Inglaterra un impostor que le disputaba la corona á Enrique VII; era un mozo panadero, llamado Simnel. Aleccionado éste por un clérigo irlandés, se hizo pasar por sobrino de Eduardo IV, cuyos hijos habían sido despojados de la corona y de la vida por el predecesor de Enrique VII. En tal supuesto, Simnel era el legítimo dueño de la corona real. Logró formar un partido y se hizo coronar en la ciudad de Dublín. Pasó á Inglaterra con sus partidarios, fué vencido en la batalla de Nottingham y cayó prisionero. El rey Enrique, para humillarlo y humillar también á los facciosos, respetó su vida y lo hizo marmitón de la cocina real, donde estuvo mucho tiempo.

En todos los países en que los poderes son hereditarios ha habido impostores, como si no bastaran los primos y demás parientes para provocar guerras civiles.

Uno de los impostores más nombrados, pues figura en la historia, en la leyenda y en la poesía, es el célebre español conocido por *el pastelero de Madrigal*; pretendió hacerse pasar por el rey don Sebastián, desventurado monarca portugués muerto en África á manos de los moros.

Augusto no pudo vencer jamás su inclinación á las hembras; hasta se ha dicho que las cortejaba como resorte político, pues por medio de sus tratos adúlteros descubría muchas cosas: las mujeres le contaban los planes sediciosos de sus maridos. Su costumbre era mandar una litera cubierta á la casa de la mujer en cada momento preferida, para que llegara oculta al aposento donde la esperaba. Se enamoró de la mujer de un

romano que era amigo del filósofo Atenodoro y le mandó la litera; ésta llegó cuando Atenodoro se encontraba en la casa de visita, y viendo consternados al marido y la mujer, que no tenían alientos para resistir á Augusto, se ofreció á salvarlos. Al efecto se vistió con ropas de la mujer, se introdujo en la litera y se dejó conducir á la cámara del emperador.



Al descorrer Augusto las cortinas de la inmoral litera, se quedó no poco sorprendido al ver en ella á Atenodoro, espada en mano. El emperador había respetado siempre las virtudes del filósofo.

— ¡Cómo, César! le dijo el filósofo saliendo de la litera, ¿no teméis que se atente á vuestra vida por medio del artificio de que yo me valgo sin intención homicida?

El emperador interpretó favorablemente el acto de Atenodoro y aprovechó la enseñanza.

En la lengua castellana reina la anarquía. No basta someterse, como hace la ignorancia, á la autoridad de la Academia, porque ésta no es menos anárquica. Además de las numerosas anfibologías que todos conocemos, la Academia de la lengua practica la máxima de que el regulador de las lenguas es el uso; tanto la practica, en daño de la cultura, que ya ha admitido en su diccionario las voces de uso entre los carreteros, como *legaña* por lagaña, *carnecería* por carnicería, y otras muchas con las cuales pretende sustituír los vocablos decentes y españoles. Acabará por imponernos el « voy *á* por agua», que dicen las aguadoras, el « voy *á* por pan », que es corriente en las mozas de servicio, etc., etc.

¡ El uso !. . . Pues si se impone éste, llegarán á hablar los señores académicos, y hablaremos todos, como las recoveras de Madrid. No es mala academia la plaza de la Cebada.

Ya eran bastantes los estragos que hacía *el uso* en la prensa, y la Real Academia intenta ratificarlos para que los libros nos resulten. . . como los periódicos. Estos lo traducen todo del francés, y hasta en francés lo dejan, como si el español no hubiera existido nunca. Los nombres de lugar, por ejemplo, deben escribirse como son y no traducirlos á otra lengua; pero en todo caso, traduzcámoslos al español y no al francés. ¿Que ignoramos cómo se escribe el nombre de la ciudad de *Bâle?* Pues ya que no pongamos *Basilea*, escribamos *Bala*, será, á lo menos, una palabra española.

Hendaye es ciudad francesa y en francés debemos dejar su nombre; pero si queremos españolizarlo, ¿por qué no lo escribimos como lo han escrito durante siglos

enteros nuestros antepasados? En tratados de paz, en toda clase de documentos públicos, los españoles siempre han escrito: *Andaya.*

El *Havre*... Si esta ciudad se llama así porque se fundó y existe en el *abra* del Sena, ¿qué razón hay para escribir *El Havre?* No será por respetar el francés, porque en tal supuesto escribiríamos *Le Havre.*

Moscov es otra ciudad cuyo nombre nos hemos empeñado en escribirlo en francés. Aunque decimos siempre *Moscovia* y *moscovita*, cuando se trata de Moscov ha de ser precisamente *Moscou*, porque así lo escriben los franceses. Buena pro les haga. ¿Es que no existe el castellano, ó hemos de obedecer al uso aún más allá de la frontera? Si es por que nos suena así, escribamos como suena: *Moscú.*

También nos suena *bulvar*, que es como se pronuncia; pero hemos dado en la maña de escribir á la francesa: *boulevard.* Esta palabreja, intercalada en un texto castellano, parece un revólver puesto en las manos de un Cristo.

Durante cuatro siglos han escrito los buenos escritores en casi perfecto castellano; tiempo perdido.

Innumerables obras que tratan de Carlos V, de Felipe II y de las guerras de Flandes, citan la ciudad de *Brujes.* Pues ahora decimos *Brujas* (cuando no digamos Bruges, en francés).

¿Y el canal de la *Manga?* Forma de manga tiene — véase el mapa — y á eso le debe su nombre; sin embargo, como los franceses lo llaman de la *Manche* (que significa manga), el uso nos hace cambiarle el nombre y lo llamamos todos *de la Mancha.*

En español no conocemos otra *Mancha* que la del sublime *Don Quijote.*

Una señora que ya tenía varios hijos, todos varones,

deseaba con vivas ansias una hembra, que había de llevar el nombre poético y novelesco de Zoe. Este capricho del nombre era lo que más la hacía desear una hija. Supersticiosa como era, no sólo se encomendó á todos los santos de la corte celestial, sino que leyó la obra titulada *Arte de procrear los sexos á discreción*.

Cuando estuvo embarazada pagó rogativas y novenas, con gran satisfacción del señor cura, y al fin dió á luz... un varón.

— ¡ Qué fatalidad ! decía la pobre señora ; nunca habrá quien se llame Zoe en mi familia...

— Pues es fácil, le contestó el marido ; á este mismo le vamos á dar el nombre de Robinsón Cru-Zoe.

El pretendiente á la corona de Francia, que llegó á ceñirla años después con el nombre de Luis XVIII, tuvo que huír de Venecia después de la paz de Mantua. Buscó asilo en el cuartel general realista de Condé, que se encontraba á la sazón en Mulheim, entre Basilea y Friburgo. El Rin es por allí muy angosto, y los dos ejércitos, realista y republicano, estaban más que á la vista : al habla. Mediaban conversaciones y bromas entre los soldados de ambos ejércitos, se saludaban de una orilla á otra y alguno se aventuraba en el río ; caso frecuente en las guerras prolongadas, cuando los beligerantes se estiman y respetan. Un día gritó un realista dirigiéndose á los republicanos :

— ¡ Aquí tenemos al rey !

— ¡ Y aquí tenemos el reino! le contestaron desde la otra orilla.

Sócrates fué el primer hombre que se declaró cosmopolita, es decir, ciudadano del mundo, « porque prefería

el interés general de la humanidad al de su patria y al de su familia ». Con todo, no había salido nunca del Ática.

No hay felicidad completa en este mundo ni quizá en los otros. El niño recibe caramelos, y también sopapos; el militar recibe honores, pero sin provecho; el negociante goza de provechos, pero sin honor; el rico dispone de sus monedas, pero tiene envidiosos; los hombres públicos comparten las alabanzas con los vituperios; los autores son elogiados en un periódico y en otro mortificados. El hombre que tiene mujer bonita vive celoso; el que la tiene fea... se fastidia.

Á un soldado que volvía de la guerra le preguntaron en su pueblo si había hecho alguna hazaña.

— Sí, contestó, le he cortado los pies á un enemigo.

— ¡Los pies! ¿Por qué nole cortaste la cabeza?

— Porque ya se la había cortado un sargento de caballería.

Á un general de la Revolución francesa le preguntaron en el palacio de las Tullerías, después de la última caída de Napoleón :

— ¿Tenéis antepasados ilustres, general?

— Yo soy el primer antepasado que se cuenta en mi familia, respondió.

Ocurrió una vacante de capitán en un regimiento francés, antes de la Revolución. El coronel propuso para cubrir la vacante á uno de los tenientes, que no era el más antiguo. El ministro, antes de aprobar ó desechar la propuesta, ofició al coronel diciéndole que, para una

comisión difícil, peligrosa, reservada y urgentísima, le designara un teniente y que éste se presentara en Versalles. El coronel le mandó un teniente que no era el propuesto para capitán, pero él fué el ascendido.

Rasgos de esta clase no eran comunes en el antiguo régimen.

Lázaro Carnot, cuando fué nombrado ministro de la guerra, era capitán del cuerpo de ingenieros. Improvisó catorce ejércitos, se le llamó « organizador de la victoria », salvó la República. Ya no era ministro cuando ascendió á comandante por antigüedad.

Los monárquicos ni siquiera entienden estas cosas. Les sorprende que no se hiciera á sí mismo general y que, en lugar de los catorce ejércitos, no improvisara catorce mil negocios.

Un simple marinero, Pieter Hein, hijo de un pescador, se elevó por su esfuerzo á la jerarquía de almirante. Mandando las escuadras holandesas, luchó bravamente con las naves españolas y capturó más de una flota con la plata de América. En 1629 sucumbió peleando. Los patriotas holandeses le mandaron á su madre una representación nutrida, para darle testimonio del sentimiento nacional. Su madre contestó á la comisión : « Mi hijo ha perecido miserablemente porque era un loco; nadie más que él tiene la culpa; siempre corriendo aventuras, tenía que acabar mal; hubiérase estado aquí, pescando como una buena persona, y viviría cuarenta años más, pero haciendo todos los días barbaridades no podía tener buen fin. »

Una mejicana, de raza india, perdió en la guerra con los franceses é imperialistas mejicanos, su marido y

nueve hijos, todos soldados del ejército de la República. Para tamaño sacrificio no hay premio suficiente ni compensación alguna; la Cámara mejicana, sin embargo, la declaró benemérita de la patria con una pensión de mil quinientos pesos.

Milciades, que en la batalla de Maratón hizo prodigios, solicitó después de la victoria una corona de laurel. Un hombre se levantó en la Asamblea para decirle : « ¡Milciades!... cuando tú solo ganes batallas, pide coronas de laurel para ti solo. »

Cuando supo Sixto V, papa, que la reina de Inglaterra había hecho decapitar á la reina de Escocia, exclamó en un rapto de entusiasmo : « ¡Feliz mujer, que ha tenido la suerte de cortar una testa coronada! »

María de Escocia era reina y prisionera cuando Isabel de Inglaterra la mandó matar.

Amenazó el conde de Essex á un fraile con arrojarlo al Támesis. « Bien, le dijo el religioso, el camino del cielo no es más largo por agua que por tierra. »

Un joven lacedemonio le dijo á su padre que le habían dado una espada demasiado corta : « Pues acércate más al enemigo », le contestó su padre.

Decía el abate Gregoire : « La historia de los reyes es el martirologio de los pueblos. »

La Academia de Dijón abrió un concurso para premiar el mejor elogio que se hiciera del caballero Ba-

yardo. El canónigo Talbert, de Besanzón, escribió el suyo y lo envió á la Academia. Se lo devolvieron por haber llegado un poco tarde. El canónigo dijo : « Creí tomar parte en un concurso de elocuencia y no en una carrera gimnástica. »

Un fondista fué citado ante el juez de paz por una ligera falta que, á lo sumo, le hubiera costado una multa de 2 á 5 francos; pero, preocupado por la cita-



ción, consultó el caso con dos estudiantes de derecho que vivían en su misma fonda. Uno de ellos le dijo que no tuviera cuidado, pues le bastaba para salir bien con reclamar los beneficios del artículo 12 del Código penal.

Así lo hizo, en efecto, el desdichado fondista:

— Señor juez, dijo con la mayor seriedad; yo conozco bien el Código penal y reclamo los beneficios del artículo 12.

El magistrado se puso los espejuelos, abrió el Código y leyó:

— « Artículo 12: Todo condenado á muerte será decapitado. » ¿Es este beneficio el que reclamáis? añadió el juez.

El pobre fondista abrió los ojos, después la boca, y por fin salió corriendo entre las risas del público.

« Cuanto más brillante es una acción, decía Montaigne, tanto menos creo en su bondad, porque es de presumir que se haya ejecutado más bien para que sea brillante que para que sea buena. »

*
* *

El propio Montaigne, hablando de las luchas intestinas de su tiempo, dice: « Conocí los inconvenientes de la moderación en tales circunstancias. Los gibelinos me consideraron güelfo y los güelfos gibelino. Me desollaron vivo los unos y los otros. »

*
* *

Del mismo:

« Agradezcamos al destino el habernos hecho nacer en un siglo que no es lánguido, afeminado ni ocioso. »

Dice Pascal:

« Censuro igualmente á los que alaban al hombre por sistema, á los que sistemáticamente le censuran y á

los que se ríen de todo; no apruebo sino á los que investigan angustiados. »

Las letras latinas tuvieron el honor de producir los dos más admirables poetas de las literaturas de imitación, estudio y gusto, los dos tipos más correctos y acabados, Horacio y Virgilio. Pero los hombres superiores, los genios, hay que buscarlos en el renacimiento y en los tiempos modernos : se llaman Shakespeare, Cervantes, Molière y dos ó tres posteriores.

*
* *

« El 17 de febrero de 1673 murió Molière á la edad de 51 años y 32 días. El cura de su parroquia le negó la sepultura eclesiástica. La viuda corrió á Versalles, se echó á los pies del rey, pidió tierra cristiana para su marido... Todo inútil. El rey había sido protector constante del actor sin rival y gran poeta cuando podía divertirle; muerto no podía procurarle diversiones. El *gran* monarca despidió bruscamente á la viuda y á un sacerdote que la acompañaba (el cura de Auteuil). En aquella ocasión se reveló una vez más el repugnante, el incurable, el inmenso egoísmo de Luis XIV, grande, en efecto, por el egoísmo. » *(Sainte-Beuve.)*

Daba la guardia á un edificio, en Sevilla, la milicia nacional. De pronto se le oyó gritar al centinela :

— ¡ Los de guardia, el capitán general !

Acudieron todos á las armas para rendir los honores de Ordenanza á la autoridad militar de Andalucía.

¡ Y no era el capitán general !

Entonces el oficial de guardia le dijo al centinela :

— ¿ Pero dónde está el capitán general ? ¿ No ve usted que ese es el tambor mayor de artillería ?

— ¡ Como lo vi tan *decentito !* respondió el centinela.

En efecto, era día de gala y el tambor mayor lucía muchos galones, pompones y plumeros. Parecía un brazo de mar.

Reunidos varios mozos en el mismo vagón de un tren en que viajaban, pronto se estableció entre ellos una confianza expansiva y se pusieron á contar las calaveradas y las *broncas* en que se habían distinguido hasta la fecha.

— ¡ Lo que yo me he divertido en Cádiz ! dijo uno; ¡ qué mujeres !

— ¿ Pues y yo en Jerez ? ¡ qué vinos ! ¡ qué borracheras ! ¡ qué guasas ! dijo otro.

— Para guasas y hembras y aceitunas y truenos gordos, no hay como Sevilla, afirmó un tercero.

— Yo tampoco las he corrido malas en Madrid, añadió el cuarto.

Y observó el último, un galleguito que hablaba sentenciosamente y muy despacio :

— Para *juergas*, señores, Monforte de Lemus...

« Dos leyes gobiernan el mundo », decía un célebre abogado : « La fuerza y la astucia. »

Frase que recuerda la de Talleyrand : « Mientras el mundo se divida en esquiladores y esquilados, más vale ser de los primeros que de los segundos. »

Un anciano conocedor del mundo repetía con frecuencia : « Yo quemaría tres capas : la de Dios, la de rey y la de pobre. »

Es verdad : ¡ cuántos abusos, explotaciones y crímenes, invocando la autoridad, la religión ó la miseria !

Decíale su padre á un niño :

— Mentir es una cosa muy fea ; las personas bien nacidas no mienten nunca.

— Entonces, papá, tú no eres bien nacido...

— ¿ Eh ?

— Porque tú haces decir que no estás en casa cuando vienen á cobrar las cuentas.

Comparecieron ante la justicia dos gitanos, acusados de haber robado, el uno un caballo y el otro una escopeta.

El primero se defendía diciendo :

— Señor juez, yo puedo presentar dos mil testigos : el caballo es mío desde que era potro.

Y el segundo decía :

— Yo también tengo testigos, un millón de testigos, señor juez : la escopeta es mía desde que era pistola.

Un soldado que tomó su licencia después de concluída la guerra, le dijo á su novia para deslumbrarla :

— Á mí me decía el general en jefe...

— ¿ El general hablaba contigo ?

— Es claro que sí ; cada vez que nos echaba una arenga.

— El señor obispo también habla conmigo... cuando viene á predicar.

Pelissón, preso de Estado en la Bastilla, no tenía más

diversión que una araña domesticada por él. Lo supo el gobernador de aquella fortaleza y le mató la araña.



Acción cruel, que fué reprobada hasta por Luis XIV, cuando tuvo conocimiento de ella.

Á cuatro leguas, aproximadamente, de la ciudad de Ruán, existe un viejo convento que se llama en el país « priorato de los *Dos Amantes* ». El origen de este nombre y del convento es como sigue :

Un caballero normando tenía en sus posesiones una adorable sobrina ; esta sobrina tenía su pretendiente un joven de aquellas cercanías, de quien ella misma estaba enamorada ; para que se casaran sólo faltaba que lo consintiera el tío de la novia...

Pues bien, el tío les dió su consentimiento, pero condicional. Exigió que el novio llevara en brazos á la novia, sin descansar en el camino, hasta la cima de una montaña que se divisaba desde sus habitaciones.

El amor y la esperanza dieron fuerzas al enamorado joven, y realizó la empresa, que era ardua; pero le costó la vida : murió en la cima de la montaña, media hora después.

Ella se murió de pena al cabo de ocho días.

Y el priorato se edificó en la trágica cima, en expiación de la culpa de aquel tío bárbaro.

Cuando Pedro el Grande, zar de Rusia, estuvo en París, le preguntaron qué le parecía la capital de Francia. He aquí su respuesta : « Si yo tuviera una ciudad como ésta sentiría tentaciones de incendiarla, para que no se tragara ella sola todo mi imperio. »

La cabra es uno de los animales más inquietos; desea constantemente cambiar de sitio, y por eso ha dado origen su nombre al vocablo *capricho* (de *capra*, en latín).

¿ En qué se parece la caridad á la capucha de un monje ?

Según Erasmo, en que cubre pecados infinitos.

Decía Voltaire que el traje de los frailes capuchinos era bueno para inspirar compasión á los hombres, despertar la curiosidaden las mujeres y asustar á los niños.

Á un obispo francés, muy bondadoso, le dijo una señora que admiraba sus virtudes :

— Señor obispo, tenéis seguro el cielo.

— Quiéralo Dios, hija mía, le contestó el prelado; yo me alegraré por mí, pero más por San Pedro.

— ¿ Por San Pedro ?

— Sí, al verme entrar sentirá la satisfacción de una agradable sorpresa.

— ¿ Por qué ?

— ¡ Ay ! Porque hace muchos siglos que no se ve un obispo en aquellos contornos.

« Es un iluso el hombre de talento que espere salvarse de censuras ; es un tonto el que se aflige por ellas. Los impuestos los pagamos sin pena y sin alegría ; pues bien, las censuras son la tasa que impone la envidia al mérito. » (*Sterne.*)

En materia de canto, dicen los franceses que el español llora, el italiano gime, el flamenco aúlla, el alemán muge ; no canta más que el francés.

Al encontrarse ó verse dos personas que se conocen, ¿ cuál debe saludar antes ?

Si son de diferentes edades, la más joven.

Si son de la misma edad, la mejor educada.

Uno de los suplicios chinos consiste en sentar al condenado en un bacín, atándolo fuertemente para que no se pueda levantar. Dentro del bacín han puesto una rata hambrienta. Después calientan el mueble susodicho, para que la rata, no pudiendo resistir el calor, se abra paso... por donde pueda.

« No hay una iglesia en que el diablo no tenga su capilla », decía un inglés.

Y una inglesa decía : « El rosario es una diversión más bien que una devoción ; cuando me aburro, es mi entretenimiento ; juego al solitario. »

El apólogo más antiguo que conocemos es el que puede leerse en el capítulo nono del *Libro de los Jueces*, y es así :

« Hubo que elegir un rey entre los árboles.

» Pero el olivo no quiso abandonar el cuidado de las aceitunas.

» La higuera no quiso desentenderse de sus higos.

» La vid no había de abandonar las uvas.

» Únicamente el cardo, por no servir para nada, se hizo rey ; teniendo espinas podía hacer daño. »

Diógenes, lavando sus coles, le gritaba á Arístipo :

— Si tú supieras comer coles no adularías á los grandes.

— Y tú, le contestaba Arístipo, si supieras adular á los grandes no comerías coles.

Luis XV le consultaba al prior de un convento, hombre entendido en caballos :

— ¿ Qué pensáis de este potro ? Quieren vendérmelo por turco...

— ¿ Turco ese caballo ?... ¡ Es más cristiano que yo !

Pedro de Rusia formó la primera colección de historia natural que hubo en su imperio. Su principal objeto era

fomentar la afición á un estudio tan interesante. Jaguschinski, jefe del gabinete, propuso al emperador que se cobraran dos rublos á cada aficionado, á fin de poder aumentar la colección. Pedro le dijo que de esa manera la afición no se propagaría, y que ni siquiera se había de poner la entrada gratis, sino que era preciso darles café, vino y aguardiente á todos los que se presentaran. Así se hizo.

Observación curiosa del doctor Swift: « Cada nación europea tiene su manera de colonizar. Los españoles empiezan por construír una iglesia, los franceses por levantar un fuerte, los ingleses por establecer una cervecería. »

Después de la batalla de Hochstett, ganada por los ingleses á los franceses, el general vencedor, Marlborough, pasó revista á los numerosos prisioneros. Entre éstos había un colosal granadero del regimiento de Navarra que le llamó la atención al general inglés:

— ¡ Ah! exclamó el caudillo, si el rey de Francia tuviera cien mil hombres como éste no perdería las batallas.

— Lo que necesita el rey de Francia, replicó el granadero, no es cien mil hombres como yo, sino un hombre como vos.

*
* *

El *Mambrú* de la canción que conocen todos los niños del mundo y todas las nodrizas, no es otro que el general Marlborough.

Un provinciano español hizo un viaje á Madrid con el propósito de asistir á un banquete de literatos. En su pueblo había leído repetidas veces noticias de banquetes

literarios, en los cuales, al decir de los periódicos, se habían derrochado la gracia y el ingenio.

Por mediación de un comprovinciano suyo, que era novelista, logró al fin su deseo: estuvo en un banquete madrileño, al que concurrieron artistas y escritores, diputados y gacetilleros, poetas y funcionarios públicos.

No observó en el banquete nada de particular ni oyó más que algún chiste, á los postres, de los que figuran en la *Enciclopediana* y ya conocía su abuela.

— Pues señor, decía, he tenido mala suerte ; mejores ocurrencias he oído yo en Ciudad-Real.

Cuál no sería su sorpresa al leer en los diarios de la noche la descripción del banquete literario, descripción que terminaba con las palabras siguientes :

« Ha sido una fiesta inolvidable: no hubo discursos ni se brindó *cursimente*, pero la conversación amena y chispeante, el humorismo de los concurrentes, la presencia de un ilustre joven de provincias, que es una esperanza de las letras, y los ingeniosos chistes de que se hizo un verdadero derroche... »

— Pues si eso es un derroche y yo una esperanza de las letras, dijo el provinciano, me vuelvo á mi cortijo...

Le preguntaron al mariscal Bassompierre los años que tenía :

— De 38 á 50, contestó.

— ¿ De 38 á 50 ? ¡ Hay mucha diferencia entre esas dos edades !

— Tal vez, pero yo cuento el dinero, la argentería, los objetos de arte y demás cosas que me pueden robar ó se me pueden perder. En cuanto á los años, sé de cierto que no he de perder ni me han de robar ninguno.

El célebre cardenal Wolsey había hecho poner en la

puerta de un pabellón de su palacio, el letrero siguiente: « Habitación de las concubinas de monseñor el cardenal. » — Cinismo y pompa mundana; otros cardenales tienen concubinas, sin letrero.

Siendo Darú ministro de la guerra tuvo una disputa con su secretario; en el calor del altercado, entre saltos, gritos y gesticulaciones, se encaramó en la mesa. El



secretario entonces, para seguir la discusión más de cerca, se subió en la silla. Tan cómica resultó la escena, que Darú soltó la carcajada y se acabó la disputa.

Gentil Bellini, pintor veneciano, fué llamado á Cons-

tantinopla por Mahomet II. Pintó Bellini, para el sultán, la *Degollación de San Juan Bautista.* El gran turco celebró el talento del artista, pero le hizo notar que su cuadro adolecía de un defecto : el artista no había observado que cuando se le corta la cabeza á un hombre la piel se retira un tanto. Para demostrárselo, por si acaso



no había tenido antes ocasión de verlo, hizo decapitar á un hombre, inmediatamente y allí mismo, obligando afablemente al artista á que examinara la cabeza.

Bellini quedó tan espantado que buscó un pretexto para irse. El sultán no se opuso, al contrario, lo despidió con magníficos presentes.

Cuando Sócrates fué sentenciado á muerte, Xantipa,

su mujer, bañada en lágrimas, entró en la prisión á darle la noticia.

— Tus jueces, le dijo, te han condenado á morir.

— Á ellos, contestó, los ha condenado la naturaleza; todo muere.

— Sí, pero te han condenado injustamente.

— ¡Mejor! ¡Te gustaría que fuera justamente? replicó Sócrates.

Sitiaba una plaza el mariscal Grammont; el gobernador pidió capitular, y después de firmada la capitulación le dijo al mariscal:

— Os confieso que he capitulado porque ya no tenía pólvora.

— Confidencia por confidencia, le dijo Grammont: os he concedido capitulación porque ya no me quedaba plomo.

Un noble refería los desastres de la peste de Marsella, detallando horribles pormenores; y terminó diciendo: « Era una epidemia tan terrible, que no estaban seguros ni aun los hombres de calidad. »

Los atenienses admiraban la fortaleza de alma de Pericles, no sin razón. Una noche, en una asamblea del pueblo, fué varias veces interrumpido y ultrajado por un hombre, que lo siguió después hasta la puerta misma de su casa prodigándole injurias. Al llegar Pericles á su casa, ordenó friamente á uno de sus esclavos que no apagara la antorcha y que acompañara al insultador hasta su propia vivienda.

Inconsolable Augusto por la muerte de un amigo, le

dijo uno de sus cortesanos : « Consolaos, príncipe, el mal no tiene remedio. »

— Eso es precisamente lo que me desconsuela, respondió Augusto, ¡ que mis lágrimas no puedan resucitarlo!

Un editor holandés le pidió á un literato que le hiciera un volumen de cuentos de Marmontel. « No puedo, le contestó el escritor; tengo que hacer una tragedia de Racine. »

Un soldado de caballería dirigiéndose á otro de ingenieros :

— Oye, tú, *facurtativo*...

— ¿ Qué se te ofrece, cuadrúpedo?

Cromwel no se fiaba ni de su secretario. Cuando tenía que dictar alguna carta sobre un asunto grave, dictaba tres distintas y aun contradictorias; las recogía las tres, y el secretario no sabía cuál de ellas había tenido curso.

Las mil supersticiones que subsisten á pesar de todos los progresos, revelan una vez más lo que puede el atavismo. Son atávicas las supersticiones, lo mismo las idénticas y las semejantes á las numerosas de la antigüedad, que las tenidas por modernas, aunque son transformaciones de otras antiquísimas.

Lo que demuestra el poder, el arraigo secular de la superstición, no es que el vulgo ignorante la padezca, sino que sean sus víctimas personas ilustradas, hombres de ciencia, espíritus en otro concepto emancipados. Hay ateos que creen en santos y en vírgenes ; racionalistas

que se burlan de todas las religiones y creen en agüeros ó presagios. Algún pensador que niega los profetas se hace profeta él mismo, cree en sí propio, anuncia lo porvenir. Hemos conocido á un personaje que no creía en la existencia de Dios y creía firmemente en la buenaventura que le decía una gitana. Es que las conciencias no estarán emancipadas mientras haya religiones que las perturben : de creer en Dios á creer en brujas no hay más que un paso.

Algunas supersticiones tienen, sin embargo, un fundamento racional ; son, á lo menos, hijas de la observación. Por ejemplo, cuando se sientan á la mesa trece personas, se dice que una de ellas morirá en el año. Esto quizá no suceda, pues la proporción de la mortalidad es cada vez menor ; pero hubo un tiempo en el cual moría un siete por ciento de personas cada año, es decir, uno de cada trece, aproximadamente.

En la escuela :

— ¿ Cómo se llaman los de Calatayud ?

— Bilbilitanos.

— ¿ Qué son los de Salamanca ?

— Salmantinos.

— ¿ Y los de Valladolid ?

— Vallisoletanos.

— ¿ Y los de Cádiz ?

— Gaditanos.

— ¿ Y los de Buenos Aires ?

— Porteños.

— ¿ Y los de Fernando Poo ?

— *Fernandopollinos.*

Un burgués acaudalado, residente en Madrid, anunció en la prensa que necesitaba un buen preceptor para

sus hijos. Exigía para su admisión que tuviera un título académico, certificación de buena vida y costumbres y principalmente la condición de haber viajado.

Al primero que se presentó le dijo el burgués:

— ¿Reune usted las tres condiciones exigidas?

— Sí, señor, aquí tengo un certificado de buena vida y costumbres, firmado por mi mujer; otro certificado académico, para probar que he sido cuatro años conserje de la Academia de Jurisprudencia...

— ¿Ha viajado usted mucho?

— Sí, señor, he estado en Vallecas y en Jetafe.

En un paseo de Sevilla con bancos para el público, no se podía tomar asiento en uno de los bancos porque había un centinela para impedirlo. Todos los días al relevarse la guardia y cada dos horas al mudar de centinela, se transmitía la orden de que en aquel banco no se sentara nadie. No se sabía el por qué de tan rara prohibición, hasta que en 1854 lo averiguó un sargento. Era que habían pintado el banco en 1815, pusieron un centinela para que los paseantes no se mancharan de pintura, se comunicó la orden al relevo y así sucesivamente por espacio de treinta y nueve años. ¡Oh poder de la rutina!

Las admirables *Memorias* de Saint-Simón, tan justamente célebres, además de ser monumento literario son un tesoro histórico. Sin que su autor lo quisiera, las *Memorias* de que hablamos fueron sin duda la piqueta que dió comienzo á la demolición, hoy definitivamente consumada, del prestigio inmerecido y la ficticia grandeza de Luis XIV, mala persona, mal escritor y mal rey.

« Boileau no es un poeta, si se reserva este título á los seres dotados de imaginación. No obstante, su *Facistol* revela un talento capaz de inventiva y de notable belleza en los detalles. Á nuestro juicio es un talento sensato, equilibrado, fino, mordaz, pero poco fecundo; buen escritor en verso, fiel observador del gusto, oráculo de la corte y de las letras del tiempo en que vivió. Su literatura y su poética están maravillosamente de acuerdo con la religión, la filosofía, la política, la estrategia y todas las artes de su tiempo; mezcla de sentido recto y de insuficiencia, de miras certeras, aunque de poco alcance.» (*Sainte-Beuve.*)

* * *

El *Facistol (le Lutrin)*, citado en el precedente juicio, es un poema cómico-heroico en el cual no existe más argumento que una disputa ridícula entre canónigos acerca del lugar en que debe estar el facistol. En el canto I hay un verso muchas veces citado y traducido:

¿ Tanta hiel cabe en alma de devoto ?

El duque de Saint-Simon nos ha pintado la casa de Condé y en particular al joven príncipe que fué discípulo de La Bruyère. Hablando de la muerte de este príncipe, ocurrida en 1710, nos dice lo que copiamos á continuación:

« Era de un amarillo lívido, tenía el aire furioso, y tales eran su altivez y audacia que costaba trabajo acostumbrarse á él. No carecía de ingenio, había recibido excelente educación y tenía finos modales cuando quería; pero quería rara vez... Su ferocidad era extremada. Á su lado no estaba nadie seguro; sus propios

amigos no estaban libres jamás ni de bromas crueles ni de insultos.»

Cuenta, además, Saint-Simon que el joven príncipe, hallándose en Dijón en 1697, dió un gran ejemplo de la amistad de los príncipes y una buena lección á los que la desean. Hizo beber á Santeul un vaso de vino de Champagne, en el cual había vertido su tabaco en polvo. El pobre Santeul murió al cabo de veinticuatro horas entre vómitos horribles.

« Entre las mil expresiones que pueden traducir un pensamiento, no es buena más que una sola. No siempre es fácil encontrarla, pero existe. Cualquiera otra es débil ó impropia, deficiente ó excesiva.» (*La Bruyère.*)

Pasajes extraídos de las *Cartas de Voltaire :*

« Esta vida es una guerra ; el que se divierte á expensas de los demás, ese es el vencedor.»

« Yo chanceo y no me meto en nada. Es verdad que estoy chanceando siempre, lo cual ayuda á sostener al hombre en la vejez.»

« Ángeles míos (dirigiéndose á los señores de Argental), esperando la tragedia, he aquí el sainete ; conviene reirse, es lo más sano.»

« Que la guerra siga (la de siete años) ó que la paz se haga, *vivamus et bibamus.* »

« Bien sé yo que me arruino; pero me divierto. Juego con la vida, única cosa para lo que es buena. »

« He tenido crueles aflicciones, y el bálsamo de Fierabrás que he aplicado á mis heridas ha sido siempre el mismo : reirme. »

Rameau, el célebre músico, estando de visita en casa

de una señora que le hacía el honor de recibirlo, se levantó de repente, le arrebató el perrito que tenía en la falda, y lo arrojó por la ventana.

— ¡ Qué hacéis ! gritó sofocada la señora.

— ¡ Desafina ! contestó Rameau con toda la indignación de un músico entusiata.

Luis IX de Francia, llamado ahora *San Luis*, quería mucho á su esposa la reina Margarita; pero apenas la veía ni estaba á solas con ella, porque la reina madre,



doña Blanca de Castilla, no dejaba á su hijo ni de día ni de noche ; San Luis era muy respetuoso, muy obediente á su madre. La joven reina, paseando sola por el jardín del palacio, vió que se acariciaban los gorriones

y les gritó : « Despachad pronto, inocentes pajarillos, que va á venir mi suegra. »

Viendo pasar un gran entierro católico, decía un mahometano : « ¿ Á qué vienen tantos cirios y tantas campanadas para un personaje que ni ve ni oye ? »

El coronel Mac-Leod, felicitando por su advenimiento al rey Jorge VI, en nombre de una ciudad de Escocia, terminó su discurso deseándole al nuevo soberano que su reinado durara tanto tiempo como el sol. « ¿Queréis, acaso, le interrogó el rey, que mis sucesores reinen á obscuras ? »

En el año 804 tuvieron los polacos la triste necesidad de elegir rey. No sabiendo á quién podrían elegir, acordaron sacar el puesto á concurso entre los que, á la carrera, lo quisieran disputar. Ganó un joven obscuro, que tenía buenas piernas.

El hombre que mata ó hiere á otro con un arma sacada del bolsillo, es un asesino ó un villano. Pero el que mata ó hiere con un arma sacada de una vaina, es un caballero y un valiente.

Un señor inglés, de quien se refieren muchas singularidades, le mandó á su cochero que fuese á buscarle una medicina.

— Ese oficio le corresponde á las criadas, contestó de mal humor el cochero.

— ¿ Y cuál es vuestro oficio ?

— Guiar el coche y atender á los caballos.

— Bien, pues enganchad el coche y llevad la criada á la botica.

El 30 de marzo de 1688 fué decapitado y quemado Casimiro Lissinski por haber escrito en un papel que dejó olvidado en su aposento las palabras que siguen :

« Dios no ha creado el hombre.

» No es creador, sino criatura.

» Porque el hombre lo ha creado á Él ».

« La crítica, ha dicho La Bruyère, no es tanto una ciencia como un oficio. Para criticar se necesita más salud que ingenio, más trabajo que sagacidad. »

Una madre le decía á su hija, niña de cuatro años, viéndola bostezar continuamente :

— ¿ Qué te pasa, hija mía ?... ¿ tienes debilidad ?

— No, lo que tengo es *hambricidad*.

Decía Luis XII que las leyes son para los jurisconsultos como el cuero para los oficiales de obra prima, que lo estiran, lo encogen y lo ablandan á su gusto.

Perdonamos con facilidad al que nos achaca vicios, pero somos inexorables con el que nos niega talento.

El músico Simónides le recomendó á Temístocles una cosa notoriamente injusta. « Si yo os propusiera desafinar en un concierto público, le respondió Temístocles, seguramente no lo haríais ; yo tampoco he de cometer una injusticia por complaceros. »

No era Voltaire muy fuerte en matemáticas, aunque las cultivó una temporada y aun les mostró cierta afición. En una de sus cartas, dirigida á Pitot, individuo de la Academia de ciencias, le decía :

« La marquesa del Chatelet me hizo el honor días pasados de leer conmigo á Descartes ; admirábamos los dos la relación que dice haber encontrado entre el seno del ángulo de incidencia y el seno del ángulo de reflexión ; pero á la vez nos sorprendía su afirmación de que los ángulos no son proporcionales aunque los senos lo sean. No comprendo que las medidas de los ángulos sean proporcionales y que no lo sean los ángulos. ¿ Queréis explicarme esto ?

» Mi salud no me permite aplicarme á estos estudios; cuando trabajo una hora me resiento. »

En efecto, hubiera sido mejor que no gastara el tiempo eu cosas que no entendía. El seno es función y no medida del ángulo.

Pero es raro que la marquesa participara de su error, pues ella había estudiado.

No fué inútil la excursión de Voltaire en los dominios de la ciencia exacta, pues á ella debemos su preciosa Epístola *sobre la filosofía de Newton*, de la que traducimos estos versos :

Desplega ante mis ojos con poderosa mano,
Del de las estaciones monarca brillador,
El manto refulgente con inmortal tejido
De azul y de esmeralda, de grana y de arrebol.
Cada uno de sus rayos en su substancia pura
Encierra los colores del iris celestial,
Y todos confundidos alumbran los espacios
Y doran los abismos y lucen en la mar.

*
* *

De otra carta de Voltaire :

« ¡ Dichoso el que sabe sustraerse á las seducciones de la fama, á los furores de la envidia, á los inconsiderados juicios de los hombres ! ¿ Qué se saca del cultivo de las letras ? Mucho desprecio antes de tener un nombre ; mucho odio cuando se tiene...

» El público es una fiera : se necesita encadenarla ó huír. »

Frases de Montesquieu :

« Se diría que la naturaleza ha hecho como las vírgenes que habiendo conservado mucho tiempo su más preciado tesoro, se dejan arrebatar en un momento dado lo que han guardado con tanta precaución y defendido con tanta constancia. » — Aquí se refiere á los descubrimientos físicos de Galileo y Newton, que se hicieron de pronto, después de haberse hecho esperar durante siglos.

*
* *

« Parece en ocasiones que la verdad corre al encuentro del que la busca ; suele suceder que no haya intervalos entre el deseo, la esperanza y la posesión. »

*
* *

« No se necesita mucho ingenio para haber visto el Panteón, el Coliseo, las Pirámides ; no es preciso más para ver un insecto en el microscopio ó una estrella con el telescopio ; por eso la física es tan admirable : grandes genios, espíritus estrechos, vulgares medianías, todos hacen su papel. Quien no descubra un sistema, como Newton, hará una observación con la que pondrá en tortura al gran filósofo. Sin embargo, Newton siempre será Newton, es decir, el sucesor de Descartes, y el

otro será un hombre común que habrá visto una vez sin haber quizá pensado nunca. »

*
* *

« Aunque la inmortalidad del alma fuera un error, sentiría no creer en ella. Confieso que no soy tan humilde como los ateos. Yo no sé cómo ellos piensan; pero en cuanto á mí, estoy satisfecho de creerme inmortal como Dios mismo. »

*
* *

« El estudio ha sido para mí el soberano remedio contra los pesares de la vida; no he tenido ninguna pena que una hora de lectura no haya disipado. »

*
* *

« Me despierto por la mañana con una alegría secreta al ver la luz; veo la luz con una especie de transporte y estoy contento para todo el día. »

*
* *

« Yo no sé lo que sucederá con tantos habitantes como van á América desde Europa y África; pero creo que si las naciones europeas han de ser abandonadas por sus colonias, esto empezará por la nación inglesa. » — Así se realizó.

*
* *

« Las historias son hechos falsos compuestos sobre hechos verdaderos. »

*
* *

« ¡ Hombres modestos, venid, que yo os abrace ! Creéis no tener nada, y yo os digo que lo tenéis todo.

Sois el encanto de la vida. Pensáis no humillar á nadie y humilláis á todo el mundo. Cuando os comparo con los hombres absolutos que veo por todas partes, los arrojo de su tribunal y los pongo á vuestro pies. »

Una vez estuvo la señorita Clairón á visitar á Voltaire y se hincó de rodillas á sus pies diciéndole, como si estuviera en el teatro :

— ¡ Oh, mi dios tutelar !

Voltaire hizo lo mismo, arrodillarse delante de la actriz y decirle : « Buenos días, ¿ qué tal de salud? »

Era niño Federico, el príncipe que fué más tarde gran táctico y gran rey. Jugaba alegremente al volante en el gabinete de su tío abuelo, rey á la sazón ; el volante cayó repetidas veces en la mesa del rey, y éste al fin se impacientó metiéndose el volante en el bolsillo en lugar de devolverlo. En tales términos y tan enérgicamente reclamó Federico su juguete, que el anciano monarca se lo devolvió diciéndole con cariño : « Tómalo, eres un hombrecito ; los austriacos no reconquistarán la Silesia cuando tu seas rey de Prusia. »

Sugestionar á una multitud es todavía más fácil que sugestionar á un hombre. Llegó á Venecia un prestidigitador, cuyas suertes no entusiasmaron al público ; los venecianos habían conocido prestidigitadores de más mérito. No asistía casi nadie á las funciones y el empresario estaba descontento con el prestidigitador. Pero éste le dijo al empresario :

— Anunciad por las esquinas que mañana á las doce doy un espectáculo gratuito : á la primera campanada,

todo el que esté en la plaza de San Marcos verá por sus propios ojos que el león sacude el rabo.

Se anunció. La plaza de San Marcos se llenó de gente. Cuando sonaba la primera campanada de las doce, el prestidigitador le hizo al león con el brazo un gesto imperativo.

De la muchedumbre se elevó un clamor inmenso y una tempestad de aplausos. El león había meneado la cola. Algunas personas de las que estaban más cerca aseguraban que no habían visto nada, que la cola no se había movido, ¡ pero quién hacía caso de aquellos cuatro envidiosos! La inmensa mayoría vió agitarse el rabo del león.

Desde aquel día creció la fama del prestidigitador y se llenó el teatro.

La condesa Dubarry, querida oficial del rey Luis XV, pagó á un precio excesivo un retrato del rey Carlos I de Inglaterra, pretextando que ella debía poseerlo por ser un retrato de familia. En efecto, aseguraba pertenecer á la familia real de los Estuardo. Como en aquel tiempo se daba gran importancia á estas cosas, los cortesanos se apresuraron á formar el árbol genealógico de la Dubarry. No buscaron el tronco, no quisieron llegar á la raíz, ni siquiera se remontaron á tres generaciones, pues el abuelo de la cortesana, de la real concubina, era un patán, un cavador de los alrededores de Toulouse.

« Los aldeanos, escribía un ministro del antiguo régimen, son bueyes que aran, que oyen misa, que van á la taberna y vuelven á su establo. » En el nuevo régimen hay personajes que se expresan en iguales términos cuando juzgan á los aldeanos : los consideran bestias de

carga; pero censuran y condenan á los que trabajan por convertirlos en hombres.

El vino se llama lo mismo en todas partes, es decir, tiene igual nombre en todas las lenguas antiguas y modernas : en griego *vinos,* en latín *vinum,* en árabe *venon*, en español *vino,* en portugués *vinho,* en francés *vin,* en inglés *wine,* en alemán *wein*, etc., etc.

Y en todas partes se le estima; es la bebida universal, aunque no todos los países lo poseen; no se da en todas las latitudes, se produce únicamente en climas privilegiados, climas que producen á la vez aceite é higos. Ya lo decían los antiguos griegos : región que no da higos es inhabitable. Y ciertamente no lo dirían por los higos, sino por el vino y el aceite.

En las regiones del norte, donde el vino es importado y por consiguiente caro, el pueblo no bebe vino; sólo consume cerveza. Por eso vive esclavo, sujeto á la supremacía de aristocracias inteligentes, que son inteligentes porque beben *sol de Andalucia embotellado en Jerez*, sol que disipa las nieblas del septentrión y el esplín engendrado por la cerveza vil.

* * *

En los primeros tiempos de la República Romana les estaba prohibido el vino á las mujeres. Á sus maridos les era permitido repudiarlas, y aun matarlas, si las sorprendían bebiendo vino. Hoy lo beben, y por eso las mujeres son ya tan inteligentes como los hombres, y aun más.

* * *

Los marroquíes, los argelinos, los egipcios, los turcos, etc., no usan el vino porque lo prohibe la ley de Mahoma; por eso viven en notorio atraso. Hay moros y turcos inteligentes, inteligentísimos; pero es porque se

ríen del Korán, á lo menos en lo tocante al vino, y lo beben ocultamente, y aun se emborrachan. Eso ya es abusar; el vino conserva la salud, restaura las fuerzas, abre el apetito, fortalece el entendimiento; gran estimulante, mientras no se abusa.

El primer sultán que se emborrachó fué Amurat IV. Y le supo tan bien su primera *turca* — por no decir borrachera — que el buen turco se pasó toda la vida bebiendo — por no decir borracho. — He aquí de qué manera se aficionó á la bebida : yendo una vez por la calle, se encontró con uno de sus vasallos en estado de embriaguez. Este vasallo lo insultó.

— ¿Sabes quién soy? le preguntó el sultán.

— ¿Sabes tú quién soy yo? le repuso el embriagado.

— ¡Soy el sultán!

— Me alegro, ¿quieres venderme tu harem, Constantinopla y tu imperio?

— ¿Con qué lo pagarías?

— ¡Con qué!... ¿No sabes que tengo con qué comprarte á ti mismo?

Preso el borracho, fué llevado á presencia del sultán cuando la *pítima* se le pasó.

— Vamos á ver, le dijo el soberano, ¿por qué me has insultado? ¿Qué gusto puedes tener en emborracharte bestialmente como un perro cristiano?

— ¡Ah, señor! Si conociérais las delicias de una borrachera, seguramente daríais vuestros Estados por veros en el estado que yo. El que está beodo es el dueño del mundo. Los sueños más absurdos se convierten de pronto en realidades. Señor, haced la prueba...

Y Amurat probó.

Ya hemos dicho que vivió y murió borracho.

*
* *

El vino es la leche de los viejos. Algunos maman

como recién nacidos. Y se emborracharían con biberón.

El rey de los vinos es el Jerez; pero no es malo el vino de Salerno. Los mejores vinos del universo mundo son los de Sicilia, Andalucía, Portugal y Francia. El vino del Rin... allá, para ellos. El Madera, el Tenerife y el Chipre... superiores... Medianillos nada más los vinos de Argel, los del Paso (Méjico) y los de la República Argentina. El de California es malo; pero sin duda mejorará con el tiempo. Entretanto...

— ¡Mozo!... ¡una copita *ú* dos de Cariñena!

Según cuenta un libro del siglo XVIII, aún regía por entonces en la ciudad de Zurich la ley que obligaba á la cónyuges desavenidos, á los que intentaban divorciarse por incompatibilidad de humores, á someterse á una prueba, después de la cual renunciaban generalmente al intentado divorcio.

La prueba consistía en pasar quince días encerrados en una torre, á orilla del lago, con una sola habitación, una sola cama, una silla, mesa única y un cuchillo solo. Para todo necesitaban la complacencia recíproca.

La inflamabilidad del espíritu de vino le sirvió á uno de los aventureros que habían invadido el Canadá, para someter una de las tribus que más resistían á los conquistadores; detuvo á los principales, en su presencia pidió un cubo de agua y los soldados, aleccionados por el jefe, le presentaron un cubo lleno de espíritu de vino. Dió fuego al espíritu y ardió; en seguida les dijo á los canadenses espantados: « Si no os sometéis, haré arder vuestro río (el San Lorenzo) como este cubo de agua. »

Cuenta Herodoto, en un pasaje digno de recordación y frecuentemente recordado, que un guerrero de Oriente, en un instante crítico para él y para su raza, declaró que « el más hondo de los sufrimientos consiste en saber lo que se debe hacer y no poder hacerlo ».

Ana Camargo, la más notable y aplaudida bailarina de su tiempo, nació en Bruselas en 1710. Y cuentan las crónicas del siglo en que vivió, que antes de cumplir dos años bailaba instintiva y cadenciosamente al compás del violín que tocaba su padre por mera diversión.

Catalina Howard, quinta esposa de Enrique VIII, rey de Inglaterra, perdió la vida en el cadalso por haber tenido amantes anteriores á su casamiento. El parlamento declaró, además, que era crimen de lesa majestad en una mujer soltera el casarse con el rey después de perdida la virginidad. En consecuencia, el rey se casó con una viuda, con la viuda de Látimer.

Un pobre diablo, que se había casado cinco veces quedando viudo otras tantas, renunció á casarse por la sexta vez, pues ya tenía quien le repasara los calcetines, le cosiera los botones y le amargara la vida : vivía con sus cinco suegras.

Lo milagroso era que las cinco se llevaban bien ; pero á él... lo mataron á disgustos.

Cuando en España reinaba todavía la casa de Austria, era general entre los campesinos la creencia de que las víboras más venenosas en otras partes no lo eran en Toledo ni en doce leguas á la redonda ; bene-

ficio debido á las oraciones del eminentísimo señor arzobispo de Toledo.

Uno de los médicos de Carlos II el Hechizado escribió un estudio de las víboras, probando que era absurda la creencia de los toledanos y que la mordedura de la víbora maligna es tan mortal en Castilla como en todas partes.

Naturalmente, lo llevaron á la Inquisición, acusado de herejía; y no lo quemaron vivo porque ya tenía setenta años.

Á juicio de Sainte-Beuve, los grandes hombres del siglo décimooctavo, en Francia, fueron cuatro: Montesquieu, Voltaire, Rousseau y Buffón. Aunque Juan Jacobo Rousseau no era francés, lo incluye entre los grandes hombres de la patria francesa por su influencia en la literatura y en las costumbres de Francia.

Decía Voltaire hablando de Buffón: « Cuerpo de atleta y alma de sabio. »

Buffón era matemático, físico, naturalista, gran escritor y filósofo; su celebridad la adquirió principalmente como naturalista.

Madama Necker decía: « Buffón hace más caso de Milton que de Newton. » Sí, también era poeta; pero admiraba á Newton, y no puede negarse que tenía parentesco científico, más que con Newton con Descartes.

* * *

Voltaire vivió en continuas disputas, querellas y polémicas; Rousseau estuvo más de veinte años refutando calumnias; hasta Montesquieu se defendía cuando se le atacaba. Los tres fueron hombres de combate, como Buffón lo fué de paciente y sosegado estudio. Si se le

discutía, no le importaba; si se le calumniaba, no se defendía. Su máxima era ésta: « Dejar que la calumnia recaiga sobre sí misma. » Dijo además: « El escritor debe tratar de su tema, no de sí mismo; las críticas personales deben quedar sin respuesta. »

Hume nos ha transmitido la impresión que el gran naturalista le produjo, escribiendo lo que sigue:

« El porte de Buffón era más bien el de un mariscal de Francia que el de un hombre de letras. En su fisonomía se reflejaban las más altas ideas. Cejas negras y ojos negros, que resaltaban más bajo su hermosa cabellera blanca. »

Su actitud digna, imperturbable, constante, no podía menos de provocar burlas. En más de una ocasión intentó Voltaire mortificarlo, pero lo contenía un sentimiento de respeto. Dalembert, menos delicado que Voltaire, lo denominaba « el gran urdidor de frases ».

Buffón mismo ha dicho: « La felicidad está en nosotros mismos; el goce apacible de nuestra alma es nuestro único y verdadero bien. » El verdadero sabio, según él, es el que sabe dominar las pretensiones infundadas y los falsos deseos.

*
* *

Era Buffón un estilista á quien sólo igualaron — y superaron á veces — Bernardino de Saint-Pierre y Chateaubriand. El más perfecto de sus escritos es su cuadro de las *Épocas de la Naturaleza*, publicado en 1778, á la edad de setenta y un años. Se asegura que lo enmendó y lo hizo copiar dieciocho veces.

En una de las obras de Diderot, el *Suplemento al Viaje de Bougainville*, pone el autor en labios de un

isleño de Otaití las siguientes palabras, sin duda expresión de su propio pensamiento :

« Nada más insensato que un precepto prohibitivo de los movimientos naturales en nuestro mudable ser, precepto que impone una constancia imposible, que viola la libertad del varón y de la hembra encadenándolos para siempre el uno al otro; nada más insensato que una fidelidad que limita el más caprichoso de los goces á un solo individuo, que un juramento de inmutabilidad de dos seres de carne, á la faz de un cielo que muda sin cesar, en un antro que amenaza ruina, bajo una peña que se convierte en polvo, al pie de un árbol que se pudre, encima de un canto que rueda. »

El filósofo Xantus parecía preocupado con los preparativos de un festín :

— No hagáis caso, le dijo su esclavo Esopo, eso no vale la pena.

— ¿ Encontrarías, le preguntó su amo, algún hombre. bastante indiferente que no se preocupara por nada ?

Al día siguiente, en la plaza, vió Esopo á un campesino que todo lo miraba con indiferencia, con la frialdad de una estatua, y se lo llevó al filósofo.

He aquí, le dijo á su amo, el hombre que queríais; todo le es igual, por nada se apura, nada le interesa.

Xantus le mandó á su mujer que calentara agua y le lavara los pies al huésped, ella misma.

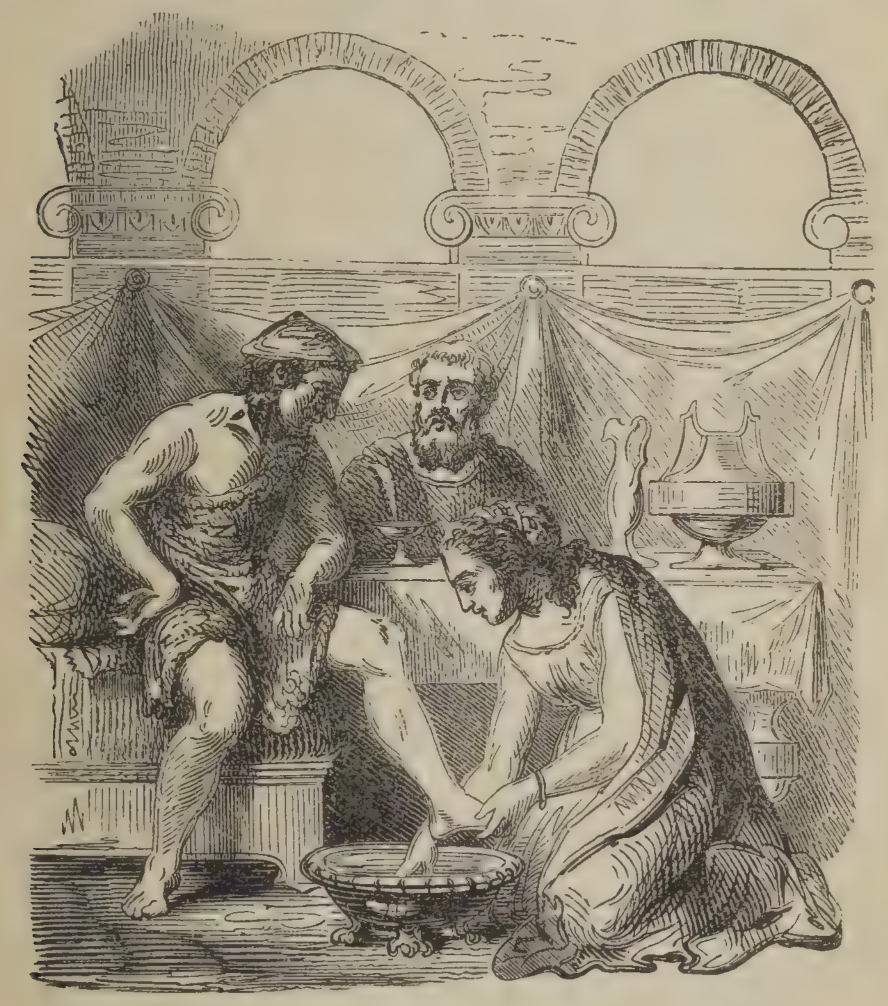
Aunque el rústico sabía muy bien que á él no se le debía semejante honor, creyó que sería costumbre de la casa y dejó que le lavaran los pies. Ni siquiera dió las gracias.

Se le invitó á sentarse á la cabecera de la mesa ; lo hizo como si tamaño honor le fuera debido por su clase.

Durante la comida no hizo Xantus otra cosa que cen-

surar al cocinero; todo lo encontraba mal sazonado, unas cosas por saladas, otras por insípidas, unas por frías, las otras por calientes. El huésped callaba, comía, no mostraba ni conformidad ni disconformidad con los juicios del filósofo.

Á los postres pusieron en la mesa unos bollos exquisi-



tos, hechos por la mujer del filósofo. Éste los encontró muy malos; el campesino callado como un muerto.

—Mira, dijo el filósofo dirigiéndose al esclavo, enciende una hoguera; voy á quemar viva á esta mujer: quien ha hecho estos bollos no hará en su vida nada bueno.

— Esperad un momento, dijo el convidado: voy á buscar á mi mujer para que á las dos las quemen juntas.

Los historiadores latinos que escribieron la vida del emperador Domiciano, refieren que este emperador, en una fiesta que dió al pueblo romano, hizo figurar una cuadrilla de elefantes, previamente amaestrados para



bailar en público. Se les enseñó varias figuras algo difíciles de aprender y recordar. Y se observó una cosa muy notable : en uno de los ensayos fué azotado un elefante que se equivocó, el cual, llegada la noche, se

puso á repetir lo ensayado á la luz de la luna, sin que nadie se lo mandara ni se lo exigiera.

Importunado por un magnate que solicitaba el indulto de su sobrino, condenado á muerte por asesinato, le dijo Enrique IV : « Siento no poder concederos la gracia que pedís. Habéis cumplido vuestro deber de pariente; dejadme cumplir mi obligación de rey. »

Se presentó un bromista á un intendente general de Francia proponiéndole que impusiera contribución al ingenio ; « será, le dijo, el tributo que dé mayores rendimientos, pues nadie querrá que se le exceptúe por bobo ».

— Acepto la idea, contestó el ministro ; y quedáis exento de contribuír.

— ¿Como autor del pensamiento?

— Y por derecho propio.

El condestable de Montmorency falleció tres días después de la batalla de Saint-Denis, á consecuencia de las heridas que en ella recibió.

Le exhortaba un fraile á bien morir y el condestable le dijo : « ¿Pensáis que un hombre que ha vivido ochenta años con honra necesita exhortaciones para un cuarto de hora más? »

Ochenta años tenía el capitán Carvajal, conocido en la historia por *el tigre de los Andes*, cuando lo sentenciaron á muerte en el Perú. Un hombre de su edad, y en el siglo XVI, parecía natural que antes de la ejecución hubiera recibido auxilios espirituales. Se los ofrecieron y aun lo asedieron; no los quiso. Á los frailes que

se los ofrecían les contestaba con entereza : « No cansarse, es inútil, *estoy en el secreto.* »

Si no estaba en el secreto, á lo menos había estado en el asalto de Roma antes de ir á la conquista de América. Sabido es el proverbio :

Roma veduta fide perduta.

Cuenta Saint-Simon en sus *Memorias* que un sacerdote de su tiempo, el cura Huchón, exhortando á la caridad cristiana á madama de Maintenón y á otras damas reunidas en Versalles, les decía : « No os falta nada; á los pobres, todo les falta; satisfacéis vuestros deseos y los menores caprichos; los pobres no tienen caprichos y casi ni deseos, pero necesitan satisfacer necesidades. Visitadlos, señoras, aunque salgáis apenadas y enternecidas al ver sus miembros flojos, por la miseria, por el frío de la enfermedad, etc... »

Al hacerse público el descubrimiento de la imprenta, el clero inglés deliberó acerca de tamaña novedad. El obispo de Londres, rectificando algunas opiniones y resumiendo los discursos, dijo estas palabras : « Rechacemos ese nuevo, ese diabólico arte; si no lo exterminamos nos exterminará. »

Tanto como en Inglaterra, puso trabas á la imprenta y á su divulgación, en todas partes, la ignorancia de los clérigos; las puso también la rutina, el odio á todo lo nuevo, de las fanatizadas multitudes; igualmente las puso el despotismo. Todo inútil : era un progreso y triunfó. Hoy no se concibe la existencia de una sociedad sin periódicos y rotativas. Si tenemos una civilización *relativamente* adelantada, la debemos, tanto ó más que á los hermosos libros y á los periódicos diarios, al

primer impreso que se publicó, al invento primitivo, al inmortal Gutenberg.

Sometida la ciudad de Génova á las armas de Francia en 1684, exigió Luis XIV que viniera á Versalles, en persona, el dux, con cuatro senadores genoveses, para implorar su clemencia y darle satisfacción. Así se ejecutó.

Después de recibido por el rey, le preguntó al dux de Génova uno de los cortesanos :

— ¿Qué es lo que en Versalles os ha parecido más extraordinario?

— Mi presencia, dijo el dux.

Preguntáronle á Voltaire por qué tenía siempre una Biblia encima de su mesa.

Y contestó :

— El que sostiene un pleito debe tener constantemente á la vista los argumentos de la parte contraria.

*
* *

También se le atribuye á Voltaire una frase que acaso no sea suya. Le anunciaron que estaba en la antesala y solicitaba entrar, un individuo que decía pertenecer á la compañía de Jesús.

— ¿Qué compañía? respondió interrogativamente... Porque Jesús, añadió, estuvo siempre en malas compañías : *nació entre animales y murió entre ladrones.*

— ¿Hacéis el amor? le preguntó el rey de Francia á uno de sus ministros, que era viejo.

— No, señor, lo compro hecho, le respondió el anciano.

Á pesar de los estudios y publicaciones del ilustre Machado, gran *folklorista* andaluz, no ha hecho el *folklorismo* sensibles progresos en España.

Sin negar la existencia de otras concausas, ha debido contribuír el nombre de esta ciencia á que el público no haya coadyuvado. Precisamente el público, el gran público, es el factor más indispensable con que ha de contar el *folklorista*. Si se quiere que el *Folklore* arraigue, progrese y alcance resultados útiles, es preciso traducir su nombre, darle un nombre español.

En la misma Francia, donde lo traducen ó lo afrancesan todo, no lo han hecho aún con el *Folklore*.

Pero... ¿qué es *Folklore?*

Folk significa pueblo; no en general, sino en parte, una parte especial, por ejemplo: gente anciana de las distintas comarcas ó regiones, ó gentes de un determinado oficio, ó la gente del campo, etc.

Lore significa conocimiento adquirido por el estudio y por la observación.

Folk-lore es el conocimiento derivado de un estudio de las creencias, leyendas y supersticiones populares, para el cual estudio se aprovechan los cuentos, los cantares, los romances, las coplas y chascarrillos, las preocupaciones y las prácticas, los dichos y costumbres seculares, los refranes, los motes, las danzas mismas, los estribillos, los errores admitidos como cosa corriente por la plebe indocta, en una palabra, todo cuanto sepan y crean, ya los viejos, ya los rústicos, ya los hombres de un oficio dado, ya la totalitad ó una gran parte de los habitantes de un país.

Folklore no tiene traducción en español ni en las otras lenguas derivadas del latín. Sólo se encuentra la voz correspondiente en las lenguas germánicas. Los alemanes dicen *Volkslehre*. ¿No podríamos decir en español *Ciencia Popular* ó *Ciencia Campesina*, *Cien-*

cia de Juan Paisano ó *de Juan Marinero*, ó bien *de Juan Español* (generalizando más), ó *Ciencia Vulgar*, ó *Sabiduria del Vulgo*, ó *Extracto de los Siglos* ?

En Inglaterra, en los Estados Unidos, en Alemania y en Escandinavia se ha escrito mucho de Folk-lore.

El Papa y un sacristán de aldea no ocupan en la tierra más lugar uno que otro. En pie los dos, parecen diferentes; una vez acostados, igual medida.

Una ronda que recorría las calles á media noche, vió á un individuo sentado en uno de los guardacantones, como en acecho.

— ¿Qué hace usted ahí? le preguntó el comandante.

— Ya lo está usted viendo, señor almirante, examino el horizonte...

— Es hora de que cada uno esté en su casa... ¡Á dormir!

— Precisamente espero hace dos horas que pase mi puerta por aquí, dijo el borracho.

Un prelado que estaba en una de las fiestas de Saint-Cloud, tuvo que atravesar una estrecha galería para pasar de un salón á otro. En aquella galería conversaban particularmente dos damas elegantísimas, cuyas amplias faldas no permitían el paso. Viendo al prelado vacilante, una de las damas se recogió el vestido cuanto pudo para dejar paso, diciéndole al prelado al mismo tiempo:

— Estas modistas de ahora ponen demasiada tela en nuestras faldas.

— Sí, dijo el representante de la Iglesia, ponen tanta por abajo que luego les falta para arriba.



Y lo dijo echando unas miradas que parecían centellas.

¿Serían de indignación?

Reunidas varias personas en una escribanía para extender y firmar una escritura, iba el escribano preguntándoles sucesivamente los nombres y títulos de cada uno:

— Marqués del Cónclave, dijo el primero.

— Conde consorte de la Selva Triste, declaró el segundo.

— Señor de Montecurvo, dijo el tercero.

— Yo me llamo, dijo el último, José Pérez, señor de quince millones.

En efecto, los tres primeros necesitaban del cuarto la miseria de seis mil duros ¡ para los tres !

Tomó posesión de su diócesis (la de Coria) un nuevo obispo, cuyos apellidos eran *Redondo y Cuadrado*. Un vecino de la ciudad, probablemente el bobo de la misma, se echó á la calle gritando : « ¡ Ha llegado *la cuadratura del círculo !*

Voltaire decía :

« La historia de Inglaterra debe escribirla un verdugo. »

Efectivamente, es el funcionario que más figura en la historia de Inglaterra.

Á la entrada en París de Luis XVI, cuando volvía preso desde Varennes, se fijó en la calle de San Antonio un cartel que decía :

« Cualquiera que aplauda al rey será apaleado. »

« Cualquiera que lo insulte será ahorcado.»

Hume decía : « Cuando veo que los reyes y los Estados se declaran la guerra y se combaten, á pesar de sus deudas y de sus obligaciones, se me figura estar viendo jugar una partida de bochas en un almacén de loza y cristalería. »

« Lo esencial es ganar, decía Federico II, aunque sea jugando á los bolos. »

En el reinado de Carlos VII, en Francia, eran de

sarga las camisas. La reina tenía dos de hilo para las grandes ocasiones, lo que todo el mundo consideraba un lujo verdaderamente regio.

La utilidad de la gimnástica, mejor dicho, su necesidad, se halla fuera de toda discusión: es evidente; lo evidente, lo axiomático, no se discute.

La gimnástica (algunos dicen impropiamente *gimnasia*), es tan antigua como la humana civilización. Los griegos eran gimnastas; pero la afición á la gimnástica, en la Francia moderna, le es debida al coronel Amorós, un emigrado español que la enseñó á principios del siglo XIX.

Amorós define la gimnástica: « Ciencia razonada de nuestros movimientos, de sus relaciones con nuestros sentidos, sentimientos y costumbres, y completo desenvolvimiento de nuestras facultades. »

La juventud debe aplicarse á la gimnástica, no olvidando aquello de *mens sana in corpore sano*.

Los caballos salvajes de la Pampa argentina son descendientes de los llevados á América por los españoles. No había caballos en el Nuevo Mundo.

Pero se ignora si el caballo es originario de Europa, de África ó de Asia.

Herodoto habla de caballos blancos existentes en Escitia desde la más remota antigüedad.

Pariset afirma que todos los caballos son de origen africano, lo cual es discutible.

Ni aun los caballos árabes son procedentes de África; se les cree más bien oriundos de Tartaria, ó tal vez de Arabia.

Los caballos andaluces y los de América son de origen árabe.

Los caballos tártaros se crían en Asia, al este del mar Caspio, y son muy estimados por los rusos.

Los caballos persas tienen la sobriedad de los tártaros y son casi tan ligeros como los árabes.

El país de Europa en que más adelantan los estudios hípicos es Inglaterra.

Las máximas orientales son eternas y de aplicación universal. Insertaremos algunas.

La ventaja del hombre sobre el animal es la palabra. Pero si la palabra no es discreta, el animal es preferible al hombre.

Tenemos dos ojos, dos oídos y nada más que una boca, para mirar dos veces, escuchar dos veces y hablar lo menos posible.

El que se para á oír los ladridos de los perros no llega nunca al fin de la jornada.

Obedece á la conciencia propia antes que á la opinión ajena.

Cuando veas en el suelo á tu enemigo, acuérdate de que tú puedes caer.

Más vale perro fiel que amigo falso.

Desconfía del que adula al poderoso y del que niega á su padre.

Más digna es la independencia miserable que la esclavitud en la opulencia.

La ira empieza en locura y termina en arrepentimiento.

La fuerza no consiste en derribar al enemigo sino en dominar la propia furia.

No empieces la segunda parte sin haber acabado la primera ; sin orden no hay medida y sin medida no hay concierto.

El alma no tiene secretos que los actos no descubran.

No desprecies á nadie ; mira al viejo como á tu padre, al de tu edad como hermano y al niño como si fuera tu hijo.

Si quieres tener autoridad, sé complaciente.

No pienses mucho en ti mismo, porque hablarías demasiado de tus propios méritos. Ni hables de tus deméritos sin necesidad, pero conócelos para que puedas corregirlos.

La altivez ofende y la bajeza repugna.

Quien manda con despotismo suele encontrar quien le trate despóticamente.

La cortesía noble y austera calma la cólera del enojado ; la grosería y la burla aumentan su furor.

En caso de duda, abstente. Malo es pecar por un acto, pero aun es más triste pecar por una palabra.

Es menos temible un buen alfanje que una mala lengua. El arma hiere, la injuria mata.

Una herida se cura ; la calumnia rara vez se cicatriza.

Al hombre que lo es de veras se le conoce en las siguientes señales :

Suceda lo que quiera, no se apura;
Ni huye del peligro ni lo busca sin necesidad;
Ni ofende á nadie ni se deja ofender;
Es fuerte en la adversidad y humilde en la grandeza;
Antepone la justicia al bienestar y la gloria;
Cuida de su buena fama, patrimonio de sus hijos, pero sin exceso de amor propio;
Estima el concepto ajeno de su reputación, pero desprecia la lisonja;
No hace ostentación de su saber;
Y si no es sabio, respeta al sabio y ama la sabiduría.

El mejor de los hombres es el que hace bien á los hombres.

No debe uno avergonzarse de preguntar lo que ignora.

Es más lo que se ignora que lo que se sabe.

El sabio conoce al ignorante porque él ha sido ignorante; pero éste no puede juzgar á aquél porque nunca ha sido sabio.

El corazón del ingrato es un desierto.

El mejor amigo es un buen libro.

El que se complace oyendo murmuraciones es un maldiciente más.

En casa del ingrato no hay ventura.

La paciencia es un árbol de raíz amarga y fruta dulce.

Para llegar al colmo de la sabiduría, es preciso no comer demasiado, no dormir demasiado y hablar poco.

El día que no hacemos una buena acción es día per-

dido; el día que no aprendemos algo debemos descontarlo de los días de nuestra vida.

Lo grande y lo pequeño, todo es relativo; en absoluto, sólo Dios es grande.

Sentencias de Franklin:

Si amas la vida no pierdas el tiempo.

Gato que duerme no caza ratón.

La herrumbre gasta la herramienta más pronto que el uso, y la ociosidad consume al hombre más pronto que el trabajo.

Para la pereza todo es difícil; todo es fácil para la diligencia.

El que madruga tiene tiempo de sobra; el que se levanta tarde trabaja todo el día y no acaba su tarea.

La pereza camina tan despacio que en seguida la alcanza la pobreza.

Apremia tu faena para que ella no te apremie á ti.

Acostarse temprano y madrugar hace bien al cuerpo y al espíritu.

El que vive de ilusiones se muere de hambre.

Sin trabajo no hay provecho; sírvete de tus manos aunque tengas quien te sirva.

La mejor propiedad es un oficio.

El hambre llega hasta la puerta del trabajador, pero no entra.

La actividad es madre de la fortuna.

La labor paga las deudas; la indolencia las multiplica.

Lo que tengas en casa no lo busques fuera.

Más vale un hoy que dos mañana.

El ratón rompe una cabria á fuerza de paciencia, la

gota de agua desgasta una roca, la actividad suprime los obstáculos.

Muchos hachazos derriban un roble.

Como no estamos seguros de vivir un minuto, no desperdiciemos una hora.

Emplea bien el tiempo si quieres tener descanso.

Desde que tengo una vaca todo el mundo me da los buenos días.

Los apuros vienen de la ociosidad.

Tres mudanzas equivalen á un incendio.

El ojo del amo hace tanto como las dos manos.

El saber es para el estudioso, la riqueza para el celoso.

Por un clavo se pierde la herradura, por la herradura se pierde el caballo, por el caballo se pierde el jinete, pereciendo á manos de sus enemigos. ¡Todo por un clavo.

Si quieres un criado fiel, sírvete á ti mismo.

Si quieres enriquecerte, piensa más en el ahorro que en la ganancia.

Gran cocina chico testamento.

Con lo que cuesta un vicio se mantienen dos hijos.

Muchos pocos hacen un mucho.

Los locos preparan los festines y los cuerdos se comen los manjares.

El que compra lo que no necesita acaba por vender lo necesario.

Es absurdo gastar el dinero en comprar el arrepentimiento.

La seda y el terciopelo apagan la lumbre en la cocina.

Las necesidades artificiales son mayores para algunos que las naturales; éstas hacen un pobre, aquéllas cien indigentes.

Es más digno un labrador en pie que un noble de rodillas.

Cuando se agota el pozo conocemos el valor del agua.

¿Quieres saber lo que vale el dinero? Pídelo prestado.

Es más fácil reprimir un deseo que satisfacer los sucesivos.

Las personas sensatas escarmientan en cabeza ajena, las insensatas ni aun en la propia.

Los barcos grandes navegan en alta mar; pero los chicos no deben alejarse de la costa.

El Orgullo almuerza con la Abundancia, come con la Pobreza y cena con la Infamia.

Un saco vacío no puede tenerse en pie.

Á la grupa de la deuda va la mentira.

El deudor es esclavo del acreedor.

No hay sol que dure todo el día.

Es más fácil construír una chimenea que tenerla encendida.

Los que no quieren ser aconsejados no pueden ser socorridos.

Más vale acostarse sin cenar que levantarse con deuda.

Á los que no escuchen la razón les dará la razón en los nudillos.

El conde de Boutteville, el mismo que fué más adelante mariscal de Luxembourg, servía en el ejército de Flandes á las órdenes del gran Condé. En una marcha, viendo que un soldado se desviaba de la línea, le mandó que entrara en ella si no quería que le diera un latigazo. El soldado le respondió: « Si me dais un latigazo no tardaréis en arrepentiros. » Esta especie de provocación exasperó al oficial y le dió con su látigo unos cuantos golpes.

No habían pasado quince días, cuando se supo que un soldado había realizado en la trinchera un acto maravilloso de temeridad, con resultados útiles. Boutte-

ville mandó que se lo presentaran; quería recompensarlo con cien pistolas. Se presentó; era el mismo de los latigazos; no aceptó las cien pistolas: dijo que él no se batía por dinero. Y el iracundo jefe que lo había maltratado se arrepintió, en efecto, y le dió la satisfacción más merecida: lo ascendió á oficial.

El célebre Juan Bart, el marino francés que tanto combatió con ingleses y holandeses, mereció su fama legendaria por la valentía y la pericia con que se condujo siempre. Sin embargo, la mitad de sus triunfos los debió



á los marineros, corsarios decididos, lobos de mar, capaces de tomar navíos al abordaje y de conquistar á hachazos las banderas enemigas. Hubo muchos casos como el representado en la figura.

Un benedictino, á quien sus parientes le decían que haciéndose religioso había malogrado su juventud, contestaba en estos términos : « El voto de pobreza me produce una renta anual de cien mil libras; el voto de obediencia me da un poder mayor que el de un monarca; el voto de castidad... vaya, que no he malogrado la juventud ni malograré la edad madura. »

En el sitio de Leyden por los españoles, cuando el general Valdés intimó la rendición á los sitiados, le contestaron éstos : « Si un día nos llegan á faltar las provisiones, cada uno de nosotros se comerá su brazo izquierdo ; nos basta el derecho para pelear. »

Una de las maldiciones que echan los hebreos á sus enemigos, es la que sigue : ¡ Malos vecinos tengas !

En 1903, sitiada la plaza de Tetuán por las kabilas marroquíes de Benider, Wad-Ras y Anghera, las tres muy belicosas y bravas, los pocos europeos residentes vivían en gran zozobra temiendo las consecuencias de un asalto. Y el asalto no era inverosímil, ni mucho menos, pues las tropas leales al sultán que defendían la plaza eran escasas en número y sus municiones se iban consumiendo. Una señora inglesa que había ido como simple viajera á la ciudad antes de empezar el cerco, estaba contrariadísma, pues no había contado con semejante asedio que le impedía volver á Gibraltar. Llamó, pues, á su criado y le dijo formalmente :

— Escucha, John... si entran los sitiadores, mátame tú mismo antes que lo hagan ellos. Te lo ordeno en forma : lo que habían de hacer conmigo esos bárbaros africanos, hazlo tú.

— Con mucho gusto, señora, y anticipo las gracias, le contestó el criado relamiéndose.

Véase el juicio que á Jorge Sand merecieron las *Memorias* de Chateaubriand :

« Leo las *Memorias de Ultratumba* y me impaciento con sus vestiduras y aparato. Es una obra sin moralidad. No quiero decir que sea inmoral; pero es que no encuentro en ella ni la vulgar moraleja que place deducir de una fábula ó de un cuento de hadas. Nada prueba; carece de alma; yo que he gustado tanto del autor siento no poder gustar del hombre. No lo reconozco, no lo adivino al leerlo, y no será por no exhibirse; pero se exhibe con un traje que no se hizo para él. Cuando es modesto, lo es de manera que se le cree orgulloso, y en todo lo mismo. No se sabe si alguna vez ha querido á alguien ó ha preferido alguna cosa, ¡ tal es la afectación con que enseña el vacío de su alma !

» Aquella preocupación de presentar el contraste de su miseria y su celebridad, me parece pueril y casi idiota : ya he dicho la palabra. Yo le perdono el ser injusto, absurdo y furibundo al hablar de la Revolución, que él no podía comprender en su conjunto y cuyos pormenores no estaban á su vista. Se lo perdono tanto más, por cuanto al verter su bilis deja ver su fisonomía de caballero bretón y nos presenta algún rasgo de vitalidad; pero en lo demás es un fantasma. Y un fantasma en diez volúmenes se me figura demasiado largo. Con todo, y no obstante la afectación del estilo, que corresponde á la de su carácter, no obstante la falsa y rebuscada sencillez, no obstante su abuso del neologismo, encuentro á cada instante bellezas de forma, frescas, lozanas, grandes; ciertas páginas que son las del más grande maestro de este siglo, y que ninguno de

nosotros los formados en su escuela podríamos igualar, ni aun haciendo esfuerzos imposibles. »

AFORISMOS HIGIÉNICOS Y MORALES :

Manantiales de salud son la higiene y la virtud.
Por su espíritu y doctrina la higiene es ciencia divina.
No hay cosa más agradable que salud inalterable.
Enfermarse por un vicio es de aberración indicio.
El tabaco y la bebida suelen acortar la vida.
Con templanza y castidad se logra longevidad.
Come con moderación y harás bien la digestión.
Tierra con agua estancada es peligrosa morada.
Casa recién construída al reumatismo convida.
Huye de casa sin luz como el diablo de la cruz.
Ten la casa ventilada y por la noche cerrada.
Y duerme sin compañero, sin perro, luz ni brasero.
Si te levantas temprano vivirás alegre y sano.
El día para vivir, la noche para dormir.
El que trabaja de noche no gana para ir en coche.
La expansión y la alegría son de salud garantía.
Es ridículo afligirnos porque vamos á morirnos.

Las viejas que con jóvenes se casan, con el traje de boda se amortajan.

El viejo que con mozas se divierte, va de prisa y corriendo hacia la muerte.

Según dijo La Fontaine, la vanidad tonta es la francesa; la vanidad española es de otra clase : un orgullo loco. Así lo expresó el gran fabulista en los siguientes versos :

La sotte vanité nous est particulière.
Les Espagnols sont vains, mais d'une autre manière.
Leur orgueil me semble, en un mot,
Beaucoup plus fou, mais pas si sot.

« La vida es el sueño de una sombra. » Esta hermosa imagen es de Píndaro.

En 1642 pertenecía el Rosellón á España; sitiaban los franceses la plaza española de Perpiñán, hoy francesa, y Luis XIII recibía todas las mañanas al mariscal Fabert, que iba á darle cuenta de las operaciones. Un día estaba presente el escudero mayor, Cinq-Mars, y se atrevió á



criticar los detalles del sitio. El rey le dijo á Cinq-Mars:

— Sin duda habréis pasado la noche en la trinchera...

— ¡Señor!...

— ¡Callad!... No hacéis aquí más que leer el Ariosto y mostrar un orgullo insoportable... ¡salid de aquí!

—¡ Gracias! dijo Cinq-Mars irónicamente al mariscal, por no poderle replicar al rey.

Un joven que pretendía un empleo se presentó al ministro y le expuso lo que deseaba.

— ¿ Qué sabéis ? le preguntó el ministro.

— Música ; toco el violín.

— ¿ Bailáis ?



— Á la perfección. Como también sois músico, tomad el violín, señor, y me veréis bailar : soy músico y danzante en una pieza.

El ministro se apoderó del violín, vió cómo bailaba el pretendiente y le dió un alto destino en la administración.

Así va el mundo, porque las extravagancias del favoritismo no se acabaron con el antiguo régimen.

En los primeros días de la Revolución borraron los marselleses un letrero que existía en la puerta del fuerte de San Juan, el cual decía: «Luis XIV mandó restaurar este castillo para reprimir á los habitantes de Marsella cuyo espíritu es republicano.»

Todo lo realista causaba tal horror á los ingleses en la época de Cromwell, que al rezar el Padre nuestro no decían «Venga á nos el tu reino», sino «Venga á nos tu República» (*Adveniat Republica tua*).

Un militar hacía repetidas locuras en la guerra, actos de temeridad completamente inútiles. Sus compañeros y sus jefes le reprendían constantemente para que no alardeara tanto sin necesidad, pues no le faltarían ocasiones de mostrar su valor con más provecho. Un día lo mataron: «Eso le enseñará á tener juicio», dijo sentenciosamente uno de sus camaradas.

— El juicio, dijo otro, ya no le servirá de mucho.

— Es que si él se empeña, observó un tercero, puede ser que resucite; ¡ más gordas las ha hecho!

Un famoso charlatán se presentó en un pueblo anunciando que él, sin recompensa alguna, sin más estímulo que sus sentimientos humanos, iría al cementerio el próximo domingo y resucitaría á todos los muertos.

Como era de esperar, las personas sensatas se rieron ó no hicieron caso; aun los más ignorantes, los más imbéciles, declararon que no creían semejante cosa.

Pero el sábado, cuando ya faltaban pocas horas para la resurrección, recibió el charlatán más de doscientas visitas de viudos, viudas, huérfanos y colaterales que iban con pretextos varios, pero en realidad á ofrecerle algún dinero con tal que renunciara á su propósito. Ellos no creían en la resurrección que el charlatán ofrecía, pero... ¡ por si acaso !

Lo mismo sucede con el infierno y con el purgatorio. Nadie cree en su existencia, pero algunos toman sus medidas ¡ por si acaso ! El de charlatán será siempre un buen oficio.

Un turista inglés enseñaba á sus amigos un álbum que contenía los retratos de todas las mujeres con las que había tenido relaciones íntimas en el curso de sus largos viajes : una morena y graciosa jerezana, de ojos grandes y negros ; una maltesa de cabellera rizada ; una veneciana de busto escultural ; una griega divina, que parecía la encarnación de Venus. Eran más de veinte, á cual más linda ; pero á sus amigos les llamó la atención que entre tantos retratos de mujeres figurara el de un hombre, un fornido negro de facciones acentuadas, labios enormes y ausencia de nariz. Preguntáronle al turista por qué tenía en el álbum el retrato de semejante monstruo, y contestó con palabra balbuciente :

— Es recuerdo de uno de mis viajes... No hablemos de eso.

— ¿ Á qué país?

— Á Egipto.

— Pero, hombre, ¿ no vió usted en Egipto alguna persona más interesante ?

— Sí, pero ese negro me acompañó en una excursión por el desierto cuando fuí á las Pirámides... Hacía mucho calor y en un descanso me quedé dormido... Ese bárbaro negro...

— ¿ Qué ?

— Nada, nada, volvamos la hoja... Al volver á Alejandría le pedí su retrato y por eso está en mi colección.

Existe un libro titulado *Retractaciones de San Agustín*. Esto no quiere decir que San Agustín se retractara, sino que trató dos veces de la misma materia. *Retractare, iterum tractare.*

La famosa cortesana Lais solía decir : « Yo no sé que libros leen los filósofos ni qué saben los sabios ; pero sé que llaman á mi puerta lo mismo que los demás. »

Un mariscal de Francia, mucho más cortesano que militar, al ser desahuciado por los médicos le escribió al rey : « Señor, espero de vuestra real clemencia que me perdonéis el que no vaya á ponerme á los augustos pies de Vuestra Majestad antes de emprender mi último viaje; dentro de pocas horas tendré el honor de ponerme á los reales pies de Su Majestad el augusto padre de Vuestra Majestad. »

Eduardo IV, usurpador de la corona de Inglaterra, tuvo innumerables concubinas; tantas, dicen, como Salomón. Pero sus predilectas fueron tres, una que lo tenía encantado por su buen humor, otra que lo dominaba por su ingenio, y una tercera á quien quería por la devoción de que daba interminables ejemplos, pues no salía de la iglesia sino para ir á la cama.

Según afirmación de madama de Tencín, Luis XIV

decidía las más graves cuestiones del Estado á cara ó cruz.

El tirano de Chipre, Nicocreonte, le dijo al escéptico Anaxarco:

— ¡Te haré cortar la lengua!

Y le replicó el filósofo:

— Tú no puedes hacérmela cortar, pues ya me la he cortado yo mismo con los dientes.

Y al decirlo, se la escupió á la cara.

Cuenta Boerhaave que un loco dió en la manía de no orinar, pues creía que si orinaba inundaría la ciudad entera. No hubo más remedio que hacerle creer, y lo creyó, que la ciudad estaba ardiendo. Y se decidió por fin á apagar el incendio, de una meada.

Un suicida inglés dejó explicada su muerte en un papel que decía:

« Mi alma se aburre en mi cuerpo; y todo el que se aburre en su casa, se muda. »

Un estudiante se suicidó en París arrojándose al Sena desde un puente; pero antes de tirarse escribió tranquilamente unos versos dedicados á los peces, felicitándolos por lo bien que iban á cenar aquella noche, deseándoles que sus carnes les hicieran buen provecho y que después los pescaran, los frieran y se los comiera la ingrata de su novia.

Y que después os sirvan en un plato
á la ingrata mujer por quien me mato.

Así terminaba el soneto del suicida.

Acusado un inglés de poligamia, fué juzgado y absuelto. Ajustándose á la letra de la ley, consideró el tribunal que no podía condenar al polígamo. En efecto, la ley prohibía que un hombre tuviera dos mujeres y el acusado tenía tres.

El capitán Forbín que mandaba un navío francés en tiempo de Luis XIV, estuvo á pique de perder su barco en un recio temporal. Hacía tanta agua el navío, que los marineros, perdida toda esperanza, no hacían más que clamar al cielo, encomendándose á todos los santos y santas de la corte celestial.

— ¡ Hijos míos ! les gritó Forbín, ¡ no hay más que una santa que nos saque de este apuro !... ¡ Santa Bomba !

Los marineros, efectivamente, aplicaron su esfuerzo á aquella santa, achicaron el agua y se salvó el navío.

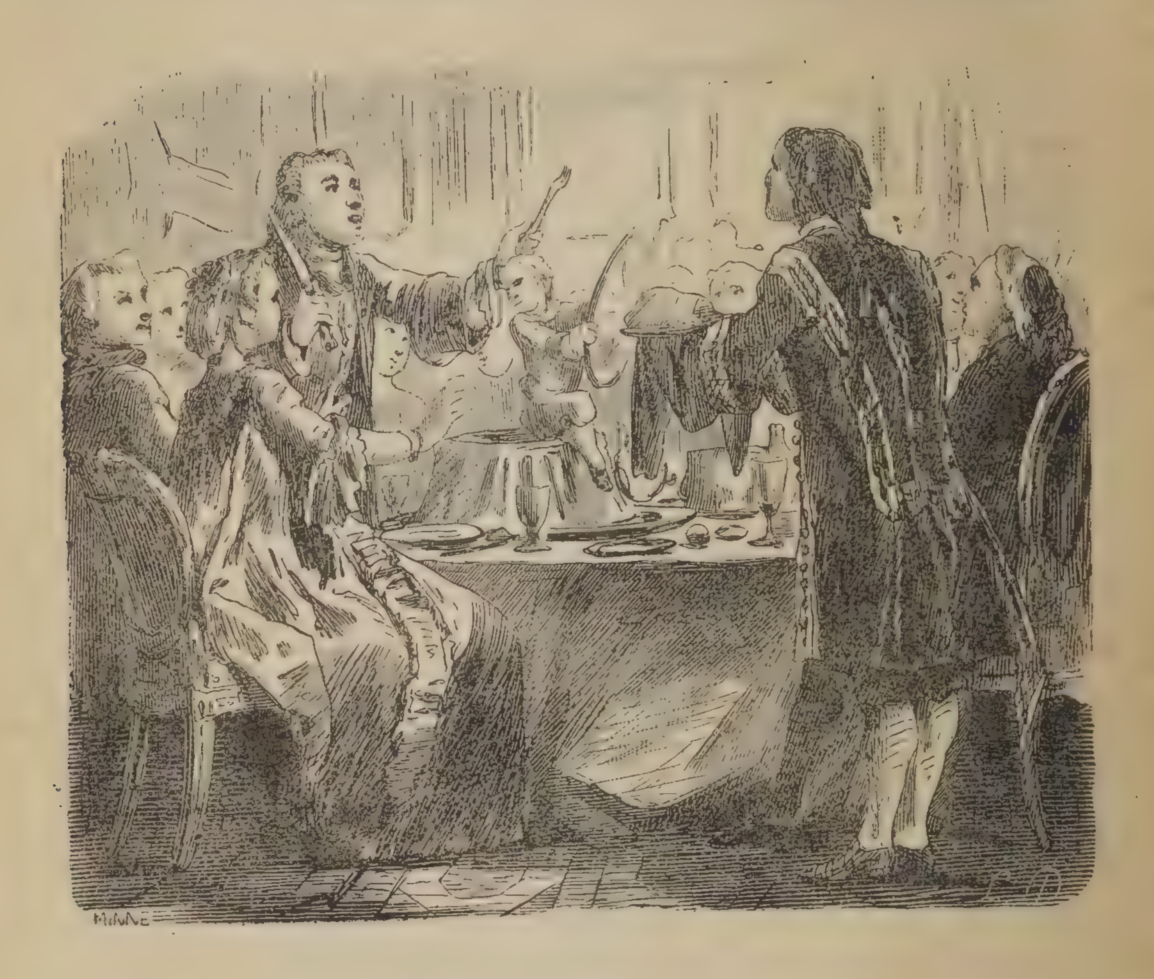
Dionisio, tirano de Siracusa, vió en el templo de Júpiter que este dios tenía sobre sus hombros un manto de oro macizo. Inmediatamente se lo mandó quitar y lo tomó para sí, juzgando que era de poco abrigo para el invierno y demasiado fuerte para el verano. En cambio le hizo poner un manto de lana, que para Júpiter sería menos pesado y más cómodo, según Dionisio.

Un individuo, al sentarse en una silla, se reincorporó rápidamente, exclamando :

— ¡ Ay !... ¡ me he mordido !

En efecto, se había sentado olvidando que pocos minutos antes había dejado en aquel mismo asiento su dentadura postiza.

En la corte de Luneville se divertían mucho con un gracioso enano de Lorena, que se paseaba por la mesa y contestaba con acierto á las preguntas que le dirigían. Era el hijo primogénito de un honrado matrimonio; todos sus hermanos eran de la estatura normal.



Como si su existencia hubiera de tener una duración proporcionada á su tamaño y su peso, empezó á envejecer desde los quince años y murió á los veintitrés, en 1764. Su estatura no pasó de 33 pulgadas.

———

Una leyenda ridícula, pero muy acreditada en su tiempo, supone que á la señorita de Lenclos se le apareció un enano misterioso cuando ella tenía 18 años.

Le anunció muchas cosas que todas se cumplieron, una de ellas que volvería á presentársele tres días antes de



su muerte. Algunos suponen que era el diablo, que hizo con ella un contrato y que se llevó su alma ochenta años después.

Un inglés que hablaba torpemente el español, hallándose en Madrid, se paró en una esquina esperando que pasara un coche. No tardó en avistar uno, y empezó á llamar al cochero de este modo : « ¡ Coch... coch... cochino ! »

Preguntábale un vendedor á otro :

— ¿Cómo diablo puedes dar tan baratas las escobas

que vendes? Yo no puedo darlas á ese precio, aunque robo las palmas y aun el palo...

— Es que yo las robo hechas, le dijo el otro.

Una señora elegante, pero barbuda, entró en una tienda y estuvo mareando á los dependientes más de una hora. Hizo que le fueran enseñando cuantos artículos había en la casa; tuvieron que abrir una multitud de cajas, desenvolver una infinidad de fardos, andar con la escalera de un lado para otro. Por fin aquella señora, sin comprar absolutamente nada, se puso en pie para irse, diciendo con aire desdeñoso:

— No tienen ustedes lo que necesito...

— Sí, señora, le contestó un hortera, tenemos navajas de afeitar.

Reunidos en la tercera cámara de un barco tres pasajeros, un español, un inglés y un alemán, hablaron de lo que más deseaba cada uno. Y dijo el español:

— Si á mí se me concedieran las tres cosas que yo quisiera pedir, he aquí lo que pediría: primero tabaco, segundo papel para hacerme cigarrillos, tercero un fósforo para encenderlos.

— Pues yo, dijo el inglés, pediría primero un buen rosbif, después unas patatas, por último la Biblia.

— Por mi parte, dijo el alemán, pediría un vaso de cerveza, después una botella de cerveza y por último una pipa de cerveza.

Dos marineros, padre é hijo, se disponían á embarcarse para la pesca, y el padre le dió un duro al hijo para que comprara las provisiones más precisas por si estaban algunos días mar afuera. Ya estaba el padre embarcado cuando llegó su hijo con las provisiones.

— ¿Qué has comprado? le preguntó aquél á éste.

— Cuatro pesetas de vino, ochenta céntimos de aguardiente y veinte céntimos de pan.

— Pero hombre, le dijo el padre, ¿piensas tú que vamos á poner una *panaería?*

San Francisco de Sales, meritísimo escritor, quiere que de las virtudes sean preferidas las mejores, es decir, las más sinceras, las más efectivas, las más próximas á la caridad, virtudes que no son ni las más estimadas ni las más visibles. Aconseja que cada uno se atenga á una virtud particular, á la que más necesite, sin prescindir por eso de las otras, pues hay un lazo entre todas y todas se engranan entre sí. Está lejos de recomendar los transportes, los éxtasis, el exceso de oraciones, lo que apenas se concibe tratándose de un santo; pero éste era un santo de talento. Según él, conviene dejar las perfecciones para los ángeles y cultivar las virtudes más sencillas, las más humanas, siendo preciso guardarse de ilusiones, porque suele suceder que los que piensan ser ángeles no sean ni siquiera hombres.

Las recomendaciones morales de Francisco de Sales, recuerdan el curso y ejercicio de virtudes que Franklin se propuso en una época de su mocedad.

Los dos poseen el acierto en las comparaciones. Franklin, á la manera de Esopo, sobresale en el apólogo. Francisco de Sales, sin pensarlo, imita el Evangelio ; pero, al decir de un crítico, simboliza demasiado. Véase alguna de sus bellísimas comparaciones :

« En todos vuestros asuntos, apoyaos en la providencia de Dios, sin la cual se malogra todo intento ; pero trabajad por vuestra parte para cooperar al logro de vuestros fines... Haced como los niños, que con una

mano se apoyan en su padre y con la otra van cogiendo de las cercas del campo las moras y las fresas. »

« Debemos ser celosos pero no idólatras de nuestra fama... La raíz de la fama es la bondad, la probidad. . »

« No choquemos en el camino los unos con los otros; marchemos con nuestros compañeros, con nuestros hermanos, dulce, apacible y amigablemente. »

« Se dan algunos al juicio temerario como simple ejercicio del ingenio. Y si por desgracia encuentran alguna vez la verdad, crecen desmedidamente su apetito y su audacia. »

Beaumarchais no había escrito nada para el público hasta que volvió de España en 1765. Su viaje á la Península tuvo por objeto la defensa de una hermana suya, establecida en España, á quien había engañado, según parece, un personaje español de Canarias, llamado Clavijo. Sea cual fuere el resultado de su viaje, éste fué provechoso para las letras. Del asunto Clavijo se han hecho dramas.

Pocos literatos han sido más calumniados que Beaumarchais, pero sabía defenderse, pues lo hizo con talento, con perseverancia y con fortuna. Sus pleitos interminables, persecuciones, prisiones y disgustos, no le quitaban ni le amenguaban su singular gracejo. Voltaire, que no era su amigo, le escribía á Dargental :

« He leído las *Memorias* de Beaumarchais ; nunca me he divertido tanto. Miedo tengo de que ese brillante atolondrado tenga razón contra todo el mundo. ¡ Qué picardías ! ¡ qué horrores ! »

Y en otra parte :

« ¡ Qué hombre ! Todo lo reune, el gracejo, la seriedad, la fuerza, la razón, lo festivo, lo patético, todos los géneros de la elocuencia sin rebuscar ninguno, confunde

á sus adversarios y les da lecciones á sus jueces. Me encanta su sencillez y por eso le perdono sus imprudencias y sus petulancias. »

Entrado en años se vió maltratado por un escritor nuevo, casi desconocido, á quien contestó con el desdén natural en un hombre popularísimo y de gran reputación literaria. La contrarréplica del desconocido lo hizo callar para siempre. ¡ Como que aquel desconocido — desconocido entonces — era nada menos que Mirabeau.

Aprovechen la lección los viejos acreditados y no desprecien á los nuevos por desconocidos.

Alguien ha dicho hace muchísimo tiempo que Roma es la ciudad más traficante del mundo, pues si las otras llevan su comercio hasta los antípodas, la sede papal lo lleva hasta el reino de los cielos.

Hoy no puede ya decirse que trafique Roma en este y el otro mundo; la factoría del cielo y de la tierra, aunque sigue en Roma, está recluída en un palacio.

Rich, célebre payaso inglés, al salir una noche del teatro tomó un coche de alquiler y le dijo al cochero que lo llevara á la taberna del Sol. Cuando faltaba poco para llegar á la taberna, observó Rich que una de las ventanas de la misma estaba abierta, y de un salto pasó desde el carruaje al interior del establecimiento. El cochero se apeó, abrió la portezuela y quedó muy sorprendido de que en el coche no hubiera nadie. Dijo unas cuantas blasfemias, se encaramó en el pescante, hizo crujir la fusta; y Rich, que estaba en acecho, se mete en el coche de otro salto. Á los pocos pasos le grita al cochero que la taberna se ha quedado atrás, que se

detenga. Así lo hizo; pero cuando Rich estuvo en tierra y echó mano al bolsillo, el cochero le dijo: « Ya os co-



nozco, señor Diablo; guardaos ese dinero, no sea cosa que me embruje. »

Arreó el caballo y se fué.

Sinibaldo Scorza, nacido en Génova en 1591, copiaba á pluma las estampas de Alberto Durero; y lo hacía con tanta perfección, que los inteligentes confundían sus copias con los originales.

Priolo, historiador y negociante, solía decir:

« El hombre posee tres cosas, el cuerpo, el alma y los bienes.

» El cuerpo depende de la ignorancia ó equivocación de un médico; el alma está expuesta á las emboscadas de un teólogo; los bienes siempre están á merced de procuradores y abogados. »

Le dieron al infante don Sancho de Castilla, cuando estuvo en Roma, la noticia de que el Papa, deseando otorgarle una merced, acababa de nombrarlo rey de Egipto.

— Pues decidle al Papa, contestó, que yo le nombro á él califa de Bagdad.

Decía un filósofo: « Un médico puede ser que os cure; si son dos médicos, tomadlos por los dos remos de la barca de Caronte que os conducen á la laguna Estigia. »

En un colegio de Londres hacían los colegiales *El Eunuco* de Terencio. Tom Brown, que era uno de los invitados á la representación, notó que habían suprimido de la obra los pasajes más escabrosos y las palabras más libres. Y no pudo menos de decir: « ¡Qué crueldad, castrar á un castrado! »... En las obras de arte no son lícitas las mutilaciones.

Dijéronle á un político de los que pedían con insistencia la supresión de los mayorazgos:

— Lo que usted pretende, señor mío, prueba que es usted enemigo de la propiedad.

— ¿Enemigo de la propiedad?... Muy lejos de eso: yo soy enemigo de los propietarios.

La primera casa de prostitución en la Roma cristiana, fué establecida y explotada por el papa Sixto IV.

Cyrano de Bergerac, más célebre por su nariz que por sus obras, y cuya nariz también era más célebre por las cicatrices y los chirlos que por el tamaño, aun siendo descomunal, escribió dos cartas satíricas *á un ladrón de pensamientos*, el cual ladrón no era otro que el autor dramático apellidado Beaulieu.

Otro escritor, Lebret, amigo, compañero y biógrafo de Cyrano, le preguntó una vez por qué leía obras ajenas, y Cyrano le contestó que para conocer las ajenas raterías; añadiendo que si él fuera juez de esa clase de crímenes los castigaría con penas más duras que las que se imponen á los salteadores de caminos, pues siendo la fama de más alto precio que una capa, un caballo ó un puñado de oro, los que se cubren de gloria componiendo libros con pensamientos robados son los ladrones de peor especie.

*
* *

En una carta famosa le decía Bergerac á Dassoucy:

« Me parecéis muy osado al seguir viviendo después de haberme ofendido. No sois nada en el mundo; todo lo más, un grano en las nalgas de la Naturaleza. Caeréis tan abajo si yo dejo de sosteneros, que un gusano arrastrándose por el suelo no os distinguirá del suelo mismo. Parece mentira que tengáis la desvergüenza de comer y beber como si no estuvierais muerto. »

Entre las mil cuestiones de Cyrano, puede decirse que con todo el mundo, merece recordarse la que tuvo con el comediante Montfleury, el hombre más corpulento de Francia. Tuvo éste la mala idea de remedar á Cyrano, imitando sus modales y sus gestos, en los papeles de capitán en que sobresalía por su gigantesca talla, su monstruoso vientre y su estentórea voz. Y

Cyrano le escribió la siguiente carta, que fué pública:

« Gordinflón, si se pudiera apalear por escrito leeríais mi carta con el lomo... Aunque no se os puede apalear por entero ni en veinticuatro horas, ¿pensáis que voy á dejaros hasta que os mate el verdugo? No, no, he de ser yo mismo vuestra Parca, y si yo no padeciera del brazo, para cuya curación me han recetado varias tomas de vuestras impertinencias, ya os hubiera quebrado las costillas; pero tan pronto como yo me canse de reír, tened por cierto que os prohibiré contaros entre las cosas que viven. »

Montfleury no hizo caso de este cartel en estilo de estacazo. Pero dejó de reirse cuando Cyrano le prohibió salir al escenario « hasta nueva orden ».

Pasados ocho días se presentó en la escena el gigantón. Y cuando el público premiaba su labor con muchos bravos, se oyó en el patio una voz que le gritaba desaforadamente : « ¡ Bribón ! ¿no te he prohibido representar en un mes ? » Era Cyrano de Bergerac, que levantándose de su asiento con aire de emperador augusto, le mandó salir del escenario si no quería que en pleno teatro le cortara las orejas. Quieras ó no, Montfleury se retiró de la escena. El público, sorprendido, protestó ruidosamente ; pero el terrible gascón logró imponer silencio dirigiendo al público un reto colectivo.

Las relaciones con un personaje así, que se enfurecía tan fácilmente y á tamañas violencias acudía, no podían ser agradables; debemos presumir que se hizo odioso, tanto ó más que temible, en todo el campo de la literatura, lo cual explica, tanto como su ateísmo, la gran conspiración del silencio que sepultó su fama, que ahogó la reputación de su gran saber y su talento. Scarrón, por él muy maltratado, fué sin duda el jefe de la conspiración.

El escritor, poeta, físico y filósofo Cyrano de Berge-

rac conservó muy pocas amistades literarias, pálidas y tímidas, que no se atrevían á pronunciarse por él y que lo dejaban indefenso cuando se le atacaba. No obstante, aquel singular gascón manifestaba sentimientos de cordial compañerismo hacia los escritores, colectivamente. No censuraba jamás una obra que contuviera la más leve novedad, pues decía que « toda cosa nueva engrandecía la república de las letras, como el descubrimiento de un nuevo territorio ensanchaba el campo de la ciencia ». Era enemigo declarado de la *nación de los críticos,* atribuyendo á su impotencia para producir algo nuevo ó algo bueno, la enfadosa manía de hacerse cada cual un Aristarco. « Si soportamos las sombras en un cuadro, decía invocando unos versos del *Arte poética* de Horacio, ¿por qué no hemos de tolerar en un libro algunos fragmentos más flojos que los demás, ya que, por la regla de los contrastes, lo negro sirve á las veces para realzar el brillo de lo blanco? »

* * *

Edgardo Poe, Julio Verne, todos los modernos que en una ú otra forma han supuesto viajes á la luna, tuvieron por precursor á Cyrano, ya que éste publicó en el siglo XVII su *Historia cómica de los Estados é imperios de la Luna y del Sol* (1). Bien que Cyrano tuvo también un precursor, el inglés Godwin, autor de un libro titulado: *El hombre en la Luna ó Viaje quimérico hecho al mundo lunar por Domingo González, aventurero español.*

El esclavo no tiene más que un amo; el ambicioso

(1) Esta obra ha sido traducida al español y editada en París por *Garnier Hermanos*, en 1902.

tiene tantos como personas pueden satisfacer en algo su ambición. *(La Bruyère.)*

El cobarde no tiene que devorar tantas afrentas como el ambicioso. *(Vauvenargues.)*

Es más vergonzoso desconfiar del amigo que ser engañado por él. *(La Rochefoucauld.)*

El amor propio de los necios no justifica el de las personas de talento. *(Levis.)*

Cuando el arte no cambia se petrifica; nada en la vida debe permanecer estacionario. *(Madama de Stael.)*

Más vale inclinarse á la duda que á la afirmación en las cosas no probadas. *(San Agustín.)*

En la duda, abstente. *(Pitágoras.)*

El egoísta incendiará tu casa para cocer un huevo. *(Champfort.)*

El estudio más útil es el de sí mismo. *(J. J. Rousseau.)*

El porvenir del niño es obra de su madre. *(Napoleón.)*

La pobreza carece de muchas cosas; la avaricia de todas. *(La Bruyère.)*

Amigo de frases, mal carácter. *(Pascal.)*

Al desgraciado no le habléis de vuestra dicha. *(Pitágoras.)*

Sucede con la felicidad como con los relojes, que los más sencillos son los más seguros. *(Champfort.)*

El que cierra sus oídos á la voz del pobre, cuando llame no será oído. *(Salomón.)*

En la caridad se encierra todo el cristianismo. *(Bossuet.)*

Sólo es grande el que siente y practica la caridad. *(Kempis.)*

El talento de algunos hombres es una linterna sorda: sirve al que la lleva y no alumbra el camino. *(Pope.)*

Nuestros mayores enemigos están con nosotros: son la ambición, los celos y la codicia. *(Fenelón.)*

Estudia para saber mejor y no para saber más que los otros. *(Séneca.)*

La envidia es la más triste y la más repugnante de las pasiones. Atormenta al que la tiene aun más que al que la inspira. Es el fruto de un amor propio desordenado. *(Locke.)*

Una señorita le dijo á Voltaire:

— Me han dicho una cosa horrible...

— ¿Y es?

— Que no creéis en la Santísima Trinidad... ¡Será posible!

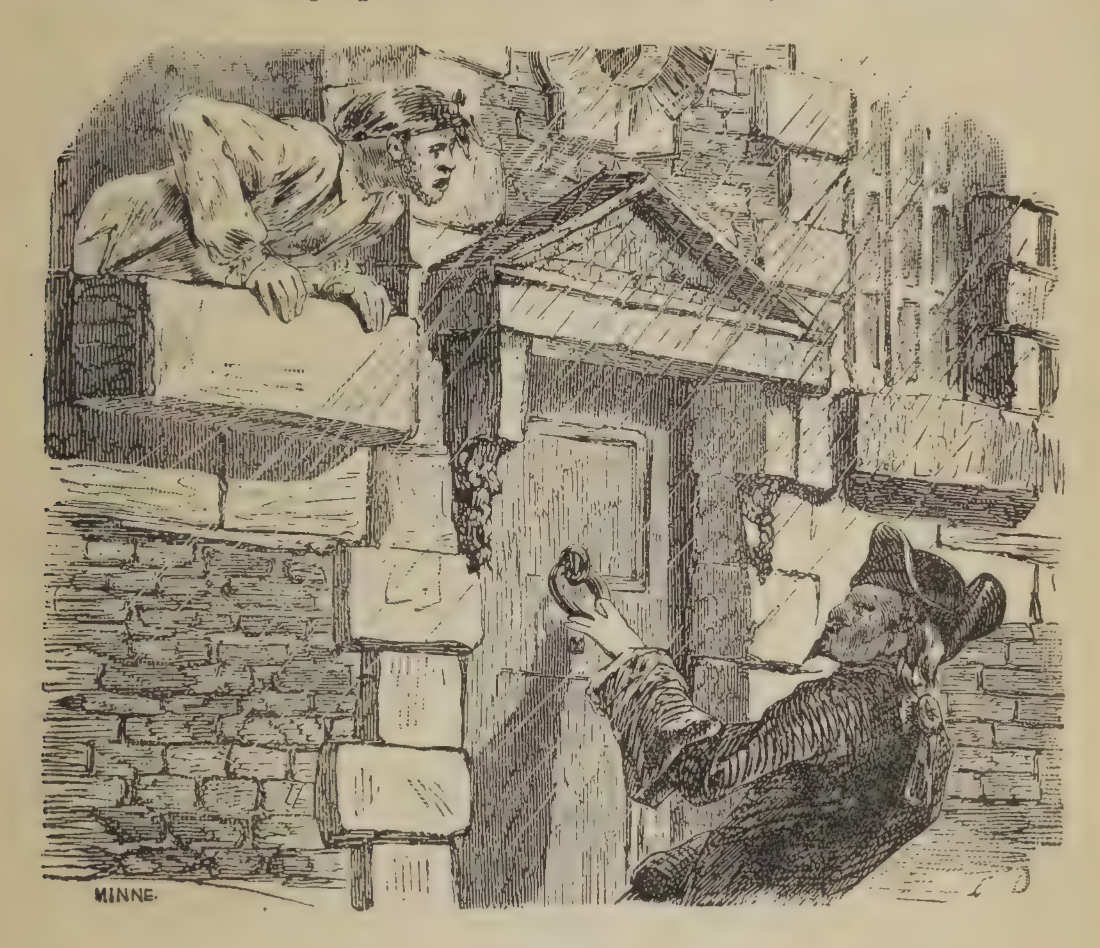
— Señorita, eso era antes, cuando yo no me explicaba, no comprendía que uno fuera igual á tres y tres igual á uno. Pero desde que he visto reunidas en vuestra linda persona las tres Gracias, todo lo creo, lo comprendo todo...

Sófocles dijo una vez que había tardado tres días en hacer tres versos.

— En tres días, le contestó un poetastro, hago yo más de cien versos.

— De los que duran menos de tres días, le replicó el poeta.

Un calavera de antaño, pasando en las altas horas de una noche fría por delante de la casa de un ridículo burgués, agarró el aldabón y se puso á golpear estrepitosamente. Los golpes eran tan fuertes y tan seguidos,

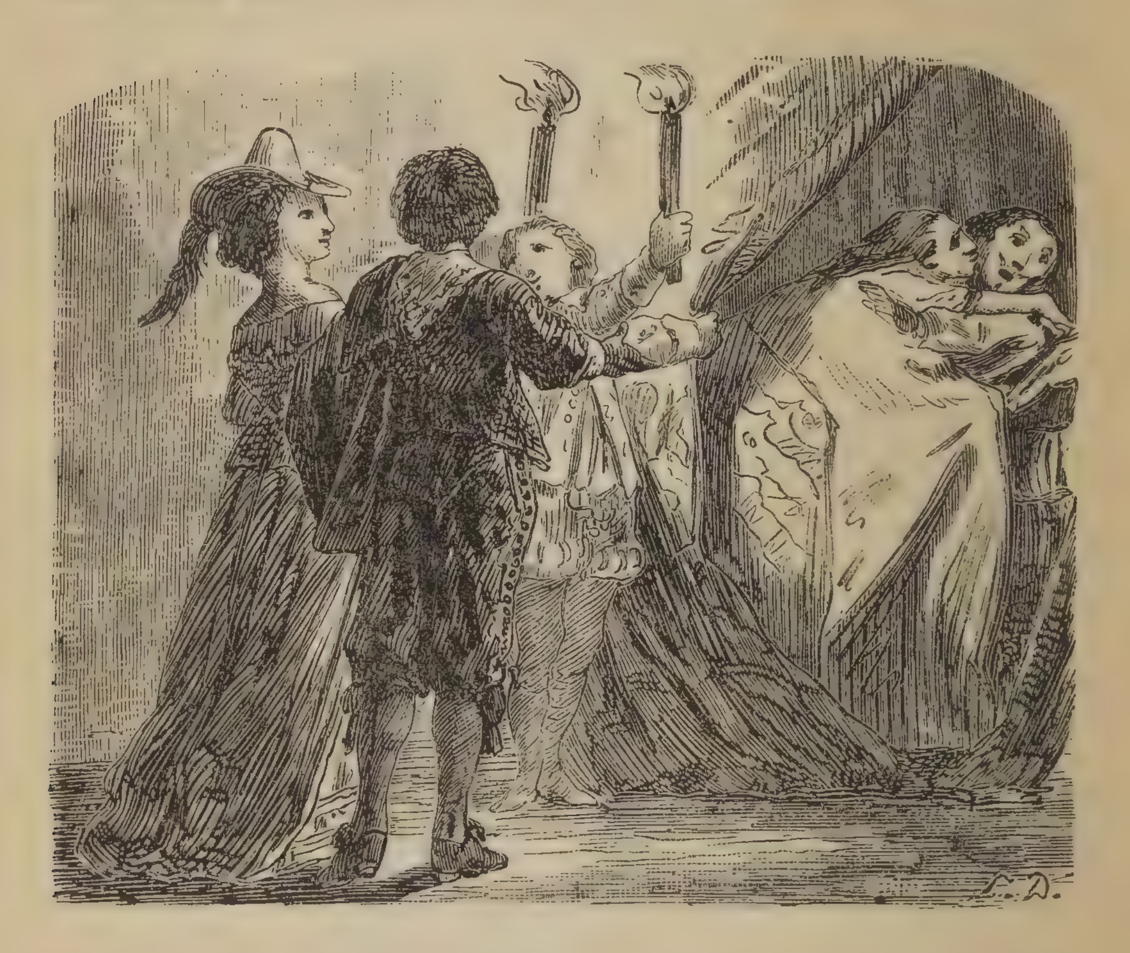


que el burgués saltó por fin de la cama, abrió una ventana y preguntó al que llamaba qué se le ofrecía.

— Señor, le dijo el transeunte, ¿me hace usted el favor de decirme qué hora es?

Lance gracioso el ocurrido en Nápoles en 1646 con un vanidoso personaje, que presumía de conquistador. Se llamaba, por más señas, *Monsieur de la Maison-Blanche*. Este individuo enamoró á una dama principal y honrada; ella se lo contó á su marido y éste le

mandó que le diera una cita, exigiéndole que entrara á determinada hora y á obscuras por una puerta excusada. Así lo hizo el *monsieur*, y cuando se consideraba más feliz entraron en la alcoba la señora, el marido y



algunos criados con antorchas, encontrando en el mullido lecho al terrible seductor con una horrible vieja de setenta años. Viejas historias ; hasta el grabado que incluímos es casi de aquella fecha.

Ambrosio Paré, el célebre cirujano de Enrique II, Francisco II, Carlos IX y Enrique III, quizá hubiera perecido en la matanza de la histórica noche de San Bartolomé, como hugonote que era, sin la intercesión

en favor suyo del propio Carlos IX, que lo encerró en su real cámara (porque lo necesitaba).

Jourdain de l'Isle, uno de los mayores bandidos de su tiempo, se casó en segundas nupcias con la madre del papa Juan XXII. Con la protección de un hijo tan poderoso, todo se lo creyó permitido; y en efecto, fué varias veces indultado. Pero al fin lo ejecutaron en 1328.

Decía Pío V: « Cuando yo era un simple religioso creí en la salvación de mi alma; cuando fuí obispo dudé; ahora que soy Papa desespero. »

Boileau decía: « La diferencia entre un paralítico y un muerto, consiste en que el paralítico es un muerto que padece y el muerto un paralítico que no padece. »

Durante las guerras de la Revolución francesa, el rey de Prusia concedió un indulto completo á sus desertores. Á los pocos días se encontró en su mesa un papel en el cual se le decía:

« Tirano, dices que perdonas á tus desertores; pero falta que los desertores te perdonen á ti. »

Un pintor flamenco, despreciado por sus parientes porque andaba siempre mal vestido, se mandó hacer un magnífico traje de terciopelo con el cual se presentó en público. Pocos días después recibió un convite de uno de aquellos parientes presuntuosos. Asistió á la comida; pero se derramaba las salsas en la ropa y las extendía deliberadamente, quedando su terciopelo cubierto de lamparones.

— ¿ Qué estás haciendo ? le preguntó un primo suyo.
— Darle de comer á mi ropa, que es la convidada á este festín...

Es sin duda admirable todo el que habla horas enteras de una cosa ; pero lo es más el que también habla mucho sin decir nada.

Los habladores emplean muchas palabras para decir muy poco.

Hablar mucho y bien, puede pasar ; hablar poco y bien es propio de discretos ; hablar mucho y mal, vicio de fatuos ; hablar poco y mal... menos mal, por ser poco.

Algunos quieren que las personas hablen para conocerlas ; sin duda las creen pescados, pues es sabido que « por la boca muere el pez ». Las palabras no indican las cualidades de un hombre, á pesar de este proverbio antiquísimo : « Habla, para que yo te vea. »

Picoteamos en las diversas obras de Bernardino de Saint-Pierre, autor de *Pablo y Virginia*, las ideas y las frases que van á continuación :

« Una sola espina me hace más daño que placer me causa la aroma de cien rosas. »

« La mejor compañía me parece mala si encuentro en ella á uno que se dé importancia, á un envidioso, á un maldiciente, á un pérfido. »

« ¡ Adiós, amigos más queridos que los tesoros indianos !... ¡ Adiós, selvas del Norte que nunca más veré!... Tiempo de embriaguez y de felicidad que te has disipado como un sueño, ¡ adiós !... ¡ adiós !... No se vive más que un día y se muere por una eternidad. »

« Prefiero á todos los campos los de mi país ; no serán os más hermosos, pero en ellos me he criado... ¡ Di-

choso el que vuelve á ver los lugares en que todo le fué querido, desde la pradera en que corría hasta el verjel que taló ! »

« El arte de describir la naturaleza es tan nuevo (1) que ni los términos se han inventado. Inténtese la descripción de una montaña : cuando se haya hablado de la base, de las faldas, de la cima, se habrá dicho todo ; ¡ pero cuántas cosas, cuántas variedades, qué multitud de formas no se quedan sin reproducir ! No se dispone más que de perífrasis, y lo mismo que con las montañas sucede con las cañadas, laderas y llanuras. Describiendo un palacio no se tiene esa dificultad ; no existe una moldura, no hay una línea que no tenga su nombre. »

« Me vi atacado repentinamente de un extraño mal ; todos los objetos se me presentaban dobles ; veía dos soles, como Edipo ; delante de mis ojos lucían fuegos errantes... Sólo con atravesar un paseo público donde hubiera un estanque lleno de agua, sentía los espasmos del horror... Si las gentes me miraban, figurábame yo que estaban hablando mal de mí... »

« Necesito ordenar materiales muy interesantes y no puedo hacer nada sino á la vista del cielo. »

« La desgracia se parece á la montaña Negra de Bember, en los confines del abrasado reino de Lahore ; mientras la subís sólo veis delante rocas estériles ; pero al llegar á la cima descubrís el cielo en toda su amplitud y á vuestros pies el reino de Cachemira. »

« En mi clavicordio poético hay toques de flauta y estampidos de trueno... Soy feliz con mi tesoro, que es la soledad ; me he hecho avaro de la soledad, y la defendería contra cualquiera... No sé si el conde de Balk permanecerá algún tiempo en Francia : somos como

(1) Lo era en el siglo XVIII.

naves que se encuentran, se dan algunos auxilios, se separan y desaparecen. »

Tres artículos y en distintas fechas dedicó Sainte-Beuve al abate Prevost; el último, con ocasión del busto colocado en 1853 en el pueblo de su nacimiento. El párrafo final y como resumen del artículo, es el siguiente :

« Hombre bondadoso, atrayente, frágil, corazón tierno, talento natural, ingenio fácil, lengua excelente, pluma inagotable, tal fué el abate Prevost, á quien no debe juzgarse, pero á quien se vuelve á leer y á quien se ama. Lo que provoca no es tanto la admiración como la simpatía; leyéndolo se le perdonan sus fragilidades, que son quizá las nuestras, aunque el orgullo las encubra ó la hipocresía las sepa disimular. Todos los que en su juventud hayan concebido un ideal romántico y lo hayan visto marchitarse poco á poco y romperse por último bajo sus pies al avanzar en la senda de la vida ; todos los que, más ó menos, hayan conocido los desengaños, los desvíos, los compromisos temerarios y las dificultades sin salida y no hayan tratado de hacerse una teoría ni un trono de sus faltas ; todos lo que (y son muchos) hayan pasado por las tribulaciones de la vida literaria, soportando abrumadoras cargas en lugar del liviano yugo de las Musas ; todos esos tendrán para el abate Prevost el culto que se profesa á los antepasados.

» Dichoso él, y favorecido entre todos en medio de tantos triunfos y labores y contrariedades, pues al fin ha encontrado algún destello de gloria. Dejemos la estatua para los hombres célebres que han caminado sobre esta tierra con paso firme, ó con autoridad, ó con estrépito : para el hombre de letras, para el novelista, para los amantes del retiro á quienes la media sombra

envuelve y casi protege, para esos conviene el busto. Y el del abate Prevost responde bien á lo que hubiera sido su más lisonjero voto y su más dulce esperanza (1). »

El libro más popular, más leído en el mundo, más afortunado del siglo XIX, fué el titulado LA CABAÑA DE TOMÁS *(Uncle Tom's Cabin)*. No quiere decir esto que fuese el mejor de todos ni que maravillara por su forma; pero su insigne autora Mrs. Stowe tuvo el don de la oportunidad. Al publicarlo, en 1851, era empeñada la lucha entre abolicionistas y esclavistas, lucha precursora de la guerra que diez años después ensangrentaba el suelo de los Estados Unidos; y aquella guerra sí que fué gloriosa, pues salvó á los Estados Unidos de la vergüenza de la esclavitud y á la humanidad de una afrenta inconcebible.

El libro de Enriqueta Stowe contribuyó no poco á la liberación definitiva de todos los esclavos, pues si ya se habían agotado los razonamientos en pro de la abolición, tanto por publicistas como por políticos, faltaba extremar la nota del sentimiento, arrancar lágrimas á toda una generación, lo que fué conseguido por la célebre novela. Se hizo de ella, en los Estados Unidos, un número increíble de ediciones. Al cabo de un año se había impreso en Inglaterra un millón de ejemplares. En la misma época, y posteriormente, se tradujo el libro á casi todas las lenguas. Enriqueta Beecher Stowe se labró con su libro una fortuna y pasará su nombre á la posteridad.

Á mediados del siglo XIX, cuando se discutía con pasión en la prensa, en las Cámaras y en los tribunales de los

(1) Puede ser que tal fuera la esperanza de Sainte-Beuve; y también tiene su busto en el jardín del Lujemburgo, París.

Estados Unidos la suerte de los negros, nadie creía que estuviera tan próxima la abolición completa de la esclavitud. Fué abolida en 1861; Lincoln era presidente. Pocos años antes convenían casi todos en que la esclavitud no había de ser eterna, pero decían que su abolición se realizaría en tan remota fecha que todavía no alcanzaban á verla ojos humanos. Si esto pasaba en una democracia, en la libre América, en un país de libre discusión, ¿ cómo extrañar que en Europa consideren muy lejana la transformación social que está llamando á las puertas?

Los esclavistas no podían creer que los negros fueran hombres; al fin se desengañaron. En Europa hay quien no cree que sean hombres los blancos. Blancos ó negros, los trabajadores han sido siempre despreciados y mal vistos por los que no trabajan. Hasta que la abolición fué un hecho consumado no la creyeron posible, ni siquiera justa, los explotadores de los negros. Cuando todos los explotados sean redimidos habrán de convencerse los explotadores de los blancos.

He aquí algunos pensamientos de Cervantes:

El que habla siembra y el que escucha coge.

La desesperación nada remedia.

Los necios admiran lo que no comprenden.

La moral es la higiene del alma.

No creáis en la estancia de la fortuna.

Todos procuran la paz del alma; pero no la buscan donde se halla.

El avaro es capaz de todo lo malo.

Grande cosa es el saber callar.

La atención es el buril de la memoria.

Hacer bien por el bien mismo es una gran virtud.

Más fatigan los placeres que los negocios.

El amor es un tirano que á nadie perdona.

La necesidad desarrolla el talento.

El mejor consejero es la experiencia; pero siempre llega tarde.

El que se estima en mucho se conoce poco.

La inocencia es la salud del alma.

El lujo es como la hipocresía del cuerpo social.

El duque de Norfolk le regaló al rey de Inglaterra un caballo magnífico. El rey le preguntó á uno de sus escuderos qué edad tenía el caballo, y el escudero, después de dar vueltas alrededor del animal, le levantó la cola y se puso á mirar atentamente.

— ¿Qué hacéis? le preguntó el soberano.

— Señor, dice un proverbio que « á caballo regalado no se le mira la boca ».

Un maestro de escuela, rutinario como casi todos, les contó á sus escolares la famosa tontería de que Túbal, hijo de Jafet y nieto de Noé, fué el primer hombre que penetró en España. Un día vió que dos de sus alumnos se embestían furiosamente dándose de bofetones, y después de acudir á separarlos, quiso conocer la causa de aquella riña:

— Señor maestro, le dijo uno de los dos muchachos, dice mi compañero que Túbal entró en España por los Pirineos; por eso hemos reñido, pues á mí me parece que vendría por mar y que desembarcaría en Cádiz ó en Barcelona.

— Los dos estáis equivocados, les dijo el maestro; vino Túbal á España en el arca de Noé, con algunos de los animales consabidos, que son nuestros abuelos.

Un hombre que tenía escasa confianza en su memoria,

apuntaba en un cuaderno, cada domingo, todo lo que había de hacer en la semana. Y una vez apuntó, para que no se le olvidara : « El miércoles me caso. »

Más notable distracción es la atribuída á Édison : el día de su boda, después de las ceremonias civil y religiosa propias del caso, entró en su gabinete, se puso á trabajar y allí se pasó toda la noche entre máquinas y libros sin acordarse de su casamiento.

El fabulista La Fontaine era también olvidadizo. Murió un amigo suyo, fué al entierro y tres semanas después se presentó en su casa para hacerle una visita.

Entre las más extrañas distracciones figura la de cierto personaje que á cada rato miraba su tarjeta para saber su nombre, porque se le olvidaba.

Las tres cosas más raras de este mundo, según Descartes, son las siguientes :

Un orador perfecto, una mujer perfectamente hermosa y un buen libro.

Un personaje rico le enseñaba sus joyas á un filósofo ; éste le dijo :

— Agradezco la atención de hacerme compartir vuestras hermosas alhajas.

— ¿ Os las hago compartir ?

— Es claro : me permitís mirarlas... ¿ Qué más hacéis vos mismo que mirarlas como yo ?

Cristina, reina de Suecia, estuvo en Francia después de haber renunciado su corona. Reina filósofa, quería gozar de la libertad y de la vida. Cuando al llegar á Fontainebleau se acercaron á besarla casi todas las damas de la corte, les dió á entender que la importunaban sus

caricias, diciendo : « ¿ Qué furor es ese?... ¿ Piensan estas damas que soy un hombre ? »

La gente cortesana criticaba mucho su modo de peinarse y de vestirse; lo que realmente era digno de censura, y se le censuró, fué el asesinato de su escudero Monaldeschi. Por causas desconocidas lo mandó matar. Monaldeschi le pidió perdón y la exreina se mantuvo inexorable.

Cristina ya no era reina; debió pedir justicia, no tomársela por su propia mano. El crimen, empero, quedó impune. Si hubiera sido en Inglaterra le habría costado caro.

La célebre marquesa de Brinvilliers, condenada á muerte y ejecutada por envenenadora, no confesó ninguno de sus crímenes. Se la acusaba de haber envenenado á su padre y á su hermano, así como á los muchos enfermos de los hospitales en los que ensayaba sus venenos. Para practicar estos ensayos se había hecho devota, caritativa, y no salía de los hospitales; pero antes había tenido una existencia bastante escandalosa. ¡ Más valía que la hubiera continuado !

En 1679 era amante de un tal Sainte-Croix, y se dice que éste la enseñó á elaborar sus venenos. Sainte-Croix, que había á su vez aprendido de un italiano, compañero suyo de prisión en la Bastilla, murió involuntariamente envenenado al hacer sus manipulaciones.

La marquesa de Brinvilliers subió al cadalso y murió con un valor rayano en el cinismo.

Si salieran de sus tumbas
los que vivieron antaño,
se quedarían atónitos
viendo tantísimos cambios :

los que viajaban en burro
ó metidos en un carro,
al ver las locomotoras
que devoran el espacio ;

los escritores antiguos
que usaban plumas de ganso,
viéndolas sustituídas
por artificios mecánicos;

los que tenían sus bienes
por las leyes vinculados,
al saber que ya no existen
los antiguos mayorazgos.

Pero los más sorprendidos
serían los pobres santos,
cuando al salir de sus tumbas
se vieran canonizados :

los unos por ser piojosos,
como el bueno de San Labro,
los otros por majaderos,
algunos por mentecatos ;

éstos porque fueron ricos,
ésos por hacer milagros,
por ser viles casi todos
y todos ellos por vagos.

En las vidrieras de una tienda había un letrero que decía :

« No confundir esta casa con la del otro charlatán de enfrente. »

Un escritor conocido se presentó una mañana en casa de un colega, diciéndole :

Vengo á hacerte una consulta porque me sucede un caso raro.

— ¿De qué se trata?... ¿Es cuestión de crítica literia ó de simple erudición?

— Es cosa más difícil... no sé realmente lo que debo hacer.

— Habla, si gustas.

— Pues bien, anoche en el teatro, una señora á quien sólo conozco por vecina, yo no sé lo que se figuró, pero lo cierto es que me dió una bofetada.

— Es lance desagradable; no hay más recurso que tener paciencia.

— Lo mismo pensé yo; por eso le dije á la agresora con la más cabal galantería:

— Señora, manos blancas no ofenden... Siento que usted no tenga un editor responsable.

— ¿Y qué dijo ella?

— Lo que es ella no dijo una palabra; pero un caballero que la acompañaba, ignoro si es su marido, tampoco dijo nada, pero...

— Te alargó su tarjeta...

— No, me alargó la punta de la bota y me aplastó la barriga.

— ¿Y tú?

— Yo le dije con severidad: « Caballero, no tengo el honor de conocer á usted. » Y él, en seguida, me escupió en la cara... Como es un caso que no me había ocurrido, yo no sé qué hacer...

— Pues no es caso dudoso y me extraña tu consulta; eso no tiene arreglo.

— Bueno, pues lo dejaré sin arreglar.

Y se fué á corregir el folletón.

Monsieur Deterville, uno de los hombres más ricos de

París y que había formado su fortuna con el trabajo y la perseverancia, vivía con una modestia rayana en la estrechez. Algún amigo suyo, testigo de sus verdaderas privaciones, le dijo francamente :

— Es insensato lo que hacéis; con una inmensa fortuna vivís en la pobreza. Tanta economía no es decorosa.

— Pues amigo, no economizo; nadie dirá con razón que no gasto mi dinero.

— ¿ Á cuánto asciende vuestro gasto anual ?

— El total gasto de mi casa es de 53.000 francos y 35 céntimos; una sola partida, la de contribuciones que satisfago al Estado y al municipio, se eleva á 51.000 francos 35 céntimos... Y con los otros gastos, mi total desembolso es el que he dicho. Me parece que es bastante...

Compareció ante el tribunal que había de dictar su veredicto un hombre que había degollado á su padre y á su madre :

— ¿ Tiene usted algo que decir en su defensa? le preguntó uno de los magistrados.

Y el reo le contestó :

— Solamente rogar al tribunal que tenga compasión de este pobrecito huérfano.

Un honrado vecino de cierta ciudad de España, cada vez que divisaba en las calles á su médico se esquivaba por cualquier esquina para no encontrarse con él manos á boca. El buen hombre estaba como avergonzado, porque hacía mucho tiempo que no tenía ninguna enfermedad.

« Observo, decía el bedel de una parroquia, algo que

no me explico : en todas las torres ponen por coronamiento ó por veleta un gallo; ¿que razón hay para no poner una gallina?

— ¡ Toma ! le respondió el albeitar... ¡ vaya una pregunta!... Si pusieran tan alta una gallina, se estrellarían los huevos.

Los alistados en una cuadrilla de ladrones, que eran siete, adoptaron los nombres de guerra que estampamos á continuación : Domingo, Lunes, Martes..., etc. Todos fueron sorprendidos una noche, capturados por la policía y encerrados en un calabozo. Y uno de ellos decía : « De esta hecha, me parece que ahorcan á toda la semana. »

Una Virgen María del pintor Chiello, aparece reclinada en un mullido sofá de terciopelo jugando con un gato y con un loro. Y gracias que el artista no la representó leyendo un periódico de modas ó *Las Dominicales del Libre Pensamiento*.

Un individuo acababa de ganar una docena de onzas de oro en una casa de juego, cuando se le acercó otro personaje que con mucha sencillez le dijo :

— Présteme usted un par de onzas.

— Con mucho gusto, le respondió el primero; se las prestaré mediante una condición : que me diga usted mi nombre... Porque si no sabe usted cómo me llamo, le será difícil devolverme las dos onzas.

Luis el Gordo, rey de Francia, prohibió que anduvieran cerdos por las calles de París. La cofradía de San Antón elevó al rey un respetuoso memorial, en solicitud

de que para ella se hiciera una excepción para no ofender al santo. Le fué concedido el solicitado privilegio,

pues lo que tiene á sus pies
San Antón es un cochino,

como reza la conocida copla.

Un personaje retirado ya del mundo solía decir : « La libertad y el sosiego de que actualmente gozo en el apartamiento y la obscuridad de mi retiro, me recuerdan la comodidad de un par de zapatos viejos con los que se está muy descansado. »

En Inglaterra fué procesado un mercader á quien acusaban sus clientes de adulterar el tabaco que vendía. Estando prohibidas y penadas las adulteraciones, el mercader iba á pasarlo mal. Pero su defensor consiguió que lo absolvieran, con estricta sujeción á la letra de la ley, porque en la materia que el mercader vendía no había ningún tabaco.

Un bohemio de Madrid, que hablaba con su novia desde la calle, le dijo una noche :

— Hazme el favor de darme un alfiler...

— Pero si lo tiro desde aquí — piso tercero — no podrás cogerlo ni verás dónde caiga ; si hiciera luna, tal vez.

— Tienes razón; la noche está muy obscura... Sin embargo, se me ocurre una idea : clávalo en un panecillo...

Un joven atrevido metió la mano por debajo del corsé de una señora que estaba distraída. No encontró nada

apreciable, sacó la mano precipitadamente y luego introdujo en el mismo sitio una tarjeta.

— ¿Qué significa esa insolencia? le dijo la señora, muy enfadada.

— Señora, es mi costumbre : cuando no encuentro nadie dejo tarjeta.

Camus, obispo de Belley, recomendó á los fieles desde el púlpito que socorrieran á una señorita desgraciada. Había querido entrar en un convento; pero, según las palabras del obispo, las monjas no la creyeron bastante rica para hacer voto de pobreza.

La tragedia *Coriolano*, de La Harpe, se representó á beneficio de los pobres. Y no faltó quien dijera :

« Á beneficio de los pobres se hizo una pobre tragedía ; se aplaudió por caridad. »

Los filósofos de la corte de Prusia desempeñaban las funciones de los antiguos enanos : eran los bufones, en la mesa de Federico II. Este rey decía que si se viera en la necesidad de castigar á una provincia, la haría gobernar por un filósofo. Es cierto que tenía filósofos en palacio y los sentaba á su mesa; pero no les daba mando en el ejército ni los admitía en su consejo privado.

Á propósito de los consuelos que se prodigan á las personas afligidas por una desgracia, acostumbraba decir madama de Sevigné : « Todas las filosofías son buenas cuando no han de ser utilizadas. »

Un predicador se expresaba en estos términos : « Dios

ha provisto á nuestras necesidades, amados oyentes míos; su providencia nos hace la vida grata. Él hace que todos los días salga el sol, apenas amanece, para que nos alumbre; él hace que la luna brille por las noches, y no por el día. No nos alumbra más que en las noches claras, ya lo sé, pero es que algunas veces conviene tener noches obscuras para la caza y la pesca. En esta iglesia, pequeña como es, cabéis todos los vecinos; en las ciudades grandes, en que hay tantísima gente, hay catedrales inmensas y predicadores más sabios que yo mismo... etc. »

Al decir de las gentes orientales, las hierbas son el pelo de la tierra y el céfiro su peine.

En una tertulia provinciana se entretenían las señoras y los caballeros en acertar charadas y en descifrar enigmas. Uno de los caballeros propuso este acertijo :

— ¿ Qué es lo que se pone en la cabeza, generalmente después de cepillarlo, y que se llama sombrero?

— ¡ La peluca! dijo una señora.

Á la hora de comer se presentó en la casa un amigo del marido; éste lo invitó á quedarse y le dijo aparte á su mujer que se aumentara alguna cosa á la comida habitual. Ella entonces llamó á la cocinera y le recomendó que pusiera en la mesa un poco de perejil.

Un príncipe es un cualquiera, afortunadamente para él, cuando está solo; pero rodeado de tres ó cuatro imbéciles con libreas ó entorchados, plumas ó galones, se le conoce que es un príncipe y se le besa la mano.

La chunga es la razón del necio como el desafío es el honor del rufián. Para chunguearse de los demás es preciso ser un Catón; pero quien es Catón no se chunguea.

En la *Britania* de Guillermo Cambden, sabio inglés del siglo XVI, se lee que un rey de Inglaterra concedió un feudo ó señorío á un ricachón inglés, que le había de pagar dando un salto en su presencia todos los años el día de la fiesta de Natividad. El grotesco personaje llamábase Balduino.

Hablaban un aguador y un cochero de política y de religión :

— Por mi parte, decía el aguador, tengo ideas liberales; pero comprendo lo peligroso de ciertos radicalismos. Hay quien pretende extremar las consecuencias del liberalismo y ya se niega hasta el derecho de propiedad. Con eso no transijo... En materia religiosa, es diferente; no me espanta nada, porque yo no creo...

— Yo *tampocu creu*, dijo el cochero; no *ustante* hay que andar *cun tientu*, porque si *negáramus* la religión...

— ¿Qué pasaría?

— ¡Casi *náa!...* El *pueblu baju non tendria frenu* y *cátanus perdidus...*

Así discurrían ambos *aristócratas*, muy temerosos del desenfreno popular.

La célebre cortesana señorita de Lenclos tuvo dos hijos; uno de ellos dió ocasión á un singular debate entre el conde de Estrées y el abate Defiat, que se disputaban la paternidad del niño. Consultada la madre,

declaró que no sabía cuál de los dos era el padre de la criatura. Entonces los rivales, que ninguno de los dos quería ceder el honor de la paternidad, se la disputaron jugándola á los cubiletes. Ganó el conde de Estrées y se encargó del chico.

Este hijo, real ó supuesto, del conde de Estrées, vivió 75 años, llegó á capitán de navío y murió en 1732.

*
* *

Dijéronle una vez á Ninón de Lenclos que la reina regente quería hacerla encerrar en las Arrepentidas, y ella respondió : « Pues decidle á la reina que hará mal, porque yo no estoy arrepentida. »

Los médicos árabes de España recetaban á todo el mundo :

Un baño cada día, una purga cada mes y una sangría cada año.

En una reunión electoral decía uno de los electores que combatiría la candidatura presentada, porque temía la revolución y no quería que los demagogos le cortaran la cabeza. Otro orador le contestó :

— Por su cabeza no tema el preopinante, que nadie ha pensado ni pensará jamás en perjudicar al gremio de sombrereros. La cabeza del preopinante no sirve más que para ponerse un sombrero de moda, ni su dueño la necesita para otra cosa que recibir duchas.

CURIOSIDADES ETIMOLÓGICAS

Adán	significa	*tierra colorada.*
Adonis	—	*incendio.*
Agar	—	*peregrina.*

Almajesto	significa	*tres veces grande.*
Aleluya	—	*alegría.*
Apocalipsis	—	*revelación.*
Areópago	—	*colina de Marte.*
Artajerjes	—	*gran guerrero.*
Atila	—	*torrente.*
Bucéfalo	—	*cabeza de buey.*
Cementerio	—	*dormitorio.*
Cleopatra	—	*gloria de la patria.*
Demóstenes	—	*fuerza del pueblo.*
Diógenes	—	*hijo de Júpiter.*
Eufrates	—	*que fecunda.*
Faraón	—	*que disipa.*
Generalife	—	*mansión del amor.*
Gólgota		*osario.*
Hebreo	—	*nómade.*
Hurí	—	*virgen de ojos negros.*
Job	—	*doliente, gemebundo.*
Jubileo	—	*trompeta.*
Letanía	—	*ruego.*
Misisipí	—	*padre de las aguas.*
Monje	—	*uno solo.*
Mória	—	*amargura* (una de las colinas de Jerusalén).
Mysia	—	*abominable ó criminal.*
Nazhia	—	*deliciosa* (árabe).
Néctar	—	*inmortal.*
Neptuno	—	*nadador.*
Niágara	—	*trueno de las aguas.*
Nilo	—	*negro, turbio.*
Niobe	—	*juventud.*
Ontario	—	*tormentoso.*
Pachacamac	—	*creador del mundo* (quichua).
Palestina	—	*empolvada.*

Paralipomenes	significa	*cosas olvidadas*
Polibio	—	*vida de muchos.*
Porfirio	—	*púrpura.*
Raquel	—	*oveja.*
Sánscrito	—	*idioma perfecto.*
Sara	—	*señora.*
Sela	—	*disolvente.*
Sudra	—	*artesano* (sánscrito).
Tabor	—	*elección, pureza.*
Temístocles	—	*gloria de la justicia.*
Teofrasto	—	*que habla como Dios.*
Tigris	—	*rápido.*
Ur	—	*fuego.*
Urania	—	*cielo; musa de la Astronomía.*
Uriel	—	*luz de Dios.*
Uria	—	*fuego de Dios.*
Zabulón	—	*morada.*
Zacarías	—	*memoria de Dios.*
Zara	—	*oriente.*
Zend-Avesta	—	*palabra viviente.*
Zoe	—	*vida.*

Un diario de Norte-América publicó la biografía de un ciudadano, que terminaba con el párrafo siguiente :

« La muerte de este hombre es para la ciudad la pérdida de un habitante, para sus sobrinos la pérdida de un tío, para su mujer la pérdida de un esposo, para nosotros mismos la de un subscriptor que pagaba puntualmente. »

Cuando el incendio de Hamburgo, uno de los más terribles y de mayor duración que se recuerdan, escribía un inglés á su familia :

« Ya está el fuego en mi barrio y por mi ventana entran las chispas. Es un gran desastre, es la mayor catástrofe del mundo : ¡ Llevo diez horas sin comer y hoy no he podido afeitarme ! »

El cura de San Sebastián, iglesia de Madrid, mezclaba con el vino de la misa un chorro de agua mineral recetada por su médico.

Y hacía muy bien, ¡ qué caramba !

Despierta el solterón, oye hablar á sus criados y grita desde la cama :

— ¡ Juan !... ¿ qué estás haciendo ?

— Nada, señorito.

— ¡ Pedro !... ¿ y tú qué haces ?

— Ayudar á Juan.

— Pues cuando acabéis, servidme el chocolate.

El librero Deterville, cuando ya era millonario, padecía bastante de la vista. Llamó á un oculista parisiense, y con tan mala suerte le operó la catarata, que lo dejó completamente ciego. Con tal motivo le presentó el oculista una cuenta exorbitante, so pretexto de que la operación le había salido mal, que era por lo tanto un descrédito para el operador y que el operado le debía, por lo mismo que se había quedado ciego, una fuerte indemnización de daños y perjuicios.

*
* *

Este médico era tan listo — por no darle su calificativo verdadero — como aquél toro que asistiendo á un

enfermo rico estuvo á su lado hasta que se murió. Acababa de morirse entre las manos del doctor, cuando la esposa del muerto, viuda ya, le preguntó al Galeno.

— Dígame la verdad, doctor, ¿no hay ya nada que hacer?

— Al contrario, señora, falta hacer una operación muy importante y voy á hacerla ahora mismo.

En efecto, faltaba embalsamarlo, operación que nadie le había pedido, que al muerto no le hacía falta y que á la familia le costó sobre 500 pesos.

Un juez de Tejas, después de sentenciar á muerte á un asesino llamado Jones, le dirigió el discurso que sigue:

« Jones, vuestra ejecución debiera aplazarse hasta la primavera próxima y esa era la intención del tribunal; pero hace tanto frío, está la prisión en tan deplorable estado y es tan grande el número de presos, que será mejor abreviar vuestras incomodidades procediendo á vuestra ejecución. Ya está acordado: seréis ejecutado mañana, á la hora que os convenga. »

Al célebre Humboldt lo llamaba un escritor francés: « El más sabio de los alemanes y el menos alemán de los sabios. »

Cuando estuvo en Méjico, precedido de su justa fama, le sorprendió mucho á un campesino que tan insigne sabio lo preguntara todo: ya el nombre de una planta, ya el de un animal, ya la distancia entre dos pueblos. Y no pudo menos de decírselo:

— Señor, ¿cómo es que sabiendo tanto nos pregunta esas cosas á los pobres rancheros del país?

— Pues por eso voy sabiendo algo, le respondió, porque todo lo pregunto.

Uno de los jueces le dice á un reo de asesinato :

— Conozco á usted; ya otra vez estuvo usted procesado y fuí su defensor.

— Lo recuerdo; su señoría me defendió hace quince años en una causa por delito de hurto.

— Sí, yo empezaba entonces mi carrera.

— Y yo, señor magistrado ; en nuestras carreras respectivas, los dos hemos adelantado mucho desde entonces.

Fué detenido un ladrón que había robado una yegua.

El juez le preguntó :

— ¿Qué se proponía usted al apoderarse de un animal que no era suyo?

— Utilizarlo como vehículo, señor juez.

— De modo que usted no alega ninguna circunstancia atenuante...

— Sí, señor.

— ¿Cuál?

— Que soy delicado de los pies.

En el juzgado :

— Usted ha llamado animal á este señor; es una injuria. Queda usted multado en diez pesetas. ¿Se le ocurre exponer alguna cosa?

— Sí, señor : que ese animal no vale diez pesetas.

— Señora, dice el juez, ¿persiste usted en separarse de su marido? ¿Qué motivos tiene para eso?

— Mi marido es un estúpido.

— ¿Por qué se casó usted con él?

— Cuando me casé no sabía que fuese tan imbécil, tan bestia, tan idiota.

El marido interrumpiendo :

— Sí lo sabía, señor juez, lo sabía perfectamente.

La Iglesia nos enseña que los animales carecen de razón y que difieren esencialmente del hombre. Sin embargo, en la Edad Media, época de predominio eclesiástico, si un lobo ó una zorra causaban algún daño y se lograba cogerlo, se le ahorcaba de un árbol y se fijaba en el tronco su sentencia para escarmiento de sus semejantes. De igual modo se juzgaba á las serpientes, á los sapos y aun á las plantas nocivas.

Pero lo más doloroso es que todavía hay gentes dignas de vivir en la Edad Media, puesto que viven y piensan como en los tiempos feudales.

En un tribunal :

— ¿De dónde sacó usted la ganzúa que dejó abandonada en el lugar del robo?

— Es un recuerdo de familia.

Un borracho, conducido ante el juez municipal é interrogado por éste, se confiesa culpable de escándalo nocturno.

— ¿Cuál es vuestra profesión? le pregunta el juez.

— Soy marido de una lavandera, contesta el detenido.

Enrique IV, el célebre emperador de Franconia contemporáneo de Gregorio VII, no menos célebre papa, es un ejemplo de lo fugaces que son las glorias y las grandezas del mundo. Si el papa Gregorio VII acabó su vida en el destierro, el emperador Enrique IV mendigó una

plaza de sochantre para poder vivir, y no la obtuvo, y murió miserable en un rincón de Lieja.

En pleno feudalismo, y luchando con dificultades y tiranías sin cuento, se logró en buena parte de Europa la emancipación de los municipios. Y sucedió lo de siempre; aquel gran movimiento popular se desnaturalizó, dando por resultado la formación de un nuevo grupo de privilegiados que llegaron poco á poco al acaparamiento de la propiedad, es decir, de la riqueza, patrimonio hasta allí de los señores feudales, de los nobles.

El nuevo grupo, ó clase vencedora, tuvo ya representación política y luchó con fruto por adquirir privilegios; llamóse tercer estado, y es lo que llamamos clase media ó burguesía, conjunto de industriales, comerciantes, banqueros, legistas, curiales, etc.; usureros todos y todos egoístas.

La mayor y mejor parte del pueblo, esto es, los artesanos, los campesinos, los trabajadores útiles, no mejoró de situación; al contrario, quedó más sacrificada que nunca por haber aumentado el número de sus explotadores.

No hay duda que en el curso de los siglos se ha transformado ventajosamente la condición del proletario; pero en escasa medida, con relación á las ventajas que ha conseguido el burgués; éste empezó por despojar al noble, y continúa despojando á todo bicho viviente.

* * *

En la Edad Media nació y empezó á desenvolverse lo que llamamos « régimen capitalista »; el nefasto poder del capital suplantó á la nobleza feudal y cortesana, pero con menoscabo de la equidad y la justicia, con

olvido y menosprecio de todo sentimiento noble ó elevado, endureciendo el corazón, perturbando la conciencia, enseñando con ejemplos el más antisocial y repugnante egoísmo.

En Inglaterra fué donde la burguesía llegó más pronto á adquirir un carácter importante.

Gracias á la unión de las ciudades y de los barones, los ingleses tuvieron desde 1215 una carta constitucional, llamada la *gran carta*, cuyos artículos fundamentales eran los dos siguientes :

1.° « El rey no puede percibir tributos sin el consentimiento de la nación. »

2.° « Todo inglés, aun acusado de un crimen ó de un delito, sólo puede ser detenido por orden de un magistrado; debiendo ser juzgado por sus iguales, es decir, por un jurado. »

La gran Carta, además, contenía cláusulas y artículos confirmatorios de los privilegios del clero y de la independencia de los nobles.

Consecuencia de la Carta constitucional fué la creación del Parlamento, compuesto de dos Cámaras : la de los Lores y la de los Comunes (1258).

Esta organización relativamente liberal de la sociedad inglesa no mejoró la suerte de las masas proletarias, excluídas siempre de los beneficios que acaparan los explotadores, nobles ó burgueses. La falta de equidad produjo la rebelión de los trabajadores (1381), iniciados por Juan Ball, que murió decapitado con más de mil de los suyos. El camino de la redención humana está sembrado de patíbulos y de sepulturas, ¡ y no hemos llegado ni á la mitad del camino !

Pero todo se andará.

* * *

Juan Ball era discípulo de Wiclef, que era á su vez

imitador de Lollard. Éste había predicado entre los campesinos y, sentenciado por la Inquisición, fué quemado en Colonia.

Ejecutado Lollard en 1322, la semilla de su predicación no quedó perdida; al contrario, de la hoguera que lo consumió surgieron nuevos propagandistas ó predicadores, como Juan Wiclef, maestro de muchos y entre ellos de Juan Ball.

Grandes novedades parecían en su tiempo las ideas de Juan Ball, cuando escribía:

« En el principio no había esclavos. ¿Por qué los hay ahora? ¿Por qué sois tratados como bestias? ¿Por qué no recibís un salario? Cuando Adán cavaba y Eva hillaba, ¿dónde estaba el noble? »

Estas palabras encontraban eco en el corazón de todos los explotados y se iba despertando el anhelo de la redención; ¿cómo lograrla? Contra los poderosos, bien avenidos con la injusticia social, no hay más que la violencia; la rebelión es el único remedio, el más eficaz; y siempre es legítima, es un derecho de los explotados, de los vejados, de los oprimidos; un derecho eterno, un deber que no prescribe jamás, ó que no prescribirá mientras subsistan los reglamentos, las leyes y las trabas que cohiben la libertad, la independencia, la iniciativa del hombre.

Estalló la rebelión con motivo de un incidente casual; el incidente no fué la causa, fué la chispa que engendró el incendio. El herrero Wall Tyler mató de un martillazo á un cobrador de impuestos que se había propasado con una de sus hijas, y todos los campesinos se pusieron á las órdenes de Tyler. Fué general aquella rebelión de los villanos, presentándose Tyler al frente de 60.000 de diferentes condados á las puertas de Londres.

Los rebeldes se hicieron dueños de la Torre de Lon-

dres y de la ciudad, ¡ahorcaron al canciller y al arzobispo, solicitaron la protección del rey... y no consiguieron nada; el rey los engañó.

Si hubieran hecho con el monarca lo mismo que con el canciller y el arzobispo, se hubieran ahorrado algunas rebeliones posteriores.

Comparece ante el juez un hombre acusado de haber matado á su esposa.

— ¿Por qué la ha matado usted? le pregunta el magistrado.

— Señor juez, porque pensaba abandonarme, y yo no podía vivir sin ella.

Está la aldea silenciosa
como triste sepultura:
¡se murió aquel pobre niño,
el de las melenas rubias!

Por allí viene su madre
sofocada por la angustia;
las comadres más parleras
se han quedado como mudas;

ya no gritan los muchachos
ni para jugar se juntan;
ya ni los pájaros cantan,
ya ni las fuentes murmuran.

Sólo cantan en la iglesia
unas cuantas aleluyas:
¡cuando se mueren los niños
no cantan más que los curas!

Desde su origen ejerció la Iglesia un influjo positivo sobre el gobierno del imperio romano; pero los obispos no poseían ningún poder temporal y todos eran iguales entre sí. Hasta el siglo VI no empezó realmente el obispo de Roma á tener preponderancia, y ésta la debió á que se ofrecía á los partidarios del régimen imperial, tan malparado por efecto de las invasiones, como el continuador de los emperadores de Occidente. No es sorprendente que apareciera así, pues la Iglesia había adoptado ya la jerarquía del imperio y su organización; y siendo Roma la capital del imperio de Occidente, su obispo resultó el primer obispo y tomó el nombre de *papa*.

Los papas no se contentaron con un predominio puramente espiritual, sino que quisieron gobernar materialmente. Intentaron, en beneficio propio, el restablecimiento del Imperio Romano, extendiéndolo á toda la cristiandad y pretendiendo llevar el cristianismo, por la fuerza, á todas las tierras conocidas. No en vano la Iglesia se denomina *católica*, es decir, universal; bien que nunca ha sido más que una de tantas religiones, y en la actualidad figura entre las que cuentan menos afiliados.

De *Eriberto Spencer :*

Las ideas religiosas, como las instituciones políticas actuales, están ajustadas al carácter de los pueblos que viven á su sombra.

Sin embargo, como los caracteres sociales cambian ó se modifican, la adaptación resulta cada día más imperfecta, haciendo necesario que aquellas ideas é instituciones también se modifiquen ó se cambien.

De lo cual se deduce que, si es preciso dejar á la idea y á la acción conservadora una entera libertad, no es menos preciso dejársela igualmente á la idea y la obra

del progreso, á la acción renovadora. Sin el libre juego de ambas fuerzas, no puede producirse con fortuna la serie continua de readaptaciones que son indispensables para la regularidad y estabilidad de los progresos.

Es evidente : si alguien vacila en proclamar lo que cree la verdad suprema por miedo á que sea muy avanzada para su tiempo, hallará razones para fijarse, mirando sus actos como impersonales. Comprenda bien que la opinión es la fuerza, por la cual son modificadas todas las instituciones del fuero externo, que su opinión forma parte de esa fuerza, y es una unidad de fuerza que, con otras unidades del mismo orden, constituye la potencia general que opera los cambios sociales. Entonces verá que puede legítimamente dar publicidad á sus íntimas convicciones, produzca el efecto que quiera. No en vano se tiene simpatía por ciertos principios y repugnancia por otros. Tenga presente que, con todas sus facultades, aspiraciones y creencias, no es un accidente fortuito, sino un producto natural de su tiempo; que es hijo del pasado, pero padre del porvenir; que sus pensamientos son sus hijos, y no debe, por tanto, dejarlos morir abandonados.

De *Ruskin :*

Cada hierba, cada flor del campo tiene su perfecta y bien distinta belleza ; tiene su expresión, su oficio particular, y el arte más elevado es el que, apoderándose de su especial carácter, lo desenvuelve, lo ilustra, le señala su verdadero sitio en el conjunto del paisaje, y logra hacer más intensa la impresión que el cuadro está llamado á producir.

. . . .

¡ Qué motivo de infinito asombro, si se considera los

medios por los cuales se hace la naturaleza compañera é institutriz del hombre!

En las rocas, tal como nosotros hemos entendido su formación, no podía verse más que un preparativo de vivienda para el hombre, un asilo que le permitiese vivir en seguridad. Hasta aquí la tierra se mantenía pasiva é inanimada; pero la vegetación es como un alma imperfecta, que le ha sido dada para caminar delante del alma humana. La tierra, en sus profundidades, debe permanecer inerte, incapaz de otra cosa que de transformaciones cristalinas; pero en su superficie, con la cual los hombres están en relación directa y constante, se comunica con ellos al través de un velo de seres intermediarios que respiran, pero no hablan; que se mueven, pero no pueden salir del sitio que les está asignado; que recorren la vida, sin tener conciencia de ella, y que mueren sin pena; que está revestidos de toda la belleza de la juventud, sin tener sus pasiones, y que declinan y envejecen sin que les cause sentimiento.



Ruskin, en consonancia con sus ideas, además de la Estética Vegetal, escribió la Estética de las nubes, de cuyo prefacio tomamos las siguientes líneas:

» Hemos visto que cuando la tierra estuvo preparada para que el hombre la habitase, se extendió entre él y la obscuridad terrestre un velo de seres intermediarios, en los que se juntaron con determinada medida la estabilidad de la tierra, las pasiones y la mortalidad del hombre.

» Pero los cielos también debían estar preparados á idéntico objeto. Entre la luz esplendorosa, su vacuidad profunda y el hombre debía correrse un velo de seres intermediarios. Este velo debía llevar al nivel de la debilidad humana, esplendores que hubiera sido imposible

contemplar cara á cara y dar á los cielos inmutables los signos y el carácter de la humana mutabilidad. Entre la tierra y el hombre se alzó la vegetación. Entre el cielo y el hombre se interpuso la nube, porque la vida es en parte como la hoja que cae y el vapor que huye.

» Cuando los servicios de las otras plantas y de los otros árboles se han hecho inútiles, el delicado musgo y el liquen gris vienen arrastrándose sobre la piedra de nuestra tumba. »

Ha dicho un historiador, al tratar de la guerra de Cien Años :

» ¿Qué es el patriotismo? Un amor exclusivo del país natal, cuyo reverso es el odio á los habitantes de los demás países, el odio al extranjero, odio insensato que la razón no admite.

» El patriotismo suele inspirar al hombre una pueril vanidad, la cual le inclina á creer que sus compatriotas son superiores á los hijos de otras patrias.

» Los gobernantes contribuyen á mantener encendida esa vulgar pasión, para servirse más fácilmente de los gobernados arrastrándolos á empresas locas, á guerras temerarias, á verdaderos crímenes.

» Lo que interesa á los hombres es aprender á conocerse y amarse, cualesquiera que sean su raza, el país en que nacieron y el punto de la tierra donde vivan. También deben respetar los derechos de todos, singularmente los de los pueblos más débiles, más pobres ó menos civilizados.

» La guerra de Cien Años, como todas las guerras, es un conjunto de asesinatos, saqueos y violaciones. Á todas horas la violencia y la injusticia. La consecuencia natural fué una agravación de la miseria en los pueblos y un retroceso en la civilización. Por eso fueron

tantas las rebeliones contra los poderes. El pueblo de París, acaudillado por Esteban Marcel, preboste de los mercaderes, fué uno de los que se sublevaron (1356). También surgió por entonces la célebre lucha de la *Jacquerie,* ahogada en sangre en 1358. »

Al prado fué por flores
la inocente Dorila,
alegre como el Mayo,
como las Gracias linda.

Tornó llorando á casa,
turbada y pensativa,
destrenzado el cabello
y la color perdida.

¿Pues qué mal será el suyo?
Las señales indican
que cuando fué por flores
perdió la que tenía.

De *Azcárate :*

El problema todo de la vida moderna, el *problema social* y el *problema obrero,* se reflejan, quizá con más claridad que en ninguna otra esfera, en la del Derecho. Originase el primero en la lucha entre la tradición y el progreso, en cuanto pugna aquélla por mantener su imperio en el mundo, y éste por arrebatárselo. Pues en el orden jurídico se hace patente la crisis en el hecho de coexistir un derecho privado ó sustantivo, informado por el elemento histórico, y un derecho público ó adjetivo, que es fruto del espíritu reformista, obra de la civilización moderna.

Origínase el *problema social* en el atomismo hoy predominante, en la falta de núcleos de reorganización social. Pues en nuestros Códigos civiles, por lo general, falta el derecho corporativo, y por eso se ha dicho que son los Códigos del individuo, y, según Renán, del individuo que es expósito al nacer y célibe al morir.

Origínase la *cuestión obrera* en la absorción de la pequeña industria por la industria de empresa, en el extraordinario desarrollo de la propiedad mobiliaria, en las nuevas circunstancias del mundo económico. Pues, nuestros Códigos civiles son los Códigos del antiguo régimen, los Códigos de la propiedad inmueble.

Las leyes llamadas *obreras* ó *sociales* son expresión, más ó menos afortunada, de la aspiración, del deseo de resolver la antítesis existente entre el derecho privado y el público; de concertar las manifestaciones de estos dos elementos esenciales de nuestra naturaleza, el individual ó autónomo y el social ó de subordinación; de restablecer la armonía entre el derecho sustantivo y las condiciones de la vida económica moderna; de emprender, en fin, el lento camino de las reformas para evitar el violento de las revoluciones. « Transformemos, pues, lo existente, dice Ziegler; edifiquemos sobre el suelo antiguo; trabajemos pacientemente por desenvolver en nosotros y en los demás el espíritu social, el espíritu del porvenir. Esta tarea no es quizá tan seductora como los sueños dorados de la utopia; pero seguramente es más práctica que un sueño. »

Los viajes instruyen, no solamente á quien los hace, lo cual sería de una utilidad puramente individual, sino á todos los contemporáneos del viajero cuando éste es observador y escribe lo que ha observado.

La civilización universal debe en gran parte sus pro-

gresos á los viajeros ilustres. Los ha habido en todo tiempo, y desde la más confusa antigüedad contribuyeron á la cultura del hombre.

En la Edad Media, época de obscurantismo y de retroceso en la civilización, los viajeros pacíficos prestaron grandes servicios á la ciencia y á la humanidad. El primero fué Benjamín de Tudela, judío español; no el primero en orden cronológico, sino por la importancia de sus viajes.

Benjamín de Tudela hizo un viaje á Samarkanda y visitó el Indostán en la segunda mitad del siglo XII. Juan Carpín lo hizo á Tartaria. Ruybrœcq estuvo en Mongolia. Marco Polo y su hermano permanecieron veintiséis años en China. El inglés Mandeville recorrió gran parte de Asia; considérase á este último como uno de los precursores de Copérnico, porque en la relación escrita de sus viajes indica ciertas ideas cosmográficas y habla de los antípodas, lo cual es una demostración de que creía en la redondez del mundo.

Europa debió á los viajeros y exploradores de la Edad Media sus primeros conocimientos científicos del Asia. Los árabes también la recorrieron, llevando la religión mahometana hasta remotas islas. En Parma y en Milán se imitó con fortuna la fabricación de tejidos de Damasco. Venecia imitó el cristal de Tiro, creando las hermosas lunas que sustituyeron á los antiguos espejos de metal. No ya la industria, la agricultura misma aprendió mucho del Asia en la Edad Media.

Trajéronse de Asia plantas y semillas. No pocas frutas aclimatadas en Europa fueron traídas de Asia por los exploradores de la Edad Media; otras muchas las debemos á la invasión de los árabes.

Los progresos industriales y agrícolas no fueron los únicos alcanzados en Europa durante la Edad Media. Los hombres más notables viajaban para instruírse, y los

que no iban al Asia visitaban el califato de Córdoba, foco de luz en los siglos medioevales. Córdoba, la ciudad de los califas, la más hermosa ciudad de la Edad Media, reunió en su seno todo el saber de entonces. Con los guerreros más esforzados que ha conocido el mundo convivían en la andaluza corte mahometana los sabios más eminentes de Asia, de Egipto y de Europa. Físicos y matemáticos, astrónomos y teólogos, médicos y músicos, historiadores y poetas enseñaban y aprendían en Córdoba. Á Italia, Francia, Alemania é Inglaterra llegaban los reflejos de la civilización hispano-árabe. Divulgábase á la vez en la España cristiana, aunque no tanto como en el resto de la cristiandad, la luz que en Córdoba tenía su asiento; pero en todas partes la apagaron pronto ó le pusieron pantallas el fanatismo y la superstición. Todas las religiones son exclusivistas, la católica singularmente, y así pretenden ahogar el pensamiento en el saco de sus dogmas. En la Edad Media se prohibió á los hombres y á los pueblos usar de la razón.

Pero no obstante las excomuniones, los suplicios, todo el lúgubre arsenal eclesiástico, no faltaron pensadores atrevidos que sin temor expusieran su pensar. Los que tal hicieron lo pagaron con la vida, y el que menos con las persecuciones de la intolerancia; pero sus lecciones, sin embargo, no fueron perdidas. En todas partes se reconoció la necesidad de la enseñanza pública, bien que estrechamente sometida á las trabas de la religión.

En el siglo XII ya había en todas partes escuelas, bien que en ellas apenas si se enseñaba otra cosa que la teología. Escolares y maestros, á imitación de los gremios de artesanos, formaron corporaciones con el nombre de universidades, que gozaron de grandes privilegios.

Pero en ellas se continuó enseñando teología, que anu-

blaba las conciencias, y leyes que no eran sino códigos de la barbarie.

***

Las principales universidades de la Edad Media eran las que siguen :

La de Padua, en Italia ; la de Salamanca, en España; la de Coimbra, en Portugal; las de París y Montpeller, en Francia; las de Oxford y Cambridge, en Inglaterra ; por último, la de Praga, en Bohemia.

Fuera de las universidades, se estudiaban la alquimia y la astrología ; ciencias charlatanescas, es verdad, pero que han dado origen á la ciencia moderna amontonando observaciones útiles entre datos inútiles y falsos.

***

En los tiempos modernos han sido no menos provechosos los viajes y exploraciones de los sabios. El número de viajeros célebres se eleva á una cifra portentosa, habiendo sido sacrificados muchos por las tribus salvajes del continente negro, sin contar los que á fuerza de penalidades perdieron la salud. El siglo XIX ha sido el de las exploraciones africanas; desconocida el África al empezar el siglo, pues efectivamente sólo era conocido el litoral, puede decirse que entramos en el presente siglo con cabal conocimiento de la *Tierra incógnita.*

Lástima será que su conocimiento produzca nuevas y costosas guerras de conquista, en lugar de conquistarse todo el interior de África para la riqueza y la civilización por medios pacíficos, humanos, racionales.

De *Amicis :*

Hay una cosa que me hace estremecer : mi hijo.

Algunas veces, mirándole, me figuro los muchos mi-

llares de niños de su edad nacidos en el mismo día, y que en este instante son, como él, inocentes y cariñosos, me los figuro en sus cunas, entre los brazos de sus madres, cubiertos de besos y llamados con los más dulces nombres de la lengua humana; veo en el corazón de sus padres la misma esperanza, el mismo presentimiento de que serán honrados y felices, mejor dicho, la misma seguridad mía, y tan fundada como la mía, y no de otro modo alimentada que como yo alimento la mía al mirar mi hijo; y pienso que, sin embargo, de toda esa legión de angelitos saldrán ladrones, falsarios, asesinos, parricidas, que arrojarán la desesperación y la deshonra sobre sus familias. Cuando este pensamiento se fija en mi cabeza, tengo que hacer gran esfuerzo para librarme de él.

Esta mañana tomé mi niño sobre las rodillas, y le pregunté :

— Niño, ¿serás tú un asesino?

Él no comprende todavía el significado de estas palabras.

— Sí — respondió, — pero quiero dulces.

¡Si pudiese adivinar su porvenir, como hacen los gitanos, en la palma de la mano!

¿Qué manejará esta manecita? ¿La espada? ¿El puñal? ¿La pluma? ¿El arco de violín? ¿El escalpelo del anatómico?

Pobre manita, ¡cuántas veces sostendrás la cabeza fatigada por el ingrato trabajo ó por el pensamiento doloroso! ¡De cuántas cartas listadas de negro romperás el sello! ¡Cuántas diestras de falsos amigos y de mujeres indignas tendrás que estrechar!

Pero tú la conservarás limpia de toda mancha, hijo mío; y si cuando te hiera un gran dolor, inmerecido, te asaltan impulsos de levantarla en alto, no la levantes, no, para maldecir, sino para juntarla con la otra, como

todas las noches y todas las mañanas te enseña tu madre.

* * *

Miro su manecita, la abarco toda en mi puño, y sonrío pensando que pasaron también por esta forma las manos de los guerreros más formidables y de los artífices más gloriosos del mundo. Y de esta idea paso á mis pensamientos predilectos de la infancia de los grandes hombres.

Me figuro á Homero, que se desespera porque le han quitado un albérchigo; á César, que tiembla delante de un ratón; á Dante, que salta en la silla de un caballo de madera; á Miguel Ángel, que mientras su padre le enseña una estatua, se dedica á machacar un hueso con el pie, y á la señora Bonaparte, que dice al futuro vencedor de Europa: — ¡Qué vergüenza! ¡Á esa edad, cuando se tiene una necesidad, no se ensucia de este modo la casa!...

* * *

¡Si llegase á ser un grande hombre! Es un sueño de todos los padres; pero no, es un imposible.

Enigma, enigma al fin; jeroglífico cuya significación es aún desconocida; palabra de la cual no está escrita más que la primera letra; número de la inmensa lotería humana. Esta duda es el más dulce alimento de mi vida.

Me parece que poseo misterioso cofrecillo, en el cual es posible que haya un puñado de arena ó un montón de perlas. Estoy cerca de los treinta años; mi porvenir que empezaba á limitarse, se ha prolongado de improviso; he perdido las últimas ilusiones de la juventud; he encontrado las infinitas ilusiones de la infancia. ¿Qué importa que mis cabellos se caigan? ¡Los suyos se espesan! ¿Qué importa que yo baje? ¡Él sube!

¿Qué sería del hombre sin los dedos?
Comería, como los animales, con el hocico.
Se sonaría con los codos.
Se rascaría con los dientes.
Se afeitaría con los pies.
Tocaría la flauta con las narices.
Y no podría comerciar, por falta de uñas.

De Bartrina :

—Todo, todo en el mundo,
crece cuarenta metros por segundo.
Esto decía un loco á cierto sabio
que visitaba un día el manicomio;
y al oír inferir tan rudo agravio
al sentido común, con vehemente
celo digno de encomio,
quiso pulverizar rápidamente
la afirmación absurda del demente.
...Inútilmente, en vano buscó el modo,
cortóle el paso esta verdad probada:
— « A creer cuanto ve nuestra mirada,
creciendo nuestros ojos, como todo,
no crecería á nuestros ojos nada. »
Pensó que si el absurdo aconteciera,
creciendo todo en proporción debida,
eternamente igual la razón fuera
entre lo mensurable y la medida.
No encontró medio el sabio
de combatir del loco el desvarío,
y dijo al fin con balbuciente labio :
— Por más que me es sensible
tu afirmación extravagante y vana,
yo no puedo probar que es imposible...

¡Es limitada la razón humana!
¡Dios la hizo así!
—¡No hay Dios!
—¡Cállate, impío!
¿Podrás probarme acaso
que Dios no existe?
—Y de que yo no pueda
probarlo, ¿no resulta el mismo caso
de antes? ¿Ó quieres que á tu juicio ceda?
Hay Dios. Corriente; concedido queda,
pues no puedo probar que Dios no existe;
pero te exijo y la razón me asiste,
y así en tu misma lógica me fundo,
que has de admitir el hecho extraordinario
de que todo en el mundo
crece cuarenta metros por segundo,
pues no puedes probarme lo contrario.

Modelo del género epistolar :

Malegraré cal recibo destas cortas letras se halle ustez con la más cabal saluz que yo para mi deseo, en compañía de su suegra, de su esposa, de los chicos, del perro, de la vaca y de todos los animales de la familia. Pues ésta es para que tengan felices pascuas y que me mande ustez un par de pesetas para que yo las pase también como Dios manda, en compañía de las clases del escuadrón, porque las clases me han dado ya la alternativa.

Mi capitán es mu bueno y dice que pal mes que viene me hará clase, de la clase de cabo segundo, porque soy el más destruído en letura y escribidura de todo el escuadrón, lo cual que es mucha verdaz, porque otro cagatinta, andaluz él, que también lo han pro-

ponido para cabo, no sabe más que contar cuentos, decir mentiras y tocar la guitarra. Él escribe las cartas pa las novias, y á los novios les cobra una perra chica por ca carta; no sé si les cobra argo á las novias. Pues este andaluz es un intrigante avaricioso que se traga hasta el pienso, y como le den los galones más antes que á mí, lo voy á dar una manta de palos como la que á ustez le dió el carabinero, va pa tres años, que entoavía me acuerdo, lo cual que ustez se acordará más que yo.

Sabrá ustez que en este regimiento se come bastante mal; y de beber... ni agua. La oficialería es mu medianeja. Los tinientes cuasi no parecen pol cuartel, que se van á misa y á confesarse y á lucir unos cuellos engomados que parecen unas estautas antiguas. El coronel es un sabio, conoce á los caballos por nombre y apellido, pero está mu gordo y pa que monte hay que ayudarlo, como dice la coronela, que me lo ha contao el asistente ú azafranero de usía.

El tiniente coronel también sabe mucho, como que ha escrito un libro (que los sargentos y cabos han de compralo por fuerza) con recetas pal rancho, pal pienso, pal muermo y pa quitar las manchas de las prendas mayores; de las prendas menores las quita la lavandera, lo cual que la mía es una rubia de Guadalajara que si me quita las manchas... pues ella tiene la culpa.

Tengo que decirle á ustez que el ayudante es un bruto; no sabe distinguir los hombres de los caballos y dicen que va pa general; pero si hay cualisquiera rebujina, pueda ser que se encuentre alguna bala perdida ó algún lanzazo por dequivocación. Á Perico, el hijo de la tía Tórtola, que es de mi quinta, le atizó una paliza como aquella que usté sabe del carabinero.

Y no cansando más, no se olvide ustez de man-

darme una libranza de dos pesetas (si es de tres, mejor). Como alterno con los cabos tengo muchos compromisos y no quiero que hablen mal de la gente de mi pueblo. Memorias al señor cura, y al ama, y á los sobrinillos de ambos á dos, y mande á éste su ahijado, presente y sastifecho,

Juan Corvejón.

De *Victor Hugo* :

Orilla de los mares turbulentos
parando un punto mis cansadas huellas,
vi pasar un bajel envuelto en vientos,
en olas y en estrellas...

De *Victor Gómez* :

A orillas de una charca cenagosa
que al término encontré de mi jornada,
vi lucir á intervalos una cosa...
¡y no era nada!

Al romperse las hostilidades entre el Japón y Rusia, las autoridades japonesas fijaron en las calles de Tokío, y en todas las ciudades del Japón, un bando que decía :

« Artículo 1.° Esta guerra será la más larga que ha sostenido el Japón. Conviene, por lo tanto, que se haga cuantas economías se pueda.

» Art. 2.° Aunque tengáis noticia de victorias sucesivas alcanzadas por las armas japonesas, no os regocijéis. No habrá verdadera victoria hasta que la guerra termine.

» Art. 3.° No hagamos gastos más que para la guerra; privémonos de todo lo demás.

» Art. 4º Conviene interrumpir la construcción de casas y no hacer gasto alguno para bodas, funerales y demás ceremonias.

» Art. 5.º Si estallase una enfermedad epidémica, sería necesario gastar mucho para contener su propagación. Es preciso, por consigniente, que cada cual cuide de su salud. »

Estos nipones son extraordinarios; no sólo resultan hombres de guerra, sino filósofos, sociólogos, higienistas. En cuanto á patriotismo, convengamos en que el suyo no puede ser mayor; pero la abnegación de los militares en la lucha, llegando al sacrificio heroico por la patria, no impide que se maldiga la guerra como se ve en artículo 2.º del transcrito bando :

« No habrá verdadera victoria hasta que la guerra termine. »

Estaba un reo en capilla para ser ejecutado en cuanto amaneciera. El capellán de la cárcel pasó la noche con él; pero hubo de salir un momento, y en el patio de la cárcel tropezó con un desconocido. Un tantico asustado, le dijo el capellán :

— ¿Quién es usted?... ¿qué quiere?... ¿qué hace aquí?

— Padre, no se asuste, respondió el misterioso personaje; soy el verdugo, para servir á usted...

— ¿Á mí?... Sirve á tu madre, sin vergüenza.

De *Platón :*

Vida inútil la del que vive sin provecho de sus semejantes.

De *Euripides :*

Lo mismo vale decir hombre ocioso que mal ciudadano.

De *Julio Janin* :

Servicio prestado á la causa de la humanidad nunca es pequeño. Ha hecho bien Holanda en erigir una estatua al marinero que la enseñó á salar el arenque.

Dos bohemios vivían juntos, y salió uno de ellos para que un amigo de ambos les prestara cinco duros.

Al cabo de media hora volvió á su casa cariacontecido :

— ¡Cómo! le dijo su compañero, ¿no te ha prestado nada?

— ¡Nada!... ¡Ni siquiera un minuto de atención!

Á una señora que buscaba niñera se le presentó una joven simpática y sencilla.

— Ante todo, le dijo la señora, exijo una incansable vigilancia cuando usted salga á paseo con los niños.

— No tenga cuidado la señora, contestó la muchacha candorosamente; siempre que salgo me acompaña un cabo de caballería...

EL DECÁLOGO DEL DOCTOR KRUGE

1.° No te bañarás después de haber tenido fuertes emociones.

2.° Cuando el cuerpo sienta malestar, no te bañes.

3.° No te bañarás después de una noche de insomnio ó de un exceso de fatiga.

4.° Después de haber comido (ó bebido con exceso) no te bañarás.

5.° No corras ni te agites cuando hayas de bañarte.

6.° No te bañes en paraje cuya profundidad desconozcas.

7.º Desnúdate lentamente; pero apenas te hayas desnudado, métete en el agua.

8.º Los que saben nadar deben echarse al agua de cabeza; de todos modos, lo primero que se ha de hacer es mojarla.

9.º En el momento de sentir frío, no permanezcas un instante en el agua.

10.º Después del baño date fricciones, vístete pronto y ponte en movimento.

De *Alfredo Calderón* :

¿De qué hizo Dios al mundo? De la nada. ¿Cómo le hizo? Con su palabra. ¿Para qué le hizo? Para su gloria. ¿Por qué le hizo?...

Causas y efectos, formas y esencias, masas y fuerzas, cuerpos y espíritus, yacían de toda eternidad en el reposo del no ser. Siempre posibles, jamás se hicieran efectivas. ¿Por qué, Señor, quiso tu voluntad soberana que, en un momento del tiempo infinito, todas esas potencias se trocaran en realidades, y concretadas en seres, formaran un mundo? ¿Por qué quisiste sustituír las turbulencias de la vida al gran sosiego de la nada?

Eterno, inmutable, impasible, perfecto, tú lo llenabas todo. La realidad eras tú. Realidad excelsa, divina, eterna, absoluta; bien sin mal, dicha sin hastío, verdad sin yerro, belleza sin mancilla. ¿Por qué has querido que, con la limitación de los seres creados, nacieran lo malo, lo falso, lo torpe, lo feo? ¿Por qué has querido compartir la existencia con esas criaturas imperfectas, deformes, monstruosas, sujetas al dolor, á la desgracia, al error, al pecado, á la vejez, á la enfermedad y á la muerte?

¿Á qué, Señor, este universo nacido para morir? ¿A qué esta naturaleza ciega y sorda, sin alma y sin entra-

ñas, con sus leyes de hierro y su inconsciente, inexorable tiranía? ¿Á qué este inmenso campo de batalla donde lo seres se disputan, con feroz encarnizamiento, migajas de vida, en una lucha incesante, tremenda, bárbara, impía, lucha singular en la cual al cabo todos son vencidos? ¿Á qué sacar por un instante de la nada lo que á la nada ha de volver?

¿Á qué ese ser extraño, alma y materia, ángel y bestia, dios y demonio, complejo híbrido de todas las grandezas y de todas las miserias, capaz de concebir lo absoluto, pero incapaz de realizarlo, que anda por el mundo á tientas, mirando al cielo y revolcándose en el fango, ignorante de su destino, impotente para discernir el bien del mal, esclavo de las fuerzas naturales, juguete de sus propias pasiones, afligido por todos los tormentos, amagado por todos peligros, angustiado por todos los afanes, temeroso de no encontrar ni aún en la tumba la paz que la vida le rehusa?

¿Por qué, Señor, por qué?

De *Heine* :

Quiero enterrar mis canciones,
quiero enterrar mis ensueños,
y un ataúd voy buscando
donde quepan todos ellos.

¡Cuántas cosas, cuántas cosas
he de meter allí dentro!
Como el tonel de Heidelberga
habrá de ser, por lo menos.

Para conducirlo á hombros
necesito dos maderos,
como el puente de Maguncia
en lo largos y en lo recios.

Buscaré doce gigantes,
los doce tan corpulentos
como aquel santo Cristóbal
que es de Colonia portento.

En hombros han de llevarlo
á orillas del mar revuelto
y han de arrojarlo al abismo :
¡fosa digna de tal féretro!...

¿Preguntáis por qué tan grande
mi caja fúnebre quiero?
¡Porque he de encerrar en ella
mi amor y mis sufrimientos!

Hay maridos ejemplares, como don Polinomio Berengenas que dialogaba con su amigo don Policarpo Camarón. Éste le decía :

— No hay muchos hombres tan felices como tú en el seno de la familia.

— Como que mi casa es una República modelo. Verás : ministro de Hacienda, mi mujer; ministro de Guerra, mi suegra; ministro de Relaciones, mi hija; minis....

— Por supuesto que tú serás el Presidente.

— No, hombre; se conoce que eres un solterón ignorante. La silla presidencial la ocupa la cocinera.

— Entonces, ¿tú que eres?

— Yo... soy el pueblo que paga las contribuciones.

RESIGNACIÓN

¿Es Dios la suma bondad
y tan perdido me tiene?
Será porque me conviene,
¡hágase su voluntad!

De *Eusebio Blasco* :

¡ Qué primer baile de mácaras !

Era en el casino de mi ciudad natal, y la juventud se disputaba en invitaciones.

Acababa yo de cumplir quince años.

Mi madre se oponía á que yo fuera á la fiesta nocturna. ¡ No ! ¡ Es muy pronto !

De acuerdo con la criada vieja, á las once y media, cuando la familia dormía, me escapé.

¡ Oh, qué bonito ! El casino estaba hecho una ascua de oro ; las mil parejas bailaban... una máscara muy alta, muy esbelta, envuelta en un capuchón negro, me seguía y me decía mil cosas que me trastornaban...

— Tengo sed, llévame al bufet, me dijo.

La llevé. Era todavía temprano, aún no había allí nadie. La máscara bebió una limonada y me preguntó :

— Si te digo que nos vayamos de aquí, ¿ me seguirás ?

— ¡ Quién lo duda !

— ¿ Lo dejarás todo por mí ?

— ¡ Sí !

— ¿ Irás donde te lleve ?

— ¡ Oh, sí !

— Pues sea — dijo quitándose la careta — ¡ á la cama !

— ¡¡ Era mi madre !!

De *Edmundo de Amicis* [1] :

Una partida de cazadores practicaba un reconocimiento por el lugar ; el enemigo no estaba muy lejos y las investigaciones se hacían cuidadosamente, con el

1. Episodio de la campaña de Lombardía, en la guerra de la independencia de Italia.

mayor secreto posible. El capitán del piquete llegó en sus labores cerca de una casucha aislada, cuyos moradores la habían abandonado, poniendo en la ventana una bandera tricolor. El capitán subió á las habitaciones superiores, llegó á la azotea y quiso observar el campo nada consiguió; los grandes árboles plantados alrededor, impedían la vista; salió apresuradamente y á la puerta se encontró á un muchacho como de diez á doce años, que pelaba una vara con un grueso cuchillo.

El capitán se impresionó con aquellos ojos inteligentes, aquella fisonomía picaresca, y preguntó al muchacho algunas noticias sobre los enemigos.

Después, interrogándole acerca de su vida, el niño taliano contestó que era lombardo y que estaba dispuesto á ayudar á los suyos.

El capitán miró al árbol más alto y después al niño, diciéndole :

— ¿ Sabrás decirme lo que veas si trepas á la cúspide de ese árbol ?

— Ya lo creo que lo sabré, dijo el italiano. Veré un gorrión á una legua de distancia.

— ¿ Sabrás subir ?

— Ya lo creo, en un momento me subo.

Y sin esperar más, trepó ágilmente.

Los cazadores se detuvieron, y el capitán, casi arrepentido, gritó al niño :

— Mira, ten cuidado. Mejor, bájate; pero el italianito, estaba ya en la copa, levantaba su gorra, y sus crenchas blondas y doradas brillaban con el sol.

— ¿ Qué ves ? — preguntó el capitán.

— Á un lado de la capilla me parece ver un grupo de hombres armados.

— ¿ Y al frente qué ves ?

— Sobre el camino blanco, dos hombres á caballo que corren precipitadamente.

— ¿Y á la izquierda, qué hay?...

El niño levantó la mano á manera de visera... Una bala pasó silbando por entre las hojas quebrando las ramas.

— Bájate, dijo el capitán. El muchacho se acurrucó entre las hojas y dijo : — Vaya, la han tomado conmigo. — Después, levantándose nuevamente : — ¿Á la izquierda quiere usted saber?...

— Bájate, dijo otra vez el capitán con enojo, mientras otras dos balas pasaban chiflando muy cerca del niño.

— Á la izquierda, dijo el muchacho, me parece ver... No pudo concluír : una bala le atravesó el pecho y su cuerpo cayó rodando de rama en rama hasta el suelo florido, y quedó tendido, brotando de la herida un chorro rojo...

— ¡ Maldición ! — dijo el capitán, y se acercó al cuerpecito que temblaba ligeramente... Después al tomarle el pulso y oprimirle la herida, el niño abrió los ojos y volvió á cerrarlos : había muerto heroicamente... Los soldados se descubrieron con respeto, arrancaron flores del prado cercano y envolvieron el cuerpo en la bandera tricolor que flotaba en la casa ; después se despidió cada uno de ellos, y el capitán arrancándose la medalla del valor que llevaba al pecho, la colgó al niño y partió con su tropa.

Cada compañía que pasaba por el lugar, depositaba sus flores.

Al día siguiente, una compañía de ambulancia recogió el cuerpecito del héroe y las tropas le batieron marcha. Había muerto como un valiente y merecía los honores militares.

De *Balzac :*

El café cae en el estómago y su acción es inmediata ; las ideas empiezan á bullir, como las avanzadas de un

ejército en el campo de batalla. Acuden los recuerdos con los estandartes desplegados : es la caballería ligera de las comparaciones, que á galope entra en la línea. Rompe el fuego la artillería de la lógica, amontónanse los pensamientos, y se derrama la tinta sobre el papel. Es que la lucha ha comenzado. La tinta, más negra que la pólvora, traduce los mandatos del café.

. . . .

El cuerpo humano, aparte de otros elementos, contiene en su composición una cantidad de hierro para construír siete grandes clavos ; sebo para fabricar de seis á siete kilogramos de bujías ; carbón para hacer 55 lápices y fósforo bastante ¡para 820.000 cerillas !

Y aún hay quien se acuesta á obscuras por falta de velas y no puede encender un cigarro por carencia de fósforo, llevando la fábrica en el cuerpo.

De *Trueba :*

Viéndome estrechar la mano
benevolente y afable
de los pequeños y humildes
que tengo por mis iguales,
la suya me dió el verdugo
para que se la estrechase ;
mas yo retiré la mía
porque aborrezco la sangre.
— ¿ Por qué mi mano no estrechas?
— Porque la mía no manche.
— ¿ No soy acaso tu hermano?
— No ; Caín no lo es de nadie.
— La ley me hizo su instrumento.
— ¡ Ley santa ! ¡ Instrumento infame !

— Mi padre es también verdugo.
— Odia al verdugo, ama al padre.
— Manchado á este mundo vine.
— No hay manchas que no se laven;
con lágrimas, si adquiridas,
con sudor, si originales.
En vez de verter restaña
sangre de tus semejantes,
y empuña una noble esteva
en vez de un cuchillo infame.

COSAS DE AMÉRICA

Recientemente se ha inaugurado en los Estados Unidos un navío-teatro que navegará por el Ohio, el Illinois y el Misisipí, aprovechando las inmensas vías fluviales y lacustres que hay en esos Estados.

Ese extraño teatro, cuya capacidad es de mil espectadores bien colocados, tiene por objeto conducir á las innumerables poblaciones ribereñas de dichas vías una escogida compañía de variedades, que en esa forma, puede trabajar en un solo día, en tres poblaciones diferentes, sin la menor molestia para los artistas ni para nadie.

El buque-teatro está profusamente iluminado con luz eléctrica y es elegantísimo en todos sus detalles.

Los artistas viven dentro de él, no sólo con comodidad sino con lujo; comen, duermen y trabajan en aquel local flotante, que es un pequeño mundo.

El buque-teatro tiene á su disposición un itinerario de 2.500 millas para viajar incesantemente, sin pagar fletes de ferrocarril, ni embarque y desembarque de equipajes, ni nada.

LA CONTRIBUCIÓN DE SANGRE

Por *Simões Dias*

(Traducción del portugués.)

I

¿Será posible, hijo mío,
que te lleven á la guerra,
dejándome en esta sierra
sola, abandonada? ¡No!
¿Cómo dejar á una madre
sin el amante cariño
de aquel adorado niño
que en las entrañas llevó?
Si es de alguna ley en nombre
¡maldita sea esa ley!
—¡Ay, madre mía! ¡Lo mandan
duras órdenes del rey!

II

Á morir quizá te llevan
á países muy distantes
donde mis ayes amantes
á ti no pueden llegar.
¡Quién sabe, hijo de mi alma,
lo que la suerte te espera!
¡Si esta será la postrera
vez que te vuelva á abrazar!
¡Maldita sea, maldita,
esa tan bárbara ley!
— ¿Pero no ves, madre amada,
que son órdenes del rey?

III

Señores, que el hijo mío
me robáis en mi morada;
¿Quién, en mi vejez cansada,
quién ¡ay! me podrá ayudar?
¿Quiénes sois, quiénes, vosotros,
verdugos, gente vendida,
que lo mejor de mi vida
me queréis arrebatar?
¡Ah! ¡Perdonad, no es posible
que eso lo mande la ley!
— ¿Qué queréis? ¡Somos mandados
aquí por orden del rey!

IV

¡Mentís, cobardes sicarios,
que á una mujer indefensa
venís, para más ofensa,
su propia cara á escupir!
¡En nombre del rey! ¡Infames,
no os extrañe que me asombre;
un rey que es padre y es hombre
no puede tal permitir!
¡Vosotros, robáis, tiranos,
al amparo de la ley!
—*Calla, mujer, que son órdenes,*
órdenes que dicta el rey.

V

Bien; arrancad de mis brazos
mi única, sola ventura;
sabed que la sepultura
cavando estáis para mí.

Podéis robarme mi hijo,
llevaos cuanto poseo
y al presentar tal trofeo
al amo.. decidle así:
Que muero, mas protestando
contra tan bárbara ley.
—¡Adiós, mi madre, tu hijo
va á ser esclavo del rey!

VI

Parte, hijo mío, y Dios quiera
que tu sangre generosa
caiga, cual muestra afrentosa,
en un inmenso turbión,
sobre el que te hizo asesino
de su ambición en el ara,
salpique y tiña su cara
como un eterno baldón.
Yo en tanto muero, clamando
contra tan bárbara ley.
¡Ahora, parte, hijo del alma,
á cumplir la orden del rey!

EL CONDADO DE TOLSTOI

Los admiradores del gran publicista y revolucionario ruso, conde Tolstoi, leerán con interés la historia de su condado.

El fundador de la casa era contemporáneo de Pedro el Grande y guardia de una de las puertas interiores del palacio de este emperador.

Un día que, fiel al cumplimiento de su deber, se hallaba firme en su puesto, aproximóse á él un noble diciendo que deseaba pasar. El guardia le contestó que

era imposible, pues el emperador había dado orden de que nadie pasase á verlo aquella tarde.

— Pero yo soy príncipe — dijo el noble.

— Sin embargo, señor, — replicó el soldado — no podéis entrar.

Para un noble ruso, semejante contestación en boca de un plebeyo no puede tolerarse, y el príncipe cruzó la cara del guardia con su látigo.

— Pegadme, alteza, — gimió el otro — pero no por eso os permitiré el paso.

El emperador, que desde su habitación oía voces y ruido, salió á ver qué era ello, refiriéndoselo el noble con mal gesto. Pedro el Grande escuchó en silencio; luego, volviéndose al guardia, le dijo :

— Tolstoi, habéis sido maltratado por este caballero por obedecer mis órdenes; ahora tomad mi bastón y dadle un palo en la espalda.

— Mire vuestra majestad — exclamó el noble — que este hombre es un simple soldado.

— Os equivocáis; yo lo hago capitán — dijo el emperador.

— Pero yo soy oficial de vuestra corte.

— Y yo lo nombro á él coronel de mi guardia imperial.

— Mi categoría, como vuestra majestad no ignora, es la de general.

— Entonces le haremos general, y así seréis apaleado por un igual.

El noble recibió el castigo filosóficamente, y el joven soldado recibió al día siguiente el nombramiento de general y el título de conde.

Trovas de Zorrilla :

. . . .
Sin que lo sepa nadie,

guardando igual misterio,
en dos sepulcros tienes
augusta posesión :
el uno, donde duermes,
está en el cementerio ;
el otro, donde vives,
está en mi corazón.

De *Victor Hugo :*

Ya viene la aurora
fantástica, incierta,
velada en su manto
de rico tisú.
¿ Por qué, niña hermosa,
no me abres la puerta?
¿Por qué cuando el alba
las flores despierta
durmiendo estás tú?
Al pie de tus rejas
diciendo está el día :
Yo soy la esperanza
que ahuyenta el dolor.
Y el ave te dice :
yo soy la armonía.
Y yo, suspirando,
te digo : Alma mía,
¡Yo soy el amor!

De *Metastasio :*

¿Por qué la vida nos parece bella,
qué placer nos ofrece mientras dura,
si no hay edad ni condición en ella
que dolor no se vuelva y amargura?

Niños, un ademán nos intimida;
juguete somos en la edad florida
de la fortuna y del amor insano;
y al fin, cubiertos de cabello cano,
abrumados gemimos
al peso de los años que vivimos.
Ya el ansia de adquirir nos atormenta,
ya el temor de perder nos pone susto:
lid continua y violenta
entre sí tienen siempre los malvados,
y perdurable lid también sustenta
contra la envidia y la falacia el justo.
Fantasmas engendrados
por loca fantasía,
sueño, delirio son nuestros cuidados;
y cuando al cabo con vergüenza un día
se desengaña nuestra mente ciega,
entonces es cuando la muerte llega.

PARA LLEGAR Á VIEJO

—¿Qué hay que hacer para llegar á centenario?

He aquí cómo han respondido á esta pregunta:

María Mac Donald, de 131 años:

—Para vivir cien años, casaos jóvenes, levantaos al alba y no bebáis nunca demasiado.

Noé Ratz, de 125 años, ha contestado:

—Recogeos temprano, no os caséis, no bebáis agua y no criéis sangre mala.

Catalina Sugder, de 101 años:

—Casaos, haced un matrimonio de inclinación, vivid al aire libre, comed lentamente y sólo cuando tengáis hambre, tomad un poco de licor, no os caséis antes de 25 años, si sois hombre, ni antes de 22 si sois mujer.

Isabel Hunt, de 102 años :

— Vivid con la mayor sencillez, tened hábitos regulares, no llevéis corsé, no uséis de comidas refinadas y compuestas de muchos ingredientes.

Francisco Biunión, de 102 años.

— Ni tabaco ni licores : no os encolericéis, observad las leyes de la higiene, evitad los pleitos.

José Mac Greth, de 103 años.

— Trabajad duramente, no durmáis nunca más de siete horas al día; sed enemigos del tabaco y de los licores.

John Edward, de 100 años :

— No penséis en el mañana.

Margarita Mac Pethirier, de 90 años :

— Son más dignos de lástima los ociosos que los pobres : trabajad, tened siempre manos y espíritu preocupados y llegaréis á cien años sin saberlo.

Edward Line, de 103 años :

— Para llegar á ser centenario se debe haber nacido con buena constitución, beber y comer con buen apetito y no hacerse mala sangre.

El conde de Rostopchín dejó escritas sus *Memorias* para que se publicaran á su muerte. Las escribió en diez minutos. Son deliciosas ; contienen varios capítulos, de pocos renglones cada uno.

La epístola dedicatoria está impregnada de amargura y de filosofía.

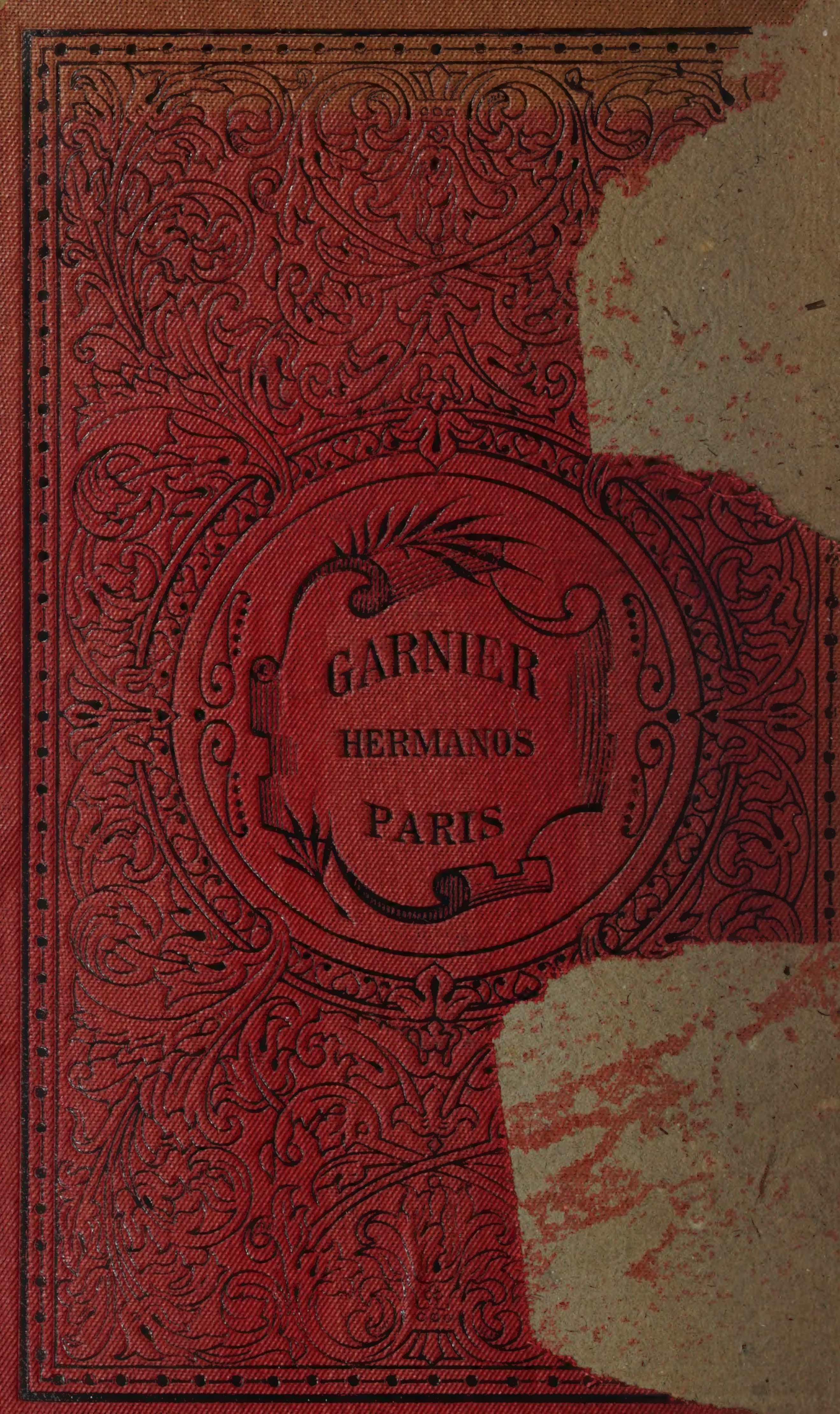
Véase :

« ¡ Perro público !... Órgano discordante de las pasiones... tú, que elevas al cielo y hundes en el barro, que elogias y calumnias sin saber por qué ; eco de ti mismo, campana de rebato, absurdo tirano, escapado de todos los presidios; extracto de los venenos más sutiles

y de los más suaves aromas, representante del diablo cerca de la humana especie, furia con careta de caridad cristiana... ¡ Público !... te he temido en mi mocedad, te he respetado en mi madurez, te desprecio en mi ancianidad y te dedico mis memorias... ! ¡ Público gentil ! ya estoy muerto, soy sordo, ciego y mudo ! ¡ Ojalá gozaras tú de esas mismas ventajas para tu propio descanso y para descanso del linaje humano ! »

FIN

Tipografía Garnier Hermanos, París.


GARNIER
HERMANOS
PARIS